Jorge F. Hernández

La Emperatriz de Lavapiés

Narrativa Hispánica

Pedro Torres Hinojosa, madrileño afincado en México, vuelve a su ciudad natal después de sesenta años para buscar a la mujer de sus sueños, de quien el destino lo separó. Como un don Quijote finisecular, sale todas las noches a buscar a su Dulcinea perdida por el barrio de Lavapiés. Estos paseos le permiten conocer las voces y los espíritus de ambos lados del océano: en las callejas madrileñas, don Pío (Baroja) y Max (Aub), entre otros, lo alientan a seguir.

En medio de una deliciosa confusión de tiempos y lugares, deambula del barrio de Argüelles, la Gran Vía, Paseo de la Reforma, Insurgentes, a la calle de Alcalá y la Zona Rosa, siempre acompañado por las melodías de Agustín Lara. Su viaje se irá haciendo doble: al oso y al madroño españoles se sumarán el águila y el nopal mexicano; a los paseos por el retiro, los de Chapultepec, tapas y cafetines, música y amor, un entramado de momentos entrañables del que surgirá la inolvidable Carmen.

Una locura a la manera de Alonso Quijano: atravesar la noche del Atlántico para buscar a una mujer.

Jorge F. Hernández

La emperatriz de Lavapiés

ePub r1.0
Titivillus 28.08.2023

Jorge F. Hernández, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Cuando llegues a Madrid, chulona mía
voy a hacerte emperatriz de Lavapiés,
y alfombrarte con claveles la Gran Vía
y bañarte con vinillo de Jerez.

«Madrid», AGUSTÍN LARA

Hay hombres que se acercan al mostrador de una aerolínea con la secreta convicción de que van a morir. Quizá porque viajar es morirse un poco. Uno viaja con lo que pueda llevar en la memoria y lo demás se queda suspendido en los recuerdos como un exceso de equipaje. Uno viaje siempre acompañado y al mismo tiempo solo, como en la muerte: solo, ante la expectativa de cualquier paisaje desconocido; acompañado, ante la incógnita de un mínimo detalle imprevisible.

La noche del jueves 26 de septiembre de 1996, Pedro Torres Hinojosa llegó al aeropuerto de la Ciudad de México para iniciar el viaje de su propio ensueño. Años después habrá quien interprete el desenlace de este viaje como el más íntimo de los suicidios, una locura trasatlántica, personal y callada, que solo implica y atañe al viajero que la realiza y a nadie más. Don Pedro lo sabe. Desde que compró su boleto México-Madrid sabía que ya no sería localizable para el mundo. Había decidido que su única identificación fuera su propio rostro, sin fotografía, y que cuando llegara el cobro de su tarjeta de crédito ya no tendría más dirección que la que apuntase su pie derecho. Su hogar sería lo que estuviera al final de una caminata y su domicilio, un viaje a Madrid.

Pedro Torres Hinojosa había dispuesto volar a Madrid como si fuera una canción de Agustín Lara. Un viaje como eutanasia, la muerte chiquita de cantarle a Granada sin conocerla. Pero él sí conocía Madrid; un amasijo de recuerdos que de tan viejos se le habían vuelto película sin colores. Que a los setenta años un hombre decida volar a Madrid y asumir un retorno largo tiempo postergado no es más que una anónima hazaña del más íntimo heroísmo, de ese que no aparece en las historias que nos dieron patrias ni civismos, sino del que se hereda de oídas y se conoce a tientas.

Cuando Pedro Torres Hinojosa se acercó a la fila de pasajeros con su secreta convicción, sintió que se le acrecentaban los nervios.

Esa figura de setenta años aparentaba otra edad. Se veía más joven, maduro sí, pero con un porte que envidiaría cualquier hombre de treinta años. Pedro Torres Hinojosa aparentaba una madurez apenas alcanzada —que en cualquier espejo era capaz de engañarlo incluso a él mismo, hacerlo sentirse con cuarenta años menos—. Pero era también una figura con nervios adolescentes, un cuerpecillo que delataba la poca frecuencia de sus viajes y la loca aventura que estaba a punto de emprender. Este hombre al borde de un delito anónimo no debería aparentar estar nervioso. Este hombre, más que mostrarse endeble, mostraba un pasado deportivo, una especie de secreto atletismo, y que aún parece capaz de correr con prisa. Bíceps escondidos y puños de pelea, ocultos bajo el natural disfraz de unas canas en cabellera engominada y esos lunares inevitables que le salen a uno en las manos con los años. Sus lentes cuasiquevedos, bicicleta de oro viejo, son los mismos que calzaba hace cincuenta años. Su sombrero de alas anacrónicas, su traje de chaleco abotonado, la leontina con el único juego de llaves de lo que, hasta hoy, fue su departamento. Todos sus objetos más que ser un vestuario eran una circunstancia. Su propia circunstancia que lo hacía acrecentar ese nerviosismo inventado. Aquí va un hombre que no va a pagar su tarjeta de crédito, un viajero que se escapa al destino de sus más viejos recuerdos. Aquí va un prófugo.

Pero nadie reparó en Pedro Torres Hinojosa, porque a nadie llamó la atención. No era el único viajero en la fila que portara sombrero anacrónico, ni leontina inútil, ni chaleco abotonado. Hay viajeros que creen que por el solo hecho de ser vistos todo mundo sabe de su destino, y hay viajeros que, si sienten que su viaje no es evidente, no pueden contener las ganas de informarle al taxista o al maletero a dónde van o de dónde vienen. Lo mismo le pasa a los moribundos que se anuncian y se van convencidos de que todo el mundo los extrañará. Pero don Pedro no quería delatarse y, sin embargo, creía que llamaría la atención de alguien. Solo la voz callada en su cerebro lo ponía nervioso de que alguien lo reconociera, de que alguien lo confundiera con otro o de que cualquiera sospechara de su fuga, porque en lo más íntimo de su propia voz quería informarle a cualquiera que volvía a Madrid como quien viaja a su propia infancia y que en algún rincón de Madrid se reencontraría con Carmen, la única mujer que le había

definido la palabra amor. Solo su voz callada sabe de su propósito y eso a nadie le importa, mucho menos su atuendo, como tampoco importaban la dama enjoyada que insistía en subir al avión con su perrito ni el baturro festivo que cargaba seis sombreros de charro en colores chillones.

Pedro Torres Hinojosa no llamó la atención de nadie, pues ya puesto en fila se convertía automáticamente en masa aeroportuaria, en parte de esa multitud que por muy limitada que sea inunda cualquier estación con viajeros de reparto, muñecos sin rostro en un mar de mil caras. En los aeropuertos predominan las pantallas, los horarios y los perros. Solo llaman la atención los demorados, los enamorados y, aunque ahora menos, cualquier objeto de color morado. De allí en fuera, los aeropuertos son campos de fantasmas en filas de anónimos inadvertidos, a menos que se cruce una celebridad, porque esos son fantasmas de pantalla. Su maquillaje de celuloide y su circunstancia estelar los vuelve espectros con identidad. Quizá por eso nadie repararía en la figura de don Pedro, mucho menos cuando apareció levitando la silueta intemporal de Sarita Montiel. Ella no tuvo que documentar ni rostro ni maleta en la fila de los anónimos. Con tan solo pasar, suscitó miradas y murmullos sin necesidad de sombreros chillantes ni perritos necios. Algunos se atrevieron a tocarla y a hablarle con la admiración que produce autógrafos, pero a Pedro Torres Hinojosa solo le vino a la mente la reconfortante sensación de sentirse eterno, viajero hacia la intemporalidad de un Madrid casi olvidado, en busca de una Carmen intacta. Solo le vino a la mente saberse incógnito, saber que aún tiene fuerzas su cuerpo, que sus canas lo embellecen y que sigue siendo capaz de enloquecer a cualquier mujer, incluso a Sarita Montiel.

Don Pedro solo sabe que nadie sabe, ni Carmen ni México ni Madrid, que se acerca a volar un viaje sin avisos, ni culpas ni despedida. Solo él sabe que su cuerpo es el mismo y su amor incólume, que compró un boleto con su firma en American Express y que nunca lo va a pagar. A unos metros del mostrador deseó encontrarse allí mismo con su Carmen, verla rodeada de nietos, abrazada a un desconocido y avejentada. Deseó que allí mismo se acabara la aventura de buscarla y entonces volar igual de solo a Madrid, pero acompañado de su Carmen. Pero él ya había firmado

su destino: cuarenta años pensando un reencuentro que apenas ahora se le volvía posible, casi veinte años ahorrando el atrevimiento para un viaje que ahora era de verdad y por eso quiso confesar su aventura, decirle a quien fuera me estoy largando de México para siempre, llevo todo mi dinero en la maleta, en mi cartera y en una billetera oculta y nadie me volverá a ver jamás.

El último día de su vida en México, Pedro Torres Hinojosa amaneció con el primer deseo de confiar su viaje. Había resuelto dejar con los muebles solo aquellos recuerdos que jamás delatarían su existencia: los libros que no tenían su nombre y ni una sola anotación, las cajas de cositas anónimas y una cigarrera sin historia. Las pocas fotografías y los objetos que indudablemente lo delatarían los empacó en su maleta con el mismo cuidado con el que dobló sus camisas nuevas. «Como habíamos quedado», le dijo a la conserje, «le dejo la casa amueblada y lista para que usted la alquile cuanto antes». Días antes, cuando sacó sus dineros del banco, luego de romper todos los contratos y todos los papeles que mostraran su nombre, le había inventado a la casera que «su hijo» lo había mandado llamar a Chicago. «Le está yendo bien a mi chamaco… tanto que dice que ni me preocupe si se alquila o no el departamento», y se lo dijo con tan ensayada naturalidad que le hubiera gustado realmente tener un hijo en Chicago. Pero también le hubiera gustado confesarle: No se crea nada, me largo a Madrid, a buscar a Carmen, el amor de mi vida, que usted ni nadie me conoció y sé que está en Madrid porque, aunque usted ni nadie lo sepan, allá nací. Pero no lo dijo. Pasó a despedirse de su iglesia y sintió deseos de encerrarse en un confesionario y esperar a que llegara una sombra a quien confiarle su plan de evasión. Tampoco lo hizo, como tampoco rezó. Hacía tiempo que había sustituido las oraciones aprendidas a fuerza en catecismos obligatorios con rezos personales, letanías propias que le servían de somnífero para todas las noches.

Tomó un taxi al Zócalo e hizo que recorriera Paseo de la Reforma hasta la Villa de Guadalupe, que de allí regresara al Ángel de la Independencia y que pasara despacito frente a la Alameda, antes de bajarse en Madero. Recorrió el centro de sus más íntimos recuerdos sin despedirse de nadie aunque estaba diciéndole adiós a todo mundo. Entró a una sucursal del Banco Bilbao Vizcaya por el

solo hecho de que era un banco español y llenó dos fichas de transferencia bancaria, dirigidas a él mismo, para depósito en cualquier oficina del BBV en Madrid. Días antes de iniciar su aventura, don Pedro había retirado de dos diferentes bancos mexicanos los ahorros enteros de toda su vida: cuarenta años con intereses desde que había ingresado al Ministerio, veinte desde que cobraba puntual su pensión de jubilado. Al tener que apuntar los nombres de quienes supuestamente efectuaban los envíos, don Pedro anotó instintivamente «Carlos Ruiz Camino» y «Manuel Rodríguez Sánchez», los nombres civiles de Arruza y de Manolete que conferían a su aventura financiera un azaroso ánimo taurino. Sintió bonito al pensar que dos figurones del toreo le hacían un fantasmal quite al alimón, depositándole en Madrid una fortuna labrada con medio siglo de sacrificios, un tesoro en efectivo que aseguraba lujos sin límite, gastos sin frenos y la consecución de su más preciado anhelo.

Como los buenos toreros, don Pedro tuvo muchísima suerte esa tarde: en primer lugar, el funcionario del BBV le subrayó la necesidad de especificar la sucursal a la que se destinaban los depósitos y, además, le enseñó en un mapa las principales oficinas de ese banco en Madrid. De no subrayar ese domicilio, su dinero corría el peligro de flotar entre las mil y una sucursales del banco en España, jineteando valiosos intereses. En segundo lugar, el funcionario no puso ningún reparo en que dos nombres de toreros muertos aparecieran como los supuestos remitentes del envío y que no estuvieran presentes al momento de hacerlo ni con carta poder. «Lo que nos interesa saber es quién cobrará en Madrid este dinero», le dijo el funcionario, y don Pedro respondió que él mismo y mostró sus credenciales de identificación. Salió del banco convencido de que había sido la última vez en su vida en que utilizaba esas credenciales y siguió su ruta sin rumbo cortándolas en mil pedacitos. Solo conservó el pasaporte y su boleto México-Madrid, resguardados en la bolsa interior de su saco, en el sitio exacto donde latía su corazón.

Pedro Torres Hinojosa supo que quien recorre el centro de la Ciudad de México con gabardina, maleta y sombrero, lejos de parecer irse, aparenta llegar. Si se atreviera a hablar con alguien a nadie importaría recomendarle un hotel, pero a cualquiera

extrañaría enterarse de que en realidad va de salida, como si los viajeros que pasean por el centro de la Ciudad de México estuvieran condenados a una eterna bienvenida. Solo se van los que se acercan a la estación de tren, a los cien metros de los camiones o a la sala de espera de un aeropuerto.

Por eso cuando tomó el taxi hacia el aeropuerto repitió la mentira de que tenía un hijo en Chicago. Aunque el taxista no mostró ni mínimas ganas de preguntarle, también con él sintió deseos de informarle su plan: «Con esta me despido, maestro. Porque me voy de México y me vuelvo para Madrid con American Express y no pienso pagarles ni un peso. Todo lo he cambiado a dólares, llevo encima una carga de billetes ganados con mis propios sudores y llegando a Madrid cobro en la calle de Alcalá la billetiza que mantendrá vivas todas mis ilusiones». Pero no confesó nada, pagó al taxista y se bajó en el aeropuerto como quien viaja cada ocho días.

Parecía desenvolverse con tranquilidad, aunque en su mente llevaba los nervios del insólito equipaje monetario que podría poner en juego la aventura de toda su vida. Entre su ropa divinamente empacada había ocultado cuatro apretados paquetes de diez mil dólares cada uno; otro de igual monto lo llevaba en la bolsa interior de su gabardina y otros doscientos billetes de cien dólares cada uno los llevaba repartidos en la cartera, una billetera de saco, otra que le abultaba la ingle derecha y hasta en la planta del calcetín izquierdo. Por eso, apenas se aproximaba al mostrador de la aerolínea, sintió que lo abordarían los policías, que traerían en sus manos no solo una orden de aprehensión tramitada por el BBV y American Express, sino las copias de sus transferencias y las facturas de todo lo que había firmado con la tarjeta como traviesos preparativos para su nueva vida: cuatro trajes con chaleco, cuatro pares de zapatos con hoyitos en el empeine, cuatro camisas inmaculadas, dos pares de mancuernillas, cuatro corbatas de seda y lisas, el Borsalino que recién compró en Tardán y una gabardina cinematográfica. Toda una vida firmada con American Express, todo un vestuario para su aventura o su propia muerte. Toda una vida repartida en dos transferencias bancarias que ya lo esperaban en Madrid y un bulto de billetes que llevaba pegados al cuerpo como si fuera un dinamitero suicida.

Por eso trastabilló cuando la sonrisa del mostrador le pidió boleto y pasaporte. Ni policías ni facturas: se había propuesto llegar al momento exacto en que alguien detrás de un mostrador le pidiera sus papeles sin imaginar que jamás lo volverían a encontrar en México, que tendrán que mandarlo a buscar en Madrid, y de allí a Lisboa, a Oslo y a la Europa entera… y que si lo hallaban sería muerto, porque Pedro Torres Hinojosa jamás había faltado a su palabra, ni mentido ni robado y si llegaran a buscar detenerlo por esta, su única evasión, la última aventura de su vida, tendrían que encontrarlo muerto.

Imagino Madrid porque allí nací y porque a los diez años allí sentí que me moría. Madrid porque de allí me sacaron para México y se me quedó en la memoria como el lugar de todas las cosas que perdí. Imagino Madrid porque de niño allí toreaba de salón en sus calles y a los diez años vi lluvias de polvo y bombas que las zumbaban.

Imagino Madrid porque allá debe estar el amor de mi vida. No es que la haya perdido, simplemente no sabía, no lo quería creer, y sin embargo, mírame que imagino que se me fue a Madrid. De todas las ciudades del mundo, Madrid es la fantasía de mi memoria, capital de ensueños, ciudad imaginada porque apenas la conocí. Madrid era de música, de libros y era falsa. Madrid, Madrid, Madrid, pedazo de la España en que nací y que solo me quedó en recuerdos de blanco y negro, escena de bombardeos, risitas de parvulario, planeta de mis peores pesadillas y panteón de mis muertos.

Madrid que en México se piensa mucho en ti y que por eso te me volviste pasto de mis sueños y el único lugar en que imagino está el amor de mi vida. Porque Madrid se me volvió un schotis dándome vueltas sin parar. El escenario de un baile con Carmen, el amor de mi vida que solo puede estar en Madrid, nuestra ciudad schotis, más que un ritmo el credo con el que soñamos enamorarnos. Schotis que acentuábamos en la *i*, *chotis* a la mexicana, y no en la *o* porque Madrid se me había quedado en la memoria, en el pasado, pero en México y en mexicano como si deletreara su ritmo y me dijera *chotís*.

Imagino Madrid porque su memoria se me volvió una marejada de recuerdos que no habíamos vivido juntos, una revoltura de verbenas y escenario de zarzuelas. El recuerdo de calles sin mapa se

me volvió un plano añorado por los lamentos de tantos otros que lloraban en México por Madrid, que lloraban su distancia de tanta infamia y mis propios kilómetros de orfandad.

Madrid se volvió un invento, el nuestro. Quizá porque enamorarse es inventarse en realidad. Con Carmen un beso no era beso hasta que dejaba de serlo, hasta que se hundía como recuerdo en la mente de cada uno, por separado y, por lo mismo, inevitablemente juntos. Un beso o una caricia no eran beso ni caricia hasta que se me figurara en el recuerdo como escena de cinematógrafo, como pintura de mi museo. Como Madrid.

Por eso te hizo Dios, península de películas, cartografía de paisajes imaginarios, país de postal y plática. Por eso Carmen debe estar en Madrid, porque cuando lo nuestro, cuando andábamos en lo nuestro, Madrid era el destino de nuestra propia fantasía. Imagino Madrid porque en el Café Bolívar de la Ciudad de México oímos un día a un gallego que creímos confundir con portugués y al instante quisimos sacarle detalles a su acento con nuestras miradas de asombro. Mirábamos, enamorados y ávidos de sorprendernos, todas las palabras que fueran descripción de postal. Nos habló de las torres de Santiago de Compostela y nos reímos de que las rías fueran como ríos, «penetraciones del mar en la costa», decía el gallego. Lo nuestro era soñar que nos bañaríamos en San Sebastián y que Zarauz sería nuestro refugio secreto.

Imagino Madrid porque soñábamos Sevilla y un profesor andaluz, refugiado en la escuela de San Ildefonso, nos contó que el Guadalquivir era hondo y navegable, que la Giralda era un minarete, que si las Macarenas y La Alhambra, y soñábamos un bosque de columnas en Córdoba y no sé qué tantos misterios que se agolpaban enamorados en nuestra fantasía con una confusión que se aclaraba en Madrid. Yo recuerdo que mi padre me hablaba de Andalucía y de que viajó a Barcelona, y lo recuerdo llorando en la cocina sobre los hombros de mi madre. De niño todos los paisajes de España se me volvieron tristes, pero Cataluña entera logró volverse una ilusión feliz cuando Carmen y yo decidimos imaginarnos Madrid. Recuperar el color de toda la infancia de mis recuerdos y coronarnos pareja perfecta en la glorieta de Cibeles y confirmarnos enamorados, como toreros en Las Ventas.

Imagino Madrid porque nunca lo perdí y por eso mismo imagino

que allá está Carmen, quizá porque nunca la encontré de verdad. No imagino, porque sé, que nací el 27 de septiembre de 1926 en el número 66 de la calle de Lista, barrio de Salamanca, Madrid, y sé, porque me imagino, que renací el 24 de noviembre de 1936 ante el puerto de Veracruz, con diez años de edad y un siglo de recuerdos que desde entonces quise olvidar. Imagino que renací porque en Veracruz recuperé los colores y se esfumaron mis muertos, porque apenas nos desembarcaron en México quise deshacerme de la ce y la zeta, aprender a hablar cantando y atragantarme de colores. Imagino que renací porque quise olvidar que mi madre se volvió fregatriz en la embajada de Inglaterra y que su fregona fue el precio que pagó para que me sacaran de Madrid y por eso renací en Veracruz para olvidar la madrugada en que llegó un hombre desconocido a la portería de la calle de Lista y en el dintel de la puerta abrazó llorando a mi madre y que alguien me dijo que era mi padre y que venía derrotado.
Renací en Veracruz, con todos los colores, porque imaginé olvidar que mi padre fue derrotado mucho antes de que cayera Madrid, porque creí olvidar la sonrisa del llanto, el olor a patata quemada como si fuera tabaco, el sabor de polvo y pólvora y todo lo que nunca imaginé.

Por eso te volviste el amor de mi vida, porque contigo reimaginé Madrid y porque lo tuyo era todo lo mío, al revés: una mexicana en el espejo, que quería hablar como chulapona, que soñaba a España como tierra de colores. Te gustaba el cuplé y tus sueños de España eran igualitos a los míos, porque tú no conocías Madrid y yo ya no quería imaginármelo. Imaginamos juntos Madrid, pero tú le imprimías colores de ilusiones y tonaditas de zarzuela. Quizá por eso te imaginé antes de conocerte, mucho antes de que te viera en la plaza de toros más grande del mundo.

Cinco de febrero de 1946, Manolete en la México, yo al filo de los veinte años y tú en el tendido. No serías Carmen si no te hubiera visto por primera vez en los toros y no te podría imaginar ahora, ya no te recordaría, si no fueras el amor de mi vida. No seguirías como ensueño de mis setenta años, aliento de mi última aventura, ni imaginaría que estás en Madrid. Sin ti perdí las ganas de ir a los toros, como había perdido las ganas de reconocer Madrid, de reconocer lo que solo me quedó como recuerdo sin colores. Hasta

ahora quiero comparar Madrid con mi ciudad imaginada, la que me inventé con Carmen, la que caminamos por calles inventadas. Quizá porque nunca imaginé perderme en Madrid, nunca imaginé perder a Carmen. Quizá por eso la perdí.

Imagino Madrid porque en realidad nunca lo pude olvidar. Porque en realidad nunca me alejé de Carmen. La dejé de ver y un miedo estúpido se nos interpuso como si fuera vapor de trenes o las neblinas de las películas que nos gustaban. Carmen se me quedó en la cabeza y se me metió en todos los sueños como el Madrid que ya no quería recordar. Carmen se me quedó en la imaginación y por eso Madrid se me volvió la esperanza. Como si pudiera encontrarla en cualquier tarde de toros, sabiendo que ninguno de los dos volvería a una plaza de toros sin el otro. Como si pudiera reencontrarla en Madrid y reinventar todos los días que quedaron inundados en el olvido. Imaginar que no pasó ni un solo día y que imagino Madrid.

En su mente, Pedro Torres Hinojosa escuchaba una musiquilla nerviosa que memorizó durante años en sábados por la noche sin nadie, pero con radio. *Rapsodia en oro*, número 2, de Agustín Lara, acordes angustiantes y lánguidos al mismo tiempo fundidos en una melodía que lo hacía soñar su fuga a España. Por eso se mostró nervioso al sacar su pasaporte. No hallaba cómo mantenerse sereno, cómo fingir que era viajero frecuente y soltar la burda mentira de que su pasaporte apenas tenía una semana de haber sido expedido porque el anterior se había perdido y era una pena por la cantidad de sellos que había acumulado en la mentirosa aventura de creer visitar todas las aduanas del mundo. Si solo supiera la sonrisa del mostrador que era apenas la segunda vez que se montaba en un avión y que jamás había salido de México desde que entró por el puerto de Veracruz la mañana de un noviembre de 1936.

Para algunos viajeros el pase de abordar debería llamarse salvoconducto. Así lo empuñó don Pedro, con un alivio y un sabor a travesura que le cambió para siempre el ánimo de su vida y que, en el preciso instante en que encaró la escalinata rumbo a la última sala de espera, recuperó un brillo en sus ojos que solo había tenido la tarde inolvidable en que se inauguró la Plaza México. Como si viera a Carmen en el tendido de su memoria, Pedro Torres Hinojosa se animó entonces a desafiar su propia aventura y, como quien

habla con un amigo, le lanzó un hasta siempre al policía que dormitaba recargado en una columna. La despedida de toda una vida, como quien brinda un toro incluyendo una cornada. Porque hay viajeros que se despiden sin querer, que besan a sus amigos o abrazan a sus parientes como si fuera el mismo trámite engorroso de dar un pésame o felicitar un cumpleaños. Pero hay quienes tienen la secreta obligación de despedirse, como si decir adiós fuera una manera de revelar un misterio o compartir un enigma. Don Pedro se despidió del policía como si le confiara todo su plan y toda su fuga con tan solo decirle hasta luego.

Quizá pensó que las despedidas alivian y que lo que precisamente necesitaba era despedirse de México, decirle hasta luego a alguien que en ese preciso instante fuera México. Alguien que en un segundo se convertía en el mismo policía de la aduana de Veracruz que subió al barco que lo trajo de España hace sesenta años. Despedirse de alguien que fuera la reencarnación del fotógrafo que se esmeró en captar las caritas de todos los niños que venían del polvo y de la pólvora; alguien que le platicó de los colores de las frutas. Alguien que pudiera atestiguar ante un juez que se evadía de un pago a American Express, que llevaba encima una carga de dinero honesto y que se lanzaba a la más grande de las aventuras. Alguien que le avisara a Carmen.

Me tocó ventanilla, Carmen. No porque la haya pedido; me tocó por el azar, el mismo que marcó mi suerte cuando conseguí boleto para ver a Manolete en la México. Han pasado cincuenta años y es el mismo azar. Pienso en tus ojos y sé que seguirán siendo los mismos brillos que me enamoraron y pienso en tu boca que es la misma porque la imagino igual, y en el olor de tu piel porque es el mismo olor de mi piel. Vuelo como si supiera que me esperas porque he volado hacia ti cada noche desde que te perdí. Carmen, jardín de sueños, que has sustituido mis rezos de todas las noches. Carmen inmaculada, torre de marfil, consuelo de mis sufrimientos, tonadilla de mis días, aviso de mi esperanza, torre del oro, río Guadalquivir, sueño que dejé partir, amor nunca perdido, espejo místico, rosa de mis vientos y poema impronunciable. Carmen eterna, eternamente jardín. Carmen poema que se disuelve en mis labios. Carmen lentejuela de capote de luces, letanía laica de una lujuria perdida. Carmen encanecida que te imagino en Madrid, en el sueño que

apenas conozco, en Madrid que es la infancia de un hombre que yo fui. Carmen rosario retrechero, musa sabia de una oración inconclusa, reina de mis recuerdos, dueña de mi memoria, llave de mi esperanza que habitas en la ciudad de mi pasado porque eres la dueña de todo delirio y Emperatriz de Lavapiés.

Desde mi ventanilla he visto el manto de millones de luces, un lago que ya no existe y una ciudad que desconozco. Vi que viví sesenta años en la Ciudad de México que en esta ventanilla se me ha vuelto el Madrid de mis diez años. Ciudades recorridas en blanco y negro de una película difusa. Monstruo de millones de luces, mil reflejos de mil vidas a media luz. Medio siglo creyendo que México no rebasaba los límites de reencontrarte y olvidando que Madrid se me quedaba en la imaginación. Medio siglo, Manolete llenaba los tendidos de la plaza más grande del mundo. Medio siglo, mi ilusión de verte entre este inmenso mar de luces y de oscuridades. Monstruo Manolete que se volvió fantasma en esta ciudad monstruosa que a partir de ahora solo recordaré en blanco y negro, como recordaba antes a Madrid. Coyoacán, Tlalpan, Tacuba y Tacubaya… nombres de lugares que se me borran y que se me quedan sin color. Lugares que ya no veo desde mi ventanilla.

Veo todo en mi mente, Carmen jardín, y por eso cierro los ojos. Tu vestido con unas flores que parecían de mantilla, el mismo vestido que traías en la Plaza México y que volviste a usar en una trajinera de Xochimilco. Cierro los ojos, y veo los besos que nos dábamos en el tranvía. Ya no hay tranvías en mi México, Carmen poema. En Insurgentes han dejado un tramo de las vías como si quisieran recordarme que ya no hay tranvías y que hace ya mucho tiempo que no nos besamos. Como si quisieran demostrarme que tampoco quedan tranvías en Madrid y que quizá no me alcance el tiempo para volver a besarte. Chilpancingo ya no es glorieta, Mixcoac y Xochimilco ya no son rutas, sino letanías de esta oración en mi oscuridad. La misma letanía de mis lamentos con la música perdida del recuerdo. Cien años de Agustín Lara y cincuenta de que a Manolete me lo matara «Islero». Cierro los ojos y te veo viéndolo, a colores su terno de tabaco y oro que se reflejaba en tu vestido con unas flores de mantilla. Abro los ojos y las luces de mi México se pierden en la noche de mi propio recuerdo y se convierten en el traje de luces de ese Monstruo Tabaco y Oro, se transforman en el

vestido azul con oro de Luis Procuna y en el rosa pálido de El Soldado en esta noche negra, como toro de San Mateo. Cierro los ojos y veo la cara de Agustín Lara y revivo el perfume de tu mirada escuchando la poesía hecha música que creaba nuestro Flaco de Oro, esqueleto famélico que tenía la cara marcada, como Manolete, como todos los espectros pálidos, estatuas inmóviles que se quedaron en mi mente sin colores.

Carmen, pasodoble de pasamanería en negro. Carmen imaginada que sé que te fuiste a Madrid para retar mis recuerdos. Carmen desesperada, que te fuiste a Madrid creyendo que allá estaría yo, Carmen sin pausa, que te imaginaste que yo ya me había ido. Carmen mantilla de colores, que te imagino buscándome en la puerta grande de Las Ventas y en la Puerta del Sol. Carmen, atrevidísima zarzuela, que te me fuiste a Madrid sabiendo que te estaría buscando en México. Carmen engaño, que sabías que te alcanzaría medio siglo después. Carmen faena inconclusa, que hace media vida te gustaba perseguir tranvías y todos los peligros de una lidia difícil. Carmen que gritabas olé con la descarada intención de contagiar al mundo tu emoción. Carmen inmaculada, que te recuerdo en la cama gritando sin importar reproches ni vecinos. Por eso te imagino en Madrid, Carmen de noche, porque nos juramos que allá no nos importaría despertar a quien fuera, porque soñábamos que allá sí veríamos el amanecer juntos. Carmen, toro bravo, que nunca me perdonarías que abandonáramos el hotel siempre antes del amanecer.

Cierro los ojos y siento el arrebato de tus cabellos y siento toda la grosería de belleza encerrada en tu boca. Carmen bañada en jerez, Emperatriz de Lavapiés, que le gritaste a Manolete y me dabas celos sin conocerte. Carmen mía, manto de estrellas, mía desde antes de que te conociera, mía después de que me muera. Carmen del único beso, el mismo que nos dimos el día que nos conocimos, el mismo de esta ventanilla de avión. Carmen beso de medio siglo, entre luces de un terno hecho de noche. Abro los ojos y te veo, porque te imagino vestida de estrellas y rodeada de todas las figuras que recuerdo en colores aunque se me quedaron en blanco y negro. Veo a Arruza envuelto en obispo y oro, a Armillita de verde limón, a Liceaga de negro con mariposas, a Lorenzo con el terno más grana y oro que he visto, y a Silverio lo veo de colores, vestido

de blanco con pasamanería en negro, el terno de la faena de «Tanguito» que tantas veces te platiqué.

Cierro los ojos y te veo porque éramos deseo más que lo que éramos en realidad. Vivíamos una gran verdad, pero en medio de muchas mentiras, Carmen ilusión. Se nos pasaba toda una eternidad en un beso de tranvía, pero dejamos pasar diez años sin casarnos, sin ver el sol desde la cama juntos, Carmen amanecer. Toda una eternidad desde el primer beso, Carmen en el tendido, pero dejé pasar cuarenta años sin que me animara a imaginarte en la ventanilla de este inmenso tranvía que vuela a Madrid. Cincuenta años, Carmen vida entera, desde que te conocí y cuarenta desde que nos despedimos, Carmen que fui manso y burriciego, creí que nos veríamos a la semana, al mes o al día siguiente de nuestro único pleito. Carmen lidiadora, Carmen de lidia que soltaste tu coraje en la última noche de nuestro hotel. ¡Embísteme cabrón! ¡Pégame una cornada de una buena vez o déjate matar! ¡Embísteme!, porque querías que nos casáramos, que dejara de llevarte a nuestro hotel, que te sacara de casa de tus primas y que nos fuéramos a España. Carmen verdad, Carmen credo, que dijiste que esa noche se acababan los tranvías, nuestro hotel y nuestro invento.

Carmen medio siglo de razón, que acepté todo el peso de tu coraje y corneado por tu enojo creí embravecerme alejándome de ti. Por culpa de tu última embestida, Carmen enfurecida, dejé el cuartucho que alquilaba y me mudé al departamento de mis últimos cuarenta años. Carmen misericordia, que siempre creí que a ese departamento sí que te llevaría, en cuanto te encontrara. Carmen de mi dignidad, que al cuartucho juré nunca llevarte, por eso los tranvías, por eso nuestro hotel. La misma semana que te encastaste y declaraste que se acababa nuestro invento, Carmen brava de bandera, renuncié en la Secretaría y conseguí emplearme en el Ministerio. Por eso quizá no me hallaste, amor Carmen, si es que me buscaste. Diez años no se tiran a gritos, porque ni diez años son un invento, y por eso pensé reencontrarte y que el sueldo del Ministerio me permitiría llevarte al departamento que apenas hoy abandoné y que solo así se nos haría viajar a Madrid, a la ciudad de mi memoria. Ciudad que imaginábamos juntos, Carmen *chotis*, que te imagino en Madrid porque ya nunca te volví a encontrar, porque te me perdiste como los tranvías de nuestro recorrido al hotel. Te

imagino en Madrid porque en México ya jamás te voy a encontrar.

Tú tampoco dejaste rastro. Ni en el laboratorio donde trabajaste hasta la semana pasada de tu enojo ni en la casa de tus primas. Carmen evasiva, si supieras la cara que me pusieron esas locas cuando me animé finalmente a buscarte en casa de ellas. Se regodearon con mi ridícula congoja, «Se fue y bien acompañada, Pedrito». ¿A quién le embestiste, Carmen astifina? Carmen que no te veo fácil y por eso sé que no te le entregaste a otro. Carmen inmaculada que no te veo montada en un tranvía ajeno. Imagino la letanía interminable de toda esta estupidez que me retumba en la cabeza. Son mis propias culpas, Carmen intachable, letanía de estúpidos equívocos, una equivocación de medio siglo, tonadilla tonta, rezo de mis propias vergüenzas. Carmen de estrellas, esta cobardía que lleva cuarenta años en mi cabeza, cuatro décadas entre las canas de mi más grande equivocación y el más grande de los miedos de volver a Madrid, porque entonces te imaginaba en México. Carmen fantasma, que te veía desaparecer en cada esquina de la ciudad que se volvió la más grande del mundo. La inmensa estupidez de perderte y buscarte en la misma rítmica medida en que la Ciudad de México se hinchaba y se ensanchaba, incrementándome tu ausencia. Cierro los ojos y ahora creo ir a reencontrarte, si nunca te he perdido, si te llevo en cada día y en mis rezos de cada noche, en el estribo de un tranvía que ya no existe y en la ventanilla de este avión a Madrid.

Quizá en el mismo instante en que uno se enamora se fincan los motivos del desamor. Quizá en el momento exacto en que te descubrí admirando a Manolete, se filtró entre nosotros, sin ruido ni colores, el motivo que explotaría diez años después. Cierro los ojos e imagino que en el instante en que Manolete mató a «Islero», los cuernos de este lo mataban en Linares. Matar muriendo, amar odiando. Porque en el instante en que juré olvidarte para siempre, te me volviste inolvidable, musa de Madrid, Emperatriz de Lavapiés. Porque uno finge recordar lo que sabe que ya olvidó. Quizá porque nos callamos durante diez años, nos gritamos tantos silencios la última noche que no vimos juntos el amanecer. A lo mejor uno también finge olvidar lo que sabe que siempre recordará. Por eso te busqué sin encontrarte y confié reencontrarte sin más búsqueda que el azar y mis recuerdos. Carmen de mi memoria que

por poco te me volviste como Madrid sin colores y ahora mi México a oscuras. ¿Te pasaría lo mismo, Carmen de olvido? Quizá confiaste en que perdiéndonos quedaríamos hallados para siempre, como esta jaculatoria interminable, oración constante como el zumbido de las bombas en las calles de mi infancia o el murmullo de estas turbinas que ahora inundan la ventanilla de este avión.

Por eso te imagino en Madrid, porque se me había perdido con todos sus colores en el mismo instante en que bombardearon toda mi infancia. Madrid, que se me volvió inalcanzable en el momento en que recuerdo ver todos los colores de Veracruz y que luego vi en tu vestido de flores como mantilla. Te imagino en Madrid porque lo reencontré en el mismísimo instante en que me lo imaginé contigo, porque lo recorríamos en pláticas hasta el cansancio por el solo hecho de no conocerlo. Te fuiste a Madrid porque en México ya no hay tranvías y los únicos que quedan están en el recuerdo de mi infancia. En México se piensa mucho en ti como en esta letanía de turbina, oración murmullo, Carmen inmóvil, musa de Madrid, Carmen solamente una vez amé en la vida, voz del tendido, flores de mantilla, ruega por nosotros, ángel amoroso, torre de marfil del oso y del madroño, ruega por nosotros y que Dios reparta suerte, bañada de jerez, Mujer mujer divina, alabastrina princesa azteca del águila y la serpiente, que tienes el encanto que fascina, Carmen que te olvido porque siempre te recuerdo, eterno recuerdo de mi propia amnesia. Novia mía, novia mía que me esperas en la niebla de un Madrid en blanco y negro con un capote de paseo que parece mantilla de muchas flores. Carmen amada, que te reencuentro en mis rezos de este rosario que te ofrezco, consuelo de los que sufren, amor de diez años, amor eterno de medio siglo, pérdida reencontrada y encuentro perdido, ventanilla de la noche, manto de luces, altar de recuerdos, Carmen tabaco y oro en tus ojos, tendido de sol, Carmen, Emperatriz de Lavapiés, Carmen, siempre jardín…

Que a don Pedro Torres Hinojosa le tocara asiento con ventanilla no es más que otro de los raros azares que enmarcarían su viaje. Aun con la secreta vocación de saberse prófugo de American Express, aunque seguro de que una vez montado en el avión no podrían arrestarlo, don Pedro entró en una meditación somnolienta. No iba dormido pues de vez en cuando se asomaba a su ventanilla, pero se dejó absorber en lo que parecía una íntima oración. Movía los

labios, sabiendo que no importaba a nadie y que nadie lo escucharía. Uno es capaz de decirse a sí mismo los peores parlamentos y las explicaciones más cursis, sobre todo cuando viaja solo. El mismo azar había dictado que el asiento a su lado quedara vacío y que el pasajero que ocupaba el lugar del pasillo, apenas despegó el avión quedara perdido en un sueño burocrático.

Don Pedro se había aflojado los zapatos nuevos con hoyitos en el empeine y había descubierto las diferentes posturas de su asiento cuando la azafata pasó ofreciendo audífonos. Se dejó conectar a un canal de música clásica que a la azafata le pareció el más indicado para sus canas. Ligado como astronauta a una partitura de Manuel de Falla, don Pedro escuchaba otra música, la de su propio rezo interminable, al ritmo de otra filiación incurable: Agustín Lara. Si no fuera porque tarareaba, casi en silencio, sus tonadillas del Divino Flaco, cualquiera diría que el viejo iba rezando el rosario del miedo, esas oraciones que duran toda la noche del Atlántico, jaculatorias de quienes no se resignan al pavor de viajar por las nubes, perderse en el aire, alejarse de lo visto y adentrarse en lo más desconocido. Cualquier pasajero repararía en que este pobre hombre no paraba de rezar, que miraba la ventanilla como si allí estuviera la imagen santísima de cualquier virgen y toda su corte de ángeles y arcángeles vestidos de luces. Cualquiera se detendría en el pasillo del avión para intentar sacarle plática a este pobre hombre, reconfortarlo en sus propios rezos y endilgarle un consuelo forzoso por el hecho de viajar solo.

Pero nadie repararía en la figura de Pedro Torres Hinojosa, que se había vuelto pasajero común, fantasma en vuelo, anónimo viajero. No era el único viajero que iba balbuciendo tonadillas y musitando plegarias. Nadie repararía en el estreno de sus zapatos ni en los pliegues impecables de su traje con chaleco, ni en la gabardina inmaculada que descansaba a su lado convertida en callada compañera de viaje y que guardaba en su bolsa interior nada menos que un paquete de diez mil dólares. A nadie le importa escuchar la letanía ni los letargos de un viajero que le reza absorto a la Virgen de la Ventanilla. Nadie se enterará de que en pleno vuelo don Pedro Torres Hinojosa cumpliría setenta años, que había pasado medio siglo desde que encontró al amor de su vida y que habían pasado cuarenta años desde que se le ocurrió perderla en la

ciudad que se volvería la más grande y contaminada del mundo. A nadie le importó si este hombre nació en Madrid o es un mexicano que va en busca de una mexicana que se le convirtió en madrileña. Nadie podría aguantar la historia que platicara la infinita impotencia de quien buscó cuarenta años a un amor sin buscarlo, la ironía de perder a voluntad sin perder la voluntad, perseguir con empeño la ilusión de su vida, sin quedarse empeñado ni con la tarjeta de crédito, rezar a media voz sin más religión que su propia imaginación y dormir mirando hacia una ventanilla de nubes.

Se despertó pasada la medianoche en lo que ya se consideraba día de su cumpleaños y casi la mitad del vuelo. Por única y última vez en su vida sobrevoló Nueva York. Le pareció que el resplandor de Manhattan era exactamente como la *Rapsodia* de Gershwin, esa melodía en azul que escuchó durante muchas de las tardes sin Carmen. Desde su ventanilla vio torres de luces y foquitos inmortales, siluetas de opulencia y todas las sombras de la utopía. Por un momento dudó y pensó que Carmen pudo haberse pasado a los Estados Unidos, hablar en inglés y olvidarse de los toros. Inmediatamente se negó esa destrucción; Carmen solo podía estar en Madrid, en la Villa y Corte de su ilusión compartida. Manhattan era una rapsodia de sueños ajenos, de luces extrañas que no caben en el terno de un torero. Miró Manhattan por última vez y confirmó que era una sinfonía para otros y que a nadie le importaba que él cumpliera setenta años en medio de las nubes perfectas de una noche de septiembre.

Te soñé en los tendidos de la Plaza México. A veces me pierdo en los sueños como si anduviera entre los tendidos de una plaza repleta. Te veía desde un palco, como si te viera con binoculares —¿o diré catalejos?—, desde una altura como la que ha tomado este avión y desde mi palco te veía buscarme, como si soñarte fuera el reverso de mi propia angustia. En mis sueños tú me buscas y yo siempre te encuentro, aunque sea con catalejos, ¿o diré binoculares? Desde mi palco en las nubes te soñaba buscándome y me soñaba encontrándote porque sentía que el sueño incluía mi regreso a Madrid.

Supongo que la azafata me vería dormido y que fue ella quién cerró la cortina de plástico que ahora cubre mi ventanilla. Imagino que afuera ya salió el sol porque en mi sueño te veía bañada en la

luz que azota las barreras en la lidia del primero de la tarde. Esa luz te gustaba, Carmen taurina, porque decías que en las faenas de cuarto toro ya no brillaban igual los trajes de los toreros ni la sangre de los toros. Por eso te soñé que me buscabas por todo el embudo de la Plaza Monstruo, bañada en sol, rodeada de sombreros y en la arena de mi sueño había una mancha de sangre encendida enmedio de un bosque de sedas con oro y plata. Tú veías todas las luces, pero no me podías ver a mí.

Quizá se me metió al sueño la visión de Manhattan. Volé casi encima de Nueva York, como quien ve de cerca un traje de luces, y me aterró pensar que jamás caminaremos juntos por allí. Porque he de morir en Madrid. Lo he decidido como quien ve una corrida de toros desde un palco en las nubes y no ve ni faena ni toro, ni nada más que un amor bañado en sol. Moriré en Madrid porque allí nací y allí murieron todos quienes vivieron mi niñez y porque sé que allí te reencontraré. Me dejé pensar que estarías en Manhattan porque aquello parecía una alternativa a nuestros sueños: imaginarnos bailando en Central Park y como postre tocar la nieve que cubriera los pastos. Pero no puedes estar ahora en Manhattan, porque te pienso en Madrid.

Todo lo que pienso lo sabes como si te lo dijera y por eso quiero morir en Madrid. Digo que lo sé de cierto, porque no presiento nada: se conoce que estás en Madrid como que sé que allá afuera ya salió el sol. No necesito levantar la cortinilla para comprobar que ya sé que afuera cumplo setenta años, que ya es de día y que por fin se nos acaba este mar de décadas, separación tonta y mi vida en ascuas. Afuera ya viene España a mis pies, como si la viera desde un palco, España sin binoculares a mil metros encima del ruego. Llegaré a Madrid a mil kilómetros por hora, en un instante que es el vivo recuerdo de una película sin colores donde perdí mi infancia. A mil kilómetros que es la velocidad del instante en que te reencontraré. A miles de metros de altura y a mil kilómetros por hora salvé mi vida desde que conocí los colores y he salvado medio siglo desde que te conocí en los tendidos de la Plaza México, la más grande del mundo. Solo a esta velocidad sé que me escuchas, Carmen jardín en la ciudad que me perdió de niño y en donde perdí todos los colores hace sesenta años. Atrás de la ventanilla está la luz de mis nubes, el palco desde donde he salvado mi vida entera,

Carmen poema, porque afuera ya siento que salió el sol, Carmen que tienes que estar en Madrid, Emperatriz de Lavapiés.
Pedro Torres Hinojosa esperó a que la azafata anunciara la proximidad del aterrizaje para levantar la cortina de la ventanilla que lo inundaría de sol. Setenta años no impedían que sintiera una emoción adolescente, una nerviolera ligera como quien presagia una faena apenas bordados los primeros muletazos. Desde la increíble altura de una ventana en las nubes, a don Pedro se le llenó la vista de ocres interminables, parches perfectos de todos los tonos del color verde, bosques dibujados con la misma precisión de todos los párrafos de todo libro español que había querido leer en su vida, y que nunca tuvo tiempo para leerlos porque andaba todas las tardes en busca de una mujer que ya le era inalcanzable, como princesa de novela o doncella de encantamientos. Desde su ventanilla increíble divisó las últimas manchas azules de un océano que alimentaba todo un concierto que se desplegaba abajo para recibirlo.

Su animación lo movió a pararse y con los pocos pasos que dio hacia la puerta del baño logró desentumecer sus pies envueltos en esos impecables zapatos desamarrados. En el diminuto espejo del bañito, don Pedro se veía menos canas que en los espejos de lo que fuera su casa; se sobó la mínima barba grisácea, que le creció durante su noche en vuelo, con la misma vanidad de quien se arregla para ir a un baile. Sintió que lo miraban y se dio entonces cuenta de que la puertita estaba abierta por la tosecita que dejó escapar una azafata, como indicándole que se diera prisa. Logró cerrar y orinar sin que lo vieran y como si la misma Carmen lo esperara en Barajas se organizó chaleco y corbata, se abotonó el cuello de su camisa nuevecita y, sintiéndose impecable, por primera vez en su viaje, se sonrió a sí mismo en el espejito de su propia ilusión.

Reacomodado en su ventanilla, Pedro Torres Hinojosa se dobló la gabardina cinematográfica sobre su antebrazo izquierdo como si fuera un capote de paseo, uno de los más caros capotes para un torero veterano. Posó esa mano sobre su vientre enchalecado y con una leve inclinación saludó a Madrid. Desde lejos, desde los cielos, Madrid era tal como la había soñado, la ciudad sin colores inundada de luz, la ciudad más leída en su cabeza y el espejismo de toda una

vida convencido de que era la ciudad del amor de su vida. Madrid se escondía a lo lejos, ahora que estaba más cerca que nunca, cuando en la ventanilla apareció Barajas.

Con un último susurro que nadie dictaminaría si fue oración o nerviosismo, don Pedro soportó el aterrizaje con los ojos cerrados y con un suspiro que cualquiera juzgaría como de alivio volvió a sonreír. Quiso ser el último en salir del avión inmenso, lo que le permitió que las azafatas lo despidieran con un bienvenido a Madrid dirigido a él solo y no el plural incómodo, casi hipócrita, que le repitieron al resto de los pasajeros.

Desde el primer instante tuve la íntima sensación de que regresaba. He llegado a Madrid por primera vez desde que nací, por primera vez desde que me fui y, sin embargo lo siento como si regresara por enésima vez al México de mi memoria. Crucé el umbral de la aduana con la inútil esperanza de que me estarías esperando, como si también intuyeras el milagro y todo esto no fuera más que un oleaje trasatlántico o un sueño desvelado.

Sentí que volvía sin reconocer nada. Sentí escalofrío al ver el brillo de un tricornio de guardia y en mi mente desfiló un miedo viejo, infantil y casi olvidado, que me revivió la culpa de esta aventura. Por un momento pensé que American Express había girado una orden de aprehensión, un boletín inexistente y además internacional. Pero sentí por encima de todo que volvía y que me esperabas tras las puertas corredizas y por eso anduve como si partiera plaza, sin ver letras ni señales. Inundado de colores y bañado en sol.

Carmen, que te he de encontrar, que te encuentro porque te perdí, porque he vuelto a Madrid sin recordarlo y no he olvidado ni una sola piedra desde que me fui. Decidí llegar en taxi, ¡como un señor! dijo el taxista, que a punto estuve de llamar cochero. Quiso inundarme de pláticas, pero pronto entendió que yo quería silencio. Respetó mi mirada, Carmen de ojos claros y divinos, porque me vio por el retrovisor y respetó a mis ojos más que a mis canas. Tengo canas, Carmen eterna, pero no he perdido ni un solo instante de quien soy. Si te dijera que en el espejito del avión reconocí mis facciones porque uno no cambia, como tampoco cambió Madrid. Aquí reconozco todos los colores que perdí en noviembre de 1936 y todo el México que también perdí por la insolencia de tantos años

sin verte. Madrid no cambió porque sé que me hará el milagro de reencontrarte y que no ha pasado ni un solo minuto, Carmen ilusión, desde que sentí que te perdí, porque tú tampoco has cambiado, Carmen que eres linda y hechicera. En el taxi fui reconociendo fachadas de una película inventada, calles de una tonada que cantábamos, escenas de un cuplé fabricado en mi memoria.

Pero veía las casas a colores y también veía todo en blanco y negro. Veía caras que cruzaban las calles, sus cuerpos vestidos con ropa sin colores y al voltear veía las aceras repletas de color, como inundadas de pintura, frente a edificios en blanco y negro. Los mismos edificios con remates, adornos y torres que veía desde la estatura de mis diez años. Sentí que regresaba y en mi confusión sabía que era la primera vez que veía Madrid. Pensé que septiembre sería el otoño, pero Madrid se me presentó de verano. Sentí que me amanecían mis setenta años, que dormí toda la noche, pero Madrid me recibía por la tarde como si de pronto me viera asignado a una agenda de oficina ajena. El calor hacía ridícula mi gabardina y mi sudor parecía prolongar el efecto de mi pelo relamido. ¿Sabes que me veo más joven así? Por lo menos así me siento. Tan joven como el niño viendo las mismas fachadas de este Madrid incólume, las mismas calles en donde toreaba a un niño-toro que se llamaba Antonio, las mismas ventanas sin colores desde las pantallas bombardeadas de un cine en México, donde a colores seguí los gritos de la Guerra Civil. No hablen de la guerra, decía mi madre, que lo peor es que se pelea entre hermanos. Quizá desde entonces se me sembró la idea de que tenía muchos hermanos en España, pero hermanos en blanco y negro y quizá por eso no me hice de hermanos a colores en México. Porque nunca tuve hermanos, porque llego a Madrid sin dejar nada en México, nada más que una pantalla de colores que ahora siento que se vuelve otra película en blanco y negro. Ahora mi México se me queda en el recuerdo y en las aceras empiezo a reconocer los rostros de mis infinitos hermanos que comieron gato y fumaron patatas mientras yo tenía la suerte de descubrir todos los colores.

A estas horas ya habrán alquilado mi departamento —¿o diré piso?— a un nuevo solitario pensionado o a una parejita de enamorados que ojalá nunca pierdan su color. Estarán ya ocupados

los muebles que dejé como herencia anónima y, si acaso American Express descubre mi engaño, no tardarán en confirmar la clausura de mi única cuenta bancaria. Sí, Carmen jardín, siento algún temor de que me persigan por este tonto delito de escaparme de todas las luces de México firmando un crédito que no pienso pagar, de huir de todos los colores que hace sesenta años me animaron a sentirme aún con vida, porque yo ya me fui lejos de Veracruz con toda mi vida a cuestas, y encima, la más grande ilusión de recuperarte. Quien tenga la obligación de rastrear mi paradero tendría que primero descubrir el extraño espectáculo de mi vida: a veces veo colores, pero a veces no soy capaz de recordar ni el terno que usó Silverio la tarde inolvidable en que le confirmó la alternativa a Manolete; a veces voy a misa y rezo letanías que yo mismo inventé, porque me ayudan a dormir mejor que las oraciones que solo recuerdo en la boca sepia y angustiada de mi madre; a veces utilicé la tarjeta American Express, pero siempre y desde hace veinte años pago la cuota anual sin esperar promoción de crédito ni puntos para viajes; a veces volví a la antigua oficina, pero nunca dejé ni mi dirección ni revelé mis planes de esta aventura que vengo imaginando desde hace años, yo solo, solo contigo. Quien haga esa indagación tendrá que reconocerme que nunca me atrasé ni en los pagos mensuales, ni en las cuotas anuales; que pagué rentas, lavados, comidas y hasta al recolector de basura en calculadas cantidades en efectivo y que lo poco que dejé en mi piso no es más que la herencia anónima y el regalo perfecto para la pareja que decida cumplir en colores lo que solo pude vivir en blanco y negro. ¿Tan difícil será descubrir que he venido a Madrid para morirme contigo?

He venido a Madrid para morirme porque solo reencontrándote podré vivir para siempre. La eternidad es la muerte sin fin, la misma muerte que aprendí desde niño en calles de polvo y sin color, la muerte de mi madre que pasó sin fecha ni colores; la muerte de mi padre, derrotado en la cama de un Madrid gris, las muertes de mis amiguetes que sustituí con los colores de mis cuates en México que quizá también ya han muerto. La misma muerte que se escuchaba en la radio al llegar a mi México. Esa radio que me inundó de canciones de mil colores y que ahora he dejado en mi departamento, que ya es de otros. Crónicas de muerte, decía mi

madre, cuando escuchábamos la radio, mientras yo solo quería saber en dónde estaba papá o por qué se habían desatado las bombas. Crónicas de muerte que fomentaban la misma confusión que siento al regresar a Madrid, que he llegado con ganas de desayunar cuando aquí ya son las horas de la tarde. Igual que al llegar a México oía que bombardeaban Madrid en la madrugada mientras en México empezaba apenas la noche. La misma confusión de esta esperanza de encontrarte sin que me encuentren. La confusión de esperanzas que decía mi padre era la guerra, la misma esperanza de quienes se refugiaban en el metro y de quienes pretendían tomar las calles de mi Madrid.

Todo México me cupo en la maleta, porque perdí las esperanzas de encontrarte allá. De niño, todo Madrid se me quedó en la mente porque mi madre no me preparó ni maleta, porque su única esperanza era que recuperara los colores en México y que me salvara de todo el polvo gris y la pólvora negra con la que provocaron la muerte de mi padre. Lo que era mi México se quedó en el departamento como muestrario de mi propia soledad, como justificante para que no tengan que buscarme con policías. Pienso en la conserje, mostrando mis muebles y mi baño, la regadera a presión que ya casi nadie instala en sus casas, el azulejo impecable y las siete mudas de mis sábanas. Con qué desfachatez ha de mostrar mi piso, el nido grande con el que soñé reconfortarte y redefinir nuestra esperanza. A esta misma hora, en que llego a Madrid casi de noche pero con sol, estarán desayunando en mi departamento sin saber que heredan medio siglo de memoria, sin reparar en que están invadiendo la monótona intimidad de quien pensaba reencontrarte en México, Carmen de colores, Carmen inmobiliaria.

He llegado a Madrid por primera vez con todos los colores que olvidó mi memoria. Lléveme a Gran Vía, entrando por Cibeles, suba Alcalá y recórrala toda entera, y se lo dije al taxista con tal aplomo que por eso no quiso seguir con su charla. Vi las fachadas sin colores y reconocí al instante el recuerdo de esa misma escenografía bombardeada. Eran fotos de mi infancia como si fueran inquilinos intrusos, y vi los mil colores de las tribus que desfilan ahora por las aceras que recordaba vacías como si fueran los mirones que ahora ocupan lo que fue la casa de mi esperanza. Vi de nuevo el cascarón

de un edificio pelado a rape, lo que quedó dejando al descubierto baños y camas de un Madrid que no se rendía, que perdía sus colores a cambio de no entregarse como decía la consigna de una pancarta de lado a lado en la calle, la misma consigna que se escuchaba en los cines y en la radio de mil colores en México.

¿En dónde más podría morir, si muero porque no vivo desde que sé, porque lo siento, que te viniste a Madrid? He venido a Madrid porque aquí supe, en otro horario desde mi infancia, lo que era morir. Porque aquí se confundieron las esperanzas y se murieron las ilusiones. Solo así quedaron vivas para siempre. Moriré en Madrid porque acá se mueren los toreros en el ruedo, porque en el medio siglo desde que te conocí no ha muerto ni un solo torero en la Plaza México. Carmen de bandera, faena de mi vida, he llegado a Madrid porque acá los toreros se vuelven inmortales como Manolete que mató muriendo y murió matando. Manolete que vive en nuestro recuerdo desde que te vi, que te olvido, desde que llegué ahora para reencontrarte si nunca te he perdido. El Monstruo de Córdoba que confirmó su alternativa en México con el «Tormento de las mujeres», según lo bautizó nuestro Agustín; Silverio y Manolete que cortaron orejas y rabos esa tarde de confirmación, antes de que yo mismo confirmara, en la inauguración de la Plaza México, que eras tú y solo tú el único amor de mi vida.

Te siento en Madrid, de desayuno que es merienda. Solo por Gran Vía puede llegar quien nunca ha llegado, sabiendo todo Madrid en mi memoria. Gran Vía, la ancha avenida de mi recuerdo, con tantos cambios de nombre que parece renacer a cada decreto de defunción, una calle tan llena de vida que solo aquí puedo iniciar la última esperanza de mi muerte. Reencontrarte en Madrid, llegando por Gran Vía, sin haber dejado de andarla desde que te la platiqué hace cincuenta años, sin olvidarla envuelta en polvo y bombas y escuchada en la radio que ahora pertenece a otros.

Te siento en Madrid por la misma confusión que azotó a mi México en terremotos en donde sé, porque lo pienso, que no morimos. La gran ciudad de mil vías que dijeron había muerto en un septiembre como este, al amanecer de México en el atardecer de Madrid, y que a las pocas horas renació de sus propios escombros. Antes, cuando el terremoto hizo volar al Ángel, sí que te busqué. Estaba muy fresca nuestra separación y pensaba que aún estarías en

México. Pero en el terremoto de septiembre de hace diez años ya no tenía por qué buscarte en México. Yo ya te pensaba en Madrid y por eso sé que no has muerto. No nos morimos, porque sabemos cada quien en dónde estamos porque cada quien así lo siente y nunca he perdido la esperanza de saberte en Madrid.

Solo yo sé dónde estoy, ni American Express ni la conserje que ha entregado la memoria de mi departamento. Me he registrado en el Hostal Madroño y solo yo sé que aquí te pienso, que desde la ventana de mi habitación, mi nuevo hogar, veo anochecer como si se oscureciera la mañana, un eclipse en que renace mi esperanza de encontrarte en Madrid. He cortado la tarjeta American Express y la he quemado como quien barrena sus naves. Quien me busque tendrá encima la imposible labor de adivinar mi esperanza y la inútil búsqueda del dinero en efectivo que me alcanzará por lo menos un año, sin cheques ni facturas y sin más pasaporte que mis propias confusiones.

Quien llega a Madrid vive la feliz confusión de sentir que regresa, quién sabe de dónde, pero regresa. A Pedro Torres Hinojosa le ocurrió eso mismo al regresar, pero sentía que llegaba por primera vez. También llegó creyendo que amanecía cuando apenas llegaba la tarde a Madrid. Creyó llegar en otoño cuando septiembre aún dictaba calores y olores de verano. Con la diligencia de un niño bien portado se encaminó sin preguntas ni titubeos al primer taxi que vio en Barajas. Sin dudas ni aspavientos indicó al cochero la ruta dictada por su memoria y con una seguridad que parecía taurina se bajó en Gran Vía, miró hacia Callao, y reconoció a primera vista el paisaje condensado de toda su vida.

Entró al Hostal Madroño como si tuviera reservación. Quien lo viera no podría dejar de admirar el elegante esfuerzo de este hombre de setenta años que cargaba su maleta de cuero viejo, su gabardina al hombro, traje casi impecable y zapatos nuevos como si llegara tarde a una cita. Un leve titubeo acompañó la voz de don Pedro cuando el encargado le solicitó el pasaporte. «Lo exigen las autoridades», dijo el amodorrado hostalero, sin considerar que a Pedro le pasaban por la cabeza las notas de American Express, el monto, la deuda, el logotipo, los intereses y una persecución judicial. Le entregó el pasaporte, que aún tenía metido el salvoconducto de su boleto de avión, y respiró tranquilo al ver que

la modorra del hostalero solo copió «P. Hinojosa» como nombre de huésped. Sería mucha persecución la que se preocuparía por cotejar a Pedro Torres Hinojosa con todos los P. Hinojosa que llegaron a Madrid esa misma noche.

—Yo me llamo Cayetano —dijo el somnoliento hostalero—, pero la encargada es Vicenta. Aquí le entrego una tarjeta con la dirección y los teléfonos de la pensión, por si acaso se decide usté perderse por esos caminos de Dios, aunque le diré que ubicarse aquí es fácil: está usté en el número 9 de Gran Vía, esquina con Peligros. No es que la calle se llame Peligros, no qué va, se llama Virgen de los Peligros pero ya ve usté cómo achica los nombres la gente. En fin, a lo que vamos: que estoy para servirle. Bueno, Vicenta. Es decir, que cuando no esté Vicenta, cuenta usté conmigo, que para eso estoy. Por lo pronto, ¿le gustaría una habitación en una planta alta, con vista a la gran Vía?

Le gustó escuchar que el hostalero llamaba plantas a los pisos. Piso, lo que se llama piso, es otra cosa, caballero. A Pedro se le ocurrió que, una vez hallado con Carmen, tendrían que alquilar un piso y supo que lo que se ahorraría en hospedarse en este hostal de plantas, y no en un hotel de pisos internacionales, le dejaría suficiente dinero como para cumplirse esa esperanza. También pensó que un hostal con plantas se le figuraba como si hubiera llegado a un jardín, como si llegara a un hostal en plena Gran Vía, sin mapas, recomendaciones ni guías. Se sentía llegar al Paraíso, un edén de plantas superpuestas que no era Broadway desde las nubes, sino plena Gran Vía, con frisos y rodapiés de azulejos talaveranos. Su propio paraíso con todo el peso de su propia cursilería.

—Aquí no servimos desayunos —dijo Cayetano al salir tras el mostrador de la recepción—, es decir, lo que quiero decir es que Vicenta no sirve desayunos, pero se me ocurre que usté podría desayunar en la casa que hace esquina, que no el portal pues ya ve usté que este da a Gran Vía, con Virgen de los Peligros y Caballero de Gracia. Peligros con Gracia para los madrileños, tan dados a abreviar todo. A lo que voy: allí tiene usté el Casino Militar, que tiene cafetería, y usté podría desayunar allí toós los días, aunque no se permite la entrada a civiles que no vayan acompañados de un militar o socio del casino.

—Entonces, ¿para qué me lo recomienda? —preguntó

justificadamente don Pedro.

—Pues porque yo mismo le puedo presentar a un exmilitar que viene mucho por aquí y él lo puede llevar. Digo, lo que quiero decir es que Vicenta o yo le podemos presentar a este amigo y ya está. Además, este señor estuvo en México y podría hacerle conversación, y además, a todos los huéspedes les recomendamos esa cafetería porque tiene salero, ¿no le parece?, una cafetería en la esquina de Peligros con Gracia, Caballero de Gracia con Virgen de los Peligros, ¿parece de novela, no?

Cayetano explicó que la tercera y cuarta planta eran de habitaciones sin servicio y a Pedro le gustó recordar que los baños eran servicios, que los barandales fueran barandillas, que la tina es la bañera y que sus llaves se llaman grifos. Los cuartos con baño están en la séptima, y a Pedro le fascinó saberse ya huésped de un hostal con elevador de jaula, un ascensor de rejas que parecía la nave del olvido. De hecho, todo le fascinó a Pedro Torres Hinojosa desde el primer instante en que tomó posesión de su nuevo hogar: el edificio en Gran Vía, mudo testigo de su propia biografía; el ascensor de película inglesa, el olor a limpieza que delata la obsesión de quien no tiene otra cosa que hacer más que limpiar las plantas de siete pisos que pasan lentamente por las rejas doradas de una nave levitante.

La habitación 702 se convirtió automáticamente en su hogar, en cuanto Cayetano le abrió la puerta cediéndole el paso. Miró la cama, doble, y pensó que allí sería el verdadero reencuentro con Carmen, sin importar los ruidos ni los gritos. No quiso pensar en que de no hallarse con Carmen, estaba frente a la cama que quizá recibiría su muerte. Se distrajo en abrir y cerrar el viejo armario, que en México aprendió a llamar ropero, y a elogiar el baño, sus espejos y la blanca cerámica que serían la escenografía cotidiana donde se arreglaría para sus sueños.

En cuanto Cayetano lo dejó solo, Pedro Torres Hinojosa se quitó por fin el traje de su locura trasatlántica y le gustó que hubiera un perchero donde quedaría colgado su terno como si fuera un traje de torero. Se acostó en la cama y confirmó su secreta vanidad de saberse aún atlético, sus piernas cruzadas sin ninguna señal de cansancio. Le gustó que no hubiera en su nuevo hogar la tentación de una televisión; jamás se inclinó por abandonar su filiación a la

radio y menos ahora que en las pantallas podrían acecharlo los fantasmas de una tarjeta de crédito. También le gustó que hubiera al lado derecho de su cama doble un librero: dos libros en inglés, doblados por las manos insomnes de algún gringo aburrido, le servirían como recordatorio de Manhattan y le pareció que una guía de las calles de Madrid había sido puesta a propósito de su aventura.

Algo tiene la madera oscurecida por el tiempo y ablandada por el peso del uso que le imprime a los muebles una entrañable sensación de pertenencia. Parecería que todo el mobiliario de su nuevo hogar no era más que la mágica mudanza de su antigua casa. Toda su vida cabía en esa habitación, como cupo Madrid en su esperanza y todo México en su maleta, como si México entero fuera ahora su memoria y todo Madrid su imaginación. Se miró en el espejo de lo que ya era su ropero y, por instantes, le pareció que iba a llorar. Sintió que por primera vez en su vida definía lo increíble, que palpaba la realización de una aventura añorada, como si realizara la faena ideal que soñaba en las calles de su infancia. Se había concedido, a los setenta años cumplidos, el viaje trasatlántico que cruzaba por encima los últimos cincuenta años de su siglo. Se había instalado en su propio paraíso de Madrid, y apenas se miró en el espejo supo que se había adueñado de una habitación hecha hogar, una utópica cama doble, un baño perfecto y un librero casi vacío.

En pocos minutos desempacó de su vieja maleta de cuero todo lo que le quedaba de vida: una muda semanal de ropa interior, calzones que aquí llamaban bragas para las mujeres y calzoncillos para los hombres; tres impecables trajes nuevos, entre ellos uno azul cuyo saco se vuelve *blazer*, aunque aquí le llaman americana; doce pares de calcetines, como si fueran veinticuatro frailes descalzos que guiarán sus caminatas hacia Carmen; dos pares de mancuernillas, que acá llaman gemelos o pasadores; cuatro corbatas de seda fina y tres pares de zapatos con hoyitos en el empeine. Todo un ajuar con el sello y la venia de American Express, pero que por esos azares que brindan los viajes ya no olían a la culpa de ser nuevos pues durante el vuelo adquirieron su olor, el olor de su loción que se había vuelto el olor de sus propios recuerdos de Carmen. De hecho, en pocos minutos toda la habitación olía a Pedro

Torres Hinojosa y por lo mismo le pareció que su nuevo hogar ya olía a Carmen.

Sobre el librero colocó la única fotografía en donde aparecen juntos. Una huella congelada en blanco y negro en donde se veían felices y eternos, como solo se dejan ver las fotografías que no tienen caducidad. Él mismo mandó enmarcarla: pensó que se vería bien en plata, como si fuera un retablo barroco, una foto de museo y no una imagen para cargar en la cartera, junto a la tarjeta de crédito y los datos en caso de accidente. Resolvió enmarcarla en madera, porque los retablos son de oro, pero la verdadera devoción se hace en madera, y al mirarla sobre el librero de Madrid reparó en el concierto de maderas que se conjugaban en su nuevo hogar: la oscura madera incólume de su ropero, la clara madera pintada que enmarcaba las dos puertas, la madera jadeante y envejecida de su cama doble en espera de su Carmen, tembleque maderita de una silla abandonada que ahora abrazaba su gabardina sin estrenar, dulce madera barnizada de un portarretrato religioso, desde donde le sonríe Carmen y desde donde se sonríe él mismo. Madera callada de un librero vacío sobre el que dejó su abultada cartera, sus lentes de medios aros en oro puro, el sobre de color contador público, que aquí llaman contable, repleto de billetes verdes con la suficiente denominación para cumplir todos sus deseos y todas las necesidades de su esperanza. Quizá por eso lo colocó al lado de esa fotografía que ya era su primer altar en Madrid.

Con todo el peso de su satisfacción y todos los años y kilómetros de su aventura, Pedro Torres Hinojosa se metió a bañar con el orgullo que infunden los espejos a los cuerpos que no han engordado, con la aliviada sensación de estar a salvo, bajo el agua reconfortante de un paraíso en Madrid. Al amparo del agua sintió que se disipaban todos sus calores, el sudor irreal de este verano en otoño, el cansancio de este anochecer en pleno día, la culpa de una deuda efímera y los anhelos de volver a estar con Carmen. Bajo el agua, como si fuera una lluvia personal, creyó reconocer todos los músculos de su cuerpo, el mismo que lo ha hospedado desde hace setenta años, el mismo perfil muscular que llegó a presumir en la Alberca Chapultepec, que aquí llamarían piscina. El mismo cuerpo que ahora le recordaba la eléctrica excitación que sentía con Carmen, su cuerpo perfecto que tenía el mismo olor, sus senos y sus

nalgas y la perfección de todos los poros que ahora le inundan su propio paraíso bajo el agua.

Salió de la regadera, que aquí llaman ducha, y el vapor de su descanso había terminado de impregnar su habitación con la esencia que ahora la hacía hogar. Hay ocasiones en que rasurarse debería mejor considerarse como una auténtica ceremonia de afeitado, un ritual en el que cualquier hombre se vuelve oráculo de todo su pasado, su completa biografía contenida en su propio rostro, y se convierte en profeta de todas sus posibilidades, propietario de todas sus ilusiones. Desde las primeras veces que se rasuró en México, Pedro sintió esa hierática obligación, casi religiosa, de afeitarse como si fuera un acto de contrición, una declaración de principios que se enjuaga con agua y espuma de jabón, que implica el manejo de una finísima navaja y conlleva siempre el peligro de sangrarse. Como si fuese una tauromaquia privada y personal, uno se afeita y se viste como si actuara en una liturgia envuelta en oro y sedas, con pasamanería de un delirio callado, una delicada intención de vida.

Así se preparó Pedro Torres Hinojosa para caminar su primera noche en Madrid, convencido de que no faltarían más que unas pocas horas para reencontrarse con su Carmen. Por eso el rito de vestirse fue lento y meditado, como si fuera Marcial Lalanda preparándose para la alternativa en Las Ventas. Un caballero de gracia a unos pasos de peligros. Cada botón, cada pliegue, los nudos perfectos de las agujetas, que aquí llaman cordones, de sus zapatos con brillo intacto, bostonianos aunque parezcan zapatillas de un baile torero. Anudada la corbata, dejó al final la montura de su saco con la esperanza inútil de que alguien de confianza se lo calzara en los hombros.

Miró a la ventana y confirmó que era ya la noche de Madrid. Tenía toda una tarde, en horario de México, para reencontrarse con la ciudad que le había llenado la vida de ensueños y fantasmas. Toda una tarde en su mente mexicana que se convertía en madrugada madrileña de milagros e ilusión. Allí mismo, allá abajo, andaría Carmen quizá también buscándolo, rodeada del vapor caliente que lo excitó en la ducha, envuelta en la misma niebla con la que se miró en el espejo de su ropero para alisarse las canas. Besó la fotografía, la única, la más perfecta imagen de un retrato sobre

un librero, junto a la ventana anochecida de un Madrid inconfundible: el paraíso personal de Pedro Torres Hinojosa.
Apenas llegué me he formado un nido digno de nuestro reencuentro. Me he hecho de un cuarto en plena Gran Vía, con pocos muebles, pero más dignidad que la pocilga que tenía cuando te conocí, aquel agujero infernal al que nunca me atreví a llevarte. Por eso éramos de hoteles, Carmen jardín. Por eso los viajes en tranvía. Dudé entrar al Hotel California, cerca de Callao y enfrente del Palacio de la Música. ¿Será que nuestra mutua fascinación por la música nos reúna allí? ¿Será ese nuestro destino?

También entré a un hotel anónimo, pero algo tenía ese edificio que me desconcertó: el *lobby*, que aquí llamarán vestíbulo, me trajo el exacto olor a mi infancia, los muebles, la exacta dimensión de mi niñez y ya traigo tanta confusión encima que decidí mejor hospedarme en el Madroño, por el solo hecho de que está frente a Chicote, y allí te he de bañar con vinillo de Jerez, Emperatriz de Lavapiés, con el agasajo postinero de mi propia intelectualidá.

Me recibió un Cayetano, de todos los nombres que pudiera imaginarme, tenía que ser un Cayetano mi primer anfitrión. Se llama Cayetano, y como si fuera de Ronda, se esmeró en darme explicaciones. Por lo que dijo, supe que la encargada es Vicenta y por lo que siento, ellos también han descubierto los amores de largo tiempo. Me dijo que estaba para servirme, aunque Vicenta es la encargada, me dijo de una calle que llaman Peligros, aunque así no se llama, y de la calle Caballero de Gracia, que también han abreviado los tiempos, quizá como a mí. Me dijo que podía desayunar en una cafetería en donde no está permitido desayunar, si no eres militar. Me dio risa que él mismo dijera que «se enrolla más que las persianas». Se me había olvidado esa fácil filosofía madrileña. La usaba mucho mi madre, y lo poco que recuerdo de papá es cuando se disculpaba por alguna cosa diciendo que estaba «más liado que la pata de un romano». Esa filosofía que traemos todos en la punta de la lengua y que en México se me confundió con los albures, con los dichos que ya casi nadie usa. Parece que el tiempo se ha ido comiendo las ocurrencias. Parece que a todos les ha dado por comunicarse con prisa, que los rodeos estorban, que las filosofías solo les pertenecen a los letrados y ya nadie nos hace caso a los que pensamos con sentido común, con rodeos y enredos, como

persianas de una sabiduría instantánea. Parece que ya nadie nos hace caso en cuanto nos ven las canas, desconocen el sombrero e insisten en convencernos de que ya todo ha cambiado.

Madrid ya no tiene tranvías, pero eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que mi habitación ya la considero digna de ser nuestro primer hogar. Por eso me arreglé y me pegué un baño, que podría llamar ducha, listo para salir en esta mi primera mañana en Madrid que es, al mismo tiempo, nuestra primera noche, Carmen esperada, que me vestí convencido de encontrarte y con el primer respiro en la noche de Gran Vía se me inundó la cabeza de música. La sencilla maravilla de llevar en mi mente toda la música de Agustín Lara, toda la verdad imaginada por años con solo repetirme Madrid, Madrid, Madrid, con toda la orquesta de solistas de mi Flaco de Oro acompañando mis primeros pasos por esta ciudad tan nuestra. Tarareando en mi mente ese *chotis* de todo nuestro idilio, me encaminé a Callao como si caminara por Cinco de Mayo en la Ciudad de México, que ya no es la Ciudad de los Palacios y en la que jamás me volverán a ver. Me traje mi México, Carmen de todos mis sueños, completito en mi cabeza y caminé Gran Vía como ayer caminé por Madero hasta el Zócalo. Tomé la calle del Carmen como me lo había propuesto desde hace años y en un café encontré la paz y pedí el mismo café con leche que vengo pidiendo cada mañana en la Cafetería de la Condesa del México que ya dejé.

Al mesero, que aquí llaman camarero como en las películas y como se decía antes en México, le extrañó que pidiera mi café por favor y con azuquitar. Me dijo que en Madrid todo mundo se ha olvidado de porfavores, a menos que quiera uno llamar la atención. Sin favor que por eso me pagan y lo de azuquitar y todos los diminutivos son delatores del México que traigo a cuestas o de la Andalucía que ni conozco. Imagino que al reencontrarte tendríamos que reconocernos del todo en Sevilla, ¿te acuerdas que nos decían que era como Veracruz y tú pensabas que así podría recuperar todos los colores de mi infancia? Como si los colores de Veracruz fueran los mismos colores de Sevilla y Granada, Carmen de mil colores, hoy he recuperado los colores de mi Madrid. Creo reconocer cada piedra y al mismo tiempo descubro Madrid. La cara de extrañeza que me puso el camarero ante mis palabras y mi propina me hicieron pensar en lo mucho que tengo que aprender, como si

repasara un recuerdo perdido para volver a encontrarte. Como si fuera un niño que tiene todo por aprender, para volver a ti, Carmen mi nombre.

Carmen que se llama la calle que me llevó en andas, en plena noche madrileña a la Puerta del Sol. Me imaginé que el sol estaría iluminando el perdido Zócalo del México que ahora dejo atrás, cuando me paré justo encima del Kilómetro Cero de mi España recordada. Esperé casi un cuarto de hora, como si hubiéramos fijado una cita en ese preciso lugar, vanamente buscándote en la Puerta del Sol ya oscurecida por la noche, buscándote en un mar de mil caras anónimas que se montaban en camiones rojos o desaparecían de las banquetas, que aquí son aceras, o por escaleras que aquí son escalerillas que los llevaran al metro. Me acerqué a una estatua de un caballo que no conocía, un caballito que cabalga por el centro mismo de la Puerta del Sol y con un jinete que sonreía como si supiera que estoy a punto de reencontrarte.

Me dejé llevar por las luces y por los rostros. He visto todas las caras de esta noche de Madrid porque sé que solo así volveré a ver tu rostro, Carmen del divino rostro que llevo pegado al manto de mi memoria. Llevo tu cara grabada en mi mente, pero no la imagen fija de la fotografía que nos tomamos en México. Esa la tengo ya sobre el librero que ya es mío en mi hogar de Gran Vía. Sobre mi mente tengo todas tus caras, tus gestos, tu sonrisa que es la misma y el milagro de tus párpados cuando sentían que los besaba. Te molestaba abrir los ojos y sorprenderme, ver que yo no cerraba los míos, pero solo así pude grabarme tu cara que ahora busco en Madrid sin más señales que mis recuerdos.

Con la vejez he adquirido la posibilidad de reconstruir rostros. Veo en la avejentada cara de cualquier persona los rasgos intactos de su juventud. Con los años, conforme fui envejeciendo, me fui haciendo a la idea de que solo así te reconocería, Carmen intacta y alabastrina. No hay magulladura del tiempo que sea capaz de maquillarte ante mí, Carmen de mi ansia, si vieras que en el baño del avión, y en el servicio de mi nuevo hogar en Gran Vía me he visto la cara rejuvenecida. Me veo como si cuarenta años sin verte solo me hubieran impreso canas en la cabeza, gafas en la cara y un puñado de arrugas que no cambian la misma cara que besabas, mi rostro completo que tomabas en tus manos y que tú también juraste

jamás olvidar.

Vi a un vejete con boina vasca y en el brillo de sus ojos reconocía al instante su cara de joven esperanzado, como lo fuimos todos. Vi la nariz bochornosa de un Rabal envejecido que seguía siendo el mismo apuesto Nazarín de las películas antiguas. Vi a una mujer gordísima, con una lonja de papada, y que con parpadeo adelgacé en mi mirada, retornándola al rostro delgado que profesó en su juventud. Vi también a un niño con cara de desolación que me hizo imaginarlo ya viejo, verlo con la misma desesperanza. Vi mujeres hermosas que escudándose en su maquillaje querían disipar la cara de brujas que llevarán encima dentro de unos años.

Vi tantas caras que confundí mi recorrido. Como si tuviera un itinerario supe que la Carrera de San Jerónimo no me llevaría a la Plaza Mayor. Me regresé porque pensé que solo en la Plaza Mayor te volvería a encontrar. En el Zócalo de Madrid te vería impávida, con la misma cara con la que te sueño. Debería escribir todo esto, pues no es justo que solo lo piense creyendo que me escuchas. No me oyes, Carmen, porque si supieras, si me oyeras, si me comprendieras tan siquiera un poco, habrías estado allí en plena Plaza Mayor esperándome. No había nadie, solo vi siluetas que tenían la prisa de cruzar la Plaza en diagonal y sin rostro. Nadie, y tú deberías haber estado allí, al pie de esa estatua. Otro caballito y otro príncipe del que no tengo ni idea del nombre, como el que nos quedábamos a ver en Reforma. Si supieras que al Caballito de México ya lo quitaron de allí y lo llevaron cabalgando en una grúa hasta donde era la facultad de ingeniería, y yo ese día lloré. Lloré porque le cambiaban el rostro al México de mi memoria, al único lugar con todos mis colores. Por eso resolví que tú ya estabas en Madrid, porque pensé que mi México se decoloraba y de alguna manera sabía que recuperaría los colores reencontrándote en Madrid.

Lloré como también lloré ante este Caballito de Madrid, porque pensé que allí se me haría el milagro de reencontrarte, de volver a besar el rostro, el único rostro de tu cara, no el de la foto ni el de mis recuerdos. Tu rostro divino que se me perdía entre todas las caras de mi primera noche en Madrid. Pero no sentí tristeza, ni urgencia. Tomé el cuadrado completo de la Plaza Mayor como testigo de mi último propósito, de la última y serena convicción de

que te he de encontrar en Madrid y que lo que me queda de vida será la eternidad que nos prometimos dese el primer beso, el único. El mismo beso, el interminable beso que recreábamos cada vez que juntábamos los labios.

En mi cabeza retumbaba toda la emoción de reencontrarte y todo el sabor de mis recuerdos. De ese beso que nos dimos el 5 de octubre de 1949 en la pista del Salón México, escuchando a la Danzonera de Acerina. De un beso que me dio mi madre en esta Plaza Mayor ante el barril rojo de un barquillero y el beso que se dieron mis padres el día que vi que llegaba papá de la guerra. ¿Te acuerdas de Acerina, Carmen danzón? Esa noche te dije que yo escuchaba tus ojos y que escuchaba tu beso por encima de la tambora de Acerina y su Danzonera. Escuchaba tu rostro, tus labios y esa misma cabellera que imagino ahora en Madrid. Esa noche nos tocaron *Perjura, Amor indio* y *Sabor de engaño*. Lo sé porque el micrófono anunciaba esas canciones sin considerar que interrumpían nuestro beso, el mismo, el único e ininterrumpible.

Sellé mis labios como si te besara y me encaminé al Arco de Cuchilleros. ¡Si supieras qué ensayado tengo este recorrido! Cualquiera diría que lo llevaba en la memoria, no en México ni en mapa, sino en el íntimo recuerdo de haberlo andado como quien revive besos y promesas. Carmen, en mi cabeza seguía Acerina pero porque así lo quise empecé a pensar en nuestro chotís. ¡Cuánta adrenalina pensar en Madrid, el *Madrid* de Agustín Lara! Mis pasos se acompasaron al recuerdo de esa música tan nuestra, un estribillo repetitivo, esa cadencia con la que nos besábamos, Carmen, Emperatriz de Lavapiés, musa que te he de reencontrar como un oleaje de violines, los mismos que ambientaron todos nuestros bailes, la misma melodía del único beso, mil y un veces repetido y que estaremos a punto de retomar. Porque sé que, bajando por Cuchilleros al llegar a la Cava Baja, doblo a la izquierda sobre la calle de Colegiata. Lo sé como siempre supe el rumbo de nuestros paseos en México, el camellón de la calle Durango, las bancas del Parque España y los cafés en las aceras de Álvaro Obregón.

Lo supe todo, Carmen mi Carmen. Llegué a la Plaza de Tirso de Molina y enfilé por Mesón de Paredes, porque sé que allí me esperas, ¡si estás en todo Madrid! Sabrás de memoria el rosario de esta letanía andante: Juanelo, Esgrima, Encomienda, Caravaca y la

plaza frente a la Corrala. Mi camino mil veces soñado, ahora andado con el desencanto de esta ilusión que no te halló. ¡Si supieras cuántas noches se me volvió rosario recitar las calles donde suponía reencontrarte! Rosario de rosas, cadena de rosas, letanías mías: Carmen Juanelo, Carmen Esgrima, Carmen Encomienda, Señora de Caravaca y Duquesa de la Corrala, Emperatriz de Lavapiés. Rosario de rosas a ti, que te tengo que encontrar en tierra de claveles, como los que siempre llevaste a los toros, y no con esta rosa azarosa que se me cruzó en mis oraciones. Antes, te rezaba la letanía de las calles del México que ahora se me quedó al revés: Chapultepec, Balderas, Artículo 123, Carranza, Bolívar y Madero. Pero pronto supe que nuestra oración, rosario de claveles, era este recorrido imaginario que ahora pude conocer. De claveles y no de la rosa que te traje desde México, envuelta en camisas nuevas, impregnando mi apariencia.

Por eso en el Jardín de Paredes le dejé la rosa a Agustín Lara. Lo miré melancólico, con los brazos cruzados, impávido ante mi peregrinaje de tantos años en esta noche eterna. A mi edad ya no me permito hacer locuras, pero ahora que siento que he renacido, que tengo los diez años con los que dejé Madrid y los veinte años con los que te conocí, me permití tararear cada estrofa de nuestro chotís frente a la estatua de Agustín. Pensé que me llegarías directamente a los brazos, convencida de que este reencuentro fue una ilusión pactada y no un disparate retrasado por la abulia y la vejez. Una cita concertada en el mismo instante en que nos dejamos de ver, para ver si de veras no somos inolvidables, para verte de veras, Emperatriz de Lavapiés. Por eso llegué andando a Lavapiés y canté ante el Divino Flaco. He llegado a tu barrio, calles de noche en la primera caminata de mi amanecer en Madrid, calles rezadas en el rosario de mis oraciones, porque sé que te he de reencontrar, eterna y etérea, como siempre lo has sido. Como el único beso que nos seguimos dando.

Hay amores que se quedan pegados a la memoria como si fueran la letra de una canción predilecta. Pedro Torres Hinojosa salió a la noche de Madrid con un enjambre de música en la cabeza. Iba tarareando la melodía de su amor inolvidable y hubo momentos en que silbó una tonadilla como si sintiera que media vida de espera se le quedaba en el olvido. Su mente era música y solo la música le

quedaba de Madrid, porque creía reconocer calles y quebrantos, quería reconocer balcones y monumentos, creía saber recorridos cuando estos solo eran música, música callada de su propio invento. Porque don Pedro Torres Hinojosa se inventaba el regreso a un Madrid imaginado con la única partitura auténtica: la cara y el cuerpo de Carmen, congelados en su mente.

Por un raro don que heredó de algún antepasado, Pedro Torres Hinojosa podía ver los rostros infantiles de los viejos y las caritas envejecidas de los niños. A su maleta de confusiones, los horarios volteados, las palabras cambiadas, objetos en blanco y negro sobre un fondo de colores y cosas en color sobre una calle en daguerrotipo, al viajero de ilusiones se le sumaba el enigmático purgatorio de mirar caras multiplicadas por sus propias historias. Él mismo no parecía un hombre de setenta años que regresaba al Madrid de una niñez perdida, sino un niño de siete años con corbata, chaleco y zapatitos nuevos que se aproximaba a descubrir Madrid por primera vez, porque ya le había llegado el tiempo de conocer Madrid.

Recorrió las calles sin más propósito que cumplir ilusiones, exactamente igual que cuando iba al colegio o se juntaba con sus amigos para torear de salón. Uno camina y se desplaza por el mundo con los pasos que uno mismo se inventa en la mente. Cayetano le había dicho que anduviera con cuidado, que no es normal que un señor ande caminando por Madrid vestido como si fuera a una ceremonia, además con un sombrero que le llamaría la atención al primer chorizo que se le cruzara en su camino. Pero don Pedro partió plaza en Madrid creyendo que aún había serenos, y que ante cualquier peligro podría aplaudir y gritarle al sereno más cercano.

Pero el único sereno que tenía Madrid en esta noche de septiembre era él mismo, don Pedro Torres Hinojosa, aplaudiéndose a sí mismo, cargando en su mente todas las llaves de su propia memoria y los horarios de su imaginación. Si se pudieran ver los pensamientos de quienes caminan solos, seguramente habría más peatones en el mundo. Se llenarían las calles de mirones impertinentes y se inventarían sombreros nuevos para intentar esconder nuestras ocurrencias, velos que cubrieran las nucas de quienes urden asesinatos mientras caminan en la noche, pañoletas

especiales que pudieran ocultar pasiones inconfesadas y pañuelos amarrados en las puntas como disfraz de los piratas de nuestro tiempo. Así parecía el sombrero anacrónico de don Pedro en la noche de Madrid, como si fuera un casco protector de sus cursilerías, una olla de alas anchas que servía como caja de resonancias de las íntimas melodías que se iba tarareando en silencio. Cualquiera supondría que un hombre vestido como actor de película en blanco y negro llamaría la atención de todo el mundo, pero nadie reparó en Pedro Torres Hinojosa. A nadie le importó ni su trajecito impecable ni el golpeteo de sus zapatitos nuevos. A nadie le sorprendió ver su sombrero, ni recibir la mirada penetrante de este madrileño mexicano, mexicano que recuperó Madrid, conquistador indígena y aborigen de ambas costas. Nadie se sintió rejuvenecer ante los ojos de este enamorado confundido y acaso solo un niño sintió que la mirada de don Pedro le estaba diciendo tú eres yo y yo soy tú, te veo como serás porque eres como yo fui.

No se debería llamar paseo a la primera andanza de don Pedro en Madrid, porque fue mucho más que eso. Contra las reglas del turismo establecido, don Pedro caminó por la calle del Carmen buscando precisamente a Carmen, cruzó Caballero de Gracia y sorteó Peligros, exactamente como lo indicaban sus nombres, llegó a la oscurecida Puerta del Sol, pero no de noche —como lo indicaba el horario—, sino con la iluminación de una mañana mexicana, como se lo dictaba la hora y las músicas que traía bajo su sombrero. Por un momento, desconoció la estatua ecuestre que ahora se impone en la Puerta del Sol como si huyera del oso que se apoya en el madroño de bronce. Pensó que había olvidado esa estatua, pero a él le interesaba encontrar la cara de Carmen, el único rostro que jamás podría desconocer ni olvidar. Don Pedro se paró en la Plaza Mayor sintiendo que estaba en el Zócalo y miró la estatua ecuestre con la idéntica ignorancia y admiración que le producía mirar El Caballito de la Ciudad de México, ambos monumentos dedicados a desconocidos reyes españoles, jinetes petrificados en caballos imponentes, anónimos monarcas sin nombre y sin número.

No se debe llamar paseo al recorrido en letanía que conjugaba en la mente de don Pedro todos los años de su infancia y todos los besos de su Carmen. Renunció a la Carrera de San Jerónimo, se

rehusó a andarla como si supiera que esa ruta lo alejaría de su nuevo Zócalo, exactamente igual que si caminara sobre San Juan de Letrán hacia Niño Perdido, sintiendo que se alejaba de la Plaza Mayor de México. Por eso, cuando bajó a Lavapiés siguió la ruta de un itinerario inventado por su propia devoción, un recorrido soñado en noches desde México y que, de contarse los pasos, serían los mismos que anduvo todas las mañanas en México preparando su aventura.

Por eso llegó a Lavapiés como quien recorre callejones en Coyoacán y descubrió el Jardín de Paredes como si llegara a la Plaza de los Arcángeles en San Ángel. Era la primera vez en su vida que veía el Jardín que soñaba en su rosario de calles y por eso no le dio vergüenza depositarle una rosa a la estatua de Agustín Lara. Esa ofrenda ya no era para Carmen. Tenía que ser para el compositor que traía enredado en las canas cubiertas por su sombrero, y que venía tarareando como jaculatoria de una oración rumbera y jarocha. Dejarle una rosa a Agustín, porque Carmen merece claveles. Dejarle una ofrenda al Flaco de Oro como si fuera el mejor epitafio ante esta, la mejor tumba que lo mantiene vivo, en pleno corazón del Madrid de su schotis, en contraesquina de una corrala cervantina, irreal, intemporal, habitada por fantasmas que viven el horario de dormir en esta madrugada madrileña que es el mediodía de México.

No se le puede llamar paseo a la caminata ritual, rosario andante, evangelio de confusiones que le ocupó a don Pedro las primeras horas de su llegada, que era regreso. No es simple paseo, la caminata matinal que agota todas las horas de un mediodía de septiembre en otoño, que es al mismo tiempo el religioso recorrido de una ilusión nocturna que transcurre hasta el amanecer con que termina la noche del mismo septiembre en verano.

Desmayada la rosa a los pies de Agustín Lara, don Pedro se dejó perder por calles que no conocía ni en sus rezos y que no podía recordar ni en lo más musical de su memoria. Pasó horas sin tiempo fijo descubriendo calles con nombres inauditos, rutas ignotas de este imperio de su Carmen, reconociendo edificios que jamás había visto y confundiendo las caras de extraños ancianos con los rostros de sus amigos de la infancia. Madrid convertido en el teatro de su biografía, una escenografía de su memoria que le llenaba el

sombrero con música y melancolía.

Por eso no se puede llamar paseo a la caminata de siglos, andanzas de una confusión de colores en la rara combinación de horarios divergentes. Porque Pedro Torres Hinojosa recorrió la noche de Madrid como si recorriera México de día y, conforme le pasaron las horas, le fueron pesando los años que llevaba encima con todas las imágenes que registra su recuerdo.

Cuando volvió al Hostal Madroño de Gran Vía faltaba poco tiempo para que amaneciera en Madrid y el hambre se le había arrejuntado en el estómago, recordándole que en México se acercaba la medianoche. Hay una cierta frescura en los amaneceres de cualquier ciudad que se parecen mucho a los minutos que preceden al sueño. Se amanece como si se durmiera, y eso contribuyó a las confusiones de un hombre que miraba colores del pasado entre las sombras negras de un presente inapelable. Se le confundían los horarios porque sentía que terminaba su primer día en Madrid cuando en realidad apenas iniciaba su primer amanecer. Si acaso, a don Pedro le faltaba sentir calores de sol y más colores. La noche lo había cubierto de sombras y siluetas, de pedazos de negro que de cerca se volvían edificios, luciérnagas en vuelo uniforme que resultaban ser lámparas de calles borrosas. Don Pedro anduvo toda la noche sin reparar en los tiempos, nadaba en un mar de voces borrachas y de pronto bogaba por callejas donde solo se escuchaban sus propios pasos. Sin reloj, y con los dos horarios bajo el sombrero, don Pedro sintió el instinto de regresar al hostal, resignado a que esa noche no se le haría el milagro de reencontrarse con Carmen. También sintió que le llegaba la hora de comer, pero no en cualquier calle ni en cualquier sitio. El Hostal Madroño se había convertido en su hogar y allí donde reposaba la única fotografía, donde colgaban sus trajes y descansaban sus zapatos; allí donde dejó escondida su fortuna de billetes en sobre de contabilidad, allí tenía que llegar a comer y, con los primeros rayos del sol español, dormir sus sueños de México.

La vi de rodillas, limpiando los rodapiés que adornan los pisos de mi nuevo hogar. Tenía un pañuelo amarrado a la cabeza y sus rodillas delataban una piel que siempre es limpia aunque es tan fácil de ensuciarse. Aunque sabía que era Vicenta, pensé en mi madre y la recordé fregando pisos en la Embajada de Inglaterra.

«Usté ha de ser el mejicano», me dijo, y el sonido de la jota me remitió a todas las infinitas veces en que me preguntaba si México se debería decir Meshico o Mecsico, como en inglés, y todas las explicaciones que me daban mis compañeros en blanco y negro y que ahora recuerdo con todos los colores que me brindaban sus mágicas explicaciones.

—Cayetano me ha dicho que usté llegó ayer por la noche… ¿sabe? Yo tuve que hacer unos mandados, y por eso no estuve yo misma para registrarle, pero Cayetano es como si fuera el encargado… Vamos, que la encargada soy yo, pero él me ayuda, ¿comprende? Bueno, a lo que vamos. Ya sabrá usté que aquí no hay desayunos, y además, a estas horas solo conseguiría desayunarse un café… Pero en la esquina hay un casino de militares…

Ya no dejé que siguiera, le dije que no tenía hambre y también le dije que se parecía a mi madre. Se sonrió con esa incrédula carita de quien ve poco probable que un mexicano tenga una madre que parezca madrileña. Me forzó entonces a explicarle que en realidad yo también había sido madrileño y lejos de sentir que ya le estaba yo confiando demasiados datos, sentía alivio. Sentí que inauguraba con Vicenta la posibilidad de contar con amigos, con Cayetano y quien fuera, que me ayuden a encontrarte Carmen desvelada, que no te vi —como lo había pensado— en la primera noche o día de este viaje en que te he de reencontrar.

Hasta que subí al ascensor me di cuenta de que Vicenta estaba escuchando la «Mazurca de las sombrillas» y recordé la primera vez que escuché *Luisa Fernanda* y, a medida que subía el ascensor, dejé que en mi cabeza se confundiera la melodía de esa zarzuela olvidada con las íntimas notas de mi Agustín que te venía tarareando toda la noche.

Me tumbé en la cama vestido, como lo vengo haciendo desde hace años, Carmen que me esperas. Siempre me dejo arrullar por las primeras gotas del sueño sin quitarme la ropa, acaso los zapatos. Cuando sentí que ya se aproximaba la posibilidad de soñarte en profundo, me levanté y desde mi ventana vi el espectáculo maravilloso de la Gran Vía. Por momentos, sentí la tentación de echarme agua a la cara y volver a salir para encontrarte, pero me venció el sueño porque soñando, por lo menos ahora, tengo la verdadera certeza de verte y de volver a besarte, Carmen amanecer

de media noche.

Soñé un cartelillo marcado con el número 3 y no estaría yo muy dormido, pues pensaba qué querría decir el número 3 en mi primera noche, que en realidad ya era de día, en Madrid. Soñaba el 3 y me veía caminando por la calle Ayuntamiento, como si fuéramos al estudio de grabación de Agustín Lara, pero en realidad era la Gran Vía y desde la banqueta veía la ventana de mi nuevo hogar marcada con un 3. Sentía que caminaba contigo, y de pronto, me vi caminando solo, el mismo recorrido que he hecho para reencontrarte y la noche de Madrid se me convertía en el lomo de un toro negro, bragado, paliabierto como la Puerta del Sol, y entonces comprendí que era «Fresnillo», número 3 de la ganadería de San Mateo, el primer toro que mató Manolete en la Plaza México y que al pasear la oreja de aquel animal se detuvo su mirada en tu vestido de flores y en la belleza que ahora vengo a reencontrar. «Fresnillo» fue la primera noche de esta aventura en la que te sueño y siento recuperar, en que presiento saber que anoche no saliste por andar en algún mandado, y que no me importa la razón por la que no hayas salido anoche, pero sé que no pasará de hoy cuando te vea, porque he de cortar la oreja del «Fresnillo» de mi sueño, encontrarte hoy que ya es media tarde porque sé que te soñé, y que desde la Gran Vía he visto mi nueva ventana marcada con el número de la noche, de mi primer toro como si fuera el mismo con el que te embelesó Manolete la tarde afortunada en que yo me enamoré de ti.

Serían las cuatro de la tarde cuando decidí meterme a la ducha y pegarme un regaderazo. Como verás ya estoy combinando mis palabras de México con las expresiones de mi infancia. ¡Si supieras que apenas llevo una noche, que parece que es un primer amanecer, y ya estoy combinando colores mexicanos sobre las negras fachadas de este Madrid que se me había decolorado! Pienso que serían las cuatro de la tarde, no solo por el horario taurino, sino porque sentí que había dormido hasta tarde, que para mi México ya eran las nueve de la mañana y sentí esa doble sensación, rara e inexplicable, de bañarme para empezar un día, cuando en la calle se oían ruidos de tarde que languidece, de sobremesas en donde los comensales ya han pedido la cuenta al mesero, ¿o diré camarero?

Quizá por eso sentí hambre y apenas me puse la camisa me

asomé a la ventana como si quisiera fijar el rumbo por donde comeríamos. Como si viera el restaurante en donde te he de encontrar. Pensaba en tantas cosas, Carmen de sueño de media tarde, cuando reparé en la figura de un hombre que me pareció miraba directamente a mi ventana. Por momentos, sentí el terror de que American Express hubiese logrado dar con mi paradero, que Vicenta con todo y su parecido maternal me hubiera delatado o que Cayetano no estuvo por la mañana precisamente porque había ido a declararle a la Guardia Civil que en su hostal se había registrado un prófugo.

A pesar de que me había bañado, sentí gotas de sudor. Sudor de nervios, como cuando se visten los toreros. Por eso, quizá, me tardé en terminar de vestirme, me hice el nudo de la corbata como si fuera el último rito personal que se le concedía a mi aventura, y en cuanto me vi vestido tomé suficiente dinero como para que nuestra comida, la única que se nos haría realizar, fuera opípara, cara e inolvidable. Porque pensé que no me iban a agarrar ni en el vestíbulo del hostal (por la mala imagen que daría a los demás huéspedes), ni en las aceras de la Gran Vía (por la ridiculez pública de tomar por los hombros a un hombre de mi edad)… Me tendrían que seguir al restaurante, y con todo sigilo, a la hora de la cuenta, acercarse como quien invita un puro y, entonces sí, ponerme las esposas y leerme no sé qué papeles de American Express.

Pero ya ves que soy tonto y apenas bajé al *lobby*, Vicenta y Cayetano me esperaban con una sonrisa doble, que en ese preciso instante me hizo sentir la continuidad de mi aventura. Ni persecución, ni delatores: una amabilidad que ya había sentido o querido sentir. Son ya mis amigos, por la manera en que les intriga que no he podido cambiarme el horario y porque apenas me vieron no tuvieron reparo en chulear mi ropa y preguntarme si tenía yo alguna cita. Desde luego les mentí, y al mismo tiempo, les dije la verdad. «Voy a reencontrarme con una novia de hace mucho tiempo», les dije y sentí que se les alargaba la sonrisa. Cayetano me dijo que con este perfume tengo garantizada la felicidad del reencuentro y hasta entonces me di cuenta de que en la radio de Vicenta se seguía escuchando la «Mazurca» de *Luisa Fernanda*.

Cuando salí a la calle noté que las cuatro y media de Madrid tienen un raro paralelo con las nueve y media de mi México. Ya

habrá tiempo para que comparemos nuestra opinión, pero no me negarás que hay una frescura en los vientos de la tarde y una cierta iluminación que hace que el atardecer, cerca de Callao, se parezca tremendamente al amanecer en el Paseo de la Reforma. Con esta manía que me ha salido con las caras, vi niños que parecían encaminarse a la escuela, cuando en realidad ya vendrían de regreso; vi señoras que me parecían ir de compras al mandado de la mañana, cuando en realidad venían platicando sus faenas de todo el día, dispuestas ya a descansar en un café o en la sala de algún cine. Incluso pensé que, de encontrarte en el restaurante como lo había ya soñado, no sería mala idea ir al cine para festejar nuestro reencuentro… Pensé tantas cosas, hasta que reparé en la figura del hombre que vi desde mi ventana. Seguí con la mirada hacia el edificio de mi nuevo hogar, y aunque yo estaba en la acera de enfrente, me pareció que ya no veía específicamente hacia mi habitación, sino que parecía pronunciar las letras del Hostal Madroño.

Carmen, adrenalina pura, que sentí que este hombre algo tendría que ver con mi aventura. Sentí un cierto mareo, pero también me sentí dueño de todas mis ilusiones y crucé la Gran Vía como quien partiera plaza. Si me he de enfrentar a «Fresnillo» o si este hombre ha de ser el «Islero» de esta aventura, lo he de encarar sin miedos y hasta sentí ganas de invitarlo a comer. De sobremesa, le explicaría todo el delirio de estos horarios volteados y hasta le pediría ayuda para encontrarte. Si acaso algo de miedo se me metió en las entrañas, te aseguro que no tartamudeé. Lo que sí es que perdí sus colores: a medida en que me le fui acercando, me parecía que era un hombre en blanco y negro, y que todos los colores de la Gran Vía se acentuaron en el instante en que se me ocurrió decirle «disculpe».

Me contestó, sin preguntar, que era yo mexicano. Te diría que es adivino, pero me dijo que un madrileño no diría «disculpe», si acaso «perdoné» o a lo mucho «oiga, por favor» y no tuvo que seguir dándome más explicaciones, porque riéndome le dije que era mexicano y que lo poco de madrileño que tenía lo había perdido en el exilio. Me tomó entonces del brazo, como si se hubiera encontrado con un viejo camarada, y me dijo que él se llegó a sentir de Valencia, aunque había nacido en París; que se había llegado a sentir español, aunque su madre era francesa y su padre creo que

alemán; me dijo que siguió sintiéndose español, aunque en realidad terminó siendo… ¡precisamente mexicano!

Los recuerdos o son algo recuperado por la memoria o son algo que se perdió en la amnesia. De pronto uno recuerda las escenas más remotas, cubiertas de una pátina inexplicable que parecería ser como un rencor por tantos años sin haberlas sacado del olvido. Pero también uno recuerda cosas que jamás ocurrieron, escenas que quizá nos fueron platicadas o congeladas en alguna fotografía y se nos anclan en la memoria como si de verdad hubieran ocurrido.

Pedro Torres Hinojosa regresó al Hostal Madroño al filo de un amanecer cansado, la primera salida del sol sin haber cumplido su ilusión de encontrarse con Carmen, sin haber empatado las músicas y los horarios que traía bajo el sombrero y sin haber reconocido del todo al Madrid que guardaba desde su infancia. Vicenta lo recibió en el vestíbulo, con la misma música que pone todas las mañanas a las cinco en punto, *Luisa Fernanda*.

Quizá don Pedro sintió una suerte de remembranza porque algo tienen las mujeres madrileñas que las emparenta con uno mismo. Hay una secreta universalidad en la piel de sus rodillas y en la blancura de sus piernas fuertes, y una especie de ecumenismo en el esfuerzo que delatan sus pasos, sus faenas, sus trajines y sus trabajos. Quizá la vio idéntica a su propia madre, no solo por el estampado de esas faldas que siguen siendo las mismas desde tiempo inmemorial, ni por el pañuelo de faena que al amarrarse a cualquier frente se convierte en distintivo de una y la misma mujer. Quizá la vio idéntica, porque el azar de su aventura se reservaba la implacable propensión a las coincidencias inexplicables: eran las mismas facciones y el mismo brillo cansado en los ojos, pero además eran los mismos gestos de quien limpia un rodapié de mosaicos talaveranos o los pisos de una embajada inglesa.

Don Pedro estaba en una condición somnolienta y desvelada que le permitía imaginar que ya conocía la falda de Vicenta como una prenda idéntica a la decolorada ropa con la que recordaba a su madre. Era capaz de rememorar cada centímetro de Madrid por el solo hecho de que lo reinventaba a cada paso. Uno se acostumbra a la noción de que descubre lo desconocido, pero hay momentos en que se nos revela lo contrario: nada nos es desconocido en tanto que lo reinventamos con la memoria.

Pedro Torres Hinojosa volvió al Hostal Madroño con la íntima convicción de que acababa de inventar Madrid, de que el mundo entero se acababa de inaugurar y de que todos los colores de México se habían redefinido durante su primera noche en España. Quizá por eso Vicenta era la viva imagen de su madre y de todas las madres que había tenido que inventarse desde que recuperó, ante el puerto de Veracruz, todos los colores perdidos de su infancia. Por eso no titubeó en confiarle a Vicenta el rostro que ella le recordaba y con la satisfacción de haber inaugurado un recuerdo, con esa secreta sensación de haber confirmado un presentimiento, se dirigió a su habitación para dormir el sueño de su primer amanecer en Madrid.

En la duermevela, don Pedro descubrió que soñaba la noche de México y antes de dejarse caer en las profundidades de todos los colores, confirmó que todo México se volvía ahora el invento de su propio recuerdo, la revelación de la misma memoria que ahora amanecía en Madrid.

Finalmente la memoria no es más que tiempo y eso ha de tener tanta profundidad como las aguas de un océano desconocido. Por eso don Pedro se dejó ahogar en uno de los sueños más hondos que recordara en su vida. El cansancio de un recorrido que había comenzado desde hacía años y desde México, las horas interminables de su levitación trasatlántica y la aventura de ir reconociendo a su olvidado Madrid con una caminata delirante se convirtieron en una placentera pesadez, en un cansancio ya casi superado, que solo podría sobrevivirse dormido.

Durmió hasta que su reloj marcó las nueve de la mañana. Descansado, se bañó como la noche anterior salvo que ahora su habitación era inundada por la luz de una media tarde en Madrid. Envuelto en el ruido que subía desde la Gran Vía, Pedro Torres Hinojosa veía absorto el trajín de todo su mundo inventado desde el discreto parapeto de su ventana de hostal, como un paramecio del rito inexplicable de su propia aventura. Mientras se vestía confirmó que el otoño seguía siendo verano, recordó que el horario real iba siete horas adelante del suyo y, sin proponérselo, volvió a sentir la culpa de haber firmado cuatro trajes con chaleco, cuatro pares de zapatos con hoyitos en el empeine, cuatro camisas inmaculadas, dos pares de gemelos, cuatro corbatas de seda y lisas, el sombrero

anacrónico que ahora reposaba sobre el librero de su nuevo hogar y esa gabardina que conforme pasaban las horas se veía más cinematográfica.

Quizá pensó en su propia muerte, la única salida digna para esta fuga trasatlántica, o quizá pensó en la inmensa frustración de verse capturado por órdenes de una tarjeta de crédito. Lo cierto es que se anudó la corbata como si fuera un torero decidido a salir por la puerta grande o a caer en la enfermería corneado. Tomó el ascensor con prisa, como si quisiera acelerar el descenso de aquella magnífica jaula, y al llegar al vestíbulo encaró a Vicenta y a Cayetano como si fueran un par de viejos y recuperados amigos de toda la vida. Dejó que le elogiaran la ropa y les explicó que el sombrero, aunque parecía muy viejo, apenas tenía dos días de haberlo comprado. Se dejó elogiar y les confió que tenía algo de prisa pues salía a encontrarse con el amor de su vida.

Salió a Gran Vía, convertido nuevamente en un caballero de gracia dispuesto a sortear cualquier peligro, y acomodándose el sombrero miró fijamente hacia el Museo Chicote. Caminó hacia la Red de San Luis, pero en su mente iba recordando la acera izquierda de la calle San Juan de Letrán en México. Cruzó Montera, Tres Cruces, Salud y Chinchilla pero en su cabeza iba tarareando un requinto olvidado del trío Los Panchos e imaginaba que se acercaba a la explanada del Palacio de Bellas Artes. Confundido, veía niños que traían libros recién comprados y mujeres cansadas, hombres que miraban sus relojes tan solo para confirmar los pocos minutos que faltaban para terminar sus aburridos días, pero don Pedro imaginaba que apenas empezaba la mañana y quizá reconociendo sus desvaríos urbanos se animó a preguntarle a un joven hacia dónde quedaba la Plaza del Callao. Como era de esperarse, el joven lo miró de arriba abajo, no pudo ocultar una leve sonrisa burlona y sin contestarle a don Pedro siguió su camino como si nada. Quizá en otro tiempo, en otro Madrid o en persona de otra edad, don Pedro habría encontrado no solo la respuesta que lo orientara, sino incluso la posibilidad de que algún samaritano de antaño lo llevara personalmente hasta el lugar de sus deseos. Incluso pensó preguntarle directamente al primer canoso con cara de bondad que se le cruzara en el camino si pudiera ser tan amable de confesarle dónde podría encontrarse con Carmen.

Sin explicación, sin que nadie le indicara la ruta, llegó a Callao y decidió bajar por Jacometrezo por el solo hecho de que le llamó la atención el nombre. Pasando la Plaza de Santo Domingo, tuvo que recordar que esa parte de Madrid le era totalmente ajena y en ese mismo instante se la reinventó como parte de su memoria. Imaginó que fue allí a donde acompañaba a una lejana tía de Huelva que venía a Madrid a visitar a un médico y, satisfecho con su invento, dobló por la calle de la Bola y se metió al primer restaurante que le quedó a la vista.

¡No tienes idea de lo que sentí al encontrarme con un paisano! Bueno, imagino que sí tienes idea y que ya habrá ocasión para que me platiques cuántas veces te habrá ocurrido a ti. Además, a ti… Tú sí que eres la verdadera mexicana en Madrid, mientras que yo ya no sé si soy el madrileño que regresa o el mexicano que llega. El caso es que este hombre, una vez que me dijo que también era mexicano, no se soltaba de mi brazo y con una leve mirada que lanzó hacia el reloj de la Telefónica me dijo que era buena hora para comer. Enfilamos Gran Vía arriba, rumbo a Callao y, como si nos conociéramos de tiempo atrás, me tomó del brazo… Te imaginarás las estúpidas miradas de la gente: un hombre de sombrero y el otro absorto en la contemplación de las fachadas.

Como si imaginara mi inquietud por las miradas que lanzó hacia mi hostal y a los demás edificios, me explicó que hacía treinta y tres años que no venía a Madrid. Me dijo que España le daba la impresión de ser como *una persona privada de luz, en oscuridad completa —sin perder la vista, pero metida dentro de las tinieblas gracias a una venda o pañolón—, anublados el juicio y la razón, incapaz de juzgar los colores, a quien su ignorancia parece discreción, entorpecidos los sentidos, a quien todo se le volvió noche, ciego de pasión de orgullo*.

—Pero si eso mismo es lo que me pasa a mí —interrumpí con entusiasmo—, si usted supiera la confusión que traigo con los colores, los enredos de horarios y la amnesia que quiero apaciguar con recuerdos que me he ido inventando. Es como si jugara a la gallina ciega, como si fuera niño de nuevo y estuviera en la calle de Lista jugando a la gallina ciega.

—Sí: España con los ojos vendados, los brazos extendidos, buscando inútilmente a sus compañeros o hijos, dando manotazos,

perdida —me dijo este maravilloso adivino que estúpidamente creí que era algún tipo de policía dispuesto a arrestarme por la efímera fechoría de haber firmado esta aventura con una tarjeta de crédito.

—Quizá la gallina ciega soy yo (o usted) y España siempre fue así y no solo hace treinta y tres años. Acaso únicamente haya cambiado el tiempo. Acaso los que empollamos huevos extraños fuimos los que nos fuimos —concluyó mi amigo y, cruzando Callao, me indicó que había un estupendo restaurante en la calle de la Bola.

Quizá porque hablamos de huevos de gallinas decidimos compartir una tortilla de patatas, que creo que jamás volveré a llamar papas, y en vez de pedir un obligado cocido madrileño, ambos convinimos en compartir un pollo. A todo esto yo ni sabía cómo se llamaba este hombre que, como comprenderás, Carmen de azar y coincidencia, ya era para mí una aparición maravillosa. Me dijo entonces que le llamara Max, así sin más, y decidimos que él me llamaría tan solo Pedro. Sin apellidos, ni más señales que las que aparecieran abiertas en la tertulia que en ese mismo instante inauguramos.

Conforme avanzó la comida fui confirmando las maravillas de este hombre que por mis estúpidos temores había llegado a confundir con un gendarme. Max no tiene nada de gendarme y, a lo largo de las tres horas que duró nuestra comida-desayuno, se me reveló como uno de los hombres más interesantes, buenos e inagotables que haya conocido. Quisiera tener una fotografía para que lo pudieras ver en persona: usa unos lentes de altísima graduación, fajados en un armazón negro que parece incómodo, y que reducen sus ojos al tamaño de una monedita antigua; tiene el pelo blanco y peinado hacia atrás, lo que le deja una frente amplia que descubre unas orejas más bien grandes. Pero lo mejor: tiene dos arrugas al filo de la nariz que le bajan hacia la comisura de los labios y revelan una crónica propensión a sonreír. Sus ojitos contribuyen a formar la sensación de que están sonriendo, de buen humor o, por lo menos, a que es en realidad un hombre bueno. Llevaba un traje negro y una corbata clara con una suerte de rombitos oscuros… Como te podrás dar cuenta, no lo pude ver en colores. Desde que me le acerqué en la Gran Vía no solo se acentuaron los colores y los matices de todo y todos cuantos nos rodearon, sino que Max se me quedó en la vista como película de

blanco y negro.

Nos terminamos dos botellas de un vino rojísimo y ambos dejábamos pasar muchos segundos en cada bocado de tortilla de patatas, y el pollo con verduras de todos los colores. Sentí tanta confianza que le platiqué de nuestro amor, de cómo te conocí admirando a Manolete y de la inexplicable razón por la que nos separamos. Le dije que sin ninguna razón que avalara mi aventura estaba decidido a reencontrarte aquí en Madrid y que, al mismo tiempo y sin proponérmelo, estaba recuperando mi infancia y todo el peso de mi memoria en este Madrid que me parecía tan ajeno.

—*Uno no se deja llevar nunca por la sola razón* —me dijo Max entre un bocado de pollo que se le atoraba en su enrevesada dentadura—, *el hombre no es un ser razonable o no lo es más que en parte y con artificio. ¿Qué me decía a mí mismo? Jamás puede el hombre decir las cosas con propiedad absoluta; siempre queda un margen y sentía cómo uno de mis pies —o de mis manos— estaba cogido en esa trampa del decir y del decidir. ¿Era España esta oscura neblina que iba tiñéndose de no sé qué colorcillo rosado? No sabía qué pensar, no sabía ni qué pensar; solo andaba por las ramas. ¿Qué sentía? ¿Cómo esclarecer mis sentimientos? No podía despabilarme y empezar a contar dos y dos son cuatro, aun suponiendo que lo fueran. Sí: no era España, no era mi España.*

Para cuando pedimos los cafés, mi entusiasmo me orilló a fumarme un puro. Hacía años que no me animaba a fumar y el recuerdo del olor me remitió a la gloriosa tarde en que Manolete le cortó las orejas y el rabo a «Gitano» o la oreja a «Fresnillo», ese toro marcado con el número 3 que soñé anoche y que ahora se me presentaba como mi propio y primer triunfo en Madrid. No quise insistir en que mi aventura va específicamente dirigida a reencontrarte y dejé que Max siguiera filosofando sobre Madrid, sobre esta ciudad tan nuestra y que para ambos se nos había convertido en ajena…

—*Subir por Tabernilla a la Puerta de Moros, la Iglesia de San Andrés, la Capilla del Obispo, la Iglesia de San Pedro. (¿Qué son? ¿Mozárabes, neoclásicas, jesuíticas? No lo sé: madrileñas de los barrios bajos, madrileñas, castellanas que no se pueden confundir*

con las de Ávila o Segovia, las de Valladolid o de Burgos; no, son las iglesias de Lope y de Cervantes, unas iglesias sencillas, de ladrillo y pizarra, claro que no les falta ni la piedra ni el mármol, pero a pesar de ello, son iglesias elegantes, de corte y no de aldea).

Dejé que se perdiera en el recorrido emocional de sus palabras. Aquí estaba un hombre, delante de mí, recreando todo el Madrid de mis propios recuerdos. Me hubiera gustado ser más culto, más leído. Cuando mencionó a Lope y a Cervantes estuve a punto de comentarle mi inmensa ignorancia, decirle que en México no había llegado a ser más que un burócrata honrado, apasionado por los toros y por la maravillosa mujer que conocí en los tendidos de la Plaza México. Me hubiera gustado confesarle que lo único que conozco de música clásica es lo que transmitían los sábados por la tarde en la radio de mi ahora olvidado departamento y los recuerdos de viejas zarzuelas que apenas hoy en la madrugada me habían regresado al oído. Me hubiera gustado, pero dejé que Max siguiera con su propia memoria…

—La plaza de la Cebada, la calle de Toledo. Todo a escala humana, a la escala provinciana de la capital. Y la Cava Baja y la Cava Alta (¿Te acuerdas de la otra Cava Baja, del Teatro Lara, de la calle de Valverde? El mismo y otro Madrid). Este es el Madrid del XVII y, sin embargo, se nos viene a la mente por las novelas de don Benito. Atravesamos la calle de Segovia, la del Sacramento, y por la calle del Codo desembocamos a la plaza de la Villa, a la Torre de los Lujanes. ¡Qué plaza! Hay otras, ninguna como esta. No es ninguna tontería: ninguna como esta.

Le propuse entonces que hiciéramos precisamente ese recorrido, porque yo no recuerdo otra Cava Baja que la de Lucio, ese restaurante soñado que me aprendí a través de pláticas. Quizá don Max se refería a la Corredera baja de San Pablo y, recuerdo que cerca de la Torre de los Lujanes está la Casa del Cardenal Cisneros y el propio Ayuntamiento, que antes se le decía la Casa del Corregidor de la Villa, igual que al Ayuntamiento de México le dicen la Regencia. Yo, por lo visto, he de caminar todas las noches de este Madrid redescubierto hasta que te encuentre de frente y sin aviso, Carmen jardín inmaculado que ahora me quedas tan cerca. Desde luego, pagué yo la cuenta y ni por equivocación iba a permitir que

Max pagara ni el puro que lentamente me iba fumando con todas las maravillosas palabras que le salían de su boca de dientes abultados.

—Este es el Madrid que me llega al alma, el del Cascorro y la calle de la Ruda y de las que hoy llaman plazas de Tirso de Molina y de Jacinto Benavente. Pero ¿se puede salir de aquí? Puede uno venir, quedarse callado, mirar, estudiar removiendo papeles y tiempos pasados. Pero ya la calle de Carretas no es la calle de Carretas, ni la Puerta del Sol es la Puerta del Sol, ni la calle de la Montera lo que fue… ¿Puede uno vivir en lo pasado, sin asomarse a la calle? ¿Puede uno volver a quedarse en casa dejando el aire y el mañana abandonado?

El reloj de la Telefónica marcaba las nueve menos cuarto de esta mágica noche madrileña, y en mi reloj faltaban cuarto para las dos de la tarde en México, cuando cruzamos justo la calle de la Montera, de regreso a mi hostal. Le propuse que alargáramos la tertulia en Chicote, pero Max me dijo que tenía cosas que hacer. Le pregunté si podríamos vernos mañana, pero Max me dijo que era mejor no fijar horarios. Lo despedí al pie de la escalinata del metro y me provocó una última sonrisa notar que, antes de bajar hacia las entrañas de Madrid, Max volteó sus ojos disminuidos por la inmensa graduación de sus lentes hacia las fachadas de los edificios ya anochecidos de la Gran Vía. Era como si me confirmara que no es espía ni gendarme, sino un simple enamorado de Madrid… Como yo.

Tuvo suerte de que en el restaurante le sirvieran de comer tan tarde. Quizá el camarero notó que se trataba de un turista por el acento de don Pedro, por su costumbre mexicana de emplear diminutivos o por el horario volteado que se le veía en el reloj. «Ahora mismo solo tenemos tortilla de patatas y un pollo con verduras… Pero si el señorito se acerca por aquí mañana le recito de memoria todos los platillos que distinguen a esta casa». A don Pedro le causó gracia lo de señorito y pensó que quizá se lo decía porque delataba la infancia recuperada que poco a poco iba invadiéndole su aventura. Recordó restaurantes en donde los meseros iban recitando el menú de memoria y con el discreto entusiasmo que todo esto le provocaba pidió una botella de vino.

Pedro Torres Hinojosa era el único comensal en este restaurante

desierto. Al parecer no le molestó que, mientras comía su tortilla de patatas y en lo que llegaba el pollo prometido, un mozo iniciara la cotidiana faena de limpiar las mesas, alzar las sillas y fregar el piso. De hecho, dejó que el olor del detergente se le mezclara en la cabeza con la segunda botella de vino e incluso pidió un puro. Hacía años que no recurría al taurinísimo vicio de degustar un puro con los últimos tragos de un vino rojo.

Es probable que todo lo anterior contribuyera al ligero mareo que sintió cuando se levantó de la mesa. El mesero, lejos de quejarse de las casi cuatro horas que estuvo allí don Pedro, quedó profundamente agradecido con la exagerada propina que se encontró al lado del cenicero. Sabiéndose espléndido, don Pedro salió a la calle de la Bola e inició otro de los locos recorridos que habrían de caracterizar su aventura en busca de Carmen. Le hubiera gustado llevar encima un guía con mapa, o cargar bajo el sombrero una memoria más definida de todas estas calles, plazas, nombres, fachadas, lugares, iglesias y caras, mil caras, que se le iban atravesando mientras en su cabeza escuchaba la ya familiar combinación de Agustín Lara con la *Verbena de la Paloma*.

Su recorrido sin rumbo ni prisa, por alguna afortunada sinrazón del azar, lo llevó de vuelta hacia Gran Vía esquina con Montera. Pensó que sería bonito que a esa calle la hubieran bautizado así por razones taurinas y se rió para sí mismo al recordar una tarde en la Plaza México en que un gringo le preguntó a Carmen cómo se llamaba el *sombrero* de los toreros. Incluso, llegó a decir en voz alta: «Ha de haber pensado que era un gorro de Mickey Mouse».

Una muchacha que al parecer llevaba prisa por bajar al metro, alcanzó a escucharlo y no pudo evitar una sonrisa. Don Pedro se le quedó mirando como queriendo reconocerla, pero al instante recordó lo que siempre tenía que recordar desde que se enamoró de Carmen. Solo ella se merece la correspondencia a una sonrisa, la intriga de una conversación y el delirio de una inquietud. Porque sí sintió una ligera inquietud. Porque se sabía aún apuesto, avejentado quizá, pero apuesto como un Mastroianni en plenitud de bíceps, mandíbula y torso. Además, se sabía elegante y al perfume invencible de su loción se agregaba ahora el aroma irreprochable de casi dos botellas de un vino evidentemente opíparo.

En la puerta del hostal volvió a mirar fijamente hacia el Museo

Chicote. Sin embargo, decidió entrar a su nuevo hogar, eso sí, cantándose a media voz que *en Chicote un agasajo postinero, con la crema de la intelectualidá y la gracia de un piropo retrechero más castizo que la calle de Alcalá*. Cayetano no pudo evitar una sonrisa y lanzándole el primer «¡Hoooómbre!» de los muchos que le diría a partir de esa noche, salió de atrás del mostrador para recibirlo como si fuera un viejo conocido.

Algo tienen este tipo de gestos que infunden una secreta complicidad en quien los recibe. Parecería que el madrileño que se anima a soltar un «¡Hoooómbre!» nos conoce las más íntimas fechorías. Lo mismo que cuando un madrileño nos espeta con un «¡Buá!» o un «¡Bueeenó!», infundiéndonos una suerte de reprobación incomprensible, hay otros gestos o expresiones que se vuelven como explosiones de la más sincera amistad. No se puede decir que don Pedro era un hombre gélido o insensible, pero a lo largo de toda su vida en México había aprendido, como quien aprende a distinguir colores, que muchas de las expresiones más comunes de los mexicanos podrían encerrar un doble sentido. Expresiones tan comunes y cotidianas como «¿Quiúbole mi hermano?» y «Tú sí eres bien cuate, *manito*», eran armas de doble filo que bien podrían servir para sellar una amistad de largas horas en cualquier cantina o anteceder al más siniestro de los engaños.

Pero Cayetano le inspiró una complicidad casi filial, una tranquilidad que lo hizo sentir como si realmente hubiera vuelto al hogar. Por eso se sentó en los sillones del vestíbulo y aceptó tomarse unas copitas de Pacharán con este nuevo hermano que merecía convertirse en cómplice de su aventura trasatlántica. Allí estuvieron hasta casi las once de la noche madrileña, lo que serían casi las cinco de la tarde en el horario mexicano que traía don Pedro. Se sintió más mareado que cuando se levantó del restaurante, no solo por el aguardiente de endrinas, sino porque en su cronometría personal se imponía una siesta.

Apenas llegó a su habitación se dejó caer en su cama, pensando en las horas que faltarían para que se produjera el milagro de acostarse allí mismo con su Carmen. Como era su costumbre, antes de que lo venciera el sueño, se quedó con la ropa puesta y no fue sino hasta entonces que recayó en la cuenta de que acababa de platicarle, con pelos y señales, todos los pormenores de su aventura,

la belleza de Carmen, sus ojos y hasta la topografía alunarada de su espalda, a un hombre que apenas tenía dos días de conocer; un encargado, o amante de la encargada, de un hostal anónimo en plena Gran Vía.

Si no hubiera estado tan cansado, Pedro Torres Hinojosa habría sentido nuevamente los miedos infundados de una hipotética persecución judicial, y trasatlántica, pero como estaba realmente agotado se desvistió con prisa y se dejó caer en el sueño como si estuviera en su olvidado apartamento en México, a punto de sortear una siesta de media tarde, mientras en la Gran Vía se desgranaban ya los ruidos de la noche.

Han pasado ya varios días y no se realiza el milagro de reencontrarte, Carmen que jamás te me has perdido. Tampoco he podido dar con Max y, aunque confío encontrármelo en cualquier momento, te confieso que ahora lo busco entre las caras de las aceras. No creas, hay días que no me gusta la aventura de perderme en mis recuerdos sin el consuelo de una plática o la compañía de un semejante. Max es precisamente eso: un semejante cuyo rostro refleja los mismos padecimientos que se le han aparecido a mi vida. Los mismos por el solo hecho de que son diferentes. Ojalá y en los próximos días pueda presentártelo y juntos confirmar que, en realidad, nunca hemos estado solos.

A pesar de mis temores, te informo, Carmen bursátil y millonaria, que no tuve ningún problema en reclamar mi dinero en la oficina del BBV de la calle Alcalá. ¿Conoces ese edificio, el que tiene una cuadriga de caballos de bronce asomándose desde la azotea? Para mitigar los nervios, me acordé de la mágica noche en que vimos *Ben-Hur* en el cine Roble en cuanto alcé mi vista ante la sucursal que custodiaba mis ahorros y entré dispuesto a defenderme ante cualquier funcionario mexicano que estuviera esperándome allí para indagar sobre mis dineros… Pero no pasó nada, Carmen ejecutiva y económica, absolutamente nada que no fuera llegar, mostrar el pasaporte, firmar un recibo sin necesidad de inventar un domicilio y contar un abultado paquete de pesetas que, a partir de ese instante, constituyen el patrimonio de nuestro idilio. Sentí bonito observar que en la papeleta de las transferencias aparecían los nombres de Arruza y de Manolete como los originarios de mi fortuna. La cercanía de ese banco me permitió apurar mi regreso al

Madroño y guardar mi paquete de pesetas en el ropero más seguro de Madrid, en la habitación más confortable del mundo pues será la escenografía de nuestro reencuentro, pues ya es mi hogar. Con esa tranquilidad, he retomado mis recorridos, convencido de que solo faltan horas para tenerte en mis brazos, Carmen etérea y eterna.

He vuelto a Lavapiés convencido de que por ahí te he de encontrar y lo único memorable que me he encontrado fue a una pareja inolvidable que osó besarse en plena calle de la Fe. ¡Si vieras qué hondas sus respiraciones, Carmen de taquicardia! Con qué refinado abandono se entregaban el uno al otro, como si el mundo tuviera una caducidad inmediata y yo fuera un náufrago testigo de la única barca de salvamento.

Recuerdo una tarde en la Alameda, Carmen soñada que te recupero en cada remembranza, y nos acercamos al Templo de la Santa Veracruz. Tú querías entrar a Bellas Artes, yo no tenía dinero ni para invitarte un café y, de pronto, como si hubiéramos visto una aparición, nos llenaron la vista una pareja de enamorados que se besaban en la última banca de esa iglesia. Me acuerdo que, por instinto, nosotros también nos besamos y alargamos nuestro beso mucho más tiempo que el de la pareja que imitábamos. No te lo dije entonces, pero sentí que al ver a aquellos tórtolos caía en la temida cuenta de que algún día podría faltarnos el gratuito placer de besarnos… ni Bellas Artes, ni cafés… ni el Templo de la Veracruz, ni la Alameda Central de México. ¡Mira por dónde! Me quedé con todos esos lugares en la memoria, con cada escena y con cada beso y ahora estoy aquí soñándote sin encontrarte, buscándote sin haberte perdido ni un solo instante, recuperando mi Madrid que ahora es tuyo… Pero sin el milagro de besarte.

Te digo que van ya varios días que llegué y aún no coordino mis horarios. Las noches me siguen llegando de día y los amaneceres son mis madrugadas, los colores siguen jugando a la gallina ciega conmigo y no puedo evitar los rostros envejecidos de niños que apenas han aprendido a caminar —o diré andar— y las caritas inocentes, que aún no revelan los estragos de una adolescencia, se me siguen apareciendo en las miradas de los muchos viejos de Madrid. A un vendedor de lotería le asigné en mi mente la velada sonrisa que sin duda llegó a tener hace sesenta años y a un niño que corría feliz por la Plaza Vázquez de Mella lo llegué a ver decrépito y

transfigurado en el anciano que no quisiera llegar a ser.

Para mi fortuna, el clima ya se convirtió en otoño. Mi sombrero y mi gabardina ya no parecen tan ridículos, Carmen cinematográfica. Ahora me imagino que nuestro reencuentro no se ha podido dar por el solo hecho de que el azar nos reserva una buena carga de neblina, Carmen-Ingrid Bergman, y que tendremos la mágica oportunidad de revivir nuestra propia *Casablanca*, pero a todo color, como jamás la pudimos ver en la pantalla del cine Reforma.

Te pienso todos los días y a cada recuerdo recuperado le asigno un renglón en la ya abultada lista de recorridos, pláticas y pendientes que tendré que saldar contigo en cuanto te encuentre. Ayer decidí volver al barrio de Salamanca y el torbellino de colores que se me fueron reapareciendo, en la mente y en la vista, me produjeron un raro mareo que llegué a confundir con fiebre. Primero recorrí la calle de Génova, como si volviera de alguno de los añorados paseos que se inventaba mi padre, desemboqué en la Plaza de Colón y por mero instinto tomé la calle de Goya, la conjugué con Velázquez y con una intensa emoción en los ojos fui reconociendo cada piedra conforme me acerqué a Lista, que ahora es Ortega y Gasset.

En la Plaza del Marqués de Salamanca confieso que desconocí su dimensión, pero te juro que no te miento que se me apareció el sitio exacto donde recuerdo haber lidiado una de las más grandes faenas de salón de toda mi infancia. Me acuerdo que mi «toro» se llamaba Antonio, incluso creo recordar que vivía en Ramón de la Cruz, y jamás olvidaré una tanda de naturales que hasta los más ineptos y villamelones del barrio no tuvieron mejor remedio que llevarme en hombros hasta el portal de mi casa. No sé qué es ahora mi casa. No me animé a pedir permiso para pasar, primero porque temo ya no encontrar ni un solo indicio de la felicidad que llegué a conocer entre sus muros. Segundo, porque temo encontrarme con todo el horror que desembocó en mi primera muerte: mi madre fregando pisos en la embajada de Inglaterra, mi padre volviendo más que de una guerra de una derrota íntima y personal, las lágrimas cuando me encomendaron al funcionario inglés que logró sacarme de España y los mil colores que se me fueron diluyendo hasta que renací en Veracruz.

En tercer lugar, decidí no tocar a la puerta de Lista 66 por el solo hecho de que ahora es Ortega y Gasset. Además, al lado hay una tasca llamada La Montería y no se me ocurrió mejor remedio para mi calentura que saciar mis nervios con vino muy rojo y frío, como lo tomaba un amigo de mi padre. No sé cuántas horas pasé sentado en La Montería imaginando un pasado que ahora se me recupera lentamente, soñando no sé qué tantas anécdotas que nos quedan por vivir, precisamente en estas mismas calles, y lamentando que no se me hubiera ocurrido saldar todas estas cuentas hace años. El joven camarero que me atendió se llama Carlos y me contó que su padre alquiló este local en los años sesenta y lo mucho que le costó limpiar las antiguas paredes de una carbonería para poder convertirla en el magnífico castillo de mejillones bañados en bechamel y vinitos de Valdepeñas que ahora es nada menos que de su propiedad. Como buen madrileño, me dijo estar «más ocupao que el sastre de Tarzán» y que él también traía los horarios algo volteados porque acababa de volver de su viaje de bodas… las islas del Caribe, Carmen en traje de baño que aquí llaman el bañador, que también yo quisiera llevarte en un viaje a Bermudas y que juntos comprásemos una taberna como la que ahora se encuentra al lado de mi primera casa.

Te hubiera podido traer a Madrid desde principios de los años sesenta y ya llevaríamos más de treinta años afincados en algún milagro. Te hubiera podido traer con el dinero que se aumentó en mis quincenas a partir de que me cambié al Ministerio, Carmen que te arrancaste de largo y no dejaste ni un solo rastro de tu sangre en la arena y las aceras de la ciudad más grande del mundo. Carmen jardín, sueño que ahora ronda mi más viva imaginación, te veo en cada esquina de este barrio que yo mismo, y nadie más, te tiene que enseñar y recordar. Carmen que caminé hasta la iglesia de la Plaza Manuel Becerra, que no sé ni el nombre de la Virgen o del Santo a la que esté dedicada, y entré con la esperanza de encontrarnos a nosotros mismos besándonos en la última banca de ese páramo abandonado.

Prendí una veladora y recé mis propias letanías, Carmen rosario de avión que ahora he aterrizado sobre el asfalto de mi más remota infancia. Como una iluminación, un milagro de los que todos los días intuyo que me indicarán el sitio exacto de nuestro reencuentro,

me dirigí a Alcalá. Bajé desde la Plaza Manuel Becerra en el sentido inverso al que llevan los toreros que salen en hombros, y me dirigí a Las Ventas. Pensé que había sido una inmensa estupidez no haberme dirigido a Las Ventas desde mi primera noche en Madrid, Carmen que te conocí en los toros y que te tendría que reencontrar justo enfrente de la catedral que siempre habíamos anhelado conocer, besarnos en la última banca del tendido más alto de Las Ventas.

Además, eran las cinco de la tarde, las cinco en punto de la tarde, y el azar me jugaba otra baraja que parecía garantizada. Desde luego no había corrida, pues no sabía ni qué día era. ¿Cómo iba a saber el día si en mi cabeza eran apenas las diez de la mañana de mi primer día, ya recuperado el barrio de mi infancia? Imaginé que estarías al pie de la estatua de Fleming, y confieso que me distraje con las estatuas que jamás había visto: una magnífica escultura en la que Antonio Bienvenida es llevado a hombros por los miembros de su propia cuadrilla y otra de un joven Yiyo que me hubiera encantado ver torear si no hubiera caído en la maldita manía de jamás volver a los toros sin ti.

Me tardé ante Bienvenida porque me imaginé que así me veía yo el día que me cargaron hasta mi casa los camaradas del barrio; recordé la leyenda de todos los Bienvenida y hasta sentí que el nombre prefiguraba precisamente el milagro de reencontrarte, que me darías la bienvenida con esa tranquilidad que siempre tuviste para adelantarme todas las sorpresas. Tú me decías, desde que salían los toros de los chiqueros, si habría faena o no. Tú siempre temiste que a Manolete lo matara un toro y tú fuiste la primera que temió la posibilidad de que nos separásemos para siempre.

Pero tú no estuviste en Las Ventas, no te vi enmarcada bajo la puerta grande, la puerta mudéjar que sería el mejor marco para tu belleza intemporal. Carmen reina mora, andaluza mexicana que si no te encontré en Las Ventas te he de encontrar en tu reino, porque eres Emperatriz de Lavapiés, soberana del más viejo Madrid y de todos los sueños que he recorrido en estos días sin ti, pero contigo porque nunca te he perdido.

Aunque no te haya visto en la plaza de toros, fue allí mismo donde te conocí. Una y la misma plaza porque no ha pasado ni un segundo de tiempo desde el instante preciso en que me enamoré de

ti, Carmen sin tiempos ni avisos. Aunque no haya entrado a mi casa de Lista 66, y ahora se llame Ortega y Gasset y tenga al lado un bar de Montería, sigue siendo la misma casa con todos los colores de cada uno de los fantasmas que me acompañan en esta loca aventura de recuperarte. Aunque jamás medí la circunferencia de la Plaza del Marqués de Salamanca te juro que Las Ventas es el mismo redondel en que realicé mis faenas de niño, sin cornadas del tiempo y con todos los colores que yo también me llevaba en hombros hasta mi casa. El mismo ruedo de la México, el mismo redondel en donde Manolete inmortalizó a «Fresnillo» y el mismo ruedo infernal de Linares en donde lo mató un asesino de la ganadería de Miura. El mismo plato que se ha convertido en estos días en mi círculo vicioso de buscarte sin cesar, encontrándote en cada escaparate y en cada maravillosa vista que tendremos que reinventarnos en cuanto estemos juntos.

Madrid es ahora el ruedo de mi mejor faena y por eso me recuesto aquí en la habitación que ha de escuchar nuestros ruidos renovados, nuestros sudores sin edad y sin miedo a los gritos ni a los vecinos. Siento que cae la tarde sobre la Gran Vía, pero hoy solo deseo soñarte desde el más profundo mediodía que traigo en mi mente. Me he bañado porque en ninguna de mis noches descarto que te me aparezcas en la cama, que Vicenta o Cayetano se hayan encargado de buscarte y traerte hasta este nuevo hogar como la mejor de las sorpresas. Me he bañado porque eres como el agua y bajo el torrente de mi ducha, el chorro de mi regadera, te recuerdo intacta, Carmen inmaculada, y me reconozco entero y rejuvenecido. Eres como el agua que todas las madrugadas inunda las calles de Madrid, una abundancia inexplicable que limpia todos los pecados y todas las ilusiones que se acumulan en las aceras todos los días. ¿De dónde sale toda el agua de Madrid? De siempre recuerdo la ridiculez de su río y ahora me pregunto de dónde mana toda el agua que alimenta mi más íntima excitación en cuanto me baño pensando en ti. ¿Será posible que el manzanares era la última trinchera que protegía al Madrid en blanco y negro en mis recuerdos a los diez años? ¿Será posible que el Manzanares, casi sin agua, era el hilo que nos brindaba esperanza y protección? ¿Será posible que a los setenta años siga siendo yo el adolescente ilusionado que se emocionaba con él mismo, bajo las aguas de un

México que me limpiaba de todos los horrores de mi infancia?

Eres también la luz que me sube de la Gran Vía y los atardeceres que parecen violetas de un capote de paseo. Eres mi agua y la luz de mis días, Carmen completa vestida de azul y oro, porque todas las noches se renueva tu figura intacta, tu cara perfecta como la veo desde mi cama en la fotografía, la única, que congela la misma belleza que hoy en la mañana has mirado en el espejo de tu propia ilusión. Madrid se renueva cada madrugada con el torrente milagroso del agua. México se inundaba desde tiempos de los aztecas y su lluvia nos invitaba a besarnos en cualquier dintel, como si fuera el último refugio ante un diluvio, y ahora me baño todas las noches que me son días esperando encontrarte bajo las sábanas, hojeando las páginas de los pocos libros que van poblando el único librero de mi nueva habitación.

Eres agua y vapor de niebla, Carmen cinematográfica, y por eso te he de encontrar envuelta en nubes de neblina pura, no en la contaminación asfixiante que se ha quedado en mi México, cada vez más gris y sin colores de mi memoria. Neblina de nube que ha de enmarcar tu vestido de flores y los colores de tu cara idénticos a la tarde en que te vi perfecta entre el blanco y negro de la plaza de toros más grande el mundo.

Eres agua y luz que sube a todas horas desde la Gran Vía y filtras tus oros por la enredadera imaginaria de la fachada de este hostal, te quiebras en el cristal de esta ventana y matizas en mi mente tu hermosa cabellera. Eres un rayito de sol, porque eres también música. La música y letra de todas las canciones que voy cantándome, cantándote, por todas las calles de este Madrid tan parecido al México de mi memoria.

Hoy no me apetece salir a comer, ni encontrarme con Max, ni ampliar mi experiencia de sincera amistad con Cayetano o confiarle a Vicenta todas las semejanzas que le encuentro con mi madre, ni volver a vestirme para enfrentarme al tormento diario de no encontrarte, Emperatriz de Lavapiés, que se vuelve el milagro de una ilusión renovada. Porque no me dejo vencer ni por el miedo de que American Express me encuentre en este mi paraíso de mi propia perdición, selva que me inventé para nunca perderte y para reencontrarte siempre. Ni me dejo vencer por mis equivocaciones de todos los días de buscarte de noche en Madrid cuando quizá

hayas decidido salir a otra hora; perseguirte sin rumbo a media mañana, que para mí es deambular en la madrugada de mis horarios volteados, y sabe que has decidido quedarte en tu oculto palacio de Lavapiés y salir hasta que anochezca, cuando yo ya estoy aquí bañado esperando que alguien te indique el lugar exacto de mi nuevo hogar y te metas en mis sábanas dispuesta a iniciar el oleaje, caudal, vaivén y torrente de nuestro reencuentro.

El otoño llegó a Madrid como una callada resignación. Los días se iban haciendo más cortos y las noches se volvían más frías. Pedro Torres Hinojosa había perdido la noción de por sí confundida de sus horarios y sus recorridos. En la medida en que se fortalecía su amistad con Cayetano y con Vicenta, don Pedro empezaba a pasar más tiempo metido en el hostal y, particularmente, encerrado en su habitación. No caía en la cuenta de que, salvo las pocas palabras que intercambiaba con los meseros de los restaurantes, los taxistas que ocasionalmente aliviaban el cansancio de sus largas caminatas y los pocos transeúntes que accedían a dirigir sus erráticos vagabundeos, las únicas personas con las que realmente hablaba eran esos dos solitarios encargados del Hostal Madroño.

Conforme pasaban los días un insólito valor de su memoria le permitió regresar al barrio de Salamanca, el relicario de su infancia y el escaparate de sus más íntimos terrores. Recordó faenas callejeras y el día en que vio pasar a un torero sobre los hombros de una multitud dispuesta a coronarlo rey de la fiesta brava; encontró los mismos rincones en donde había jugado a las escondidillas y los árboles de las aceras le parecían ser los mismos de su niñez decolorada. Veía calles que recordaba envueltas en polvo y pólvora, cerradas por trincheras efímeras de costales balaceados. Creyó recordar el zumbido de unos aviones que hace ya sesenta años dejaron de sobrevolar Madrid y que solo resuenan en el luto de su propia memoria.

Pedro Torres Hinojosa parecía rejuvenecer con cada siesta que enmarcaba su sueño. Desde su llegada no había podido coordinar las horas de su vigilia con el obligado tiempo del descanso y, sin embargo, ningún testigo podría afirmar que se trataba de un hombre cansado. Quizá porque nadie repararía en la figura de un hombre vestido como de película antigua. Su gabardina y su sombrero habían ya cobrado una inexplicable identidad con la

llegada del otoño. Por eso parecía que las calles se inundaban con una suerte de callada resignación, idéntica a la resignación cotidiana de un hombre desapercibido que persigue una ilusión que se le muere y renace todos los días.

Si bien no había podido sincronizar sus horarios, don Pedro se había acomodado en el plácido ejercicio de la buena comida y los buenos vinos. Su antojo por los puros empezó a cobrar mayor frecuencia e incluso llegó a fumarse un habano mientras recorría las recuperadas calles del barrio de Argüelles. Le gustó redescubrir Argüelles y lo conquistó en diferentes horarios: de día parecía recorrer un tranquilo páramo de hombres y mujeres de su misma edad. Aunque los veía con caras de niño, en el fondo sabía que eran rostros con la suficiente edad como para recordar las épocas de cigarrillos de patata y bomba que pintaban de azul las calles. Pero también se dejó perder en Argüelles en las altas horas de la noche, haciendo la digestión de lo que para él era la hora de la comida en México, y encontró que las mismas calles y las mismas fachadas se inundaban de un torrente de jóvenes y de violencia, de gritos y borracheras enfundadas en ropas negras, botas negras, carros negros y canciones lúgubres. Perdía los colores en esas noches de naufragio en Argüelles y, de pronto, la vista se le inundaba con la exageración de los colores en neón, letreros sobre unas cuevas en donde parecía que estos jóvenes definían sus propias utopías y perseguían sus más íntimas ilusiones.

Pero nunca sintió miedo ante la incógnita descolorida de este barrio que se transformaba en infierno de todos los vicios y exageraciones de nuestro tiempo. Al contrario, veía cómo regaban las calles al pardear la madrugada y sentía el mismo alivio que han de sentir las aceras vomitadas y cubiertas de botellas y basura. Sentía que se renovaba su ilusión de igual manera que se renovaba Argüelles para recuperar su cara de barrio tranquilo y asoleado, poblado por los mismos niños de su generación. Las decrépitas caras de los macarras, las avejentadas caras exageradamente pintadas de las mil muchachas que entregaban el alma todas las noches en Argüelles se le aparecían a Pedro Torres Hinojosa como integrantes de un baile de ancianos al cual él ya no pertenecía.

Aquí va un prófugo de American Express. Un hombre que, bajo el sombrero, trae el horario de una ciudad que aquí nadie conoce ni

se imagina. La ciudad más grande del mundo envuelta en una gabardina perfecta y la música embriagadora de Agustín Lara combatiendo nota a nota con los indescifrables ritmos de esta juventud caducada de antemano.

A pesar del tiempo transcurrido, a don Pedro le quedaba mucho Madrid por inventar y mucho México por recordar. No cejó ni un solo día en su empeño de salir a pasear su ilusión, recorrer el itinerario arbitrario que fijaba la navegación de su delirio. Creía recordar cada esquina que descubría y solo pensaba en repetir sus recorridos con Carmen, comparar los itinerarios desconocidos que se habría inventado el amor de su vida. Espléndido sin límites, Pedro Torres Hinojosa no escatimó ni una sola peseta en sus comidas, bebidas y puros. Incluso empezó a frecuentar la Casa del Libro que le quedaba a un paso de su Hogar Madroño.

La primera vez que entró a la antigua Casa Espasa Calpe fue porque le pareció ver a Carmen tras el engañoso escaparate que daba a Gran Vía. Una vez adentro tuvo que resignarse, con la misma fría complacencia de las aceras que reciben el agua de las madrugadas, a que la joven del vestido floreado, con gabardina casi idéntica a la que lo envolvía, no era Carmen sino otra rara belleza de las muchas que él mismo reconocía que existían en el mundo. Pero esta muchacha no era Carmen, y no para él. Pero una vez adentro de ese palacio de libros, don Pedro no encontró mejor justificación a su vergüenza que fingir que necesitaba una guía de Madrid. Le divirtió la búsqueda de algún almanaque que trajera impresos todos los nombres de las calles, todos los horarios de los museos y la lista completa de los mejores restaurantes.

Por eso se le hizo costumbre visitar la librería. Las guías le facilitaban la recuperación completa de su Madrid y de todos los fantasmas de su infancia. El edificio en sí era el primer museo que visitaba en Madrid, el primer acervo que se reinventaba en este recorrido alucinante hacia el territorio de su propia imaginación. Por eso evitó comprar los libros obvios, los autores de moda, los títulos más vendidos. Se aficionó a comprar los libros que desde la soledad multitudinaria de los estantes le hicieran un guiño raro. Libros que tuvieran títulos que parecían claves, sin importar el nombre de los autores ni el sello de la editorial. Pedro Torres Hinojosa jamás había sido hombre de libros, a menos que fueran de

tema taurino.

En México llegó a tener casi treinta libros de toros, compendios de crónicas y álbumes fotográficos que registraban en blanco y negro toda la época de oro del toreo, la misma época que frecuentó en compañía de Carmen. Pero según consta en las actas, don Pedro dejó su apartamento en México tan solo con los muebles que le heredaba a la pareja anónima de enamorados que estarían en ese mismo instante bañándose bajo la regadera de presión que él mismo había mandado instalar en su baño mexicano. Dejó enseres de cocina y unos cuadros que en realidad eran láminas enmarcadas que intentaban cubrir la soledad de las paredes. Pero no dejó ni un solo libro, ni un solo álbum de toreros ni los recortes de periódicos que registraban las tardes inolvidables del único romance de su vida. Así como no dejó ni un solo peso en el banco, ni una sola referencia que pudiera cubrir el adeudo con American Express, así tampoco dejó para alguien el tesoro personal de su afición a los toros.

Hubo días en que quiso iniciar una nueva biblioteca taurina, pero don Pedro había iniciado una nueva vida. En realidad había recuperado la afición tal y como la había adquirido de niño: toreando de salón con la toalla del baño, sin que nadie lo viera y a nadie le importara un torero desnudo a los setenta años; gozando del recuerdo de faenas fugaces e irrepetibles, de nombres de toreros ya muertos o caras de toreros desconocidos que eran paseados en hombros. Don Pedro de niño no necesitaba ir a los tendidos de Las Ventas para saberse aficionado, para escuchar los olés que en muchas tardes llegaban hasta la puerta misma de su casa en Lista.

Don Pedro estaba viviendo, sin cansancios y sin itinerarios, la apuesta final de toda su vida, la última aventura que por lo mismo no precisaba horarios ni itinerarios. Por eso se aficionó a la librería como si fuera un museo de reposos, un salón de distracciones en donde, además, conseguía todas las guías, todas las fotografías, todos los nombres de las calles y todas las señas de los restaurantes de esta ciudad que poco a poco se le iba volviendo más suya.

El segundo museo que empezó a frecuentar en realidad pudo haber sido el primero. Dejó pasar varios días antes de animarse a entrar en Chicote, por la necia convicción de que no lo iba a hacer hasta que pudiera cumplir con Carmen la letra exacta del schotis de

Agustín Lara. Pero quiso el azar que el propio Cayetano fuera el cicerón de la primera visita a ese legendario museo de bebidas y recuerdos. En su memoria sin colores, Pedro Torres Hinojosa recordaba que su padre escuchaba el programa *El cóctel del día* que tenía en la Radio Nacional de España nada menos que don Pedro «Perico» Chicote.

Fue en el transcurso de una anónima tarde de finales de octubre cuando Cayetano interrumpió la siesta de don Pedro con tres toques pausados en la puerta de su habitación. Sobra decir que desde las profundidades de su sueño, don Pedro creyó cumplirse el milagro de la aparición que esperaba. A pesar de no encontrarse con la cara de Carmen, Pedro Torres Hinojosa no pudo ni tuvo tiempo de decepcionarse: Cayetano estaba vestido con la misma elegancia que distinguía a don Pedro. Incluso, también se había calzado un sombrero quizá para imitar la galantería, y reproducir el aroma de caballero fino que todos los días dejaba Pedro Torres Hinojosa a su paso por el vestíbulo del Hostal Madroño.

—Nos vamos de tapas, don Pedro —dijo Cayetano en un tono que delataba el absoluto consentimiento de Vicenta—. Estamos a un paso del paraíso y, de verdad, que es pecado no visitar la Basílica de Chicote. Vamos… a ver si me entiende. Que me jode verlo llegar cargado de no sé qué cansancios y saber que usté pasa horas valiosas tumbado en su soledad. A lo que voy: que lo quiero llevar a Chicote y me he vestido como Dios manda… ¿Qué me dice?

A los quince minutos bajó don Pedro vestido como si fuera a una recepción en Palacio y no pudo ocultar su vanidoso orgullo cuando Cayetano lo recibió en la puerta del ascensor con «¡Joder, yo me pongo el trajecito que he usado en todas las bodas desde hace diez años y usté me contesta con un traje de luces!». Aunque Vicenta estaba absorta con la televisión que se alcanzaba a escuchar tras el mostrador, los acompañó hasta la puerta como si fuera la animada cómplice de una festividad destinada tan solo para hombres elegantes.

Caminaron hacia el cruce de Gran Vía y no es exageración afirmar que más de una mujer detuvo su mirada en el par. Uno evidentemente actor con sombrero y gabardina, con un cierto parecido a Mastroianni; el otro, un madrileño inconfundible, más bajo en estatura pero cuya musculatura no podía quedar disfrazada

bajo los pliegues de su saco. Uno, con rasgos españoles pero un inexplicable aire americano, que quizá se revelaba en los pasos largos y en la pisada decidida de sus zapatos con hoyitos en el empeine. El otro más propenso a los pasos cortos, obligado a andar más rápido para llevar el mismo ritmo el anónimo galán, que además llevaba la gabardina al brazo como si estuviera partiendo plaza en Las Ventas.

Bajaron la cuesta hacia Chicote, y don Pedro no aguantó las ganas de cantar algunas letras del schotis de Agustín. Era la mejor manera de entrar al museo que tantas veces había imaginado y que ahora, por obra y gracia de Cayetano, se materializaba como otra recuperación de su propio tiempo perdido. Aunque sonara burdo le confió a Cayetano que se sentía partícipe de algún comic de Dick Tracy y conforme escanciaron los más raros cocteles la vista se le fue inundando con colores diversos: Chicote, el mobiliario y las paredes se le iban mezclando en la saliva con tonos pastel, ligeros y tenues; las bebidas se le aparecían en el vaso con colores tropicales y candentes, pues se hicieron el propósito de solo pedir cocteles raros, que fueran de colores chillantes. Quiso el azar que lo recibieran el barman y el camarero más elegantes que tiene Madrid, Agustín y Ramón, ángeles de trajes negros, caballeros de la noche. Agustín, con el mismo nombre de Lara, parado tras la barra

art-decó

como un catedrático y Ramón deambulando entre las mesas y butacas como un mayordomo vampiresco. Don Pedro se quedó largos minutos viendo las fotografías del doctor Fleming, Cantinflas y John Wayne. Quizá pensó en su Carmen al ver las caras en blanco y negro de Ava Gardner, Sofía Loren y la reina Sofía. Lola Flores al lado del mismísimo Perico Chicote, benefactor de las madrugadas madrileñas, anfitrión del agasajo postinero que, desde esa misma noche, pensaba organizarle don Pedro a su Carmen.

No fue sino hasta la maldita llegada de un coctel de kiwi que todos los colores se le confundieron en el cerebro trasnochado y trasatlántico que don Pedro empezó a perder la cordura de su alargado mareo. Empezó a llamar a Cayetano no por su nombre, sino «Manito» e incluso llegó a decirle «Caye». Estuvo a punto de llorar cuando repitió por tercera vez que Vicenta era la viva imagen de su madre y su melancolía se volvió francamente mariachi cuando

cayó en la absurda manía de evocar Veracruz como el rinconcito donde hacen su nido las olas del mar y exagerar las virtudes del noble pueblo azteca y exaltar las incomprendidas hazañas de la conquista de México y toda una retahíla de confusiones en cascada que terminaron por incomodar no a Cayetano, que había alcanzado un nivel similar pero en términos de versitos castellanos antiguos y risitas incomprensibles, sino al camarero y a los demás comensales.

Por alguna razón inexplicable, al salir nuevamente a la Gran Vía, lejos de caer en el soponcio de una borrachera incontrolada, ambos adquirieron una nivelación espiritual. La calle mostraba residuos de haber sido recién lavada con el torrente cotidiano del agua que cura todas las heridas de Madrid, el cielo parecía iluminado con una luna anacrónica y fosforescente y el aire los envolvía en una frescura curativa. Los pocos pasos que los separaban del Hostal Madroño cumplieron el secreto propósito de permitirles entrar al vestíbulo y, lejos de complicarle la vida a Vicenta, suscitarle un sincero «Pero bueno… yo daba por hecho que llegarían a las horas de Méjico… ¿Qué ha pasao, no lo habéis pasao mal, no?… Pero si estáis como salisteis… ¡Qué alegría!».

Esa noche Cayetano redefinió todo el universo para Vicenta. Algunos huéspedes que dormían en los pisos bajos, más cercanos al vestíbulo, escucharon entre sueños la feliz sinfonía de esa pareja que había logrado el secreto milagro de recuperar sus cuerpos como si fuera el más deslumbrante descubrimiento de su perdida adolescencia. Esa noche Pedro Torres Hinojosa, lejos de dormir en las profundidades de una borrachera en desperdicio, tomó todas las guías que había comprado en la librería y trazó en su mente los nuevos recorridos que inauguraría cuanto antes para reencontrar al amor de su vida. Don Pedro, contrario a su costumbre, no se bañó esa noche y se dejó perder en los mapas de calle y en las fotografías de los otros museos que iría redescubriendo en busca de su Carmen.

Esa noche don Pedro se asomó a la Gran Vía desde el escaparate de su ventana y atestiguó dos abrazos de parejas evidentemente enamoradas, vio la ronda de unos gendarmes que no iban vestidos como él recordaba a la Guardia Civil y escuchó los gritos de una prostituta negra que insultaba a un taxi huidizo. Le hubiera gustado haber visto algún tranvía trasnochado o aplaudirle desde la ventana a un anacrónico sereno para que corriera con las llaves de todo su

pasado, que le abriera todas las puertas de su memoria y que liberara los candados de un escondido refugio en Lavapiés. Le hubiera gustado ver que las fachadas se convertían lentamente en el paisaje urbano de la ciudad de México, que Chicote estuviera en realidad en pleno Paseo de la Reforma y que el Ángel de la Independencia sobrevolara el Paseo de la Castellana y desde la altura de sus alas de oro vigilara la paz de la Cibeles. Le hubiera encantado que en esa precisa noche se fuera inundando la Gran Vía y que Carmen apareciera en medio de la calle rematando una fuente con toda el agua que lava las calles de Madrid y renueva cada noche sus propias ilusiones.

Sintió que ya pasaba de la medianoche en su callado horario interior. Sabía que se aproximaba el amanecer de una nueva oportunidad para encontrarse con Carmen, no como fuente ni como sueño, sino como lo que siempre había sido: el amor de su vida en carne y hueso. Pasadas las cinco de la mañana se desvistió, y en presencia de su callada soledad se permitió el lujo de dibujar en el aire cuatro verónicas y una larga cordobesa que remataban la fantástica noche en que conoció el Museo Chicote.

Hoy opté por el Parque del Retiro. Casi diario he dado mis vueltas a Lavapiés, pues estoy convencido, Carmen emperatriz, que es allí y en ningún otro lugar en donde me esperas. A veces, tú comprenderás, no voy a pie y me doy el lujo de recorrer Lavapiés en taxi, atento a cada acera y a cada local. Voy viendo todos los portales y cada esquina por si ocurriera el milagro de verte y tener que bajarme en ese instante de mi taxi.

Pero hoy opté por el Retiro. Había empezado el día con el capricho de comprarme unos lentes nuevos, unas gafas de repuesto con armazón de carey que también me sirvieran para alternar mi ánimo. A veces creo que mis lentes de manubrio dorados me envejecen inútilmente y no me gustaría darte esa mala impresión. Me gustó redescubrir la calle de la Libertad casi por accidente y antes de llegar a Barquillo conocí una librería como las que recordaba de mi infancia: un local pequeño, atiborrado de libros sobre un fondo de maderas oscuras. Aunque me había propuesto lo contrario, compré una edición de bolsillo del *Quijote* de Cervantes. Imagino que, en tanto ocurra el milagro de reunirnos, tendré oportunidad de leer este libro que, en realidad, nunca he leído.

Sentí que la sonrisa de Cibeles me confiaba ánimos. Como si me adelantara que en el Parque del Retiro me esperabas sentada en una banca, o como si viera que traía la intención de empezar a leer el *Quijote* sobre los prados en donde mi padre me enseñó a jugar al fútbol. En la plaza de la Puerta de Alcalá volví a sentir que Madrid ya me envuelve en los aires de su callado otoño y me sentí orgulloso de los forros de mi gabardina y en la manera en que mi sombrero de Tardán se me ha ajustado a la cabeza.

Entré al Retiro por la mejor entrada que se me podría ocurrir: la antigua Avenida Méjico y volví a pensar en la equis que se dice como jota y en la jota que es un baile y en tantas cosas que me hicieron sentirme como niño. Con mayor razón en cuanto divisé a un barquillero y su ruleta azarosa de felicidades garantizadas. Iba vestido como chulapo de verbena y me hubiera gustado fotografiarme con él… Quizá me convenga comprar una cámara fotográfica, de esas que dicen que cualquiera las puede manejar, para sellar los primeros momentos de nuestra reunión de medio siglo. Mejor aún, deberíamos comprarnos una video, que aquí llaman vídeo, y pedirle a Cayetano que sea el camarógrafo de nuestra mejor película.

No sé cuántos kilómetros caminé dentro del Retiro. Iba dándole vueltas con la misma pausada aceleración con la que giraba tu recuerdo en mi cabeza, Carmen de parques, bosque de mi geografía. Recuperé el lago con la estatua de otro caballito desconocido y su jinete anónimo; descansé frente al Palacio de Cristal y me gustó imaginar que algo así has de tener en Lavapiés: un palacio transparente, inundado con tu luz. Se me había olvidado que en este parque hay una estatua a Luzbel, el ángel caído, la belleza presumida y engreída. Me detuve largo rato ante ese bronce que congela un momento que me recuerda la insensatez de habernos distanciado, Carmen creída, que te me saliste de la vida en el momento exacto en que te me habías metido para siempre. Carmen osada y egoísta, que no dejaste un rastro y me dejaste a mí el infierno de buscarte, de perseguirte durante cuarenta años en la ciudad que se convirtió en el infierno de todas las ciudades y que ahora me esperas en el secreto paraíso de tu Palacio de Lavapiés.

De pronto sentí que no estaba en Madrid. Era como si las filas de los árboles y los vientos que me enfriaban la cara me transportaran

al Desierto de los Leones en México, o a un paisaje vasco que desconozco porque jamás he estado tan al norte de mi España. La luz del sol se filtraba entre el desfile de los árboles y proyectaba sus sombras haciendo un dibujo de cuadrículas sobre el pasto. Me vino de frente un hombre que, dentro de los límites de mi ignorancia, miré idéntico a Sigmund Freud. Llevaba un abrigo envidiable y una bufanda digna de imitar enrollada al cuello que formaba una elegante pechera a su barba blanca. Llevaba una boina vasca y me gustó haber pensado en el paisaje que precisamente exige cubrirse la cabeza así.

Me miró como si me conociera, porque quizá me confundió con alguien. No puedo decir que seamos de la edad, pues de verdad, este hombre podría pasar por mi abuelo. Tampoco puedo decir que sonrió porque incluso ese gesto sobre los pliegues tristes de su cara arrugada, se veía melancólico y distante. Me tendió la mano y sentí que sus dedos eran largos y huesudos. Era una continuación de las sombras que el sol proyectaba sobre los árboles, era una silueta en blanco y negro sobre un fondo de verdes y ocres.

Me sentí obligado a presentarme y apenas alcancé a decir Pedro cuando me pidió que nos quedáramos sin apellidos. «Soy Pío», me dijo, y por un momento pensé que bromeaba, que se refería a los pájaros o que me hacía alguna broma religiosa. Jamás olvidaré que mi madre me regañaba cuando me burlaba del Papa Pío: siempre pensé que era un sobrenombre tonto, un chiste a su voz o a su tamaño. Y, mientras sin aviso iniciamos lo que sería un larga caminata, don Pío se encargó de confirmarme que no era más que un nombre y que no era más que un hombre dispuesto a conversar.

Le llamó la atención que le dijera que a mí también me gusta platicar. Quizá por eso me preguntó de dónde era y no puedo negar que sentí algún tipo de satisfacción cuando la palabra México le arrancó otra de sus sonrisas tristes. Íbamos de regreso hacia al estanque cuando se repitió, como para él mismo, la palabra México y conforme avanzábamos me parecía que cobraba color, pero en realidad era otro de los engañosos juegos del sol: don Pío se me quedaba en blanco y negro. Nos detuvimos a ver una carrera de ardillas y no pude aguantarme las ganas de resumirle mi vida; le dije que era de Madrid y que también era de México, que hacía cincuenta años había encontrado el amor de mi vida, mi Carmen

encantada en tu palacio de cristal, y que me había animado a la aventura de buscarte en Madrid sin más fundamento que mi propia corazonada y sin más ayuda que la azarosa solidaridad de un puñado de desconocidos…

—*Creo que existe este sentimiento fraternal e inconsciente entre todos los seres vivos* —me dijo con esa voz cansada que le correspondía a sus facciones y agregó— *como existe la hostilidad también entre ellos, sin más razón ostensible que la existencia de otra clase de seres que se agitan en un medio diferente, con distintas simpatías y aspiraciones y con diversos métodos de vida… Yo creo que en la vida humana debe de existir algo como esas divergencias zoológicas que producen simpatías y antipatías instintivas. Es decir, que puede haber hombres gorriones, hombres topos, hombres peces…*

—O ardillas, don Pío —le dije y acepto que lo interrumpí—, si supiera que hay días que me siento como toro bravo, con una casta que no corresponde a mi edad, armado con una cornamenta que me defiende al mismo tiempo que me sirve como armamento de ataque. Pero, la verdad don Pío, es que no soy más que un cachorro perdido en el asombro. Yo creía conocer Madrid, creía serle indispensable a Carmen y dominar el mundo… Y véame que traigo un lío con los horarios, no sé ni el día en que vivimos y camino sobre las calles de mi infancia confundiéndolas con las perdidas calles de la ciudad de México…

—*El mundo para nosotros, es representación, como decía Schopenhauer; no es una realidad absoluta, sino un reflejo en nuestros sentidos. ¡Qué duda cabe que si tuviéramos una retina distinta a la que tenemos, el rojo no sería el rojo, ni el azul, azul! La ciencia puede armonizar todos los datos que da la experiencia sensorial y alargarlos y sistematizarlos en el intelecto, pero nunca podrá salir de los datos de los sentidos. Con estos datos intentará idear el plano de un palacio…*

—Como el que imagino tiene Carmen en Lavapiés —y lo volví a interrumpir—, lo imagino palacio aunque sea una habitación de cuatro por ocho, igual que imagino colores en las figuras que se me presentan en blanco y negro. Hay faenas que recuerdo perfectamente en technicolor, pero me he resignado a olvidar el

color de los ternos y las pintas de los toros. Don Pío, no tengo yo la cultura ni el ingenio para entenderle todo lo que me dice…

—*Realmente, no sé si con justicia o no, a mí no me admira el ingenio, porque se ve que hay muchos hombres ingeniosos en el mundo* —y ahora me interrumpía él, como dándome a entender con elegancia que no le gustaba que yo lo interrumpiera—. *Tampoco me asombra que haya gente con memoria, por grande y portentosa que sea, ni que haya calculadores; lo que más me asombra es la bondad y esto lo digo sin el menor asomo de hipocresía*.

Me dijo entonces que le asombraba la bondad que le salía natural a los hombres, condenados a ser crueles y egoístas. Me siguió hablando con esa suave filosofía que rebasaba cualquier nivel de conversación que jamás había experimentado. Lo vi entonces realmente como si fuera mi abuelo, como un médico milagroso que se me había cruzado en el bosque del Retiro dispuesto a recetarme pautas y pistas que me llevaran hasta tu serena bondad, Carmen misericordia, mi torre de marfil.

Don Pío propuso que saliéramos del parque y que nos acercáramos a un bar. Sobre una de las aceras de la maravillosa calle de Alcalá, entramos a un café antiguo, deteniéndonos los suficientes instantes en la puerta para observar el más raro de los atardeceres apagándose en la fuente de la Cibeles.

A diferencia de los misterios de Max, en cuanto nos sentamos en una mesa de mármol blanco, rodeados de columnas impecables y acomodados en la cálida madera de unas sillas que parecían de mi infancia, don Pío me dijo que cuantas veces quisiera encontrarme con él, bastaba con buscarlo en este café.

No sé qué raro instinto me llevó a confesarle que temía ir buscándote por caminos de verdadera locura, que todo el trasfondo delirante de los últimos meses parece un arranque ambicioso e inútil. Es más, le dije lo de American Express y, como si no entendiera ni qué es una tarjeta de crédito ni las implicaciones de firmar recibos sin intención de pagarlos, me interrumpió de nuevo, diciéndome que *El hombre prudente y de pocas aspiraciones es el que tiene que marchar con más cuidado en la vida. Al hombre ambicioso y fanfarrón se le perdonan muchas cosas: la audacia, la inconsecuencia, la maniobra desleal; pero al prudente y de pocas*

aspiraciones no se le perdona nada y se mide su conducta al milímetro… Es casi más práctico marchar por sendas extraviadas que por el camino de en medio, y diciéndome esto como si no siguiera yo sentado frente a él, sacó unos diminutos papeles arrugados, se calzó unas gafas redondas de carey (como las que acababa de comprar esa mañana y que me entregan creo que la semana que entra) y se puso a leer en un silencio que me confirmó su vocación médica, su parecido con Freud, el envidioso encanto de su boina vasca y la sabia nieve de su barba blanca.

Me le quedé viendo no sé si minutos o medias horas. Me había dejado absorto este ángel inexplicable que, sin conocerme, en pocos minutos había descifrado los más íntimos resortes de nuestra separación, Carmen de medio siglo. Te me fuiste porque yo no tenía mayor ambición que seguir viéndonos sin calendario y en nuestro hotel. Te desapareciste y corriste a Madrid porque yo entonces no tenía en el ánimo la fanfarrona aventura de recuperar mis colores de España. Era un prudente exagerado y me apenaba pensar que tus gritos volcánicos molestaran a quien fuera entre las paredes de nuestro anónimo hotel.

Carmen, perdóname, ahora que me he dejado extraviar por las sendas de un parque que estaba perdido y que hoy he recuperado. Carmen, entiéndeme, que cuarenta años solo han servido para fraguar el milagro de reencontrarte, conocer a desconocidos como don Pío y Max, que en pocas palabras me han guiado por la confusión de mis horarios y el enredo de mis colores…

Como si estuviera leyendo mis pensamientos entre los garabatos que tenían las discretas hojitas que sostenía en su mano, don Pío levantó su mirada por encima de los redondos cristales y me dijo que *Un poco de neurastenia no está mal. Le da a la vida un aire de folletín. Se ha pasado la noche asustado porque no se hace más que estornudar y se tienen los pies fríos, y se levanta uno satisfecho. Ha cambiado el panorama vital. Se piensa que todas las aprensiones nocturnas no tenían importancia y se encuentra uno seguro y fuerte, pisando como conquistador este planeta insignificante*.

Eso es, Carmen mexicana madrileña, que me pasé media vida con la culpa de una memoria que no me pertenecía porque no la

había recuperado. Media vida con la obligación de sentirme un azteca derrotado y el temor de sentirme conquistador incluso de mi propio destino. Ni conquistado ni conquistador, ahora he realizado el viaje de mis sueños, la irrealidad de estas tardes que son mis noches y amaneceres que me conducen al sueño de una larga madrugada de mi memoria. Este viaje me ha cambiado mi «panorama vital» y estoy entero, recuperando cada pedazo del rompecabezas de setenta años que ha sido mi vida, Carmen que te tengo que encontrar en tu palacio diminuto de inmensas dimensiones en ningún otro barrio que Lavapiés.

Desde luego que pagué la cuenta y acompañé a don Pío hasta la esquina de Serrano con Columela. Le dije que le estaba muy agradecido y, como si quisiera amainar mi entusiasmo, me dijo que él no decía más que «bagatelas» y me regaló otra de sus sonrisas tristes. Quizá mintió cuando dijo que iría a visitar a unos amigos, pero vi en sus ojos la terapéutica satisfacción de haberme recetado la dosis adecuada. Con su figura sin colores, su mirada de siglos, su barba de nieve vasca y esa boina envidiable, don Pío sabía que con sus pocas palabras, e incluso con sus silencios leyendo papelitos arrugados, me había leído como una radiografía.

Las ópticas deberían ser declaradas «Patrimonio de la Humanidad» por la Unesco. Son boticas polifacéticas que, día con día, ofrecen los más variados alivios para todo ser humano: con sus dioptrías corrigen el astigmatismo de quienes no pueden detenerse ante lo más próximo, la miopía de quienes no ven más allá de sus propias narices y hasta la hipermetropía de quienes confunden todo objeto próximo por habérselo figurado más allá de sus retinas. Pero además, las ópticas son estéticas de cualquier vidente, incluso de los invidentes. Son galerías artísticas cubiertas con armazones, antifaces y semimáscaras que cambian por completo no solo el aspecto exterior de cualquier rostro sino la más íntima imagen de nuestra autoestima. En las ópticas se consiguen lentes oscuros que realizan el prodigio de eclipsar el sol o esconder las lágrimas de un velatorio; se venden quevedos que transportan al usuario a visiones de tiempos pasados y armazones psicodélicos que modernizan cualquier tipo de rostro.

Tarde o temprano, Pedro Torres Hinojosa caería en la tentación de visitar una óptica. Era lógico: aquí va un hombre sin ninguna limitación económica y con toda la vida por delante. Desde su llegada ya había comprado un par de camisas nuevas, hechas a la medida en Zarauz, esa tienda que llevaba el nombre del secreto refugio que estaba destinado para veranear con su Carmen; se había hecho de una discreta biblioteca turística y de un creciente estante de libros raros, casi ilegibles y, día con día, redefinía los más estrictos cánones del buen comer y del mejor beber. ¿Cómo no iba a caer en la tentación de visitar una óptica?

Pensó que su fuga no estaría cinematográficamente completa hasta comprarse unos lentes oscuros y se probó entonces los más risibles modelos de gafas de sol. Luego pensó que Carmen se merecía verlo modernizado y ensayó ver su cara enmarcada en un armazón rojo, luego uno azul chillante y hasta la dependienta no pudo contener la risa cuando se probó el armazón de arcoíris y unos

oscuros cuadros como gafas de los Blues Brothers. Lo cierto es que don Pedro quería tener por lo menos un repuesto a sus cuasiquevedos, su bicicleta facial bañada en oro, que le daban un aire de intelectual fingido, falso lector que apenas descubriría al *Quijote* al entrar en sus setenta años de vida.

Pero precisamente esa era la sustancia de su propia maravilla. Que uno descubra *La isla del tesoro*, no como una historia obligatoria y escolar, sino como una azarosa lectura accidental, genera una cierta envidia en quienes presumen haber leído a Stevenson, pero se han olvidado de la trama y de los nombres de los personajes. Que un hombre a los setenta años pase más de una hora sentado en una óptica probándose todas las diferentes caras que se puede moldear a través de la babel de armazones y cristales, no es más que una envidiable señal de salud y de vida.

Se decidió por una combinación en carey claro con cristales redondos y, antes de pagar con sus billetes inmaculados, no pudo evitar preguntarle a la dependienta si no habría algunas gotas para el daltonismo. Le explicó que hay cosas que él ve en blanco y negro, rodeadas de todos los colores, y que sin explicación alguna hay ciertos objetos que es capaz de observar en todo el esplendor de sus colores, pero rodeados de una calle con edificios, fachadas, letreros y transeúntes en perfecto blanco y negro. Evidentemente, la dependienta creyó que estaba bromeando y solo se le ocurrió comentarle que ya sabía de qué se trataba, que «eso es como lo que se ve en vídeos, ¿sabe? Los vídeos de música que pasan canciones con peli, y se ven los cantantes en blanco y negro en medio de alguna mansión de Hollywood llena de todos los colores de América…».

Pagadas y encargadas sus gafas, don Pedro decidió iniciar su lectura del *Quijote* en el parque de El Retiro. Tenía que ser allí, y en ningún otro sitio, porque tenía el vago recuerdo de haber visto las láminas de Doré durante alguno de los añorados días de campo que llegó a celebrar su familia sobre los prados perdidos de ese parque inmemorial. Creía recordar una imagen de Alonso Quijano con la boca abierta y rodeado de duendes, dragones, molinos y armaduras. En su mente, el *Quijote* no era una lectura sino una historia sabida casi por instinto. Un cuento que de tan recurrente se puede volver trillado y quizá por eso es una aventura proponerse leerlo. Se

acordó de que en México las cajas de galletas de las sucesivas familias que lo fueron adoptando eran unos arconcitos metálicos que tenían grabadas las figuras de Sancho sentado a una mesa de su Ínsula Barataria o del Quijote velando sus armas a la luz de la luna. Esas cajitas de hojalata se usaban luego como costureros de las más recatadas damas y, como si levantara un paño negro sobre su propia memoria, don Pedro recordó que alguno de sus amigos de México guardaba en una de esas cajas las primeras fotografías de mujeres desnudas que vio en su vida.

Entró al Retiro a media tarde y no tardó en sentir que la luz del sol se le proyectaba como un mediodía entre cipreses de Xochimilco. Casi tres horas deambuló acompañándose de sus secretas selecciones musicales, tarareando las mil y un músicas de Agustín Lara y recuperando en cada banca del Retiro los pedazos perdidos de las zarzuelas de su infancia. Parecía anochecer cuando llegó al estanque y confirmó su acostumbrada ignorancia ante las estatuas de cualquier prócer. Parecía gozar con el espectáculo de unas verandas secas, techos de madera ligera que en la primavera deben sostener enredaderas o rosales, pero que en este callado otoño no sostienen más que el recuerdo de los ornatos. Recordó que de niño zigzagueaba las filas de árboles e incluso ensayó lo que podría parecer una carrerita contra su propia sombra. Se topó de frente con un uniformado que él tomó por Guardia Civil y se alejó sin saber que solo se trataba de un aburrido jardinero.

Satisfecho con las músicas que traía bajo el sombrero y acelerada su mente con los mil y un delirios que planeaba realizar en este mismo parque una vez que se reencontrara con su Carmen, don Pedro se tumbó en el pasto que él ya recordaba como césped y leyó los tres primeros párrafos del *Quijote* como si no quisiera dejar pasar el propósito de recuperar todas las historias posibles, todas las memorias sabidas, todos los libros sin lectura. Pero algo interrumpió su relajada mnemotecnia. Quizá porque sintió que el frío prefiguraba la noche, temió quedarse encerrado en El Retiro y entonces recordó que su padre había dormido tres noches en ese parque.

En el otoño de 1936, sesenta años antes de que el niño leyera por primera vez en su vida los primeros párrafos de la mejor andanza jamás contada, un hombre tocó a la puerta del número 66

de la calle de Lista, envuelto en una cobija poblada de piojos, con una barba sobre una cara de por sí irreconocible y le preguntó al chaval por su madre. Pedrito quedó mudo al atestiguar el abrazo entre llantos, los besos como ráfaga que se daban en la boca y sesenta años después volvió a enmudecer, se callaba la melodía que traía en su cabeza, los párrafos que acababa de leer y los sueños que despeinaban su cabellera en cuanto recordó que alguien le dijo que ese hombre era su padre y que venía derrotado. Era apenas el inicio de la guerra, apenas tres meses después del alzamiento que desató la desaparición de sus colores, una guerra que se le quedaba en blanco y negro en la memoria desde el instante exacto en que reconoció la cara de su padre. Una guerra que terminaría tres años después, cuando Pedrito ya estaba envuelto en los colores de México.

A partir de ese día su padre jamás volvió a salir a la calle. Se convirtió en un ermitaño inexistente, almohadón de carne y hueso al que había que servirle en la cama, atenderlo como a un náufrago y cosecharle colillas en los andenes del metro. Pedrito desgranaba todo el tabaco o el rastrojo de patata de un puñado de colillas, y miraba absorto cómo su padre convertía ese amasijo en un nuevo cigarrillo con hojitas de papel de arroz o con hojas que arrancaba del libro grande, el único libro que había en su casa y que no servía más que de adorno en el único estante que bordeaba la cama.

Tuvieron que pasar sesenta años para que Pedrito recordara a su padre, fumando en la cama, contando que había logrado esconderse en el vagón de un tren que entró a la estación de Atocha en la madrugada de un lunes sin fecha. Pedrito creía estar leyendo la más grande de las aventuras al escuchar a su padre contar que se bajó mucho antes de que el vagón entrase a la estación, que se escondió en un tejabán y que de milagro encontró un mono de guardavías o de mecánico con el que sustituyó las ropas con sangre y señales de que venía de batalla. Entre bocanadas de aquel humo reciclado, Pedrito escuchó que su padre se tardó tres días en cruzar el parque de El Retiro, que avanzaba tramos cortos camuflado por las negras sombras de los árboles y que de día se escondía en trincheras improvisadas con arbustos y tierra levantada con las uñas. Tres noches pecho a tierra y tres días escondido en El Retiro por el pavor de los bombardeos y la incertidumbre de que hubiera caído Madrid.

Sesenta años después, Pedrito se tiraría absorto en los humos de su propia aventura sobre los jardines que fueron la última campaña de su padre desconocido. El hombre que llegó a la calle de Lista luego de haber cruzado tan solo el parque de El Retiro en el inexplicable transcurso de tres días, tres noches finales para los interminables tres meses que anduvo errante en la guerra que duraría tres años y que rompería para siempre los colores del hombre que llegaba ya envuelto en las sombras sin colores de una noche sin fecha. El hombre que besaba a su madre, enlutada desde que él se fue de batalla, y ahora alguien le decía que entre los tres formaban familia. El hombre que Pedrito creía haber perdido para siempre y que solo había quedado sobre la mesa-camilla de su madre como una cara en blanco y negro, congelado en una única fotografía, y que ahora llegaba envuelto en una cobija de piojos con todos los colores del horror y de la muerte. El hombre que se moría lentamente, tumbado en la cama, tumbado de miedo, y que lo enviaba de excursión a los túneles del metro en busca de colillas fumadas por desconocidos. Sesenta años después, Pedro Torres Hinojosa recordó al hombre que había convertido al Retiro en el último tramo de un retorno desesperado, el último campamento de una utopía descabellada, guerra perdida, vida de humo y pólvora. A los setenta años Pedrito tuvo que soportar el recuerdo que había quedado velado, escondido bajo el peso de su forzada amnesia, de aquel hombre que enrollaba cigarros reciclados en hojas repletas de letras, porque jamás quiso estropear las páginas que en vez de párrafos mostraban en láminas las locas andanzas de Alonso Quijano, llamado el Bueno.

Hoy caminé por Insurgentes hasta el Paseo de la Reforma. En lugar de seguir hacia el centro, tomé hacia lo que ahora llaman la Zona Rosa. Si vieras, Carmen capitalina, cómo se ha llenado de turistas y de comercio nuestra ciudad de los palacios. Sigo en busca de tu palacio, Emperatriz de Lavapiés, y porque te mereces los mejores lujos me permití entrar a más de una tienda de cosas carísimas que pueblan esta Zona Rosa que antes se llamaba barrio de Salamanca. Es curioso que me haya perdido y sin explicación lógica me topara de frente con el Palacio de Bellas Artes. Si vieras cómo lo han cambiado… Parece ahora más cuadrado y le han puesto unas estatuas en la escalinata y un estúpido letrero que dice Biblioteca

Nacional en el umbral que antiguamente portaba a una musa maravillosa… Tampoco sé explicarme cómo llegué tan pronto a la estación de trenes de Buenavista. ¿Te acuerdas que nos habíamos propuesto viajar en tren a Guanajuato y amarnos durante todo el viaje escondidos en la litera? Te sorprendería la maravilla que han hecho con el vestíbulo de la estación: ahora es un jardín botánico y tiene un clima aromatizado y tropical las veinticuatro horas del día. Muy moderno mi México, pero entre los pasajeros que se apuraban a tomar su tren no pude evitar escuchar a un indígena que hablaba del Santo Niño de Atocha…

¡Ai' tienes

al fanatismo de nuestro pueblo siempre presente!

Me emocionó ver que cerca del Zócalo todavía existen los churros con chocolate de la calle San Juan de Letrán y volví a gozar con las arquitecturas maravillosas de las casas de la colonia Roma, sobre todo las que están sobre la calle de Embajadores que, por cierto, no recuerdo jamás haberla recorrido en nuestras rutas de romance. Me dejé llevar hasta el Zócalo y me sorprendió que han de estar filmando alguna película los gringos porque han instalado unas fachadas de escenografía que no solo acortan la dimensión de la plaza, sino que además ¡tapan por completo la Catedral Metropolitana! Es más, han puesto en pleno centro del Zócalo una estatua ecuestre, seguramente sobre la base del asta bandera.

Ya ni sé cuántas horas anduve, pero también me permití el lujo de saciar mi sed en unas tascas que no merecen mejor adjetivo que ser madrileñas. Entré en una que estoy seguro de que te fascinaría conocer. Está repleta de fotografías taurinas, todas de corridas españolas y hasta tienen una cabeza de toro que quién sabe cómo se la trajeron desde Andalucía hasta México. Era inevitable, tuve que tomarme unos buenos vasitos de manzanilla y creo que eso me orilló a fomentar mi melancolía.

Ya te imaginarás hacia dónde me dirigí, Carmen de ensueño. Me fui directo hacia la glorieta de Miravalle, en donde avanza inmóvil la copia exacta de la Cibeles de Madrid. ¡Si vieras cuántas veces creí que allí te encontraría! Llegué a pensar que vivías en la colonia Condesa y que tú también desahogabas tus ilusiones de España ante la insólita imagen de la Cibeles en México. ¡Qué gran idea fue instalar la réplica en la glorieta de Miravalle! Si vieras qué bien han

reproducido el edificio de Correos que le sirve de trasfondo.

En realidad quería caminar sobre el camellón de la calle Durango. Caminar de espaldas para no perder de vista ni un solo segundo a la Cibeles, pero me desconcertó que las banquetas y el camellón lo han cambiado, quizá por motivos de vialidad o del estúpido urbanismo que ahora rige a esta ciudad-monstruo. Pero tampoco quise avanzar más por Durango porque no me sentí capaz de soportar toda la melancolía que me suscitaría pararme ante El Palacio de Hierro y recordar que allí estuvo la plaza de toros El Toreo. Pensar que allí vi debutar a Manolete en México, cortándole el rabo a «Gitano», el primer toro mexicano que toreaba en su vida… ¿Quién me iba a decir que la siguiente vez que vería torear al Monstruo de Córdoba conocería al amor de mi vida en la plaza más monstruosa del mundo?

Por eso ya no quise seguir por la calle Durango, aunque me llamó la atención que han puesto un café, que algún día tendremos que conocer, justo en medio del camellón. Una especie de casita de cristal que se llama El Espejo y que ha de servir como buen refugio para los muchos reencuentros que nos quedan por cumplir. Fuera de unas cuantas cosas que desconocí en mi recorrido, mi México sigue igualito… Poblado de vendedores en cada semáforo, payasos pintados que en cualquier banqueta se ponen a tocar la flauta o hacer ridículas mímicas… Ahora hay taquerías atendidas por árabes que, afortunadamente, han mantenido la sabrosa tradición de las pencas con carne al pastor, aunque ahora le llaman kebabs. Todavía quedan puestos con aguas de horchata, pero ha de haber escasez de Jamaica porque no vi ninguna jarra con agua roja en todo mi trayecto.

Carmen que tengo sed de ti, que ya no aguanto esta caprichosa aventura de no encontrarte ni en los lugares más amarrados a tu recuerdo. Carmen que camino por mi México y te pienso en Madrid y te juro que me voy a animar a seguir con esta aventura con la única encomienda de no dejar de besarte. Te digo que mi México es igualito, pero en realidad estoy mintiendo, porque no puede ser igualito este México sin ti. Han cambiado hasta los billetes de lotería y hay quioscos que solo venden periódicos de España, y si oyeras cuánta gente anda ahora por las calles ceceando y hablando como si estuvieran en plena Gran Vía.

Sentí que me mareaba porque, además, desde hace días traigo un resfriado que agarré por andar de noche de ronda con Cayetano, un amigo de la conserje que me ha jurado ayudarme para reencontrarte. Se me ocurrió que sería buen descanso para mi gripa acercarme a Chapultepec, echarme en el pasto y ponerme a ver parejitas como ya se me hizo costumbre desde que te me desapareciste. Creo que es una aberración que hayan quitado el zoológico de Chapultepec y, peor aún, ¡si vieras lo que le hicieron al lago de las lanchitas! ¿Te acuerdas cómo le gozábamos cuando alquilábamos nuestra lanchita y tú insistías en remar para que yo pudiera contemplarte completita? Pues, ¡ahora lo han hecho un cuadrado insípido, eso sí con gansos más finos, pero además enmarcado con unas columnas que nada tienen de mexicano y con una ridícula estatua de no sé qué general que parece que acercó a su caballo al lago para que se echara un traguito de agua sucia!

Me puedo pasar horas en Chapultepec y aunque parezca que hago corajes desconociendo nuestro parque, en realidad lo que me pasa es que te extraño, Carmen de asueto y de sábado en la tarde. Carmen que seguiré viniendo a Chapultepec y soy capaz de subir a buscarte al Castillo, si tan solo me acordara por dónde es el caminito, porque hoy que estuve no encontré por ningún lado la subida. ¿Te imaginas si algo así le hubiera ocurrido a Maximiliano? El Imperio Mexicano de los franceses perdido para siempre porque al barbón austriaco se le olvidó el caminito hacia donde tenía su trono y su Carlota. ¿Te acuerdas de Cantinflas, en la película que vimos no sé cuántas veces en el cine Santa María? Sale vestido de Carlota y se avienta una escena delirante con Manuel Medel de Maximiliano… Por cierto que le dice «Max» y eso me recuerda que ya no me he encontrado con mi cuate Max. Ojalá mañana se le ocurra pasear por Chapultepec o me acepte una invitación a comer en el restaurante Prendes de la calle 16 de septiembre, creo que es temporada de escamoles y quiero ver la cara que pondrá en cuanto le diga que los famosos escamoles son en realidad huevos de hormiga… Desconozco mi cama, Carmen que tendrías que estar a mi lado, y siento que las sábanas me huelen a otro detergente… No sé qué me pasa, Carmen auxiliadora, que te estás tardando en aparecer… Yo creo que sigo con fiebre y que esta méndiga gripa no se me va a quitar tan fácilmente… Te dejo descansar… Ya llevo

buen rato platicándote un paseo inútil, tendido en esta cama a oscuras y no me explico por qué hay tanto ruido en la calle… Inútiles todos los paseos hasta que haya uno en que te encuentre, Carmen de paseíllo, acompáñame en mi sueño que me siento muy cansado.

Vicenta y Cayetano empezaron a notar las crecientes equivocaciones en la mente de don Pedro conforme llegaron al Hostal Madroño los primeros días de noviembre. Creyeron que podría ser tan simple como el hecho de que pasaban ya dos meses desde que don Pedro había llegado a Madrid y aún no agarraba el horario de España. Pero Cayetano, que ya le había tomado un afecto de verdadero camarada, decidió mandar llamar al doctor Cepeda, amigo y respetado médico del Hostal Madroño, para que le recetara algo o, por lo menos, dictara un consejo profesional, un dictamen autorizado, que obligara a don Pedro a descansar. Don Pedro había mostrado signos de una cada vez más preocupante confusión: pidió en varias cafeterías pan de muerto de panadería mexicana para celebrar el día que poco a poco se ha ido universalizando como *Halloween*. Llevaba varios días con fiebre y solamente un médico tendría la suficiente autoridad para convencerlo de que lo mejor para su salud sería quedarse unos días en absoluto reposo, que se dejara llevar la comida a la habitación y que intentara coordinar su sueño con los horarios normales de Madrid.

Cepeda era un médico a la antigua, de los que se graduaron con ojo clínico y aprendieron todas las posibles patologías a la legua, sobre los caminos de eso que llaman la «España profunda». Era un hombre más joven que don Pedro, y sin embargo profesaba el mismo ánimo en el vestir: chalecos, sombreros, zapatitos con hoyitos en el empeine y un discretísimo bigote que parecía salido de una película en blanco y negro. Le bastaron siete minutos de conversación con Pedro Torres Hinojosa para concluir que el reposo era inaplazable. Quizá también pensó que los delirios inducidos por la fiebre, los desvaríos provocados por los horarios divergentes y las señales de fatiga que presentaba este raro madrileño-mexicano se podrían convertir en asunto de cuidado. Pero por el momento, solo recetó reposo. Esa palabra que en el diccionario itinerante de Pedro Torres Hinojosa no tendría conjugación ni práctica hasta que

ocurriera el milagro inexplicable de encontrarse con Carmen.

—Ya lo ve usté —dijo Cayetano en cuanto salió del cuarto el doctor Cepeda—, que lo que necesita es descanso. Ya lo decía yo… con las fiestas que nos hemos corrido, don Pedro, a cualquiera se le cansa la batería. Así que, nada… Usté se deja querer, que para eso estoy yo. Bueno, es decir, Vicenta que es la encargada y yo me apaño para ayudarle.

Don Pedro, como un héroe postrado en la resignación de su propio cansancio, solo alcanzó a decir que le apenaba obligar a sus amigos a brindarle cuidados que iban más allá del servicio normal del hostal. Pero en el fondo de su mente, sabía que solo así confirmaría que su nuevo hogar era precisamente el Hostal Madroño y que, encontrándose con Carmen, no sentiría el menor resquicio de pena al inundar los corredores con los gritos y gemidos que venía soñando desde que había planeado la aventura de reencontrarla.

—¿Pena, dice usté? —dijo Cayetano sin evitar una sonrisa—, pena es de tanatorio. Lo que quiere usté decir es vergüenza, y ya ve don Pedro, se le están enredando de nuevo los términos… Tiene gracia. Pena, penita, pena como si quisiera decir que le da vergüenza… Pero, ojo, de eso nada. Me oye: usté es el único huésped de este hostal que ha pagado por adelantado todos los meses. Vicenta me ha dicho que ya ha pagado diciembre, con lavado y planchado incluidos, y yo le seguiré agradecido por tantas cosas que usté ha pagado cuando nos hemos ido por allí… Así que, nada. Usté tranquilo, muletita planchá como dicen los banderilleros desde la barrera, y hacerle la faena a esa gripe que usté insiste en decirle gripa… Tiene gracia.

Era cierto. Pedro Torres Hinojosa pagaba puntualmente los meses por adelantado y llevaba un control de sus camisas, de las tintorerías de sus trajes y del lustre de sus cuatro pares de zapatos que podrían valerle un reconocimiento oficial de la Asociación Internacional de Valets. Vicenta se encargó de subirle el primero de varios menús de sopas calientes y «platillos blandos» mientras Cayetano instaló ese mismo día un televisor en la habitación 702. No solo era la primera vez que había televisor en esa habitación, sino que además era la primera vez en su vida que Pedro Torres Hinojosa se enfrentaba a una pantalla desde la intimidad de su

hogar.

Hay gente que cree que todo el mundo tiene tele, que las conversaciones cotidianas tienen que dar por hecho que cualquier interlocutor vio el mismo programa que uno y que, si no lo vio, está perdiéndose del único manantial que mantiene unidos a todos los habitantes del planeta. Pero hay personas que mantienen un delicado respeto a su propia soledad en tanto que evitan acortar su propia intimidad con la presencia de una pantalla indiscreta, una caja mirona que a veces no permite ni el más honesto pensamiento de quien se queda absorto ante sus imágenes. Pedro Torres Hinojosa había evitado la tentación de comprarse un televisor en México porque siempre pensó que tenía toda una letanía de razones para no hacerlo: lo suyo era la música, y la música que le gustaba no salía en esas pantallas que había visto en tiendas, y hasta en la oficina; lo suyo era buscar a Carmen, y no quedarse apoltronado sin control de sus horas viendo programas que, por muy divertidos que fueran, solo comerían valiosas horas en que podría buscarla por la Ciudad Monstruo; las noticias y las hazañas de actualidad le interesaban solo muy de vez en cuando, y de ser el caso, don Pedro era de periódicos y de leerlos en cafés o en bancas de parques…

Según recordó esa tarde, recostado sobre los almohadones que Vicenta le agregó a la dotación de almohadas que ya tenía, Pedro Torres Hinojosa había visto muy poca televisión en su vida. Quizá por eso se dejó dormir en cuanto la vista se le cansó con tantos colores y tanto ruido. Quizá por eso, en la duermevela de lo que para él era una siesta de media tarde, no puso mayor atención cuando terminó el telediario de la medianoche y se dejó acompañar con una vieja película en blanco y negro mientras abría los mapas de sus guías de Madrid, predispuesto a iniciar un nuevo atardecer en su horario mexicano. Apagó el televisor al cuarto para las dos de una madrugada anónima y novembrina, mientras acariciaba las fotografías de una guía madrileña que mostraban las rosas en flor en el Parque del Oeste, las fiestas de San Isidro y todos los colores de una primavera que, en su mente, se adelantaban en meses al frío que ya azotaba las calles de su Gran Vía. En sus sueños, Madrid le confirmaba que estaba de otoño y los ruidos de la madrugada le resonaban como sonidos de un cuarto para las siete de la tarde en cualquier esquina de su México.

Diez días le duraron los vaivenes de la fiebre y los amorosos cuidados de Vicenta y Cayetano. Como cualquier viajero profesional, don Pedro aprendió que un simple resfriado puede cumplir la mayestática tarea de convertir cualquier habitación de hotel en palacio privado, hogar personal y caluroso. Desde su cama, Pedro Torres Hinojosa aprovechó esos días para familiarizarse con cada centímetro de madera y con cada rincón de su nuevo hogar, repasar cada página de sus guías turísticas y, según lo mostraban los sucesivos dobleces en las páginas, leer por primera vez en su vida las azarosas páginas del *Quijote*. Aunque los cuidados culinarios de Vicenta y los informes cotidianos que le daba Cayetano cada noche procuraban encarrilarlo a un horario y a una circunstancia madrileñas, Pedro Torres Hinojosa no pudo romper con sus confusiones. En su cabeza seguía siendo la medianoche cuando el reloj de Telefónica marcaba las siete de la mañana. Además, desde su lecho medía que los pasos del sol se habían vuelto más lentos y más cortos. En su cabeza, a través del televisor, llegó a ver concursos matutinos de una estupidez popular en perfecto blanco y negro, mientras los anuncios de gasolinas, galletas, aceites y detergentes se le presentaban en technicolor.

Durante su semana de reposo obligatorio, Pedro Torres Hinojosa perfeccionó su panorámica de la Gran Vía, acercó una silla a su ventana y pasó más tiempo vigilando las aceras que le quedaban en la mira que las horas que se proponía el televisor raptarle desde su pantalla tentadora. Sin embargo, ni él mismo podrá negar cómo le endulzó la fiebre la maravillosa voz de una cupletista que imitaba a Sarita Montiel y que cantó en un programa que le llegó con todos los colores, ni tampoco podría negar que dos documentales sobre la Guerra Civil le ayudaron a recuperar, aunque en blanco y negro, muchos sonidos y nombres, calles y fechas, hechos y pólvoras que complementaban los recorridos que ya había hecho por el barrio de Salamanca.

Cualquier viajero sabría reconocer que unos días de reposo no solo rompen el vértigo de cualquier itinerario previsto. Pedro Torres Hinojosa aprovechó su decena de descanso para contabilizar sus posibilidades: contó el dinero y comprobó que podría mantener el ritmo de vida y gastos, hostal, comidas, caprichos y hasta aventuras con Cayetano durante más de diecisiete meses; contó los barrios que

le quedaban por recorrer y calculó los taxis, metros, horarios y museos que le permitirían acercarse a la posibilidad de ver a su Carmen; revisó cada prenda de su ropero, cada libro que se añadía al estante de su librero y cada poro de la única fotografía que justificaba su aventura.

En ningún momento se sintió en desgracia y en ningún instante dudó de su propósito: se encontraría con Carmen, entre las nieves o nieblas de lo que ya prometía convertirse en invierno. Pero los reposos obligatorios también infunden cierta contricción y don Pedro llegó a sentir, si no arrepentimiento sí cautela, de las horas que en estos dos meses no había dedicado enteramente a la búsqueda de su Carmen. Trató de sentir remordimiento por las confusiones que lo hacían desvariar sus recorridos, pero lejos de arrepentirse sintió que tenía gracia vivir las noches de Madrid como si fueran atardeceres de su México perdido y recorrer, reconociendo cada metro y centímetro, un Madrid que creía haber perdido pensando que caminaba por las calles de un México que se le recuperaba en el espejismo de su memoria confundida.

No necesitaba explicaciones clínicas para entender su facilidad para eternizar las arrugas de un anciano cualquiera en su propia sonrisa de niño o envejecer rostros inocentes recién salidos de cualquier parvulario. Su reposo de diez días le sirvió para despreocuparse aún más de los horarios, de los colores y de las mil caras que no eran la de su Carmen. Con diez días había logrado reafirmar todos sus recuerdos y todas las aventuras de su fuga, su reencuentro, su íntima convicción enamorada.

Se propuso redinamizar sus caminatas y dedicarle más tiempo a Lavapiés; se propuso calendarizar sus juergas con Cayetano y medir mejor las sobremesas en solitario, mirando por la ventana de los restaurantes sin de verdad convocar la figura del amor de su vida. Pero más que cualquier otro sentimiento, don Pedro se sintió rejuvenecer. Sintió que las horas recostado entre los almohadones almidonados le habían reafirmado los músculos de esas piernas que ya habían recorrido suficientes kilómetros de Madrid como para reconocer cada rumbo. Por eso, al décimo día, antes de bañarse, se permitió recordar calistenias que hacía tiempo no practicaba y sus brazos y muslos entraron al contacto del vapor de la regadera con una tonalidad atlética que le permitió volver a sentirse imbatible,

imparable… inmortal.

Pedro Torres Hinojosa se volvió a duchar como si fuera la primera noche en su Madrid recuperado. Avistó mucho movimiento en las aceras de la Gran Vía, al tiempo que preparaba su terno para reaparecer en Madrid. Se dejó llevar por una melodía danzonera, rumbera y casi jarocha, que se le metió en la cabeza mientras se acomodaba la corbata de seda sobre el cuello y como si necesitara ruido de fondo prendió el televisor. Vio entonces que se proyectaba un programa donde un periodista servía de intermediario de la fortuna. Era un conductor ronco, con bigote colgado bajo una nariz pronunciada, que casi no podía contener las lágrimas al anunciar que allí mismo, a todo color, en vivo y en directo, se estaban abrazando dos hermanas que hacía treinta y siete años se habían dejado de ver por azares inexplicables de la vida.

Don Pedro se quedó absorto y, antes de colocarse su chaleco y saco, no pudo evitar sentarse al borde de la cama y continuar viendo el insólito espectáculo de esa televisión a colores que mostraba milagros en blanco y negro. Vio los besos que se dio una pareja, separada por los estragos de no sé qué conflicto, que el periodista había logrado reunir después de siete años sin señales; vio la sonrisa de una niña de trece años que, por primera vez en su vida, veía a su padre que era un marinero gallego, que se había ido de casa cuando la niña acababa de nacer; vio las historias de unos viejos cacarizos en blanco y negro que habían salido de España casi al mismo tiempo que él mismo, y que el periodista logró localizar en Argentina para que asistieran a la boda de una sobrina desconocida. La sobrina estaba sentada al lado del conductor, envuelta en todos los colores que ahora le inundaban la vida a Pedro Torres Hinojosa desde la pantalla inverosímil de la habitación 702.

En cuanto apagó el televisor, se calzó el chaleco, el saco y la gabardina cinematográfica y no es exageración decir que bajó corriendo al vestíbulo del Hostal Madroño. Desde la segunda planta le gritó a Cayetano, sin pensar que podría asustar a Vicenta o despertar a los demás huéspedes. Don Pedro llevaba una agitación insólita en la garganta y en el pecho; era la primera vez que bajaba por las escaleras.

Cayetano estaba a la puerta del ascensor, creyendo que por ahí

se aparecería su amigo, cuando don Pedro lo sorprendió con un brinco que salvó los últimos tres escalones. Le dijo que acababa de ver milagros en la tele, que le agradecía infinitamente el haber puesto esa caja en su cuarto, que se sentía como nuevo, renovado, como anuncian a los detergentes que cambian de presentación en la tele, y que necesitaba plantarle una ilusión. Se sentaron en el vestíbulo y don Pedro empezó a describirle a Cayetano lo que le parecía la solución a todos sus enigmas, la culminación de su aventura…

—Claro, hombre —dijo Cayetano—, ese tío se llama Lobatón y hace verdaderos milagros. Claro que lo he visto… Lo ha visto toda España… Es más, en otros países se han copiado el formato, según vimos Vicenta y yo en el telediario, y por toó el mundo hay de estos periodistas que le ayudan a uno a encontrarse con alguien o cumplir un sueño… Claro, lo que vamos a hacer es mandarle una carta… Usté le explica lo de la novia, lo de México y qué sé yo… Pone como remitente, aquí, es decir que pone que le contesten aquí mismo, al Hostal Madroño y… ya está…

Desde la semana pasada ha quedado ya enviada la carta que será el pasaporte de nuestro reencuentro, Carmen televisiva y technicolor. Yo mismo la llevé al buzón de Correos, justo enfrente de Cibeles, y no pasará mucho tiempo antes de que me busque un periodista para reunirme contigo, en tu Palacio de Lavapiés, Carmen emperatriz que te imagino todas las noches viendo el mismo programa que a mí se me apareció con la gripa.

Volví a ver a Max y, aunque no pudo evitar una sonrisa de incredulidad, hasta él mismo me alentó en esta nueva ilusión. *La televisión, ese monstruo*, me dijo con su miradita de sonrisa. *Habrá que estudiar en serio su influencia, de cómo va a cambiar la manera de ser del mundo. Y no en bien. Porque, lo mismo en los países capitalistas que en los comunistas, los unos por negocio, los otros por conveniencia, van a darle al pueblo —al pueblo de verdad— lo que le gusta. Aquí ya no será «pan y toros» sino «pan y televisión». Tal vez no haya llegado nunca tan bajo el quehacer del hombre para con sus semejantes*.

Sin embargo, sentí que don Max no se quería enrollar conmigo y que, como camarada de verdad, sentía que mis ilusiones de reencontrarte no deberían tener ningún límite. Además, Carmen de

cámaras y luces, la televisión lo puede todo y Max sabe que no voy a agotar ningún recurso para reencontrarte. ¿Sabes? Me lo encontré como si fuera el primer día: el mismo traje y la misma inexplicable ausencia de colores. Como si lo volviera a ver en la acera de Gran Vía, estaba ahora sobre la Castellana mirando las fachadas de los edificios modernos. Es como si nos uniera la sorpresa de desconocer las estaturas de estos edificios que podrían pertenecer a cualquier ciudad y que por no sé qué razones también son tan madrileños.

Andando andando, platique que platique, subimos por la cuesta de nuestra Gran Vía como si camináramos por la avenida Álvaro Obregón de tan taurinos recuerdos mexicanos. Atravesamos por Marqués de Cubas y allí, con una confianza de camarada, Max se volvió y me dijo: Mire don Pedro, *bajamos por la carrera de San Jerónimo hacia el Prado. El tiempo no existe. No falta una teja, una pizarra; los árboles, a lo lejos, no han crecido ni menguado. El Congreso y sus leones, a la izquierda; el Palace, a la derecha. La misma cuesta; no hubo terremoto. Idéntico el edificio rojo casi sombrío realzado por la cantera. La entrada del museo ha variado: ahora está abajo…* Estábamos en el umbral del Museo del Prado. ¡Si supieras cuántas noches me he dedicado a recorrerlo en mis guías! Ya sé perfectamente en dónde cuelgan *Las meninas* de Velázquez, las majas de Goya y las pesadillas del Bosco. Pero decidimos no entrar, quizá porque don Max ya traía hambre en su cara de sonrisa bonachona. Me propuso que dejáramos el museo para el postre: *De nuevo en horario madrileño; quedamos de acuerdo… Puede más el apetito que los Murillos y compañía que quedan por ver. Todo más o menos lo mismo, dispuesto en orden distinto y con razón, los cuadros no engañan, si son como estos: corresponden a los recuerdos mejores. Tampoco sorprenden, al no envejecer se conservan idénticos*.

Volvimos a comer juntos, y por el solo placer de su conversación volví a pagar. ¿Cómo crees que lo voy a dejar pagar?, si además el pobre tiene tan poco apetito que siempre terminamos compartiendo el mismo plato. Además, no me quedaba de otra: al tiempo que don Max leía la carta, yo lo miraba intrigado. Este hombre ya me habla de los horarios madrileños como si no se le hubiese olvidado ni un solo momento de la conversación que tuvimos el primer día. ¿Por

qué deja para los postres el recorrido de las pinturas que ya sé que me llevarán directamente a mi reencuentro contigo? Si no íbamos a recorrer el museo hasta después de comer, ¿por qué me soltó aquello de que los cuadros no envejecen y que encierran los mejores recuerdos?

Estábamos en un restaurante que presumía de un aroma toledano. Yo recordé un viaje en tren con mis padres, el único viaje a Toledo que hice en mi infancia y que sin duda tendremos que repetir en cuanto nos recuperemos, Carmen de andenes y de vapor. Me pareció que a Max no le interesaron mis recuerdos de un Alcázar en blanco y negro y de unas calles que luego vi a colores en Guanajuato, ¿sabes? A lo mejor por ese vago recuerdo de mi infancia fue que te propuse que viajáramos en tren a Guanajuato y que, una vez que nos rencontremos tendremos que cumplir, con todo y litera.

A Max lo que le interesaba era guiarme y demostrarme que sabe de cocina muchísimo más de los platillos solitarios que aprendí a cocinarme sin tu presencia, Carmen de cilantro y perejil, Carmen culinaria que jamás me cocinaste y que ahora solo sueño con las viandas que comeremos en tu Palacio de Lavapiés. *Mire Pedro*, me dijo Max, *nada de particular tiene que, por la vecindad, haya excelentes lenguados —gruesos, anchos, frescos, con el agua de mar todavía en su carne firme. Pero ¡qué judías! No las recuerdo iguales. Venimos del país de los frijoles, que siendo lo que son, de olla o refritos, nada tienen que ver con estos correspondientes madrileños, por lo menos los que aquí sirven. ¿Qué cebollas, qué ajos, qué yerbas de olor mezclan en el puchero que las atesora para darles esta sabrosura que no se cansaría uno de paladear…?*

Durante la comida le platiqué que estaba leyendo el *Quijote* por primera vez en mi vida. Alzó su copa de vino como quien brinda con un secuestrado rescatado de la peor de las cavernas. Le dije que me asombraba cada párrafo y que, no siendo un lector habitual, me sentía orgulloso de ir avanzando páginas con un placer que sentía recuperado, como si hubiera descubierto que los libros también tienen colores. Es más, le dije que nunca había leído las maravillas del *Quijote* porque mi padre se lo había fumado, página por página, desde el lecho de su derrota. Pero a Max parecía no interesarle

ahondar en mis melancolías; él traía vena gastronómica y, aunque me dijo sinceras palabras de camaradería ante la inevitable pérdida de nuestros respectivos pasados, alzó de nuevo su copa y con sus ojitos de risa vidriosa sentenció en voz alta, sabiendo que lo escuchaban los camareros: *Tal vez hiera esto a la hidalguía y señoría madrileña que en tanto tiene sus múltiples y multiplicados restaurantes de alto cuño comparables, a lo que dicen, con los mejores europeos y anexas, pero desde luego, entre tanto lujo y semilujo, bares, snacks, pubs y demás locales de nombres tan castizos ¿dónde casa de comida, taberna, tasca como esta? Regalo todo aquel sediciente bien comer, abofeteando y dando de pescozones al renombre gastronómico de la corte famosa de hoy por las judías y las patatas en salsa… Y rásguenme el corazón: de la señal de la herida todavía manará en vez de sangre, salsa con ese regusto ordinario donde el valor del oro pierde su valer ante el sabor de esos frutos vulgares de la tierra*. Y le faltó añadir «He dicho», porque sus palabras hicieron un eco en aquella tasca que se quedó flotando como el mejor de los piropos.

Gracias a las palabras de Max, noté que la cuenta me la entregaron con un considerable descuento, lo que me obliga a regresar a ese lugar contigo y dejar una mejor propina. Contrario a lo que habíamos planeado, Max se despidió de mí sobre el Paseo del Prado, de frente a la fuente de Neptuno, pero con la mirada puesta en las fachadas de los hoteles que la rodean. Quizá tenía que verse con alguien o quería seguir sus investigaciones arquitectónicas sin el estorbo de mis ignorancias. El caso es que me dejó solo y solo regresé al museo de nuestro reencuentro, Carmen de pincel y atril, musa de mis pinturas en blanco y negro y dueña de todos los colores de este infinito cuadro que vamos pintando desde hace cincuenta años, Carmen, que caminé hacia el Museo del Prado como si me internara en las páginas de las guías turísticas que ocupan mis madrugadas… Carmen, que sentí que te vería apenas se apareciera el primer rincón de una tela de Velázquez… Carmen, que te pienso de sobremesa y que pensé que te encontraría en el Palacio de las Pinturas, intacta e inmóvil, eterna y etérea, como los cuadros que decía Max…

Se repitieron las noches en que hablaba cantando, como mexicano

exagerado, charro de escenografía, y los días en que hablaba recitando, como español de teatro, chulapo fingido. Para Vicenta y Cayetano tenía gracia que este hombre confundiera los acentos, ceceara a destiempos y siguiera cenando a las siete de la mañana. Gracia, pero también preocupación, porque pasaban los días y Pedro Torres Hinojosa no conciliaba ni horarios ni reencuentros. De Televisión Española no llegaba ni una sola carta al Hostal Madroño y Cayetano sabía que su camarada terminaría por volver a buscar un reposo obligatorio, una gripe que lo tumbara de verdad y que quizá lo convertiría en un verdadero enfermo, un solitario de la 702 que no saldría ni por equivocación de su cómoda postración de televidente.

Pero lejos de sumirse en una recaída, Pedro Torres Hinojosa pareció rejuvenecer enteramente el día que se propuso conocer el Museo del Prado. Convencido de que su Carmen andaría por los corredores de la pinacoteca desconocida y deslumbrante, salió del hostal vestido como torero de gracia y, sorteando todos los peligros de los horarios volteados, decidió comer antes de iniciar su recorrido de reencuentro entre los artistas. «Comió como un señor», dijo un camarero al llevarle la cuenta, aunque exageró el consumo de judías y demás ingredientes flatulentos. Caminó por la acera del Jardín Botánico pedorreándose a gusto, pues sentía que los aromas de todas las plantas del mundo le servían de camuflaje a su postpandrio.

Entró al Prado con la confianza de conocerlo de memoria. Quizá por eso no llamó la atención del bedel que expedía los boletos, que ni le cobró ni le pidió carné de tercera edad. Se fue directo al encuentro de *Las meninas* de Velázquez y, como si no hubiera más personas en la sala, no pudo contener un último pedo. Era como si se desguansara ante tanta belleza, como si su cuerpo se desinflara ante un espejo de colores que lo invitaba a perderse en él. Sintió que la mirada del pintor lo invitaba a posar y, quitándose el sombrero, se paró de medio lado dispuesto a revisar cada detalle, cada centímetro, cada mirada y cada sombra del conjunto de personajes que lo miraban fijamente a él, a nadie más, como si le recriminaran su ventosidad, como si supieran de su aventura, como si fueran un anuncio de American Express dispuesto a pasarle la factura de su fechoría trasatlántica.

Quedó perdido en el descubrimiento de su propia ignorancia. Él no sabía que el pintor que lo miraba, paleta en ristre, era el propio Velázquez; ni tampoco que los fantasmas del espejo que se veía al final del cuadro eran nada menos que los reyes de España; no sabía si el perro tenía nombre ni tampoco si todas las niñas eran las meninas o si así les llamaban a las enanitas feas que hacían el bulto junto a la preciosa carita que parecía hija de los reyes. Tampoco le importaba que en su cabeza se escuchara una mezcla de la *Rapsodia en oro* de Agustín Lara combinada con un huapango suave, casi clásico, ni que los olores de su comida tardaran en desvanecerse en la sala que no era más que el umbral de un cuadro monumental, más grande que la fotografía que lo representaba en sus guías. Pedro Torres Hinojosa estaba redefiniendo el universo, con flatulencia e ignorancia, con inocencia y con su versión particular de lo que otros llaman pasión.

Por eso se quedó posando más de veinte minutos y su hechizo no se rompió hasta que escuchó el inconfundible tono de voz de un mexicano que explicaba a un grupo de turistas que el pintor era precisamente Velázquez, que los reyes aparecían en el espejo porque estaban posando para un cuadro y al pintor se le ocurrió jugar a los espejos, que las enanas eran utilería de la corte y que la muñequita linda, la más bonita del conjunto, la miradita pícara que se veía justo en el centro del cuadro llevaba, nada menos, en la mano derecha ¡un jarrito de barro mexicano!

Era demasiado. Don Pedro salió de su estupor y alcanzó a tomar del brazo al guía, antes de que el grupo avanzara con su prisa turística a otra sala, para preguntarle si lo que acababa de decir era cierto. Le dijo que él había vivido toda su vida en México, que era madrileño, que había regresado a Madrid para quedarse y que el solo hecho de que ese jarrito fuera mexicano justificaba todas sus emociones. El guía le dijo que todo aquello estaba estudiadísimo y que sí, el jarrito que sostenía la princesita había sido identificado por los expertos como de forma, color y tamaño novohispanos. Pedro Torres Hinojosa le estrechó la mano como si le agradeciera haber metido a México en un cuadro de Velázquez, pero tan pronto se despidió del guía volvió a sentir el temor de su culpa de crédito; el guía llevaba un gafete de American Express Tours y el grupo de acelerados visitantes portaba sobre sus hombros la siniestra mochila

que los identificaba como turistas de la empresa de su desfalco.

Obligado a cambiar el caminito que se había trazado desde la lectura de sus guías en el hostal, para no cruzarse con el grupo de visitantes y no dar pie a que lo apresaran, Pedro Torres Hinojosa se perdió por salas que no eran de su interés. No buscaba ni *Las lanzas* o *La rendición de Breda* ni las poses de unas gordas comiendo uvas, ni los paisajes de países desconocidos ni las miradas de personas deformes. De hecho, empezó a ver filas de cuadros en blanco y negro, una pinacoteca completa sin un solo color, y no pudo contener una risa silenciosa al imaginar lo ridículo y lo increíble que sería contar con museos sin colores, pinturas sin pigmentos, lienzos en gris y retratos en sombras.

Evadiendo al grupo, que sin él saberlo ya había terminado su recorrido del Prado en los programados dieciocho minutos que prometía el itinerario, don Pedro se encontró de frente con *La maja desnuda* de Goya. No quiso leer el letrero que explicaba fechas y nombre completo del artista, ni tampoco escuchó las explicaciones de la técnica, la perspectiva y demás particularidades que decía un señor con acento alemán a otro grupo de visitantes. Él se quedó embelesado con los pezones, con la carne inmaculada de esas piernas que le recordaban la perfección de su Carmen, las noches de tranvía en que volaba la falda del amor de toda su vida y la manera en que su musa pasaba un brazo por detrás de su cuello, como si fuera la maja que aquí le presentaba Goya.

Pensó en la fotografía que reposaba sobre el librero de su nuevo hogar en Gran Vía. Pensó que la pintura y la fotografía congelaban para siempre la belleza de esas mujeres, Carmen inmortalizada en esa fotografía donde se ven felices y eternos, como la maja que parece sonreírle, dándole a entender que ella también sabe de su ilusión, que sabe dónde está su Carmen y que sabe de los vapores que inundan la ducha de su habitación 702.

Los custodios de los grandes museos deben estar acostumbrados a que, independientemente de los horarios que establecen los ministerios de cultura, hay visitantes que se quedan platicando con los cuadros como si quisieran fotografiar en su mente cada pincelada que fue formando el milagro de su propio asombro. A esos guardianes del arte les pasa como a los monaguillos de los templos más socorridos que, independientemente de los horarios de

devoción que tienen establecidos las iglesias, hay penitentes trasnochados, viudas desveladas o adolescentes miedosos que purgan sus respectivas culpas más allá del itinerario prefijado en las puertas de los confesionarios. Así parecía que pensaba el bedel de uniforme azul, con oros en las mangas, que se le acercó lentamente a Pedro Torres Hinojosa y con una voz suave, como si entendiera todos los antojos que le pasaban por la cabeza, le indicó que hacía quince minutos había cerrado el museo, que ya se habían ido todos los visitantes y que estaba dispuesto a encaminarlo hasta la puerta de salida.

Don Pedro no contestó ni platicó con el custodio durante el trayecto a la salida. En la puerta alcanzó a darle las gracias y entre las sombras de la noche madrileña pasó junto a la estatua de Velázquez, sentado y sin soltar su paleta de colores en bronce, y vio la sombra de la figura de Goya, sin saber o sin acordarse de que se llamaba Francisco. No le importaba ni la precisión de las técnicas ni las fechas, ni los nombres ni el último pedo que se tiró al enfilar de vuelta hacia el Paseo del Prado, confiado en que los vientos de este noviembre madrileño se llevarían volando sus olores y sus ilusiones hasta el escondido palacio donde lo estaría esperando el amor de su vida.

No te sé decir cuántas horas caminé. Sería toda la noche, la mitad de la madrugada o el amanecer entero, Carmen de mis horarios que no te encuentro y me duele. El caso es que callejoneé como un náufrago, perdido en la desilusión de no haberte encontrado en nuestro museo. Al Prado tendremos que volver cada semana y rendir ante los cuadros de nuestra más íntima devoción por lo menos un beso que nos consagre tan siquiera un pedacito de nuestros corazones. ¡Carmen que en el cuadro de Velázquez hay un jarrito mexicano! ¡Carmen que te he visto en el cuadro de la Maja de Goya!

Caminé hasta que saliera el sol porque he recordado cada pliegue de tu cuerpo, cada sombra de tus pezones, la largueza de tus piernas, Carmen torera que no cabes más que en la taleguilla de Manolete. Carmen jardín, siempre poema, que te he visto en las miradas del espejo que pintó Velázquez y que te siento princesita en medio de enanos, rodeada de sombras, con esa mirada que me consuela en todas mis confusiones. Carmen pintura, que te he visto

en la mirada de *La maja*, esa pícara mirada que lanzabas desde los almohadones de nuestro hostal, esperando a que me desvistiera, invitándome a tirarme a la cama como si fuera el volapié de mi propia vida…

Caminé hasta el amanecer porque no podía soportar la idea de no encontrarte esperándome en el Hostal Madroño, recostada en mi cama de almohadones almidonados, esperando a que te diera el beso que nos debemos desde hace cuarenta años, el mismo beso que nos dimos hace cincuenta años. El mismo beso porque te he visto inmortal, inmóvil, inalterada y desnuda en un cuadro de nuestro Museo del Prado. Maja que sé que estás idéntica porque no te imagino flácida, porque no te veré ni gorda ni avejentada, Carmen maja que no te quiero ver vestida porque ahora te vi desnuda como si yo fuera Goya. Como si yo fuera Velázquez en el juego de espejos del inmenso lienzo en donde tomas un jarrito mexicano entre tus manitas inocentes…

Carmen que me mareo y que caminé toda la noche buscando el sol que me llevara hasta tu cama en Lavapiés, para encontrarte recostada entre terciopelos pintados a pincel y con las piernas esperando mi embestida, Carmen que me duele no haberte visto entre los cuadros sin colores y las caras cambiantes de los corredores que no me interesaban. Carmen, museo de mi vida, que he recuperado Madrid y sus pinturas, mi infancia y todas mis travesuras, pero no te encuentro, Carmen escondida, Emperatriz de Lavapiés.

Recorrí el Paseo del Prado hasta que se convierte en Recoletos y luego se transforma en Castellana. Volví a mi barrio de Salamanca, nomás por el placer de caminarlo de madrugada, como si me le hubiera escapado a mi madre en una noche de verano. Pero aquí ya me pegó noviembre y entre las sombras de esta madrugada he visto el estúpido afán de todos los comercios y de todas las tiendas de adelantar las navidades. Por todos lados he visto decoraciones que son como recordatorios de que tiene que ser antes del año nuevo nuestro reencuentro, Carmen de pastorela, Carmen de posada y colación que me esperas en la cama de una pintura, desnuda y sonriente, con un jarrito de barro en la mano. Esperé al amanecer bajo los arcos agujereados de la Puerta de Alcalá, arriesgándome a que me llamara la atención un guardia, pero recordando aquel

olvidado paseo que dimos por Coyoacán y que bajo los diminutos arcos de una plaza llovida nos besábamos sin más prisa que la lluvia. Pero hoy no llovió en Madrid, ni te me has aparecido, Carmen de ensueño que me llegaste como el amanecer de este noviembre trasnochado. Amanecer frío que enmarcaba el nacimiento de lo que ya se proyectaba como un fuerte sol. Quizá por eso decidí volver a mi Retiro, a ese páramo de batallas perdidas, dispuesto a dormir toda la mañana sobre alguno de los prados que brindaron refugio y trinchera a mi padre.

Apenas llegué a la reja, me pareció ver a don Pío caminando a lo lejos, de nuevo en blanco y negro, de nuevo entre una fila perfecta de árboles que proyectaban la primera sombra cuadriculada del día. Me propuse alcanzarlo, pero vi que no andaba solo. Iba del brazo de un gemelo, un hombre de idéntica barba, iguales las boinas vascas y abrigos largos sin colores. Ambos platicaban y desde lejos sentí que los escuchaba, sentí deseos de confiarles mi aventura en el Museo del Prado, de mi madrugada traviesa por las calles de mi niñez. Pero no los alcancé, Carmen que todavía tengo piernas, todavía podría correr. Pero quizá no quise, porque quería pensarte y dejarme soñar sobre el césped de mis horarios encontrados. Con mi gabardina como cobija, es decir como manta de propia trinchera, me dejé caer en un sueño que no sintió fríos de Madrid. Solo sentí la luz intensa de este sol que no correspondía ni a noviembre ni a mi Retiro.

Te volví a soñar en Chapultepec, entre unos árboles gigantescos que tú decías abrigaban los gemidos de fantasmas de otros siglos. Soñé con las tardes en que remabas la barquita de aquel lago, dejándome recitarte y contemplarte única y preciosa, como el mismo sueño que me dejó descansar esta madrugada descabellada. Soñé los globos que nos gustaba comprar como si fuéramos niños… ¿Sabes, Carmelita? Ya no venden esos globos en mi México que se me queda sin colores. Ahora solo venden globos gringos, plateados e insípidos… Ya no los globos de frágiles colores, pintados con un algodón mojado en tintes chillantes… Tampoco vi globos en mi Retiro cuando desperté.

Yo flotaba en la sensación de que apenas eran las seis de la mañana, pero por la altura del sol que ya había visto nacer desde la Puerta de Alcalá, sabía perfectamente que ya pasaba del mediodía

en Madrid. No sé explicarte cómo logré transportar Chapultepec hasta Madrid, no sé decirte si estoy perdiendo la cabeza… Ya ves, hay noches que te he confiado que me siento caminar por las calles de nuestro eterno noviazgo y al despertar caigo en la cuenta de que he recorrido las calles ahora coloridas de mi infancia que creía perdida… No sé explicarte cómo mis ojos vieron árboles prehispánicos cobijando el césped de mi Retiro, vi parches de zacate mexicano entre las alfombras del más fino pasto madrileño, olía dulces y fritangas que solo recuerdo en Chapultepec, pero mis ojos sabían que seguía en Madrid. Quizá los desvelos me producen más que mareos. Quizá estoy condenado a no poder quitarme a México de la cabeza y por siempre deambular perdiendo colores de personas al mismo tiempo que recupero colores de mi memoria. Quizá México es una cosa más contagiosa que un simple país y Madrid es más que una simple ciudad. Quizá Madrid sea de verdad ciudad que se sabe disfrazar, villa y corte en donde caben otras ciudades… Qué sé yo… A lo mejor México existe en mi cabeza desde que sentí todos los colores ante el puerto de Veracruz y todo el arcoíris se me quedó en la cabeza y sesenta años después no me queda más remedio que andar con ambos mundos en mi mente, vivir con dos horarios y soñar con la indescriptible maravilla de encontrarte intacta entre las filas perfectas del parque de El Retiro, entre los secretos recuerdos de nuestro Chapultepec.

Lo vi sentado de frente al sol, la pierna derecha cruzada sobre una izquierda que mantenía perfecto el pliegue intacto de un pantalón intachable. Lo vi sentado, sobre su pierna derecha un delicado bastón no de apoyo, sino de adorno, y me llamó la atención que portaba un carrete antiguo, ¡a mí que me preocupaba llamar la atención con mi sombrero! No quise explicarme qué hacía este hombre sentado sobre una banca de Chapultepec en pleno parque de El Retiro de Madrid. Ya sabes, de esas bancas de herrería porfiriana que nos gustaba ocupar durante horas en Chapultepec o en la Alameda, de las bancas que recuerdo de color verde y que llevan el escudo del águila comiéndose la serpiente. No quise explicarme qué hacía el escudo de México en una banca de El Retiro, ni tampoco me preocupaba que tanto la banca como el hombre estaban congelados como en una fotografía en blanco y negro, rodeados de asoleados verdes e iluminados ocres de este

otoño en Madrid.

Conforme me fui acercando sabía que ese hombre era mexicano. Un elegantísimo mexicano que estaba absorto mirando el sol, quizá mirando México desde Madrid o quizá sintiendo lo mismo que yo, que mirábamos Madrid desde México. Parecía una estatua en blanco y negro, un homenaje al placer y al reposo, a los pensamientos interminables que producen los remansos en cualquier paseo de parques. Le di los buenos días como si lo conociera de años y como si saliera de un sueño, me dirigió su mirada directa, sin colores ni en los ojos, y como si me dijera en voz alta lo que se estaba diciendo a él mismo en silencio me recitó: *Madrid que cambias luces con las horas: Madrid, nerviosa exhalación de vidas: con ímpetu de lágrimas golosas interrogo la cara de tus días. No disfrace tu sol la pestañosa niebla que el Guadarrama engendra y cría, y no enrede tus árboles la tosca manta de viento que barre a Castilla. Desconozco tu voz en la persiana, a pesar de saber que es tu manía aullar de lobo y sacudir con zarpa. Y me dejo entre tus días —tu huésped viejo al fin— de mala gana, como ruedan tus hojas amarillas*.

Me quedé absorto. He descubierto a un hombre, un paisano mexicano que antes de saludarme me regala los versos que estaba cantándose en silencio mientras veía el sol de Madrid, las hojas amarillentas de El Retiro y las muchas caras que tienen aquí los días. Terminó sus versos y sonriéndome se levantó a darme la mano… Es bajito, de una estatura casi infantil y no pude contener las ganas de abrazarlo. Le dije que era madrileño pero que me sentía mexicano, le dije que viví sesenta años entre los colores de nuestro México y que ahora venía a Madrid a redescubrir mi infancia y a encontrarme con el amor de mi vida. Me dejó hablar, pero él seguía con canciones en la cabeza y, como si no pusiera atención a mis confesiones, me tomó del brazo y a paso lento enfilamos por ese camino de tierra amarilla que no dejaba duda de que estábamos en Madrid, pero al voltear a ver la banca vacía, como si quisiera confirmar mi delirio, vi que era verde, que era la banca de Chapultepec con el escudo de México brillando de frente al sol.

Me hubiera gustado que alguien nos fotografiara. Dos hombres vestidos idénticos: trajes con chaleco, de tres botones a la antigua,

zapatos con hoyitos en el empeine y ambos con sombreros de otras épocas. La verdad no quise preguntarle el motivo de su atuendo, dejé que contemplara desde su mirada en blanco y negro todos los colores que nos rodeaban. Anoche, mientras recorrí mi barrio de Salamanca, vi escaparates de las más elegantes tiendas de moda y, ¡cuánta razón tenías Carmen modista!, se venden ahora los mismos trajes de hace sesenta años, tres botones, zapatos con hoyitos y hasta bastones de adorno.

Me dijo que se llama Alfonso y convinimos en hablarnos de usted. Quizá nos identificamos, sin tener que decirlo, en el hecho de que nos vestimos —su carrete de paja, mi sombrero de Bogart, ambos con zapatos bostonianos y con trajes de chaleco— como si fuera un silencioso homenaje a nuestros padres, a los tiempos que parecían idos y que están en el escaparate de las más modernas tiendas de Madrid. Quizá por eso paseábamos del brazo, como camaradas de una época antigua, y ambos parecíamos degustar el sonido de nuestro acento. Ambos dejábamos escapar, de vez en cuando, algún inevitable madrileñismo, pero a mí no sé qué me entró que hablé más mexicano que nunca, contestándole a este diminuto personaje que me confiaba sus versos como si siguiéramos entre ahuehuetes de Chapultepec.

—Se llama Carmen —le dije sin preámbulos y sin contestarle lo que me preguntaba, mi edad—, la conocí en la inauguración de la Plaza México y desde entonces vivo enamorado de ella. He venido a Madrid porque sé, porque me imagino, que ella se vino para acá… porque yo nací en la calle de Lista y me sacaron de España en cuanto empezaron los bombardeos… Llegué desde septiembre, pero algo me dice que la he de encontrar antes del año nuevo…

—*El espíritu de las rosas tiene vago reflejo azul* —me contestó don Alfonso, confirmando que no hacía caso a lo que le decía o, quizá, contestándome a su manera—. *Y tus cabellos, que eran azules bajo nuestros cielos, rojean desde el ébano ondulado, sin que falte la vibración de plata —hebra purísima— de la primera cana.*

Me contestaba recitando y, ante lo que en unos meses será una fila perfecta de rosales, prosiguió con voz mexicana, pero con aires de este Madrid inevitable: *Preguntándome, cuando ronca el viento —náufrago de la espuma de la noche—, si a la resucitada*

juventud faltarán fuerzas para arder al sol —grano de aroma, gota de perfume—, cómplice grita mi propio corazón…

Yo también quise hablarle como si fueran mis versos e interrumpiéndolo le dije: «No me voy a dejar vencer, Alfonso. La he de encontrar en Madrid y he de tener el placer de presentársela. Usted verá cómo mi último deseo es dejarme envejecer con ella, caminar este Retiro y recibir la primavera con las primeras rosas que le he de regalar…».

—Remo en borrasca, ala en huracán: la misma fuerza que azota es la que me sostendrá… Y estremecidas en el fondo del pecho, siento agolparse las fieras del recuerdo.

Soltó una carcajada que desde su reducida estatura parecía de niño y apretándome el brazo me dijo que le encantaba la poesía, que la traía metida en la cabeza como quien tararea melodías silenciosas todo el día. ¡Imagínate, Carmen poema, este hombre que sin conocerlo ya sé que es distinguido me pedía disculpas por haberme recitado sus más íntimos pensamientos! Quién sabe qué amores y cuántas tristezas lleve encima este mexicano que se viste igual que yo, pero lo cierto es que se acercaba la hora de la comida y no pude evitar invitarlo a comer.

Don Alfonso aceptó con esa confianza que sienten los mexicanos de saber que hay semejantes que se conocen, sin conocerse, desde hace años. Pero la única condición que me puso fue que le permitiera ir como guía. Por lo visto conoce mejor Madrid que yo y, con tantos versos en la cabeza, sin duda será mejor recorrer estas calles escuchando sus pensamientos que irle endilgando mis delirios.

Apenas salimos a la calle de Alfonso XII y enfilamos hacia la Puerta de Alcalá, quise confiarle que allí mismo había yo esperado el amanecer de ese día, pero nuestra caminata fue interrumpida por un mendigo que parecía salido de una de las peores escenas del *Conde de Montecristo*. Era un hombre andrajoso y sucio, pero que proyectaba la inevitable compasión hacia su cara de bondad innegable. *El mendigo y la calle de Madrid son un solo cuerpo arquitectónico*, dijo don Alfonso, en cuanto me dejó darle unas monedas al prisionero aquel, *se avienen como dos ideas necesarias. La calle sin él fuera como un rostro sin nariz. Él es su cariátide y*

a la vez su parásito: le da consistencia y vive de ella. Es su parte más sensible, la que le comunica emoción. Como una supervivencia medieval, os sale al paso para sobresaltaros.

Era inevitable. Estábamos en Madrid, a unos pasos de la calle de Alcalá y aunque nos sabíamos paisanos no podíamos evitar algunos giros castizos, madrileños, puros y españoles en lo que nos decíamos. Yo también usé el os parece que comamos cerca de Sol, y también aquello de si tenéis mucha hambre podríamos parar en el Círculo de Bellas Artes… Pero don Alfonso parecía no querer detenerse ni en disquisiciones de cómo hablábamos el español mezclado ni en qué lugar calmaríamos nuestra hambre. Él iba de guía y, apenas subimos por Alcalá, habiendo dejado a Cibeles a nuestra espalda, me dijo que en esa acera se pone un pordiosero *que pide limosna ofreciendo el fuego a los fumadores. Atisba, contraído de atención, el instante oportuno y, cuando alguien lleva el cigarrillo a la boca, frota el fósforo en su muñón de palo. El margen de probabilidad es mínimo: un segundo de vacilación un soplo de viento, y la dádiva está perdida*. Nos acercábamos al entronque con la Gran Vía y en el paso de cebra, por no decir el cruce peatonal, don Alfonso estiró su corto brazo y agregó: *Aquella viejecita, que pudiera ser una reliquia sagrada, canta tonadas ligeras a la puerta de los cafés*.

Cruzamos la Puerta del Sol y don Alfonso seguía señalándome mendigos y contándome sus trucos, inventándoles una historia. *Hay ciegos guitarristas, murgas de ciegos, ciegos cantores, recitadores o meros imploradores; ciegos salmistas y ciegos maldicientes. Hay, en fin, los «oracioneros vistosos» de Cervantes: los falsos ciegos*. ¿Será que todo el enredo de los colores me lleve a perder la vista? Pienso en el terror que me sería reencontrarte, Carmen de ojos divinos, tan solo para perder el milagro de mirarte. Pienso que tendré que regresar a la óptica y pedir que me revisen los ojos, que me prevengan de cualquier ceguera y que me vendan mejores lentes para el sol que no me deja dormir en las noches de mi horario mexicano.

Decidimos atravesar la Plaza Mayor, Carmen imperial que ya se va llenando de aires de Navidad nuestro Zócalo de Madrid, y me presentó de frente con el restaurante Sobrino del Botín. ¡Cuántas

veces habíamos oído hablar de esta casa en México, Carmen de mis hambres y de mis mejores anhelos, y desde que llegué no se me había ocurrido buscarlo! Sin duda, don Alfonso ha de ser cliente conocido de aquí pues apenas traspasé la puerta el camarero nos llevó directo a una mesa en la parte de arriba. Sin que pidiera yo nada, como si obedeciera a un antojo ya sabido de don Alfonso, me sirvió la primera de las muchas copas de un vino rojísimo.

Al igual que con Max, decidimos compartir un lechón y la ensalada que había pedido don Alfonso también quiso que la acomodaran al centro. Mientras llegaron las viandas, como si supiera de antemano que acababa yo de visitar el Prado, don Alfonso dejó de hablar de mendigos y pordioseros y me expuso la mejor cátedra sobre Velázquez y sobre Goya que en ninguna de las guías turísticas he leído. Luego me habló de los libros, de librerías y de los muchos escritores que conoce. Pero mejor que todo esto fue lo que me habló de México, de todos los colores que todavía traigo en mi cabeza, del Monterrey que no conozco y de las eternas primaveras de Cuernavaca. No pudimos evitar la tristeza de evocar la Ciudad de México. La ciudad monstruo en donde te me perdiste, Carmen citadina, musa de corrala y Emperatriz de Lavapiés. Pensar, me dijo don Alfonso, que la Ciudad de México era *la región más transparente del aire* y no pudo más que quedarse callado cuando le platiqué de las horrorosas medidas que se han tenido que tomar para que los habitantes no se mueran asfixiados por la polución. Se conoce que hace tiempo que no ha regresado a la Ciudad de México porque no sabía nada de que los coches tienen un día en que les es prohibido circular, que a los toreros y a los atletas se les prohíbe entrenar en las mañanas más contaminadas y que han amanecido, en pleno bosque de Chapultepec, pajarillos muertos, ahogados por el humo. Quizá tampoco tú lo sabes, Carmen inmaculada, ¿desde cuándo te me escapaste a Madrid?

Cuando el mexicano Diego Rivera expuso en Madrid cuadros cubistas, hubo que pedirle que, al menos por respetos de policía, no exhibiera en el escaparate sus pinturas, me interrumpió don Alfonso retornando nuestra plática a la pintura. *Cierto retrato que estuvo expuesto en la callecita del Carmen por milagro no provoca un motín. ¡Dioses! ¿Por qué no lo provocó? ¡Sus amigos lo deseábamos tanto! Adoro la bravura de Diego Rivera. Él muerde,*

al pintar, la materia misma; y a veces, por amarla tanto, la incrusta en la masa de sus colores, como aquellos primitivos catalanes y aragoneses que ponían metal en sus figuras. ¡Imagínate, Carmen que ahora recuerdo la calle que lleva tu nombre en Madrid! Don Alfonso me la mencionó encerrada en una anécdota como si fuera una secreta clave de que allí te he de reencontrar, pero además, ¡imagínate, Carmen de mis paseos y de mi México! Allí estaba yo sentado de frente a un inexplicable mexicano que es amigo, nada menos y nada más, que de Diego Rivera, el que pintó los murales del Palacio Nacional que íbamos a ver de la mano y que tú decías que eran los mejores libros de la historia de México.

No sé cuántos años tenga Diego Rivera, pero me encantaría conocerlo y más si me lo presenta don Alfonso, que tampoco sé cuántos tenga. Sin duda es menor que yo, aunque profese la misma moda en el vestir. Pero su juventud se delata por la cantidad de comida que comió en Botín. Prácticamente se acabó él solo el lechón y la ensalada, lo cual —confieso— me dejó a mí con el vino rojísimo y se me precipitaba el sueño en los párpados cuando el camarero nos trajo el café.

Por el otoño, y este frío que finalmente le ganó al sol, salimos de Botín ya casi a oscuras. Sobre las aceras iban cantando unos jóvenes que podrían parecer mendigos, pero sus caras los identificaban como júniors en juerga prenavideña, pijos finolis que no tienen mayor preocupación que navegar sobre las noches de sus mejores delirios. Temí que don Alfonso quisiera seguirlos, en su afán por explicarme todo Madrid desde pintores hasta mendigos, pero el diminuto nuevo amigo, tomándome del brazo me pidió permiso para abordar un taxi… Parece que tenía un compromiso en su casa, según recuerdo que me dijo, lo cual confirma que vive en Madrid y que por eso hace mucho que no va por la Ciudad de México. Alcancé a escuchar que le dijo al taxista «a Pardiñas», por lo que tendré que pasearme por allí algún día de estos, porque lejos de quedar en una cita fija para vernos, don Alfonso se levantó el carrete y como si quisiera decirme que sí me había puesto atención, se despidió con su voz más mexicana… «Suerte con su Carmen, y a la próxima me la presenta»… Cuando se alejó el taxi, no pude evitar la sonrisa que me provocó no verle ni la cabeza… Es tan bajito mi nuevo amigo…

Cuando regresó al Hostal Madroño, don Pedro Torres Hinojosa confirmó que la preocupación de los amigos, cuando es sincera, se parece mucho a un regaño. Cayetano y Vicenta lo estaban esperando con una retahíla de reclamos, que si habían llamado a la Guardia Civil, que si pensaron que se había infartado, que no es sano que un hombre de setenta años se deje perder en Madrid, y lo peor de todo, solo. Pero pocos minutos duró la recriminación, pues apenas vieron que don Pedro estaba intacto, y que además se veía contento, tanto Vicenta como Cayetano intuyeron que quizá su amigo ya había dado con su novia, que se había encontrado con su Carmen, y de ahí que llegara desvelado y con el traje, chaleco, gabardina y zapatitos como si se hubiera revolcado por los suelos en un abrazo apasionado.

No se puede negar que hubo una cierta tristeza condescendiente en los ojos de Vicenta en cuanto don Pedro les confesó que no había visto a Carmen, y un cierto celo de camarada en la cara de Cayetano en cuanto don Pedro les dijo que se había encontrado con un amigo mexicano. Por lo menos les quedaba la tranquilidad de que el huésped más familiar que tenían inscrito en el registro del Hostal Madroño, había regresado sano y salvo. Por primera vez desde que había llegado, don Pedro se veía dispuesto a dormir en horario madrileño y por eso ya no lo entretuvieron cuando se abrió la reja del ascensor.

Pero don Pedro entró al cuarto sin ninguna intención de dormir. Como era su costumbre se tumbó en la cama vestido, dejando que sobre sus pupilas cayera el recuento de este doble día de búsqueda que se le había multiplicado por la maravilla del Museo del Prado, por las comilonas que se había corrido él solo, pidiendo platillos como si fuera acompañado de su musa, por la oportunidad insólita de dejarse dormir en el parque de El Retiro como si quisiera recrear la hazaña efímera de su padre derrotado, y por la tenacidad inquebrantable con la que pensaba encontrar a su Carmen entre tantas calles pobladas de mendigos y de jóvenes en juerga.

Se levantó de la cama y al tiempo que se desvestía prendió el televisor, consciente de que había ya adquirido una nueva manía. Una nueva afición incomprensible, pues sabía que prendía esa caja con el solo afán de poder ducharse con ruido, bañarse en compañía de las musiquitas de los anuncios que lo habían acompañado

durante su semana resfriada. Quizá por eso se bañó con más tiempo que de costumbre, dejándose enjabonar con los mismos recuerdos de su Carmen que siempre le llegaban bajo el chorro de agua, pero ahora con unas melodías pegajosas que emanaban desde su televisor. Contento con su rejuvenecido cuerpo, se propuso rasurarse como si tuviera el proyecto de cenar con Carmen esa misma noche, pero apenas abrió el grifo del lavabo escuchó la voz del locutor ronco, del narizón de los milagros y como un niño que intuye los horarios de sus caricaturas en la tele, salió desnudo y se tiró en la cama, dejándose absorber por el tentador espectáculo de los milagros y reencuentros que sacaba el Lobatón de su chistera televisiva.

La soledad es quizá la única compañera que respeta nuestros más íntimos pensamientos. Uno se queda en la banca de un parque y se recita los más románticos versos animado por el único afán de estar solo y en silencio. Uno lleva melodías en la cabeza y se anima a cantarlas en silencio con la única seguridad de que nadie nos está escuchando. Nadie, salvo la soledad. Esa compañera que se entera de los más desvariados antojos, las más secretas perversiones y las culpas más escondidas. Pedro Torres Hinojosa se dejaba impresionar, se descubría de pronto llorando ante los abrazos que se daban dos hermanos ancianos de Albacete que hacía décadas se habían dejado de ver. De pronto, reconoció que su soledad hacía cincuenta años que había quedado acompañada y que, sin importar los cuarenta años que llevaba sin acompañarse de Carmen, ambos estaban condenados a estar juntos aunque estuvieran alejados por el solo hecho de que ambos se habían logrado infiltrar en las intimidades de sus respectivas soledades. Quizá enamorarse es dejarse filtrar la soledad y, además, meterse a conciencia en la soledad del otro.

Apagó el televisor en cuanto el Lobatón dictaba los teléfonos que aseguraban milagros y repetía la dirección a donde don Pedro ya había mandado, en sobre timbrado y sellado, su más íntima soledad. Pensó que, a pesar del espectáculo, la televisión debería volver a la recepción con Cayetano y con Vicenta, que era un abuso tener esa caja mágica en la 702 no teniendo ya el resfriado que justificaba su presencia, que sus amigos se habían preocupado por él quizá también porque no habían podido distraer sus soledades

con la pantalla que les brindaba descanso, zarzuelas y chismes.

Durmió su siesta desnudo y en cuanto se sintió descansado, Pedro Torres Hinojosa retomó su ceremonia de afeitado. Se volvió a poner un traje, con chaleco, sacó otro par de zapatos con hoyitos en el empeine y sacudiendo la gabardina salió de su hogar 702, dispuesto a recorrer la media noche de Madrid con el único rumbo lógico que podría justificar su elegancia: Lavapiés. Al pasar por el vestíbulo, le pidió a Cayetano que subiera por la televisión fingiendo que, ya no estando enfermo, le parecía una aburrición innecesaria. Demostrándoles que se sentía renovado, descansado y feliz, les dijo que quizá tampoco hoy regresaría al hostal, que les encargaba sus cosas y que no habría razón para que tuvieran que llamar a la Guardia Civil. En la puerta, don Pedro se quitó el sombrero en señal de despedida, sabiendo que la pareja de amigos lo seguía con la mirada, y se dejó golpear la cara con el viento frío que a nadie podría ocultarle la cercanía de diciembre.

Lavapiés se va convirtiendo en parte de mi alma, Carmen emperatriz. Tus territorios son ya pasto de mis sueños, orgullo de mis desvelos y paisaje de mis búsquedas. Me gusta que las calles de Lavapiés sean estrechas, es como si las hubieran diseñado precisamente para peatones o para que recuerden a Guanajuato. A cada paso quiero imaginar qué hubiera sido de nuestras vidas si nos hubiéramos dejado perder en Guanajuato, llegar en tren y sellar entre sus callejones la eternidad de este idilio que ahora estamos forzados a retomar entre estas estrechas calles de madrugadas frías y calladas.

Como ya me es costumbre, me acerqué hasta la estatua de Agustín Lara creyendo una vez más que allí estarías sentadita esperándome, sentadita a los pies de mi Divino Flaco y al lado de la musa de bronce que le rinde su eterno homenaje, sentadita tarareando nuestro chotís. Pero Carmen te me sigues escapando, evades nuestro reencuentro quizá por miedo o porque aún no te has enterado de que ya estoy aquí para recuperarnos de tantos años de olvido y de distancia. Si solo supieras cómo he recuperado todos los años de mi vida, los amigos que he encontrado desde mi regreso y todos los colores que ahora distingo. Si supieras que ahora sé que se acaba noviembre no solo porque el clima me ha cambiado las coyunturas, sino también porque ya le veo todos los colores de

Navidad a mi Madrid. Ahora no solo me llega México en mi recuerdo sin colores, en un blanco y negro de películas y de distancia, también me llegan los horarios con los tintes de un colorido especial. Esta noche es noche púrpura con luces en violeta, es la noche de Lavapiés que se me ha quedado en la mente como un paseo morado, de enamorado, el mismo enamoramiento que te vio en los tendidos de la Plaza México.

Eso es, Carmen intacta, que sigo siendo el mismo porque he cambiado, porque he recuperado todas las páginas de mi memoria y todos los colores de mi pasado. Soy el mismo como estoy seguro de que tú sigues igual a la Maja de las pinturas, que no has cambiado porque te siento en cada eco que hacen mis zapatos por las calles estrechas de nuestro Lavapiés. Por eso vuelvo aquí y hago mis noches de ronda buscándote sin cesar, seguro de reencontrarte, amor Carmen de bolero y schotis, ranchera gitana.

Sentía que se acercaba la hora de mi cena y decidí entrar a una taberna. Me llamó la atención que se anunciara con faltas de ortografía, Carmen que siempre me corregías mi español mexicanizado porque te creías española de castellano perfecto. Taberna del Avapíes decía el letrero sobre el callejón oscurecido con el morado de este frío que ahora se siente en mis paseos. Más me sorprendió ver que los pocos comensales se encontraban en franco estado de ebriedad, como si llevaran horas bebiendo luego de alargar una comida en sobremesa de nunca acabar. En ese momento, caí en la cuenta de que en Lavapiés ya pasaban de las dos de la madrugada, y de que por eso se preocupaban tanto Vicenta y Cayetano, porque no he podido agarrar el horario y llevo ya más de tres meses que se supone me he reinstalado en los colores de mi Madrid.

Por el nivel etílico que traían encima los del Avapiés, no quise preguntar por qué escribían así el nombre de tu imperio, ni tampoco quise preguntar si acaso alguien de allí supiera tu paradero y la ubicación de tu palacio. Me limité a aceptar un plato de jamón y dos raciones de queso, que me apuré a terminar como si fuera una cena ligera antes de abordar algún tren. Tuve miedo de que me siguieran, de que alguno de los allí borrachos viera que cargo dinero en efectivo, la suficiente cantidad como para invitarte a donde quieras en cuanto te me reaparezcas a colores e intacta, bella

como la mejor de las musas que se merece Agustín en el barrio que guarda su estatua. Tuve miedo y quizá por eso aligeré mis pasos, y de pronto me vi caminando más rápido que de costumbre, incluso buscando un taxi que me sacara de ese barrio de oscuras sombras en morado y luces violetas que inevitablemente me volvían a conducir hacia la placita donde está callado mi Flaco de Oro.

Aunque no te encontré, quiero compartir contigo la afortunada experiencia que me ocurrió en tu ausencia. Ya estaba yo decidido a esperar el sol en la plaza de Agustín Lara, la que aquí insisten en llamar Jardín de Paredes, no solo por el cansancio que me provocaron mis pasos rápidos. Carmen que sigo con facultades, pero no estoy tan a punto como para soportar carreritas y además con miedo. También me propuse quedarme en esa plaza porque es precisamente como un jardín con paredes y porque había suficiente luz como para sentirme seguro. Te digo que ya había decidido quedarme allí, pero más me convencí en cuanto vi a un hombre sentado en una banca, un hombre en blanco y negro, la señal inconfundible de que sería mi amigo.

Mira si es raro: a los otros amigos en blanco y negro que me he encontrado en este viaje los he visto de día, con toda la luz del sol contrastando su falta de colores. Pero este hombre estaba allí de noche y se distinguía en blanco y negro, rodeado de las sombras violetas y moradas, de los ligeros verdes que se alcanzaban a percibir en los arbustos que rodean la estatua de mi Agustín. Estaba vestido de negro, su camisa se veía blanca y el jersey que le cubría el cuello se me perdía en tonos de gris, como si se tratara de un retrato hecho con pinceles descuidados. Tiene la cara larga, la barba blanca cortada precisamente para alargarle más los pómulos y resaltar que sus orejas también son largas. Se veía ensimismado y al acercarme y preguntarle si no le molestaba que me sentara a su lado, noté que tenía en su mano una pequeña figurita de barro blanco, un burro con orejas que parecían mangas de algodón alargado.

De hecho, no me contestó: solo asintió con la cabeza y siguió rezando en voz baja las letanías que lo tenían concentrado en esa plaza de Lavapiés. Me quedé callado a su lado, y quizá él intuyó que me sentaba allí para sentir algún tipo de seguridad o quizá porque ya está acostumbrado a que haya gente que solo busca compartir su

soledad con quien sea y en cualquier banca de plaza o parque. Conforme pasaron los minutos alcancé a escuchar mejor lo que decía: una serie de reflexiones sin hilo y sin cauce, una serie de ideas que se decía a sí mismo pero que parecían dirigidas precisamente a mí, a nosotros, Carmen de maravillas y de milagros que no deja de sorprenderme que en tu búsqueda me siga encontrando en el camino con amigos que alivian mi desesperación, con arcángeles que orientan mis búsquedas y que son como guías secretos que me confirman que no ando lejos de reencontrarme contigo y con todos tus colores.

Mis sueños de la noche, ligerezas, profundidades o solamente pesadillas, decía este hombre flaco y largo, *suelen ser como mi ideal cine interior abstracto: planos, colores, luces, posiciones de tiempo y espacio que a mi despertar no me parecían sucesos, hechos, asuntos, pero que lo fueron plenamente en el sueño, tanto o más que las ocurrencias de la vijilia*. Pensé decirle que yo sé muy poco de cine, que me gustan las películas de Humphrey Bogart, pero entendí que se refería al cine que llevamos en la cabeza, las películas a colores o en blanco y negro que me he formado a través de mi vida y de tu recuerdo, Carmen cinematográfica, que le comenté que a mí me pasaba igual, que hay escenas de mis sueños en México que ahora estoy recorriendo porque eran parte de mi infancia y que las había perdido para siempre.

Como si no me oyera, o como si quisiera involucrarme en sus pensamientos pero de una manera rara, continuó diciéndome que *A veces, muy pocas, me quedan unas sílabas en la boca o unos datos en la memoria que me llevan un momento a una reconstrucción del jeroglífico nocturno…* Y a mí me fascinó que dijera jeroglífico nocturno, pues es como si acabara de bautizar la íntima sensación que siento en mis búsquedas. Todo esto es un jeroglífico, Carmen de mis noches de horarios volteados y de colores perdidos. Pero este flaco, al pie de la estatua de mi Flaco de Oro, seguía con sus letanías como si no le importara que allí al lado se le hubiera sentado un semejante, un hermano idéntico, un madrileño mexicano que se identificaba con cada imagen que decía y siguió hablando, diciéndome ya en voz alta, ya sabedor de que lo escuchaba… *Mi monólogo es la ocurrencia permanente desechada*

por falta de tiempo y lugar durante todo el día, una conciencia vijilante y separadora al marjen de la voluntad de elección. Es una verdadera fuga, una rapsodia constante, como los escapes hacia arriba de fuegos de colores, de enjambres de luces, de glóbulos de sangre con música bajo los párpados del niño en el entresueño… ¡Carmen que aquí estaba un hombre revelándome mi biografía!

Sentía que este flaco sin colores me estaba dando las claves secretas para entender tu reencuentro, para lograr descubrirte allí mismo en Lavapiés. ¿Cómo supo que de niño mis padres me llevaron a ver los juegos de colores y las luces que volaban en la Verbena de la Paloma? ¿Cómo supo que los jeroglíficos de mi viaje son una rapsodia que me asustó al sobrevolar Manhattan y que me fugué de American Express? ¿Cómo se atrevió a confiarme la explicación de mis recorridos a deshoras, mis horarios volteados? Aquí estaba un hombre diciéndome que mis acomodos con el tiempo no son más que ajustes a los espacios que no podrían hacerse durante la vulgaridad del día, sino a la hora precisa en que se me ocurre buscarte, Carmen que te he de encontrar justo en el instante en que se me ocurra encontrarte y justo en el lugar desde donde este hombre hablaba de sí mismo, hablándome directamente de mí.

De pronto, interrumpió su recitación, guardó el burrito de barro en la bolsa de su saco largo y me tendió la mano con una sonrisa que de no haber sido gris, te diría que llevaba todos los colores de España encima. Me dijo que se llama Juan Ramón, así sin apellidos, como lo han hecho también mis otros amigos sin colores, y tampoco me permitió que le dijera los míos. Quedé como Pedro para él, y ya te puedo afirmar que Juan Ramón se ha sumado a mi lista de amigos de este Madrid sin horarios que solo espera que te reencuentre, Carmen desvelada que en algún rincón de Lavapiés seguramente dormías al mismo tiempo en que Juan Ramón y yo nos dirigíamos de vuelta al Avapiés para sellar con un vino las coincidencias que nos estrechaban desde aquel primer encuentro.

La gran ventaja de que amanezca tarde en invierno es que la noche de mis horarios de México parece adueñarse de Madrid. Regresé al Avapiés con Juan Ramón y lejos de parecer que nos tomaríamos unos vinos para esperar el sol, sentí que eran aperitivos para una cena de medianoche. Además, el hecho de que amanezca

tarde le permite a la luna brillar con más soberbia, como si se supiera admirada por quienes ya buscan en el cielo al sol de sus monótonos días. Lo mismo pensaría Juan Ramón, pues apenas nos sentamos en una de las mesitas de Avapiés me dijo que veía a *la luna como nuestra tierra, nuestro planeta visto desde fuera, desde el saliente a la nada del desterrado para quien su patria lejana hace lejano todo el mundo. Y en ella (la luna, la tierra, el mundo, la bola del mundo) perfectamente definida en gris rojizo sobre blando, la hermosa figura de España*… Te imaginarás con qué emoción tomé los primeros sorbos de ese vino rojísimo que nos sirvieron en el Avapiés… Tiene la voz cansada, pero se le escucha con un hálito en cada palabra. Es como un suspiro que le acompaña al hablar. Habla Juan Ramón con jotas en vez de ges, hace suaves las ces y las eses le salen con cierto recuerdo andaluz, con ese tono casi cantado que recuerdo en la voz de mi madre y que me decían que eran las huellas de Huelva que se le habían quedado en la saliva.

Allí estábamos dos hombres que coincidimos en nuestra pasión por la luna, que la vemos de gris y sin colores, si acaso el tono rojizo que le da el vino tinto antes de que ella ceda su lugar en el cielo para que el sol inunde Madrid con todos los colores. Dos hombres que se miran en el espejo de la luna, y que como si fuera una ventana a todos los tintes de nuestras memorias, vemos a España y te veo a ti, Carmen de media luna, gitana de lunas verdes que eras el espejo de mi vida… *Ahora la luna no es la luna de otros tiempos de mi vida, sino el espejo alto de mi España lejana. Ya no es más que un espejo. Ahora la luna, al fin, me es de veras consoladora…*, decía Juan Ramón y yo quería decirle que coincidía con cada letra de sus pensamientos, porque yo también siento que España se me aleja como si recordara que yo me alejé de ella, que se queda sin colores como se me va alejando México y que no quisiera que se alejara nunca la posibilidad de reencontrarte. Quería decirle que también hay días en que no quisiera que se me alejara la luna y noches en que deseo que nunca desaparezca el sol. Juan Ramón me miraba con su voz y en sus ojos escuché que me confiaba lo que parecería un secreto: *Pasan vientos como pájaros, pájaros igual que flores, flores soles y lunas, lunas soles como*

yo…

Poco a poco se nos fue llenando de luz el local, y las caras a colores de los desvelados del Avapiés se me contrastaban con la cara en blanco y negro de Juan Ramón que seguía diciendo puras palabras de sabiduría como si quisiera recompensar que no lo dejé pagar ni una sola ronda de nuestros vinos. De pronto, como si supiera que el sol ya nos obligaba a despedirnos y que yo estaba pensando en ese mismo instante en tus labios, me dijo que *cuando besamos a nuestra mujer en la boca besamos en ella la boca de dios, todo el universo visible e invisible y el amor es el único camino de la eternidad y de dios. En realidad yo creo que no hay otra eternidad que el amor, y si sentimos la muerte como un defecto es porque nos quedamos sin acción de amor, porque nuestra boca ya no puede ponerse en contacto voluntario y dinámico con la boca del mundo…*

Salimos al sol de Lavapiés y sin decirnos nada, sabíamos que teníamos que despedirnos en la misma plaza donde nos encontramos, bajo la mirada inmóvil y quieta de Agustín Lara. Antes de que pudiera estrecharlo en un abrazo sincero, Juan Ramón se quedó mirando hacia las ruinas de un templo que están frente al bronce de mi Divino Flaco y hablando para sí mismo me preguntó, directamente a mi cara desvelada: *¿Por qué comemos y bebemos otra cosa que luz o fuego?*, y sin darme tiempo para entender su pregunta, él mismo se contestó, diciéndome: *Como yo he nacido en el sol y del sol he venido aquí a la sombra ¿soy de sol, como el sol alumbro?, y mi nostaljia, como la de la luna, es haber sido sol de un sol un día y reflejarlo solo ahora*. Fruncí los labios como queriéndole decir que le entendí cada sílaba, al mismo tiempo que sentí los oleajes que en mi mente producían los vinos que nos habíamos tomado. Entrecerré los ojos para ver que me estrechaba la mano como si fuéramos amigos de años; Juan Ramón se despidió de mí, con la última y quizá más bella frase de nuestra noche que ya amanecía: *Lo que fue esta mañana ya no es, ni ha sido más que en mí; gloria suprema, escena fiel, que yo, que la creaba, creía de otros más que yo mismo. Los otros no lo vieron; mi nostaljia, que era de estar con ellos, era de estar conmigo, en quien estaba…*

Imagínate qué belleza, Carmen inmaculada Emperatriz de

Lavapiés, que buscándote en tu imperio me encontré con un prójimo, un igual, un hermano que luego de regalarme unas horas de su más pura sabiduría se despidió de mí diciendo que él también sabe de mi más íntima ilusión, porque es como si fuera la que se le refleja en la luna, la misma luna que me refleja tu rostro y tu cara perfecta. La misma cara que me pareció ver reflejada en la ventanilla del metro que tomé de Lavapiés para volver a mi Hostal Madroño.

A nadie le importa cómo pasan las navidades los hombres solos. Uno se concentra en sus propias esferas, arbolitos y belenes. Suficientes preocupaciones son los mil y un regalos, la cena y los parabienes. Pedro Torres Hinojosa ya estaba acostumbrado a ser testigo de la felicidad navideña ajena, saberse solo en las calles iluminadas de México e invitado incómodo en las interminables posadas a las que, a veces, asistió envuelto en los muchos colores que se le multiplicaban año con año. ¿Cómo iba a involucrarse en el clima de la Navidad en México, si la primera vez, a los diez años, lo sorprendió recién bajado de un barco gris que lo traía como náufrago de una tierra que se le había quedado sin colores? ¿Cómo imaginar que se cantan las posadas y se cargan los belenes que en México llaman nacimientos, y beber ponches y esperar la bendita colación que se desparramaba de las piñatas multicolores, si Pedrito solo podía pensar que sus padres eran bombardeados por polvo y pólvora sin colores?

Si acaso, ahora estas navidades de 1996 se le aparecían ante la vista como una recreación de las navidades perdidas. Era una segunda oportunidad de ver los colores de Madrid en Navidad, la oportunidad de revivir las fiestas que llegó a celebrar con su Carmen y la posibilidad de recordar a México, lejos de las posadas y de los ponches de sus compañeros en el Ministerio. Cualquiera diría que durante los últimos días de noviembre y las dos primeras semanas de diciembre, Pedro Torres Hinojosa andaba feliz entre los puestos de arbolitos y esferas de la Plaza Mayor, que se metía como niño a las jugueterías de El Corte Inglés y que incluso pensó que contaba con suficiente dinero como para regalarle algunas ilusiones a los niños que se veían muertos de frío en la Plaza de las Descalzas.

Cualquiera diría que don Pedro aparentaba acercarse o sentir que se acercaba al milagro de reencontrarse con su Carmen por la

asiduidad y religiosidad con la que frecuentó Lavapiés en esos días: casi a diario, casi todas las madrugadas, don Pedro se arrimaba a un bar agitando que se llamaba la Taberna del Avapiés y se dejaba llevar por el vino y la nostalgia hasta que los rayos del sol lo encaminaban a la estación del metro. Le gustaba regresarse en metro desde Lavapiés porque los túneles guardaban un raro calorcillo matinal, un vaho anónimo que le aliviaba el frío que se le había acumulado durante sus madrugadas en silencio.

Una noche decembrina en que don Pedro decidió no salir del Hostal Madroño, se quedó con Cayetano en el vestíbulo viendo la televisión hasta que Vicenta puso en la grabadora la «Mazurca de las sombrillas», el himno con el que acompañaba la faena diaria de fregar los pisos y los rodapiés de azulejo de ese hostal que ya era hogar. Cayetano hacía horas que se había quedado dormido, lo que sirvió para confirmar que su amistad era solidaria y callada, pero don Pedro se había quedado más que despierto, absorto: durante los fríos de esa madrugada había vuelto a ver completita, doblada al español y sin cortes comerciales, *It's a Wonderful Life*, la película de Frank Capra que había convertido a Jimmy Stewart en el hermano mayor de toda la humanidad. Don Pedro había visto muchas veces esa película, pero jamás doblada al español y ¡mucho menos, coloreada por los ingenios de la tecnología moderna!

Lejos de ofenderse con el sacrilegio de la coloración, a don Pedro le pareció que si Televisión Española era capaz de pintar las antiguas películas en blanco y negro, sin duda era también capaz de encontrarle a su Carmen y regalársela envuelta en mil colores para Navidad. Para él, no era más que una pura maravilla volver a ver una película que se sabía de memoria en blanco y negro, y ahora cotejar sus recuerdos con los colores que inundaban la pantalla. Además, si a Jimmy Stewart se le había aparecido un ángel de la guarda que le permitía cambiar su vida, ¿por qué no pensar que a él también se le aparecería toda la corte celestial de ángeles y arcángeles para orientarlo en su anhelada búsqueda de Carmen?

—¿En qué piensa, don Pedro? —preguntó Vicenta con la voz blanca y recién levantada que se mezclaba con la melodía de su zarzuela de la limpieza.

—Pienso en que me he quedao viendo una película que creí saberme de memoria… La he visto muchas veces en México, pero

en inglés y en blanco y negro, y ahora me he quedao de una sola pieza, como si nunca la hubiera visto —contestó don Pedro con una voz que no parecía desvelada y en tonos que querían recordarle su origen madrileño.

—¿Pero es que en Méjico pasan las pelis en inglés? —dijo Vicenta mientras exprimía la fregona— si eso es como si vosotros fuéseis ya casi americanos, ¿no?

—¡No, qué va! —respondió don Pedro con un acento aún más madrileño—, lo que pasa es que en México no molan las pelis que están dobladas. Es al revés que aquí. Allá estamos más acostumbrados a los subtítulos y aquí hasta le reconocen la voz a Fernando Fernán Gómez y a nadie le incomoda que Humphrey Bogart diga *joder-macho* o *coñodámela pasta*.

—Entonces, ¿qué pasa? —contestó Vicenta—, ¿se la pasan leyendo la peli o la ven? Porque tantas letras distraen la vista, ¿no? Bueno, eso pienso yo, que mire que cuando a Cayetano le da por ver alguna peli que lleva letritas, yo ni me entero y me quedo frita… Que me quedo dormida, así como se ha quedado el pobrecito mío… Es que no le seguimos el ritmo, don Pedro y usted ya sabe que no es nada bueno que se pase las noches despierto en su Méjico y luego los días de Madrí, ¡que son tan bonitos, hombre!, se los pase usté durmiendo… Pero bueno, ya me estoy metiendo yo en lo que no me importa, así que perdone…

En lo que Vicenta se alejaba con su fregona de zarzuela y sus preguntas de inocente inquisición, don Pedro se dirigió al ascensor dispuesto a recostarse en su cama. Le quedaban unos párrafos del *Quijote* por delante antes de que se animara a dormir con su cronometría volteada. En vez de recostarse se acercó a su ventana a mirar cómo se inundaba de luz la Gran Vía. Le gustaba sentirse en la sombra, como si fuera un tendido de la Plaza México, y desde su balcón mirar cómo le pegaba el sol a la puerta del Museo Chicote. Visto así, Chicote parecía la puerta de cuadrillas por donde saldrían los caballos de unos alguaciles negros presidiendo un desfile de colores, un pequeño paisaje de trajes de luces y de seda por donde se vería la figura de su Carmen.

Leyó más de veinte páginas de las aventuras de Alonso Quijano y se dejó perder en el sueño con el propósito de seguir su lectura en El Retiro, como ya se le hacía costumbre. Quizá por eso, apenas

entró el mediodía a Gran Vía, don Pedro se levantó totalmente descansado, e intentando recordar alguna frase de Jimmy Stewart se bañó y afeitó tarareando la pegajosa melodía navideña que apenas ahora había descubierto en colores. Se vistió con la idea de que Vicenta y Cayetano se merecían un buen regalo de Navidad, que iría esa misma mañana a comprarlo y que después se dejaría descansar en los prados de su Retiro con el único deber de seguir leyendo el libro que se fumó su padre y la ilusión de reencontrarse con más páginas de su pasado.

Cuando bajó al *hall* de entrada, Cayetano seguía dormido, según le dijo Vicenta, y en el sillón del vestíbulo reposaba un periódico que anunciaba bajas temperaturas. Esto definitivamente influyó en el ánimo de don Pedro pues apenas entró a El Corte Inglés, no solo buscó posibles regalos para los que conformaban su única familia en el mundo, sino que además se propuso comprarse un abrigo. Lo encontró en la tercera planta, en la sección de ropa fina para caballero y no pudo menos que sentirse orgulloso e impecable en cuanto se supo ya poseedor de un elegantísimo abrigo de piel de camello, color arena, que se combinaba a la perfección con su traje de chaleco, su corbata de seda y lisa, sus gemelos de oro amarillo y sus zapatos de hoyitos en el empeine.

Para Vicenta compró el más bello mantón de manila que encontró, no en El Corte Inglés, sino en la mismísima calle del Marqués viudo de Pontejos. Era un mantonazo de Manila, negro con flores de todos los colores y don Pedro decidió comprárselo a Vicenta como si se lo estuviera comprando a su Carmen. Ya puesto en el camino de las compras, don Pedro se acercó a la Plaza Mayor y en una más de sus confusiones creyó que la Casa Yustas era en realidad la sombrerería Tardán que está en los portales del Zócalo de la Ciudad de México. ¿Quién podría contradecir la confusión de este hombre que, habiendo comprado su sombrero Borsalino en Tardán, ahora se topaba con una idéntica tienda de sombreros pero en los portales de la Plaza Mayor de Madrid? Una tienda de idéntico giro y en idéntica circunstancia: bajo las sombras de los portales, entre las columnas que forman la plaza, don Pedro entró a Yustas y se dejó medir la cabeza para comprarse una boina vasca y, de paso, calcularle el cráneo a Cayetano, a quien además, le compró unas figuritas de plomo, que alineadas perfectamente formaban la

escuadra del Real Madrid, el equipo de su mutua filiación futbolera.

Con las boinas envueltas, don Pedro se acercó a las casetas navideñas y pensó comprarse un arbolito para su habitación 702. Pensó que sería un detalle divino recibir a Carmen en plenas navidades con un pequeño abeto cubierto por un puñado de esferas y colocado encima de su librero, pero decidió mejor bajar por Cuchilleros y acercarse nuevamente a Casa Paco. Es que los hombres solos, sobre todo cuando están inmersos en el ritual de reconquistar una ciudad o de descubrir una villa desconocida, tienen la inevitable propensión a repetir los recorridos, a frecuentar los mismos lugares. Es como si quisieran asegurarse de que conocen algo, de que hay parajes del nuevo paisaje que ya les pertenece.

Casa Paco era ya tan de don Pedro que no le sorprendían ni el melodioso ritmo del agua que no dejaba de fluir sobre el mostrador, ni el malabárico juego del camarero con el que servía los veinte chatos alineados como jugadores de futbol rociados por un vino que no desparramaba ni una sola gota. En vez de seguir su ruta hacia Lucio, don Pedro decidió comer allí mismo y celebró las delicias de una carne maravillosa que se terminó de hacer en su propio plato, un plato de barro hirviente que servía de parrilla personal. Terminadas sus dos botellas de vino tinto, y una vez convencido de que no podía más con el pedazo de carne que se le quedaba en el plato ya tibio, don Pedro estuvo a punto de cometer el sacrilegio de pedir un café. Para su fortuna, recordó que en Casa Paco no sirven café, «porque para eso están las cafeterías», y se levantó dejando una más que sustancial y proporcional propina sobre la mesa.

Volvió a cruzar la Plaza Mayor y se dejó tardar en un recorrido que parecía larguísimo hacia la Puerta del Sol. Le provocó una sonrisa confirmar que cada vez que visitaba la estatua ecuestre del rey sin nombre y sin número, que allí cabalga sin moverse, tenía una paloma encima. Atrás de ese caballo, y al lado del oso que pretende tumbar el madroño, don Pedro se metió en una tienda que le parecía recién sacada de su infancia y compró dos abanicos de colores vivos para completar su regalo para Vicenta; a Cayetano le compró un báculo, un bastón largo hecho de una sola rama que le vendría bien no solo como regalo de Navidad sino también como broma de su vejez, como reclamo de que en la madrugada se le había quedado dormido, sin que pudiera siquiera comentarle la

tremenda impresión de ver en colores aquella película que había sido filmada originalmente en blanco y negro.

Previniendo que Madrid se encerraría en la siesta, don Pedro caminó por la calle del Carmen pensando en la suya y dispuesto a sentarse en el primer café que se le apareciera con la serena satisfacción de que llevaba regalos para su nueva familia. No se sabe cuántas horas pasan los hombres solos en un café; un horario es el que marca el reloj y otros —muy diferentes— los que transcurren en sus pensamientos y reflexiones. Unas horas son las que va contando el camarero entre café y café, entre coñac y coñac, y otras —muy distintas— son las que pasan por la mente de quien se deja perder en los recuerdos callados, en los pliegues de una servilleta o en la contemplación detallada de cualquier persona que pase por delante de la ventana.

En su mente, don Pedro escuchaba todas las letanías que se cantan en las posadas navideñas de México y veía los colores de las piñatas repletas de frutas de mil sabores. Recordó que en Veracruz, apenas bajó del barco que lo salvaba de una España quebrada, descubrió que en México se comían los colores: negro el zapote, ciruelas rojas, mandarinas de naranja encendida y naranjas anaranjadas, amarillas las limas que también eran verdes, como verdes las tunas que sin pelar tenían espinas invisibles. Recordó que hay limones verdes y plátanos diminutos, y el color del mamey que no tiene mayor nombre que el de mamey, sandías de un rojo sangre envueltas en un verde ocre que se parece al verde de los melones que son diferentes a los que tienen un color cuasinaranja. Subrayó en sus recuerdos que el zapote negro no tiene nada que ver con el chicozapote, que tiene un color rosado como si fuera la piel abierta, mas no como la entraña de las granadas que eran rojísimas y llenas de semillas, y diferentes de la granada de china que eran las mismas semillas pero sin color, como si fueran una gelatina transparente que se combinaba en su sabor, de una rara manera, con el amarillo color mango de los mangos de Manila, o como los que compraba en el mercado de la Merced, que llaman petacones. Marrón el tamarindo que se come también con chile y se bebe mezclado con azúcar, marrón que es café que también se bebe como si fuera un amargo dulce y café el color del chocolate que más que un mero postre, también es salsa de mole picante. Blancas las jícamas que

son agua sólida y que se venden por pasos: uno compra un metro de la tierra en que se sembró y si abajo hay diez jícamas o tan solo dos, uno acepta a ciegas el azar de la cantidad. Jícama que se come en trozos, rebanadas bañadas en limón, sal y chile y que siempre parece estar fría o fresquita, como si fuera una batata o camote de los que se comen calientes, como los plátanos machos que son hermanos de los plátanos morados, tan ajenos al amarillo del banano. Pensó en el amarillo encendido de las piñas y en el apagado amarillo de las guayabas y recordó el olor exacto de la guayaba y le dieron ganas de pedir un vaso de agua de jamaica, pero luego recordó que sería una monserga eterna explicarle al camarero que no se trata de agua que traen de la isla de Jamaica, sino de una infusión en frío que pinta de rojo el agua y que sabe a tierra sabrosa.

Pensó en todos los colores que descubrió desde que desembarcó en Veracruz y de cómo se los fue comiendo en todas las diferentes mesas de las familias que lo fueron adoptando hasta que alcanzó la edad y las posibilidades de vivir solo. Pensó en su vida en el cuartucho al que nunca quiso llevar a su Carmen y del cual salió en cuanto se peleó inútilmente con ella. Pensaba en los colores y un nombre se le vino a la memoria con esa inexplicable lógica que tienen los recuerdos en cuanto son revelados por algo insólito. Thomas Morrison, se dijo en voz alta, y así como en la saliva alcanzó a saborear el recuerdo de un ate de guayaba, de pronto recordó que Morrison era un inglés, un empresario que tenía negocios en las minas de Tarsis en Huelva y que además le dio trabajo a su madre en cuanto estalló la Guerra Civil. Thomas Morrison, el hombre inglés que portaba un abrigo de camello color café con leche, idéntico al que ahora vestía don Pedro recién salido de El Corte Inglés. Morrison, el ángel de la guarda que trabajaba en la embajada de Inglaterra y que, a petición llorosa y enlutada de su madre, sacó a Pedrito de Madrid y gestionó su abordaje en el barco que lo llevaría sin colores hasta el puerto de Veracruz.

Madrid de ojos azules y cabellera negra; Madrid de Machín y de todos los ritmos caribeños; Candombe de botitas azules y de canciones de Navidad que se tocan con maracas, salsa de mil colores y bachata rosa; Magerit de velos y desvelos de las mil y una noches; *Madriz* de marcha y de resaca multiplicada, foro de los

chelis y organillo de chulaponas, pañoleta de violetera y tricornio del orden incontestable; Madrid un supuesto, una suposición que se inventan todos los poetas flacos y ojerosos. Madrid, laguna por donde navegan los leones que tiran del carruaje de una reina hecha de piedra y de agua; mar de los oleajes en donde se yergue Neptuno con un tridente; limbo donde flota Luzbel y nubes que elevan a todos las aves Fénix de las inseguras compañías de seguridad de nuestros tiempos; Madrid de luces y postal pintada de negro, ciudad con callejones de aldea viejísima y pueblo noble con avenidas colmadas de la más aplastante modernidad.

Madrid madre y gemela de México, oso receloso del águila que se posa en tu madroño; villa envidiosa del tezontle, rojo y volcánico, que cubre la gloria nunca enterrada de Tenochtitlan; corte amnésica e ignorante de las filigranas de Zacatecas, las abundancias de Taxco y la insustituible belleza de Guanajuato. Madrid espejo de esperpentos, páramo de gatos sin dueño y estepa que se queda sin tigres, porque los únicos leones vivos juegan en los llanos de Chamartín.

Madrid de calamares, boquerones, chopitos, jamones y torreznos. Madrid de pasos de cebra que son cruces peatonales y anuncios que recuerdan las horas y las temperaturas de los días que son como noches; ciudad de loterías y de bonos y de abonos de vacas y de toros. Madrid que cantas en inglés sin entender lo que dices, gitana tan lejos del sol salado y tan cerca de la nieve; capital de todos los dialectos y de todos los idiomas, Madrid que eres comunidad incomunicada de las cien comunidades y cofradías que se reúnen en torno a ti, lejos de las lágrimas de la Macarena y cuna del sereno sufrimiento del Cristo de Medinaceli, Madrid madre de mil iglesias y cuna de todos los pecados.

Madrid que en México se piensa mucho en ti, que Jorge Negrete preguntó en voz alta que si aquí no había machos por la cantidad de madrileñas que lo fueron a recibir a Barajas; Madrid que aplaudiste a Carlos Arruza y que cargaste en hombros al Soldado y a Lorenzo Garza, uno con pañuelo y el otro con la gloria de haber matado a un toro, usando como engaño el dorso de su mano izquierda. Madrí de Antoñete y Madrí de Litri, foro de los toreros buenos y sueño de cualquier maletilla.

Madrid de distracción y de la tontería, Madrid de «aloquevoy» y

del «queteibayoadecir» y Madrid de «pontenmarcha», «dalecaña» y «atacataca». Madrid del barman, camarero, bedel y portero, portera, casera, fregatriz y encargada; mono azul y esmoquin, de frac y de traje sudado; de estoperoles y chinchetas en los cueros negros; de *tweed* inglés, de pana y lino. Madrid de policías con gorra blanca, de plato, y de guardias con tricornio, reclutas de verde oliva y generales que se vistan de azul, con una banda de vino. Madrid de chaperos y de maricones vestidos de reinas entre los árboles del Parque del Oeste, el mismo parque en donde se para sin moverse la estatua del cura Hidalgo, la misma estatua que está en el Paseo de la Reforma de México que también tiene su desfile de travestis tan cerca de la columna de la Independencia.

Madrid, Madrid, Madrid, te ruego que me concedas el milagro de reencontrarme con Carmen, la Emperatriz de tu barrio de Lavapiés. La mujer de mi vida y el sueño de toda mi memoria. Madrid, concédeme empezar el año nuevo con el espectáculo de ver caer la bola en la Puerta del Sol tomado del brazo de mi Carmen inmaculada, Carmen intacta, Carmen cambiante porque sigue siendo la misma, como tú, Madrid que cambias y eres el mismo Madrid que conocí, con colores y sin colores, con subtítulos o en versión original, Villa y Corte que ahora he vuelto a sentirte hogar y que ahora confieso que adoro cada piedra que te forma. Madrid, concédeme el milagro de reencontrar a mi Carmen, reencontrándome entre tus calles y paredes, bajo tu claro cielo que es el mismo cielo que me vio nacer y en donde tendré que morir con todos mis recuerdos de México envueltos en los mismos colores que ahora anuncian el inicio de un nuevo año y la muerte lenta e inevitable del año en que regresé para quedarme…

Consta que la Nochebuena y su día de Navidad, la Nochevieja y su respectivo Año Nuevo, 1997, pasaron como las efemérides más entrañables en la vida de Pedro Torres Hinojosa. Fueron dos noches con sus días siguientes que se le quedaron en la mente, con todos sus colores, sabores y olores, como si fueran del mismo tamaño y de la misma significación que aquellas mágicas tardes en que alguien leía el *Quijote* en los días de campo de El Retiro, la noche en que regresó su padre de la guerra, la tarde indescriptible en que vio a Carmen por primera vez en los tendidos de la plaza más grande del mundo o las incontables noches en que sus besos redefinían el

universo y trastocaban la ubicación de las estrellas.

En el vestíbulo del Hostal Madroño se celebraron las dos cenas de los tres comensales que, en un gesto de Vicenta, dejaron puesto un lugar para Carmen. Además de los regalos que ya les había comprado, don Pedro agregó en la nochebuena unas rosas blancas para Vicenta y dos corbatas Loewe para Cayetano que compró a unos pasos de Chicote. En vista de que Lobatón no mandaba respuesta a la urgente petición de don Pedro, convinieron en no ver la tele durante esas noches y dejarse llevar por la acertada y mágica programación que preparó la Radio Nacional de España: todos los villancicos que se habían perdido en el recuerdo de Pedro Torres Hinojosa sin colores, todas las melodías multicolores de Agustín Lara y más de dos horas de boleros mezclados con salsa, danzón, merengue y rumbita flamenca que levantó de sus asientos al trío festivo, que en esas noches decidió acompañar sus respectivas melancolías con la sinceridad de su amistad.

Lo mismo consta para la cena de año nuevo, salvo que para esa ocasión don Pedro no escatimó los gastos y compró suficiente salmón, jamón y cava burbujeante como para invitar durante el transcurso de la noche a tres parejas de ingleses, un turista japonés y solitario, una linda parejita de colombianos recién casados y a un amigo de Cayetano, Rafael, pero que desde esa noche quedó bautizado como san Rafael. Los extranjeros eran los huéspedes del Madroño que se fueron apareciendo conforme se les acabaron sus respectivos festejos y no hubo ni uno solo de ellos que se negara a brindar y desear los mejores parabienes al trío festivo, que ya se hacía notar como el alma y entraña del hostal más entrañable de la Gran Vía. San Rafael era botones de un lujoso hotel, vecino del Madroño, y sorprendió a la concurrencia con la delicada calidad de su voz, pues ya entrados en festejos cantó unas coplitas que no solo valieron para que don Pedro ensayara un baile con Vicenta, sino que además llenaron de lágrimas sus trasnochados ojos.

Para iniciar el año nuevo con un acto de heroísmo que le confirmase su propósito de reencontrarse con su Carmen, o quizá como un etílico arranque que encerraba también una suerte de arrepentimiento, don Pedro le pidió prestada la centralita telefónica a Cayetano y —sabiendo que en México se acercaban los minutos para inaugurar el año 97, al tiempo que en el Madroño ya llevaba

casi siete horas de edad— marcó la clave internacional de México y un número al azar. Se rio y lloró al mismo tiempo en cuanto escuchó que una anónima voz emocionada contestaba al otro lado del Atlántico con el mexicanísimo «¿Bueno?» que ya casi había quedado sustituido en su cabeza por el madrileñísimo «¿Diga?». Con unas cuantas palabras, don Pedro sintió que recuperaba ciertos colores del México que ahora se le perdía en la memoria y eso le bastó para decir, con toda honestidad, que le deseaba felicidades, éxitos, colores, aventuras y mucho amor a la anónima familia que había recibido una llamada inesperada al filo de la medianoche del último día del último año en que Pedro Torres Hinojosa había vivido en México.

Hacía sesenta años que no presenciaba una Cabalgata de los Reyes. De niño pensaba que era una carrera de caballos entre monarcas, pero luego me llevaron mis padres a la Puerta del Sol y allí pude ver en vivo, de carne y hueso a Melchor, Gaspar y Baltazar. Como si fuera el mismo niño de entonces, Carmen de incienso y mirra bordados sobre seda y oro, me acerqué a Sol y saludé a los monarcas de los juguetes y de la alegría a su paso por las calles de Madrid. En mi México los niños apenas estarían colocando sus zapatitos con sus cartitas, mientras aquí en mi Madrid ya cabalgaban por las llovidas calles los reyes magos de su ilusión. Me gustó pensar que, una vez que cruzaran la Plaza Mayor, tirarían de las riendas y elevarían al elefante, al camello y al corcel blanco por encima del Palacio de Oriente y se irían volando hacia los volcanes nevados de la madrugada de México para repartir los regalos que allá ya están esperando.

Entre la muchedumbre que se arremolinó en Sol para ver la cabalgata 97 empecé a confundir las caras de los niños con los secretos rostros que llevarán dentro de unos años. Vi al candidato del Partido Socialista Obrero Español que ganará las elecciones en 2027. Apenas tiene unos ocho años de edad, pero a mí se me figuró ya verlo con su madura mirada de político prometedor. Iba de la mano de un viejo que parecía bonachón y cuyas canas se convirtieron ante mis ojos en los delicados bucles de un niño rubio que parecía saborear una paletita como si fuera la recuperada golosina de sus años perdidos. Vi a una niña que será la diva del cine mundial dentro de treinta años, con el mismo lunar en su

delicada mejilla y con la misma sonrisa que llevaba ahora en los labios, al tiempo que su madre se transformaba en una infanta anónima, despeinada e inocente. En la esquina de Montera vi a un niño de ochenta y tantos años que vende globos en forma de gallinitas, ¿serán las gallinitas ciegas que recordé con mi amigo Max? Quizá son los chismosos gallos de la medianoche que acompañan a este pobre hombre como si quisieran delatarlo ante los centuriones de un desfile de disfraces, denunciar que no se trata de un anciano de ochenta años, sino de un famélico niño con cara de lánguida tristeza que vende globos de gallina en la Plaza Mayor para ayudar a su pobre madre, viuda, enferma y muerta desde hace setenta años.

Entre las muchas caras empecé a perder los colores y, de pronto, recordé, como si lo estuviera viendo, a un grupo de sonrientes vendedores de corbatas que en la Plaza del Sol de mis recuerdos vendían corbatas rayadas y lisas a peseta. Vi a ese grupo con sus boinas inmensas, exageradas sobre sus cabezas de pelo cortito, como si quisieran parecerse a Juan Belmonte y recordé que mi padre les compró dos corbatas, aunque solo las usaba en las pascuas y el día de Reyes. Quizá por eso me metí al primer Corte Inglés que me quedó en el camino y empecé a recuperar los colores en cuanto pasé por la sala de los perfumes, Carmen que no necesitas fragancias porque llevo en mi olfato el olor de tu piel. Imagino que en cuanto nos reencontremos vamos a venir a esta tienda de mil plantas y mil ubicaciones a saciar nuestros más delirantes caprichos.

Me compré dos corbatas como recuerdo y homenaje a las que se compró mi padre con los de las boinas inmensas y decidí que Cayetano también se merecía una nueva corbata para acompañar el único traje que tiene la gentileza de portar en esas noches en que visitamos nuestra Basílica de Chicote. Sentí que me mareaba con la cantidad de gente y la eternidad de caras que se me arremolinaban en la vista. Preferí encaminarme al metro y viajar sin rumbo, con la esperanza que aún no se me quiebra de verte parada en el andén opuesto esperándome, o de sentarme azarosamente a tu lado en uno de estos vagones de melancolía y susurrarte al oído alguna letra de nuestro Agustín, por si pasara el momento sin que me reconocieras.

Desde luego que me reconocerás, Carmen espejo y retrato, si soy el mismo aunque algunas canas invadan ahora mi cabellera

engominada y un abrigo de camello cubra el mismo cuerpo que recorrías con tus besos. Soy el mismo aunque ahora cambie de gafas y cargue en la bolsa mi ejemplar del *Quijote*, que poco a poco se va gastando con el paso de sus páginas y los garabatos que le añado a sus márgenes. ¡Si vieras qué cómodo se ha vuelto el metro! De Sol al Zócalo no es más que una estación y de allí a Insurgentes, solo para en Santo Domingo, Noviciado, San Bernardo y Quevedo. Allí cambié de línea, a la que ahora llaman la Circular, para pasar por Pino Suárez, Manuel Becerra,

O'Donnell

y Sáinz de Baranda en dirección de Tlalpan y Ciudad Universitaria. La maravilla de esta línea periférica es que le da la vuelta a toda la Ciudad de México hasta llegar a Viveros-Coyoacán y en el trayecto que me aventé, que no sé cuántas horas anduve dando vueltas, llegué hasta Ventas… ¡Imagínate Carmen!: podemos llegar en metro a ver los toros y, además, antes de salir de la estación Ventas está un mural de mosaicos de Diego Rivera en pleno metro de Madrid, luego subí las escaleras y volví a contemplar el espectáculo indescriptible de la Monumental Plaza de Toros en donde pensé que ahora sí te vería…

Carmen que ya sé que tendrá que ser en Lavapiés, pero aun así le di algunos minutos a la posibilidad de que te me aparecieras en el atrio de Las Ventas pues me di cuenta de que ya empezaba a anochecer en las sombras de las estatuas y en la silueta mudéjar de nuestra catedral del toreo. Confieso que me sentí cansado y que por mis horarios ya se me había pasado la hora de comer, así que decidí tomar un taxi que me llevara por Alcalá hasta la puerta que lleva su nombre. Teniendo enfrente al Retiro, decidí cruzar Alcalá a la altura de la estatua de otro caballito sin nombre y con jinete anónimo. ¡Qué afán de llenar Madrid con caballos de bronce y jinetes uniformados!

De noche El Retiro me susurra más recuerdos que de día, Carmen memoria de mis colores, me reviven las risas de mi padre cuando me enseñó a jugar al futbol y de los olés que me lanzaban mis padres las tardes soleadas en que llegué a torear de salón sobre los verdes prados de este parque de mis recuerdos. Sentí que era un atrevimiento quedarme dando vueltas en El Retiro a esas horas que ya ni sabía cuáles eran y decidí salir al café de Alcalá en donde el

propio don Pío me dijo que lo podría buscar cuando quisiera.
En México, Pedro Torres Hinojosa descubrió los colores al mismo tiempo en que aprendía las diferentes sabidurías de las distintas familias que lo fueron adoptando hasta que se independizó a la edad de dieciséis años. En una de las casas en donde el niño de diez años llegó a sentir la tentación de adoptarla como suya, aprendió toda una enciclopedia de lo que podría llamarse cultura y pensamiento guanajuatense: allí le enseñaron que el que dice cosas que no son ciertas es un mentiroso y punto; que el que toma cosas que no le pertenecen es un ratero y punto; que sin rodeos, cirios o música de fondo, está por encima de todas las cosas evitar acciones que no quisiéramos que nos hagan a nosotros. Eran píldoras de vida, filosofías rancheras, que se aprendían en las sobremesas y en los muchos colores que salían de las anécdotas e historias de aquella familia guanajuatense. *Yo no sé hacer melones, pero sé cuando están buenos; el mundo es un pañuelo, no lo llenes de lágrimas; ¡Levántese dormilón que ya los perros hacen sombra!* y otras muchas frases, aforismos anónimos y citas apócrifas se decían en la mesa con jaculatorias de una religión familiar, un credo regional que inevitablemente se metía en la conducta de cualquiera de los comensales que escucharan esos versos y versículos digestivos. Quizá por eso a don Pedro se le alargó el espíritu navideño, más allá de las cenas con Cayetano y Vicenta, y mucho después de que los huéspedes de su fiesta de fin de año ya se habían regresado a sus países de origen.

Consta que durante los primeros días de enero a Pedro Torres Hinojosa le dio por entrar a cuanta iglesia se le puso en el camino de sus búsquedas y que, sin ser un devoto ortodoxo ni confesado, se volvió aficionado a informarle al Cristo de Medinaceli, a la Virgen de la Paloma, a la recién inaugurada Almudena y a la pareja ejemplar de San Isidro y Santa María de la Cabeza sus aventuras y desventuras en la búsqueda de su Carmen. Cualquiera que se sentara cerca de este madrileño mexicano se sorprendería con las personalísimas oraciones que hilaba casi en silencio, una especie de rosario profano en donde constantemente intercalaba el nombre de Carmen y su título de Emperatriz de Lavapiés.

También tenía algo de guanajuatense su ya probada filiación por las librerías. Más que una costumbre, para Pedro Torres Hinojosa

entrar a una librería era un sentimiento, un estado de ánimo que le generaba ilusiones y le permitía imaginar que entre los estantes había autores y títulos que lo orientarían hacia el cumplimiento de sus anhelos. Siguió comprando cuanta guía de Madrid saltara a su vista y cuanto libro tuviera algún tipo de resonancia mágica, sin importar si el autor era o no conocido. Guanajuateramente, don Pedro aceptaba sin vergüenzas ni culpas que había leído poco en su coloreada vida de México y que no fue sino hasta que regresó a Madrid, con setenta años cumplidos, que le nació el antojo de leer el *Quijote* y otros libros que no necesariamente tenían imágenes.

Quien compra libros así corre el peligro de embotarse con opúsculos inútiles y leyendas aburridas, pero también corre la suerte de descubrir en pleno siglo veinte las enigmáticas coincidencias y sabias palabras de don Francisco de Quevedo y Villegas. Pedro Torres Hinojosa sabía algunos apellidos de autores famosos y creía recordar algunas de sus obras, no por leídas sino por escuchadas en boca de otros, vistas en películas en blanco y negro o intuidas por obvias. Sin embargo, consta que entre la lista de libros que compró don Pedro hubo curiosas equivocaciones: creyendo que eran guías turísticas y manuales para posibles viajes con su Carmen, compró en una librería del barrio de Chamberí *El otoño en Pekín* de Boris Vian, *El invierno en Lisboa* y *Los misterios de Madrid* de Antonio Muñoz Molina, *La primavera de Praga* de autor anónimo, *París era una fiesta* de Ernest Hemingway y *La muerte en Venecia* de Thomas Mann. En sus noches que eran días, apenas abrió las primeras páginas de estos libros se dio cuenta de que no eran lo que él creía y se resignó a enfilarlos en su librero de la 702 del Hostal Madroño, al lado de las guías de los otros libros que sí le representaban pautas y conductores para reencontrarse con su Carmen. Desde luego que hubo más de una visita al excusado, que aquí llaman váter, en donde con la urgencia de sus necesidades tomaba el primer libro que se le ocurría del estante y leía párrafos al azar mientras descargaba las cronométricas cacas que le abultaban el vientre y le estorbaban la continuidad de sus paseos.

Guanajuateramente, don Pedro mantenía el mismo azoro y el idéntico asombro que le había provocado Madrid desde el primer instante en que había regresado. Como si recordara las filosofías de sobremesa de aquella familia que pudo haberse convertido en suya,

se cumplía a sí mismo el honesto y silencioso compromiso de no cejar en su empeño, de no abandonar sus búsquedas y de no permitir que nada de Madrid se le volviera rutinario y monótono. Cada paseo por El Retiro, cada vista de Cibeles, el descubrimiento de la estatua de Quevedo, el vuelo de las palomas en la plaza del Conde del Valle de Suchil —que en México es Xóchitl— y cada carita de niño se le metía en la mente como si fueran una revelación o un tesoro inapreciable. Vivir así permite que los hombres solos mantengan las más bizarras aspiraciones y anhelen los milagros más inalcanzables, que por el solo hecho de perseguirlos así se vuelven realizaciones nada raras y realidades en la punta de la mano. Solo por eso sabía que su Carmen andaba ya cerca de sus paseos, que Cayetano y Vicenta se convertían con cada gesto y charla en su única familia, una familia de tres como la que perdió en el otoño de 1936, una familia madrileña con sus propias filosofías y sus divertidos aforismos y, a la vez, espejo y contraparte de la familia de Guanajuato que llegó a cobijarlo en la remota época en que sus ojos redescubrieron los colores.

No me encontré con don Pío, pero tuve la fortuna y alegría de volver a ver a don Alfonso. Estaba sentado de perfil, con un pañuelo salido de la bolsa de su saco, su pierna cruzada exactamente igual a como la tenía el día que lo sorprendí en El Retiro de Chapultepec. Se veía impecable en su traje gris y perfecto, su frente amplia y su bigote arreglado como artista del mejor de los cines. Estaba concentrado en unas cuartillas que leía con una cara de placidez y de sabiduría que, en realidad, me hicieron dudar interrumpirlo.

No fue necesario: en cuanto sintió mi presencia me sonrió, adelantó una silla a su lado para que me sentara y sin el mayor asomo de que habían pasado ya muchos días desde que comimos en Botín me preguntó por ti. ¡Carmen que eres tan mía que ya es inevitable tu presencia, incluso con quienes ni te conocen! ¡Carmen que espero compartas mi alegría de estar aquí sentado con mi amigo de blanco y negro, con un paisano mexicano que sabe más de Madrid que yo mismo!

Le dije que sigo en tu búsqueda, que te me pierdes y que las navidades quizá se interpusieron como una obligada pausa a mis anhelos de reunirnos cuanto antes. Pero yo sigo caminando Madrid como si fuera el mismo chiquillo que se aventuraba a descubrirlo

más allá de la calle de Lista, como si fuera un asombrado mexicano que le encuentra coincidencias y definiciones en cada esquina y en cada calle, en cada monumento anónimo y en cada habitante fugaz. Es como si descubriera un sueño y que Madrid en realidad nunca ha existido más que en el blanco y negro de mi memoria y en los colores cinematográficos y perfectos de mi imaginación. *Cierto*, me interrumpió don Alfonso, *hay una casta de hombres para quienes la ciudad en que viven no tiene existencia real, ni la calle donde está su casa, ni aun su casa misma. Han perdido los ojos. Se ocupan constantemente en devolver al caos todos los objetos que la energía espontánea de las retinas había logrado discenir…* Pero no es mi caso, don Alfonso, le dije con sinceridad y cierta angustia, yo no pierdo los detalles de lo que veo y toco madera de caer en la desgracia de perder mi vida. Me consoló que se desdijo: usted, querido don Pedro, amigo y paisano, me dijo con una sonrisa plenamente mexicana, usted *todo lo ve y todo lo cuenta, vagando por esas calles —cualidad genuina—. Andar callejeando como los perros y detenerse a hablar por las calles como los propios «Cipión» y «Berganza», ¿no es de españoles? Españolería andante le ha llamado a eso un cronista, al observar cómo Canalejas («a quien acabó de matar un desdichado») murió perpetuando la tradición castiza de callejear llanamente, sin otro fin que tomar sol.*

¿Cómo supo que me la paso callejeando? Quizá porque me ha visto, pero ¿cómo supo de mis influencias guanajuatenses? Este hombre es una suerte de adivino y quizá por eso lo veo sin colores: es obvio que me hablaba de callejear como quien dice callejonear, en secreta alusión a las callejoneadas de Guanajuato que algún día tendremos que cumplirnos Carmen cervantina y callejuela de mis noches. Este mago don Alfonso me estaba dando alientos y, además, subrayando mi españolería pura, mi españolidad andante que se convirtió en navegante cuando salí de Madrid a los diez años y que ahora ha vuelto a recorrer sus calles con la misma sangre en las venas. Sin embargo, le tuve que aclarar que yo no recuerdo haber visto a ningún torero Canalejas, muerto por las cornadas de un desdichado y le tuve que confesar que Cipión y el tal Berganza me sonaban como nombres de banderilleros…

Se rio, propuso que saliéramos de ese café y que nos dejásemos pasear por Alcalá. Quise pagar su cuenta, pero me aseguró que él allí no debía nada. Mantuvo su risa, que afortunadamente no se tronó en carcajada, y ya en la acera de Alcalá me dijo que me tenía un regalo de reyes. ¡Carmen de mi alma y de las ilusiones de mis zapatitos con hoyitos en el empeine! Sentí que don Alfonso se preparaba a regalarme, precisamente en el mismo día en que había revivido la cabalgata navideña de mi infancia, la posibilidad impagable de darme la dirección de tu palacio en Lavapiés. Dejé que el frío me golpeara la cara y ante la noche de Cibeles pensé que en México hacía ya varias horas en que se había partido la tradicional rosca de reyes, pero que a esa misma hora don Alfonso me dejaría partir mi destino como si fuera una rebanada de pan y encontrarme con la fortuna de verte envuelta en mi destino, como los muñequitos que meten en la masa los panaderos mexicanos.

Pero no fue así. Don Alfonso quiso que nos acercáramos a un rarísimo local de vinos que permanece abierto todas las horas posibles y que, además, parece que ha sobrevivido todos los siglos desde el *Quijote* para acá. Se llama La Venencia y llegamos hasta allí luego de un sabroso recorrido de cuestas de Alcalá y visiones de Gran Vía, de sortear calles estrechas y de enfriarnos las gargantas con la noche que inundaba Madrid.

En La Venencia tomamos vinos finos y a cada ronda el gitanazo que estaba tras la barra, marcaba con tiza sobre la madera la cuenta que íbamos acumulando, justo frente a nuestros delicados vasos. Don Alfonso sabe un mogollón de literatura y de idiomas, porque apenas le comenté que me llamaba la atención lo de la tiza y me enseñó que esa palabra, que se usa tanto en España, es en realidad una palabra azteca, un vocablo náhuatl que se trajo a la Península con las frutas y todos los demás asombros que se descubrieron en mi México. Es más, Carmen lingüística y mestiza, don Alfonso me enseñó la curiosa noticia de que la palabra gis, con la que se denomina a la tiza en México, es originalmente una palabra árabe que se llevó a México junto con la espada, la cruz y todas las demás maravillas y atrocidades de la conquista.

Como yo no sé mucho de historia y, además, es evidente que no estoy a la altura de sus filosofías de las palabras, el propio don Alfonso se puso a comentarme trivialidades. Quizá ya nos estaba

pegando el vinillo fino, pero le quedo muy agradecido de que haya reencaminado su conversación hacia temas más cercanos a mis terrenos.

Le dije que me gustaba el local, aunque en realidad no es más que un reducido cuarto repleto de barricas y botellas que parecen antiguas… *En Madrid todo sitio público tiende a convertirse en casino y tertulia*, me dijo Alfonso y tosió como si le hubiera hecho daño nuestra cabalgata en el frío. *A veces, estos casinos no tienen más que un socio: en los bancos de los paseos, por ejemplo. Mas no importa, porque la tertulia va implícita en el curioso parlante, que la trae a cuestas por dondequiera, a modo de nuevo misterio teologal.*

Sin duda se refería a nuestro primer encuentro y me honra que don Alfonso considere que soy un socio en la banca de su parque y me honra que me considere de su tertulia. ¡Cómo me encantaría que, de verdad, se hiciera una tertulia con Max, don Pío, Juan Ramón y don Alfonso! ¡Te imaginas lo mucho que aprendería yo nomás de estar oyéndolos! Además, si tuviera tertulia con todos juntos, estoy seguro de que reorientarían mejor mis pasos para dar con tu paradero, Carmen evasiva y reina de mis colores, que eres la única con la que he sostenido una tertulia de verdad, eres la única porque las charlas que tuvimos en los cafés de los exiliados en México las hacíamos como inquisiciones enamoradas, pero jamás nos dejaron participar con todos los derechos en las que eran sus tertulias.

Pero don Alfonso no me dio tiempo ni de mencionarle los nombres de mis otros amigos en blanco y negro, ni mucho menos proponerle mi deseo de participar en una tertulia. Como si los siete finos vinos que llevábamos apuntados con gis de pronto le hubieran inundado el intelecto, don Alfonso me miró fijamente y me dijo *Amarás un objeto bello, una flor, un crepúsculo, una mujer o una canción, y el amor general de todos los objetos particulares harán que los ames sin desearlos, con perfecto desinterés: la flor se está bien en su tallo; el crepúsculo, en su tarde de otoño; la mujer en su sabroso misterio, la canción, en la vaguedad del aire. Y entonces irás descubriendo que amas en las cosas algo superior a las cosas: la belleza en sí.* ¡Olé, el arte! ¡Poesía pura y don Alfonso dibujando

una de las más bellas verónicas en la historia de mi torerísima vida! Te confieso que yo también ya traía los finos apuntados en tiza, pero en el centro de mi cerebro, y solo así me animé a confiarle la perfección de tu cuerpo, la monumentalidad de tus piernas, las indescriptibles curvaturas de tus senos y de tus nalgas… Y le dije lo que he aprendido a digerir con el paso de los años: Carmen de carne y hueso, perfecta y mexicana, española por adopción, te me volviste perfecta porque te convertiste en imagen, en imaginación impalpable, en un espectro que aun materializándose en mis brazos, aun sin tener un palacio de cristal, aun con el peso de tus años encima, serás mi Emperatriz de Lavapiés por el solo hecho de que te pienso.

¡Dichoso, bienaventurado mil veces quien pudiera contemplarla directa, pura y desnuda!, me interrumpió don Alfonso: *Amarás entonces una idea: la Idea. Los sentidos te habrán sido tránsito para llegar a lo que solo se gusta con el alma*. No me dejó que lo interrumpiera, pero sí hizo la seña de que pidiera más finos al gitanazo desvelado, y continuó: *Y como el pasar de las esperanzas concretas no sea más que el paso de la juventud a la madurez, este retorno al cielo abstracto (un cielo ya no de esperanzas, sino de recuerdos) es como un retorno a la juventud, un retorno eterno a la virginidad. No ya la virginidad frágil, palpitante, de los primeros días, anhelosa de desgarrarse. Sino una virginidad firme y dura, como el cristal, transformación definitiva de todas las fuerzas sensuales en espíritu.*

Carmen intacta que sé que estás igual de firme y dura como lo eras en el primer y único beso, como te recuerdo en el primer abrazo desnudos, apenas unas horas después de habernos hipnotizado mutuamente ante la estatua en movimiento que se llamaba Manolete. Carmen intacta, retorno eterno a mi juventud, que te me entregaste virgen y nuestra virginidad fue, como me lo enseñó Alfonso, una frágil virginidad palpitante, una virginidad loca de diez años que se fueron en diez minutos y que solo ahora, Carmen Virgen y Emperatriz, podremos recuperarnos como si fuéramos un cristal que no se rompió jamás, transformados en lo que somos en esta madrugada de frío y de regalos, un espíritu único, juntos porque lo sabemos todo.

La verdad es que ya estábamos pedos, no borrachos ni mareados, sino francamente pedos. Nuestra borrachera se había mezclado con un inevitable mareo de desvelos, de resaca navideña y de cruda de reyes magos, pero además, según intento recordar, la cuenta en tiza marcaba 24 finos por cabeza que, sobra mencionar, pagué con todo el gusto del mundo. Aunque no se veía que Madrid amaneciera pronto, ya se sentía que las calles cobraban las ocho menos cuarto de la mañana porque en mi cabeza ya pasaba de la medianoche en México. Se oían ya coches, pasos, saludos y trajines en las calles del centro de Madrid cuando Alfonso me tomó del brazo y me encaminó hacia la Puerta del Sol. Me comían las ansias por recordarle que me había dicho que me tenía un regalo, e incluso pensé que el regalo habían sido sus fantásticas palabras, pero olvidé que se trata de un sabio, de un amigo sin colores y en blanco y negro, un filósofo chaparrito cuya estatura no le impide hacer faenas a los toros más altos del universo.

Te digo que es sabio, pues ya en la Puerta del Sol me llevó a una cafetería sobre Arenal y, sin preguntármelo, le pidió al desmañanado camarero el más cargado de los cafés para mí, y un carajillo madrileño para él. Fue entonces cuando me reveló el regalo: me dijo que había establecido una cita, a las nueve en punto de la mañana, con un amigo de él que, con todas las garantías, me podría ayudar en tu búsqueda. Me dijo que es un hombre que ya ha pasado por el infierno que estoy viviendo desde que te me desapareciste hace cuarenta años, y que se le había ocurrido contactarlo porque hay almas semejantes que se pueden ayudar a salir de los oscuros laberintos del amor necio, la búsqueda interminable, la adoración infinita y el constante desasosiego. Pero eso sí: me obligaba a tomarme todos los cafés necesarios para mitigar las amenazas de una posible somnolencia fulminante. Él sí podía pedir todos los carajillos que le vinieran en gana porque, sabio al fin, me confió que a la cita tendría que ir yo solo, que él tomaría un taxi y que, ahora sí, nos volveríamos a ver «en cuanto mi amigo lo ayude con su Carmen…».

Con una de las emociones más intensas que he sentido, un agradecimiento enorme y callado y aguantándome las ganas de llorar, pagué seis cafés solos y tres carajillos que creí iban a enrojecer las blanquísimas mejillas de don Alfonso. Pero apenas

salimos a la luz de la colorida calle del Arenal, confirmé que no hay color que se le impregne a este sabio y generoso amigo que, sin necesidad ni obligación, me ha puesto en suerte la incalculable felicidad de reencontrarte. Caminamos por Arenal hasta la Plaza de Isabel Segunda, rodeamos el Teatro Real que, por cierto, está en obras de remodelación, compraré un abono para el próximo mes de octubre, y podré traerte a escuchar zarzuelas, óperas y demás delirios enfundada en los más vistosos vestidos de noche. Cruzamos la Plaza de Oriente y, mirando hacia el Café del Pajarito, don Alfonso me preguntó si no necesitaba yo otra dosis de café cargado. En vista de que le dije que no, me encaminó sobre la calle de Bailén tomándome del brazo como si fuera un hermano mayor, aunque mucho menor en estatura, que me llevaba hacia una secreta ceremonia de iniciación a la pubertad.

Es curioso, Carmen de mis misterios que conoces todas las estaciones de mi propio vía crucis, que en otra época encontrarme con personas en blanco y negro me representaba un miedo ineludible. ¿Te acuerdas que te comenté que la primera vez que te vi no sentí miedo ni nervios al confirmar que toda la Plaza México se me quedaba sin colores, como si mi vista hubiera querido resaltarme tu hermosa figura y los colores de tu vestido de flores? Te confieso que sentí nervios, que no impidieron que me acercara a tu lugar y que en el instante en que te pregunté tu nombre se iniciara toda esta maravillosa fantasía que ha sido mi vida pensándote y amándote sin interrupción. Pero no sé si recuerdes que también hubo ocasiones en que mis cambios de colores o mis presencias en blanco y negro me provocaron abiertos miedos como si fueran corazonadas funestas o presagios de alguna desgracia: un día que vi a colores la figura preciosa de una niña en medio de una transitadísima calle mexicana en blanco y negro y, sin ninguna explicación, alcancé a adelantarme de milagro en el instante justo en que la iba a atropellar la bicicleta de un distraído panadero; también recuerdo que una faena de Silverio la vi completa, desde que se abrió de capa hasta que se inició el último tercio, en perfecta película de blanco y negro… que el Toreo se me metía en la vista con una exageración de colores que contrastaban con la imagen descolorida del Compadre Silverio en medio del ruedo… que el toro se llamó «Zapatero» y que le pegó una de las cornadas más serias de

su carrera taurina…

Algo de eso sentí cuando don Alfonso detuvo nuestros pasos ante el número 15 de la madrileñísima calle de Bailén. No es que su presencia sin colores me infunda desconfianza, ¡no, qué va!, ni las caras de Max, Juan Ramón y don Pío… Lo que pasa es que sentí que los cafés, con sus instrucciones de espabilarme, en combinación con los vinos finos que tenían una obligación de marearme, se habían revuelto con la emoción de mi recuperado Día de Reyes, con la inevitable confusión de mis horarios y mi propensión a los desvelos y que, además, allí estaba yo ante un sabio en blanco y negro que estaba a punto de presentarme a un amigo de su confianza que, nada más y nada menos, me iba a indicar cómo llegar a tu secreto palacio de Lavapiés…

—Aquí estamos, don Pedro —dijo don Alfonso, al tiempo que paraba un taxi que en ese preciso instante se nos apareció en la calle de Bailén—. Toque usted con fuerza, que el portero es algo sordinas y en cuanto le abran, suba usted al piso segundo izquierdo. Pulse el timbre y, con toda seguridad, le abrirá mi amigo en persona.

Alcancé a dar el primer golpe en la puerta mientras don Alfonso subía su reducido pero abultado cuerpo en el taxi. Me hubiera gustado gritarle «gracias», decirle que no tenía palabras para agradecerle todas sus atenciones, pero precisamente me quedé mudo y tan solo pude lanzarle una sincera sonrisa que revelaba mi agradecimiento en silencio, como si fuera un niño que sorprende en plena faena de depositar regalos a los tres reyes magos de la más maravillosa fantasía. Vi cómo arrancó el taxi, y una vez más me hizo gracia que la cabeza de don Alfonso no se alcanzaba a ver por la ventanilla de atrás. Volví a tocar con fuerza y me sorprendió que el taxi se regresó en reversa, tan solo para que don Alfonso me dijera por la ventanilla trasera la contraseña que faltaba: «Se llama Amado y es un alma más frágil, en peso y en espíritu, que las de nosotros. Si llega a sentir que lo abruma el cansancio, aplíquese otra dosis de café muy cargado… Este hombre le va a ayudar… Suerte don Pedro», y ya no pude ni repetirle mi sonrisa porque en ese momento, y sin que hubiera portero que me recibiera, se abrió la puerta de Bailén número 15, a las nueve en punto de la mañana de lo que parecía el día 7 de enero del año de nuestro reencuentro…

Enero alcanzó para darse cuenta de que Carmen seguiría inencontrable. Las cenas y los festejos sirvieron para reanimar su empeño, las calles y las caras confirmaban visos de su memoria, las luces y las madrugadas le seguían recordando que vivía un horario anverso y que los colores seguían siendo un atributo efímero de todo lo que lo rodeaba.

Según una creencia que se ha heredado desde quién sabe qué siglo y que viene de quién sabe dónde, muchos guanajuatenses creen que los primeros doce días del año transcurren y se comportan como si correspondieran exactamente a los climas y condiciones de los doce meses del año que apenas empieza. Es una suerte de astrología intuitiva, zodiaco ranchero, en donde se supone que si llueve el día siete de enero están garantizadas las lluvias del mes de julio o si hace frío el día once, ya se da por sentado que noviembre será gélido. Pedro Torres Hinojosa no recordaba si a este juego climático se le llamaba calendas, caléndulas o cabañuelas, pero anduvo los primeros días de enero como una especie de investigador meteorológico. Se enfundaba la gabardina cinematográfica creyendo que había chubasco y terminaba cargándola al hombro, bajo un sol esplendoroso; al día siguiente, llegaba a intuir que continuarían las temperaturas de sol quemante y terminaba volviendo al Madroño por su abrigo de piel de camello. Todo esto lo anotaba en la mente como si quisiera prefijar las condiciones del clima en el calendario de sus búsquedas.

Madrid contribuía a sus confusiones con escenas y efemérides fugaces que combinaban circunstancias opuestas, actores contrapuestos y encuadres trastocados: en un rincón de El Retiro don Pedro presenció una reunión de comunistas y anarquistas que alzaban el puño cerrado como si estuvieran reviviendo los horrorosos embates de 1936; a un costado de los Nuevos Ministerios, bajo la sombra fría de otra estatua ecuestre y anónima, otro grupo muy distinto levantaba el brazo opuesto con la palma extendida realizando una mueca fascista en pleno 1997. Lo que don Pedro no llegaba a entender es que el grupo de rojos en El Retiro estaba conformado por un animoso pelotón de vejetes, ninguno menor de setenta años, mientras que el grupo de rasurados fachas, *skinheads* de intolerancia epidérmica, estaba encendido con la juventud de sus miembros, ni uno de ellos mayor de veinticinco.

Con las cabañuelas, don Pedro confundía sus atuendos y a la confusión de sus colores, los horarios volteados y a su implacable propensión a ver arrugas en las caras de los niños, se sumaba ahora la penosa circunstancia de andar bajo la lluvia sin gabardina pero con el Borsalino empapado, y soportar el sol con un abrigo de camello, y además con boina vasca sobre su distraída cabeza engominada. Con México en su mente, era fácil que Madrid se convirtiera en un cuadro confundido, en un *Jardín de las delicias* de este anónimo Bosco improvisado y en un paisaje propicio para la amnesia. No podría haber peor atentado para este hombre en busca de recuperar su memoria y su pasado, que una ciudad que se convertía en el escenario perfecto para olvidar. Para un hombre que buscaba encontrar la realidad palpable en sus más íntimas ilusiones, Madrid se volvía un «páramo de sueños». Quizá por eso uno olvida lo que conoció en el instante en que se convierte en recuerdo y parecería que ya se conoce todo aquello que tan solo se había imaginado. Pedro Torres Hinojosa iba por las calles de Madrid tirando recibos de librerías, comprobantes del cambio periódico de sus billetes verdes en pesetas multicolores y servilletas de sus desmañanadas cafeterías como si fuera sembrando flores que indicaran los rumbos de su presencia, huellas de sus pasos y declaraciones formales de que allí había estado él, y nadie más. Le hubiera gustado meterse en alguna floristería y comprar semillas de claveles rojos para ir cubriendo las aceras de la Gran Vía con la esperanza de que, según sus cabañuelas, germinaría en primavera una alfombra roja para su Emperatriz de Lavapiés. Pero no lo hizo, ni tampoco preguntó en El Corte Inglés si entre sus muchas plantas, que en realidad son pisos, habría una sección que vendiera bártulos de jardinería, macetas, abonos, plantas de verdad y semillas de claveles rojos.

Madrid empezaba el año con la cadencia de un danzón y el olor de la basura navideña. En el aire flotaba el sabor de los turrones que sobraron de las fiestas y, en su mente, el recuerdo casi olvidado de las guayabas. En las aceras estaban escritas las partituras invisibles de toda la música de Agustín Lara y la decoración del Museo Chicote se parecía cada noche más al interior del Palacio de Bellas Artes de México. El vestíbulo circular del Hotel Palace era como una extensión arquitectónica de la glorieta de Quevedo, una

especie de sucursal de la plaza de la Puerta de Alcalá. Don Pedro se perdía en callejuelas con churros y chocolate y en callejones que tenían espejos al aire y comercios decorados con retratos de azulejos. Subía cansado la cuesta de los libros viejos y agradecía el reposo que le brindaba el elevador de la Casa del Libro. Don Pedro se quedaba absorto ante la pared bibliográfica de Luis Bardón, santo librero de la Plaza de las Descalzas, como si estuviera ante su propio y personal Muro de las Lamentaciones.

Madrid de chufas, calamares y la exagerada abundancia de vinos. Madrid del desperdicio de agua y el recuerdo de que Tenochtitlan se va secando con cada generación hasta que la Ciudad de México se muera de sed. Madrid de madrugadas en la Plaza de España en donde el Quijote señala otros molinos y Sancho extiende su vista más allá de los campos de Montiel. Don Pedro asumía la cuesta de la calle Princesa e imaginaba que las bancas de esa calle parecían reposos del Parque México y que algún palacio podría haber pertenecido a don Agustín de Iturbide. Para sus ojos, las veredas del parque de El Retiro se ensanchaban en camellones de la colonia Condesa y en su olfato, los perfumes del Jardín Botánico se entremezclaban con olores de Chapultepec.

Madrid de revueltos con patatas en la calle de la Cava Baja y de vinos finos que se van sumando con tiza en La Venencia, de carnes que se cuecen sobre un barro encendido y huesitos de San Expedito que se mojan en el café con leche. Madrid de bollería y de toda una enciclopedia de panes, largos, redondos, suaves y duros. Madrid que se quedó sin pan dulce, el pan que fundó el imperio de las panaderías de la Ciudad de México, propiedad de españoles transterrados. Madrid de jugos que son zumos, camarones que son gambas, papas que son patatas e infusiones que no son té. La manzanilla es una infusión, el poleo menta un remedio; el mosto es un engaño dulce, el Rioja una ilusión; la Casera es un conjunto de burbujas, el Cava un sentimiento de felicidad; el rubio no es un güero cualquiera, el tabaco negro la voz ronca de sus recuerdos. Madrid de las agujetas de los zapatos que son cordones, porque las agujetas son calambres; villa y corte de la jeta que es morro, que también es desvergüenza de los muchos sinvergüenzas que pululan por sus calles. Madrid del tricornio enlutado de la Guardia Civil y de los vestidos de gala de los botones de los hoteles, del chándal de

los falsos deportistas y del mono azul de los conserjes, que no es el mismo mono que señala la abstinencia de quienes se pinchan las venas para entender o para huir de toda esta revoltura de melancolías y admiraciones. Madrid de mariguana que es chocolate, hachís que en México son churros que se fuman y que acá llaman porros. Chocolate que no es el que se come con churros, que en México se llaman también porras. Madrid de panes con nata, natillas y el olor de la canela, flores de violetera y un mar imaginario de claveles rojos. Rojos los autobuses que se conocen por número y ruta; anaranjadas las regordetas bombonas de gas, que son hermanas enanas de los alargados tanques grises que se utilizan en México.

Madrid con la solemnidad de un sermón de catedral y la ligereza de una broma en alguna capilla clandestina del barrio de Malasaña. Madrid con la capacidad y costumbre de envolverlo todo: un bolígrafo, un libro, unos zapatos o unas costillas de ternera, todo se envuelve con papel y se pega con celo que es la cinta adhesiva que en México se quedó como diúrex. Madrid de estancos de tabaco y sellos de correo, de mecheros que son encendedores y postales de toreros y vistas aéreas. Bisontes, Celtas, BYN, Fortuna y Camel, ante el imperio de los Ducados y el azar envuelto en humos de un Lucky que rima y trae a la memoria el olor exacto de los Bubis que fumaban los chavales a escondidas de los curas.

Don Pedro hacía guardias ante la honra petrificada de Quevedo y la cara en bronce de Galdós, ante el cura Hidalgo entre los árboles del Parque del Oeste, a unos pasos del plató de una estación de trenes que parece set cinematográfico, bajo el malabarismo de un teleférico que sobrevuela camiones y coches, autocares y autobuses, coches de todas las marcas que solo sirven para subrayar la leyenda del SEAT 600 y las infinitas variedades de las motonetas, vespas y superbiciclos japoneses. Madrid de los chopos y de cipreses que son como cirios entre la espuma de las cañas y el desfile de los interminables chatos de vino. Madrid de ginebras y el recuerdo del tequila, la diferencia de ebriedades y la democratización de las cantinas, la digna somnolencia de una borrachera del arte frente a la peda estúpida de la desolación. Madrid de Olga Ramos que detiene el tiempo todas las noches con su serpiente de diva al cuello; Madrid de Joaquín Sabina que congela todos los instantes

con el peso de sus versos sobre los hombros y Madrid de las gitanas que bailan descalzas en el Café de Chinitas. Madrid de Coca-Cola con limón, limas que son limones, toronjas traducidas en pomelos, durazno que es melocotón y semillas aquí llamadas pipas. Madrid de callos que son pancita, cocidos que son mucho más que un puchero y todo lo cursi es cutre, todos los perros son chuchos, los lelos son memos y los alivianados se llaman pasotas. Madrid de todas las músicas y en donde Machín es para España lo que Acerina para México: una negra conciencia que insiste en recordarnos que en el fondo tenemos ritmo.

Madrileños de caras azuladas que tienen la obligación de afeitarse dos veces al día y madrileñas de piernas cubiertas con várices, piernas gordas que llevan en las venas la España entera, como si fueran ríos de batallas epidérmicas. Piernas sin tobillos como patas de piano y manos inmensas que podrían cargar a una vaca. Caras que pueblan las banquetas que son aceras y rostros que quedan en la vista como si fuesen retratos de siglos pasados. Para don Pedro parecería que el metro de Madrid existe desde el inicio de los tiempos, pues en México apenas se inauguró hace treinta años. Metro de Madrid que es como un lujo caprichoso de Alfonso XIII, refugio de bombardeos, escaparate de la paz violenta y nervadura de la oposición cíclica. Metro de Madrid, vagones rojos y azules que circulan al revés que los anaranjados vagones del metro de México.

Madrid de bombas desactivadas enterradas en la Casa de Campo y campos de balazos que siguen albergando la Universidad Complutense. Venta del Batán que expone los toros de cada corrida de la Feria de San Isidro y Facultad de Geografía e Historia que pone en escaparates de una inmensa caja de cerillas las caras de los genios en formación. Madrid repleto de esperpentos que son los espantajos que rodean los callejones de los gatos y de artistas que duermen durante el día en la diminuta calle de Hernán Cortés, mientras sus arpas y guitarras permanecen ocultas en el tapanco de un bar. Madrid, remolino de contradicciones, caldero de todos los acentos y espejo de todos los rostros. Madrid que empieza otro año con el encargo engañoso de confundir a los hombres solos y tentar a las mujeres abandonadas.

Por eso don Pedro deambulaba con la certeza de que había

demasiados jeroglíficos que desenmarañar antes de que lograse el milagro de reencontrarse con su Carmen. Si en su vista se le presentaban escenas a colores en donde siempre aparecía una silueta, fachada, detalle o anuncio en blanco y negro, en su mente se confundían también las interpretaciones y los temores que, según él, significaban. Si en su vista se le aparecían niños con caras de ancianos y viejecitas que parecían recién salidas de una guardería infantil, en su mente se le abultaban explicaciones y presagios. Su cuerpo oscilaba temperaturas que no siempre concordaban con el clima de España y sus horarios seguían el incorregible ritmo que combinaba los tiempos de su vida en México con su infancia de Madrid.

Quiso mitigar un poco sus confusiones con la probada terapéutica de visitar alguna librería. Le sorprendió descubrir que en el corazón de su barrio de Salamanca, sobre una de las aceras de Juan Bravo —que era una calle cuyo bulevar guardaba intacto el recuerdo de sus más aventuradas correrías infantiles— se le presentaba como espejismo mágico la Librería Crisol. Se paró ante la puerta como si fuera el mismo niño que se dilataba ante los escaparates de las dulcerías y no fue sino hasta que el policía le indicó que estaba abriendo con su presencia la puerta electrónica que don Pedro Torres Hinojosa se animó a entrar al mejor paisaje de libros que había descubierto en Madrid.

Hay lugares que guardan una secreta simbología. Quién sabe qué claves heredan los edificios ni qué ánimos se quedan flotando sobre los lotes de tierra en que fueron construidos. Don Pedro quiso recordar que sobre la Librería Crisol estaba antiguamente instalada la Imprenta Aguilar, la que hacía libros con páginas bíblicas y delgadísimas, dignas de enrollar tabaco. Quizá por eso apenas entró a Crisol se dejó inundar la vista con el infinito horizonte de libros, autores, revistas, músicas y láminas que le hacían sentir que contraía en ese instante la obligación de volverse feligrés de ese templo, parroquiano asiduo y visitante constante. Con la seguridad que le infundía su abultada cartera, que aquí llaman billetera, don Pedro empezó a armarse de una biblioteca instantánea: todas las guías que no conocía, muchos libritos de bolsillo que aseguraban lectura rápida y, nuevamente, los títulos y autores más bizarros y olvidados que según él, contribuirían a su secreta nómina de

orientaciones que ya poblaban su estante en el Hostal Madroño.

Cerca de la caja, renuente a hacer la fila para pagar, don Pedro se puso a ver un libro inmenso que mostraba la obra completa de un pintor para él desconocido. No era de los pintores que lo habían encantado en el Museo del Prado, pero su nombre era tan común y cercano como si se tratase de un amigo extraviado. Se dijo en silencio que Antonio López García pintaba con la precisa claridad de un fotógrafo y con la paciencia interminable de un ojo perfecto. Apenas observó que entre las páginas de aquel libraco se asomaban dos vistas de su Gran Vía, dejó de lado todos los libros que ya llevaba bajo el brazo, y pagó en la caja el pesado volumen de pintura que esa misma madrugada sería manipulado por los arranques de su más íntima ilusión.

Serían las cuatro de la mañana en Madrid, y las nueve de la noche en sus ganas de salir a cenar, cuando don Pedro empezó a recortar las dos páginas del librote de Antonio López García que reproducían con una fidelidad amorosa la cuesta de Gran Vía vista desde la acera de Chicote y la visión beatífica de esa misma calle en donde nace Alcalá. Para colmo de sus coincidencias y como alimento a sus íntimas conjeturas, el primer cuadro llevaba el título de *Gran Vía. Clavel, 1977-1990*. Hasta entonces cayó en la cuenta de que Virgen de los Peligros, al cruzar Gran Vía, se convierte en Clavel y le gustó jugar con las palabras, creándose la ilusión de que sorteados todos sus peligros, como debe hacerlo un caballero de gracia, desembocaría en claveles rojos su reencuentro con Carmen. Luego pensó que había una clave secreta en el hecho de que había llegado a refugiarse al Madroño exactamente veinte años después de la fecha que había firmado Antonio López García en su cuadro. El otro cuadro llevaba el título de *Gran Vía* y, sin explicaciones místicas ni jeroglíficos supersticiosos, don Pedro no podía negar su predilección por el primero.

Con una precaución extrema, como si se tratase de una importantísima tarea que le hubieran encomendado en la escuela, don Pedro recortó esas láminas y con los plumones que compró en la tienda de artistas y arquitectos que está al lado del Madroño, dibujó sobre una de ellas unos diminutos claveles que empezaron a poblar la calle y las jardineras que bordean las aceras de la punta de Gran Vía en su cruce con Montera, la madrileñísima Red de San

Luis. En el balcón de su habitación que reproducía Antonio López García pintó una minúscula bugambilia como si quisiera dejar constancia de que allí vivía; no quiso seguir con la alfombra de claveles, pues se propuso que fuera un ejercicio contra el tedio, una nueva manía que lo ocupara durante los pocos ratos de su supuesto insomnio y que convirtiera a esas láminas en personales calendarios que fueran registrando, con cada clavel, todos los días que pasaran antes de reencontrarse con su Emperatriz de Lavapiés, porque enero solo le había alcanzado para darse cuenta de que Carmen seguiría inencontrable.

Me esperaba en la puerta del segundo izquierda de aquel misterioso edificio de Bailén 15. Llevaba un anticuadísimo traje, que no por eso dejaba de ser impecable y elegante. Incluso pienso, Carmen de moda y modista, que en cuanto pague tres meses más de adelanto en el Madroño, me acercaré a una de esas *boutique* lujosas de Salamanca y me compraré un traje como el de Amado: chaleco alto, casi a la altura de la corbata, saco con solapa delgadísima y pantalón con la valenciana más pronunciada. No te puedo decir de qué color era, pues como era de esperarse, este hombre se me metió en la mirada en blanco y negro, sin el menor aviso de color ni en la piel que escondía su barba ni en los ojos que me miraban fijamente.

Sin pronunciar palabras, me indicó que pasara. Desde el primer instante memoricé su mirada: es la de unos ojos vidriosos, como órbitas de cristal que enmarcan una de las narices más afiladas que he visto en mi vida. No sé si llamarle aguileña, pero algo de pájaro tiene la cara de este callado Amado que me hizo pasar a un verdadero museo. Tiene su piso decorado como si aún no estallara la Primera Guerra Mundial y, sin embargo, ni un solo pliegue de terciopelo, ni una pieza de bronce y ni una sola de las lujosísimas sillas muestran señales de polvo, óxido ni polilla.

A diferencia de los otros amigos que he conocido en Madrid, me llamó la atención que no solo Amado se me presentaba sin colores, sino toda la habitación, cada objeto, cada cuadro y decoración, si acaso llegaban a teñirse de sepia, pero nunca me revelaron su verdadera tonalidad, Carmen que empecé a sentir ciertos nervios ante el prolongado silencio de este Amado desconocido que, según don Alfonso, ya ha pasado por el infierno que estoy viviendo desde que te dejé de ver. ¿Será que el trauma me obligue también a mí a

permanecer callado, no tararear ni una sola melodía y olvidarme de mis tertulias?

Se sentó justo enfrente de mí, cruzó su pierna y posó su delgadísima mano izquierda sobre los ligeros rizos de su barba que también parece antigua. No es la barba de un revolucionario, sino la barba de un ingenuo que quiere revivir tiempos en que yo aún ni nacía; es de esas barbas que no permiten que el bigote se funda con ella, sino más bien como un tapetito sobre la barbilla sobre el cual destacan las puntas de los bigotes como si fueran un manubrio de pelo. No te sé decir cuánto tiempo estuvo Amado jugándose la cara, pero me parecía que los ojos se le volvían más de vidrio en la medida en que a mí me amenazaba un sueño ya advertido por don Alfonso.

—Este es el libro de mi dolor: lágrima a lágrima lo formé; una vez hecho, te juro, por Cristo, que nunca más lloraré. ¿Llorar? ¿Por qué? —dijo sin más preámbulo que haber descruzado su pierna y, como si palpara mi desconcierto prosiguió con prisa—: *Serán mis rimas como el rielar de una luz íntima, que dejaré en cada verso; pero llorar, ¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?…*

¡Ahora resulta que don Alfonso me hizo una cita con un poeta!, porque indudablemente es poeta. A lo mejor es un amigo de él, poeta sin lectores, y por eso me salió con la paliza de leerme su libro en voz alta, o quizá no teniendo otra forma de hablar, no le quedaba mejor recurso que contarme su historia en forma de libro, ¿qué sé yo?

El caso es que allí estuve, sentado frente a un flaco barbón, poeta indudable, en medio de una habitación que parecía una fotografía antigua y que empezó su recitación con la primera de muchas coincidencias: efectivamente, Carmen de mis dolores, Virgen Dolorosa, yo no había querido decírtelo pero lloro mucho tu ausencia. Es más, te digo ahorita mismo que desde que nos peleamos aquella insensata noche de hace cuarenta años he aprendido a llorar todo lo que dejé de llorar en cuanto mi madre me dijo que tenía que ser valiente, como lo había sido mi padre en sus batallas, y en cuanto míster Morrison me montó en el barco de mi escapatoria recordándome que España ya lloraba lo suficiente y que yo tenía la oportunidad de reír con otros chavales en el barco y no

sé qué tantos otros pretextos que se desvanecieron ante el puerto de Veracruz y el progresivo redescubrimiento de todos mis colores que ya no me dieron lugar ni razón para llorar.

Antes de que Amado prosiguiera con su recitación, le dije que me llamo Pedro Torres Hinojosa, que ando en busca de la única Carmen que es Emperatriz de Lavapiés y que, aunque te he llorado, no es triste mi búsqueda, sino más bien la feliz realización de todos mis deseos. Porque eres mi estrella, mi luz y mi espejo perfecto, y eso también alcancé a decírselo antes de que me interrumpiera con *Faro de mi devoción, perenne cual mi aflicción es tu memoria bendita. ¡Dulce y santa lamparita dentro de mi corazón!*, y a mí me empezó a caer un sudor frío por la espalda, te juro que más por la coincidencia que por los finos de la noche anterior o los muchos cafés que me hizo tomar Alfonso.

Es exactamente lo que me pasa a mí, don Amado, le dije y noté que no le gustó lo de don. He venido a Madrid a buscar una ilusión de mujer que no es irreal, sino verídica; que no es una pérdida, sino la única capaz de permitir que yo mismo me reencuentre y que recupere todos los colores que se me han diluido en la vista con los golpes que me ha dado la vida. Es la única, la eterna Emperatriz de Lavapiés y estoy cierto, porque lo sueño todos los días, que no hay más solución ni más remedio que encontrarla. Amado se arregló el bigote, y mirándome fijamente, sabiendo que ya me había puesto nervioso lanzó otros versos que más bien debería decirte que fueron como una sentencia. *No habrá ni noche ni abismo que enflaquezca mi heroísmo de buscarte sin cesar. Si eras más que yo mismo, ¿cómo no te he de encontrar?*

Me quedé mudo y, sabedor de que me había impactado, Amado se levantó de la silla y se perdió entre los telones de una puerta antigua recubierta de terciopelo oscuro. En su ausencia pensé salir corriendo de allí, pero mi desvelo y mis propios nervios me hicieron quedarme y repetirme en silencio su sentencia, que me aprendí de memoria como si la estuviera leyendo. Miraba la silla vacía en donde Amado me había regalado esa abierta clave que me confirmaba que entendía perfectamente todos los tormentos que he padecido con tu ausencia. No sé cuántos minutos pasaron, momentos largos que en mi cabeza se han acortado por el solo hecho de que me repetí no sé cuántas veces ese último verso que me

soltó antes de salirse del cuarto. Me repetí cada palabra hasta que empecé a recitar esas mismas letras como si fueran un poema mío, algo que vengo escuchando desde el avión o desde aquella noche infernal en el hotel de nuestra despedida… No habrá noche ni abismo, en esta heroica búsqueda trasatlántica de buscarte sin cesar, porque te he de encontrar, porque eres más que yo mismo y porque eres la Emperatriz de Lavapiés.

Cuando regresó llevaba una bandeja de plata con una cafetera que bien podría calificarse de genuina antigüedad y un juego de tazas, azucarera y cremera de la más exquisita porcelana. No puedo menos que decirte que el sudor frío que parecía haberse secado sobre mi espalda se convirtió en sincero terror en cuanto caí en la cuenta de que Amado ya no traía ni barba ni bigote; parecería lógico, por ser casi las nueve y media de la mañana en Madrid, que se hubiera ido a afeitar y que recogió la bandeja del café como un acto inocente y automático que no tendría por qué provocar miedo ni desconcierto en mí, pero había algo tétrico en su cambio de aspecto inexplicable. Era como si sus ojos resaltaran aún más la inmensa tristeza que esconden, como si su nariz se afilara y se convirtiera en un agudísimo aparato de olfato.

Siguió sin hablarme, incluso cuando sirvió el café, un café negro que subrayaba la ausencia de colores de toda esta loca escena en donde el único que seguía en technicolor era yo con mis nervios y mis temores. Sin más, tomó un sorbo y como si no tuviera que explicar la ausencia de su barba o su renuencia a hablar como gente normal me dijo que *Perdí tu presencia, pero la hallaré; pues oculta ciencia dice a mi conciencia que en otra existencia te recobraré*. Jamás había estado frente a un poeta, al menos que yo sepa, jamás me había tocado estar frente a un poeta que me estuviera recitando sus versos tan directamente, a la cara y además a mi propia biografía. Pero lejos de seguir con mis sudores y ese miedo, pensé que lo entendía: aquí estaba un hombre que me hablaba a mí, pero que al mismo tiempo se hablaba a él mismo, como Juan Ramón y yo en Lavapiés, dos lunáticos bajo la luz de la noche. Pensé que estaba haciendo lo mismo que me hizo don Alfonso el día que lo conocí: lanzar palabras a una frecuencia como si fueran noticias de la radio en busca de un receptor adecuado.

Apuré la primera taza de café y decidí seguir hablándole como si

me hiciera caso, darle pautas para que me fuera contando su experiencia y así llegar a lo que, según creía, iba a ser el regalo prometido por don Alfonso: escuchar en boca de este Amado el lugar exacto donde te he de reencontrar. Le dije entonces que estoy hospedado en el Madroño y que me he resuelto a morir en Madrid, frente a Chicote y entre las sábanas del más largo de nuestros besos… *Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo, un apartado refugio amigo donde pensar; un libro austero que me conforte; una esperanza que sea norte de mi penar, y un apacible morir sereno, mientras más pronto más dulce y bueno. ¡Qué mejor cosa puedo anhelar!*… Te imaginarás mi alivio: mi táctica funcionó, y aunque no sé cómo trabaja el pensamiento de un poeta, decidí seguir dando pautas, pistas, datos, como si estuviera ante una especie de lectura del tarot en donde yo mismo indujera y controlara los vaticinios de la baraja.

—Anduve con Carmen diez años, desde la milagrosa tarde en que se inauguró la Plaza México. Una década que se perdió durante cuarenta años y que ahora intento rescatar del olvido con el atrevimiento trasatlántico de venirla a buscar a Madrid… *Viniste, me amaste; diez años llenaste mi vida de fe, de luz y de aroma; en mi alma arrullaste como una paloma, ¡quién sabe por qué!*… La perdí porque en realidad se perdió ella, o quizá me perdí yo al cambiarme de piso y de trabajo con la ilusión de que al reencontrarla ya podría ofrecerle matrimonio o qué sé yo. La perdí pero la busqué y en cada rincón de la Ciudad de México, esa ciudad que fue creciendo sin considerar que yo andaba tratando de cubrir cada metro cuadrado de su extensión, y jamás di con señales de esa maravillosa mujer que se me esfumaba… *¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen, no como son de suyo, sino como aparecen a los cinco sentidos con que Dios limitó mi sensorio grosero, mi percepción menguada. Tú lo sabes hoy todo… ¡yo, en cambio, no sé nada! Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!*… Efectivamente, Amado, mi sensorio está menguado y las cosas y las personas se me aparecen sin color o sin edad, sin lugar y sin tiempo. Ella se me fue quizá porque ya sabía todo, porque ella prefiguraba las cosas y anunciaba hasta faenas inmortales cuando apenas salían los toros al ruedo. Quizá se me fue porque yo era

capaz de saber lo que era ella *¡Ay de mí! Cuántas veces, arrobado en la contemplación de una quimera, me olvidé de la noble compañera que Dios puso a mi lado*… Exactamente, porque era como si desde antes de conocerla la hubiera imaginado y… *¿En qué cuento te leí? ¿En qué sueño te soñé? ¿En qué planeta te vi antes de mirarte aquí? ¡Ah! ¡No lo sé…, no lo sé!*…

Dirás que parecía un diálogo cantinflesco, pero no me podrás negar que saltaron evidentes coincidencias entre Amado y lo poco que le iba contando de ti. Yo también ya te había dicho en alguna de nuestras pláticas en penumbra que me gustaría saber de qué planeta bajaste, o si eras de un planeta gemelo en donde todo era igual, pero volteado al revés: que te querías ir a España justo al mismo tiempo en que yo me sentía más mexicano que nunca, que te embelesó Manolete como a mí me enloquecía Silverio, que ceceabas y cantabas letrillas de cuplé mientras yo quería siempre escuchar a Lara…

—En el balcón, en la penumbra, vueltos los ojos al azul, te voy buscando en cada estrella del misterioso cielo augur. ¿Desde qué mundo me contemplas? ¿De qué callada excelsitud baja tu espíritu a besarme? ¿Cuál el astro cuya luz viene a traerme tus miradas?… Por lo visto, no estamos solos Amado. Ya veo que no soy el único que ha padecido esta amarga experiencia de perder a la mujer de mi vida, ¿pero cuál es la clave?… *¡Cuántos habrán padecido lo que padecí, y cuántos habrán perdido lo que perdí! Canté con el mismo canto, lloro con el mismo llanto de los demás, y esta angustia y este tedio ya los tendrán sin remedio los que caminan detrás*… y sin que me revelara lo que le pedía siguió… *Mas tiene cada berilo su manera de brillar, y cada llanto su estilo peculiar*… Yo soy fanático de Agustín Lara y en cada una de sus canciones que me vienen a la mente no puedo dejar de enorgullecerme de la honra y la virtud de que solo he amado a Carmen, la única musa… *Solo una vez se ama en la vida a una mujer como yo amé; y si la lloramos perdida queda el alma tan malherida que dice a todo: «¡Para qué!»*… Como si me quedara perdido en un callejón sin luz, como si quedara sin colores de nuevo… *Vivir sin tus caricias es mucho desamparo; vivir sin tus*

palabras es mucha soledad; vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro, es mucha obscuridad… Como si me hubiera muerto, Amado, o peor aún es como si se muriera Carmen sin que yo me enterara, buscándola inútilmente en México y ahora deambulando con los horarios volteados en Madrid… *Por diez años su diáfana existencia fue mía. Diez años en mi mano su mano se apoyó, ¡y en solo unos instantes se me puso tan fría, que por siempre mis besos congeló!…* Yo también la tuve diez años y mi búsqueda no tiene caducidad porque, como tú has dicho Amado, «no habrá ni noche ni abismo que enflaquezca mi heroísmo de buscarte sin cesar…». *Hay que empeñarse en buscar a quien se quiere esconder. Si Dios no se deja ver, alma, le tienes de hallar por fuerza…* Si supieras que hasta le rezo, Amado. Que hay letanías que me he inventado para implorarla y que estoy dispuesto a jugarme la vida, si es necesario, para vivir el milagro de recuperarla… *Bendita seas, porque me hiciste amar la muerte, que antes temía. Desde que de mi lado te fuiste, amo la muerte cuando estoy triste; si estoy alegre, más todavía.*

Me quedé helado, Carmen ampárame que ya no aguanto. Allí estaba yo frente a un hombre que parecía conocer hasta los mínimos detalles que yo ni alcanzaba a confiarle entre sus versos y su loca manera de conversar. Ante un hombre que temí que se iba a suicidar ante mis propios ojos y que por eso se había metido a rasurar o, peor aún, me iba a matar con la coartada invencible de su cara cambiante y la excusa incomprobable de una escena sin colores. Pero no me levanté ni corrí despavorido, Carmen valerosa e inspiración de lo intrépido, al contrario, lo miré fijamente a sus ojos de vidrio y le dije, no sin cierta molestia, «¿Tú quién eres? y ¿qué te has creído? ¿Por qué dice Alfonso que has vivido lo mismo que yo? Dime, de una vez por todas, ¿qué fue de tu novia?, ¿quién era y desde cuándo solo hablas de ella en verso?…». Sin alterar ni un ápice su voz, movió la mano como queriendo tranquilizarme y dijo *Me la trajo quedo, muy quedo, el Destino, y un día, en silencio, me la arrebató; llegó sonriendo; se fue sonriente; quedamente vino; vivió quedamente; ¡queda… quedamente desapareció!* «Pero entonces, ¿existe esta mujer que te enloqueció diez años o es solo

una musa de tu inspiración?». *Cuando miro al que sufre como hermano; cuando elevo mi espíritu al azul; cuando me acuerdo de que soy cristiano, eres tú quien me inspira, solo tú… Pobres a quienes haya socorrido, almas obscuras a las que di luz; ¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido! Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú…* Sentí una vergüenza enorme y sin más permiso que mi sincero dolor por el verdadero tormento que ha padecido Amado me levanté y lo abracé sin dejarlo siquiera que se moviera de su asiento. Sentí su cuerpo frío, un hombre con el alma en vilo, y sobre mis hombros dejé que llorara las lágrimas que venía conteniendo desde que había empezado a recitarme su tragedia.

¡Qué estúpido puede ser mi egoísta afán por buscarte! ¡Qué idiota fui al creer que los amigos sin colores solo están aquí para orientarme en tu búsqueda! En el instante exacto en que abracé a Amado comprendí que el regalo de don Alfonso era nada menos que endilgarme una lección, Carmen inmortal e intacta. Me ha regalado de Día de Reyes la dolorosa realidad: reconocer que todo el dolor de perderte, toda la angustia de los años en tu búsqueda y toda la locura de volver a Madrid no son ni mínimamente comparables al irremediable dolor de quien ha perdido de veras a su amada.

Pasaron algunos minutos antes de que el azar lograra serenarnos, a él de sus sollozos sin vergüenza y a mí de la culpa y el ridículo de haber jugado con sus versos como si fuera un diálogo entre locos. Amado sirvió más café y, recuperando su voz, dijo directamente a mi cara, aunque ahora yo ya sabía que le estaba hablando a su mujer muerta: *Con tu desaparición es tal mi estupefacción, mi pasmo, que a veces creo que ha sido un escamoteo, una burla, una ilusión; que tal vez sueño despierto, que muy pronto te veré, y que me dirás. «¡No es cierto, vida mía, no he muerto; ya no llores…, bésame!»*.

Ya no recitó nada. Incluso, ¡imagínate, amor Carmen!, me pidió disculpas por haberme recibido entre versos y sin hablar como acostumbra la gente común. Me dijo que había nacido en Tepic, y hablamos de Michoacán pues él estudió en Zamora no sé si al mismo tiempo, o incluso antes, de que yo pasara por Morelia. Me dijo que, efectivamente es poeta pero como muchos de los que a eso se dedican tuvo que estudiar Derecho para poder vivir. Es más,

Amado trabaja en la embajada de México y me ha ofrecido que, en cuanto se nos dé el milagro de reencontrarnos, él mismo podría ayudarnos para casarnos bajo las leyes de México si así lo decidiéramos. Parecía que ya no tocaríamos el tema de su desgracia, pero con un aplomo digno del mejor de los toreros, Amado me contó la historia de su idilio y la razón de sus versos: conoció a su musa en París y desde el primer instante vivieron un soñado amor que les duró diez años. Se llamaba Ana Cecilia Daillez y en el mismo apartamento en que nos encontrábamos, «esta casa que se ha quedado sin luz y sin colores desde que se me adelantó en el camino», dijo amado, vivieron una apasionada e intensa vida de maravillas y asombros, de coincidencias y confluencias, de gustos y sábanas.

Me contó entonces que la tragedia empezó un 17 de diciembre, con una fiebre tifoidea que hirió a Ana Cecilia no como la fulminación de un Miura, sino en el peor y lento tormento de una agonía prolongada. La misma noche en que murió Ana Cecilia, Amado empezó a escribir los versos que me dijo como aliento y advertencia. «Los titulé *La amada inmóvil* y son un espejo fiel de mi alma, porque *tenía yo un cariño, uno solo, ornamento de mi soledad, alivio de mi melancolía, flor de mi heredad modesta, dignidad de mi retiro, lamparita santa y dulce de mis tinieblas*…». Se conoce que don Alfonso ya le había platicado de mí y que el pobre Amado había preparado su recitación como una representación trágica que, de alguna u otra manera, tendría que hacer efecto en mi confundida búsqueda.

Antes de despedirnos, me llevó a la ventana y con su mano delgadísima me señaló la ubicación del cementerio de San Lorenzo y San José. Me llamó la atención ver que desde allí Madrid entero se me metía en la vista sin un solo color y que lo que me parecía que debería estar ya poblado con construcciones no era más que un escampado limpio y nublado, desde donde se veía el panteón donde reposa Ana Cecilia. Además, no me había dado cuenta de que afuera llovía con el suficiente tesón como para haber estorbado la recitación-confesión que acabábamos de celebrar. Según me dijo Amado, si estuviera más despejado el día, o si tuviéramos catalejos, se podría ver desde aquí la lápida de mármol negro que cubre el nicho donde reposa el amor de su vida, la Amada de Amado que

quedó inmóvil para el mundo pero que seguirá eterna en sus versos.

En el umbral de la puerta ya no supe con qué palabras despedirme ni disculparme, pero fue Amado el que habló: «Si usted está seguro de que su poema, su Carmen, está en Lavapiés le aseguro que la encontrará. Jamás olvide que no habrá ni noche ni abismo que enflaquezca el heroísmo de buscarla sin cesar… Nos volveremos a ver, don Pedro, y disculpe la fragilidad de mi ánimo, pero Alfonso insistió en citarme con usted sin recordar que a mi Amada la perdí precisamente un día 7 de enero».

Se me brotaron las lágrimas y apuré en bajar las escaleras ya sin voltear a ver si Amado comprendería la sinceridad de mi dolor. Salí a Bailén con el inexplicable espectáculo de un sol radiante y ni una sola huella de que hacía unos minutos llovía. Conforme avancé de regreso a la Plaza de Oriente, Madrid fue recuperando todos sus colores en mi vista y yo, la serena resignación de que ya era hora de buscar descanso en mi hogar Madroño.

Febrero fue suficiente mes como para que don Pedro se volviera aún más bondadoso que de costumbre. Cayetano y Vicenta confirmaban día con día que algo raro e inexplicable le había acontecido a don Pedro pues era evidente que sus paseos y sus charlas, sus ilusiones y sus gestos se habían perfeccionado en una suerte de iluminación aún más radiante que la que destilaba desde su llegada. Vicenta llegó a pensar que don Pedro ya se había visto con la novia y que lo mantenía en secreto por preparar alguna ocasión especial para las presentaciones; Cayetano no se creía esa posibilidad y tan solo se dedicaba a pensar que lo que le pasaba a don Pedro no era más que la callada resignación de quien ya se ha hecho a la idea de que su búsqueda será más larga de lo que pensaba.

Con mayor frecuencia se sucedieron días en que Pedro Torres Hinojosa pasaba hasta tres noches fuera del Madroño y, lejos de provocar preocupación en su familia hostalera, se sentía una suerte de secreta felicidad al pensar que este hombre de setenta años recuperaba los bríos de su juventud y ejercía el bello arte de sacarle todo el jugo posible a una ciudad inagotable. En los pocos ratos en que pudieron convivir con él, febrero fue mes suficiente como para confirmar que en los interminables recorridos de Pedro Torres Hinojosa no había desperdicio ni en pesetas, ni en comidas ni en las múltiples compras de la más elegante ropa que se iba sumando a su

guardarropa. Al abrigo de camello se sumaron tres suéteres de impecable *cashmere* que contribuían a combatir los fríos que ni en cabañuelas había previsto don Pedro. Fueron días con noches en que usó más el calor de la boina vasca que las endebles alas de su sombrero Borsalino-Bogart, pero también fueron días con sus noches en que no se facilitaban las caminatas y los eternos paseos de sus búsquedas. De hecho, febrero fue mes suficiente para convencer a don Pedro de que tendría que buscar a Carmen en locales cerrados y, de preferencia, con buena calefacción. Marzo lo confirmó.

Durante los meses de febrero y marzo, Pedro Torres Hinojosa intentó encontrar a Carmen en casi todos los cines de la Gran Vía, en las cafeterías más calientitas del barrio de Salamanca y Chamberí, y en las largas horas en que se distraía viendo todos los objetos posibles que se exhiben en El Corte Inglés. Además, fueron meses en que procuró tardarse más en las librerías, aunque sus lentos ritmos de lectura le ayudaron a controlar su desmedida propensión a comprar cantidades excesivas de letras y párrafos que humanamente no alcanzaría a leer sin salir de su habitación. Pero aunque febrero y marzo fueron meses en que se confirmaba su empeño de explorador incansable, también es cierto que hubo muchas ocasiones para ir rellenando de claveles las láminas de Antonio López que ya decoraban las paredes de su 702 en el Madroño. Como un monje miniaturista, don Pedro iba confeccionando la alfombra de claveles rojos sobre la vista de *Gran Vía, Clavel*, confiado en la ilusión de que la primavera llegaría en cuanto lograra terminar su palimpsesto pictórico, su lanzamiento como espontáneo, desde la barrera de su ensueño sobre el ruedo pintado por Antonio López. Fueron más de cincuenta días que sus plumones convirtieron en más de cien claveles diminutos y que en su cabeza servían de callado placebo, distracción silenciosa.

Quizá por eso, Pedro Torres Hinojosa no se dejaba impresionar por el creciente cansancio que le provocaba cualquier recorrido por breve que fuera, ni por el dolor en los pies ni por un raro ardor que le empezó a aquejar cada vez que orinaba. Se concentraba en sus letanías heterodoxas y en el consuelo irracional de que con cada día que pasaba, con cada clavel que pintaba y con cada tramo del *Quijote* que leía se acercaba al milagro inexplicable de

reencontrarse con el amor de su vida. Hubo capítulos de ese libro tan íntimo que releyó con el afán de nunca jamás olvidarlos: el que narra los azotes inhumanos que la da un insensato a un pobre jovenzuelo que, además, estaba amarrado a un árbol; el doloroso capítulo en que don Alonso Quijano libera a los galeotes, tan solo para recibir sus pedradas y sus burlas o el delicioso capítulo en que el barbero y el cura van quemando los libros que, según ellos, habían perturbado el intelecto de aquel caballero fantástico. Don Pedro apuntó algunos de los títulos censurados por esos dos ministros y se propuso que, una vez leído el *Quijote*, iría comprando las aventuras de los otros caballeros andantes que habían alentado al Caballero de la Triste Figura en su valiosísima aventura. Como apuntaba las fechas de su lectura en los márgenes de las hojas para llevar una especie de calendario y jamás volver a olvidar este libro, don Pedro tenía calculado que hacia octubre o noviembre terminaría el *Quijote* y empezaría las andanzas de Esplandián, el Amadís y demás héroes que él ya consideraba semejantes de su atrevidísima aventura madrileña.

¡Ah, el contacto incomparable del *cashmere*! Carmen que me cubrías como un jersey de carne y hueso, me he comprado tres suéteres de *cashmere* que, como dice Cayetano: «están que te cagas». Elegí un morado, que entre toreros es color obispo, para que me veas imperial; uno rojo, que combina con mi abrigo de camello, con mi gabardina y con dos de los trajes, dándome un aire de letrado y de leído que contribuirá a la posibilidad de formar una verdadera tertulia con mis amigos y, por último, un ortodoxo suéter gris Oxford que, combinado con los tonos azules de uno de mis trajes, o bien el negro del otro traje con chaleco, y las camisas y corbatas que he cuidado con esmero, me permite aparentarme como un verdadero *gentleman*, digno de la más bella Emperatriz de España.

Te he buscado en todos los lugares en donde, por lógica, sé que podrías estar esperándome. Es obvio que no andarás perdida en la calle, así que he frecuentado cines, teatros, librerías, cafeterías y hasta bibliotecas cuya calefacción garantice la posibilidad de nuestro milagro. De los cines, solo te diré que no he puesto mayor atención a las películas, precisamente porque me la paso buscándote en la oscuridad. Tan solo te diré que tenemos ya la

obligación de ver juntos la última película de Mastroianni; una joya que me hizo llorar desde mi butaca hasta que volví al Madroño. Si vieras que no soy el único en afirmar que Marcello y yo teníamos un parecido casi fraternal; además, con mis gafas redondas de carey me parezco muchísimo al personaje fantástico que eligió encarnar como si supiera que se despedía del mundo. Es triste que los viejos se nos adelanten, pero debe servir de aliento para muchos años que nos quedan por delante, Carmen eterna y cinematográfica.

Has de saber que en el Madroño llevo ya más de un mes confeccionando una sorpresa para cuando establezcamos nuestro hogar. Incluso, si decides que nos quedemos allí mismo podría mandar enmarcar las láminas que te estoy pintando, pues de todos modos ya están pegadas en la pared. Verás: estoy pintando unos clavelitos sobre una pintura maravillosa de un tal Antonio López y no vieras el efecto mágico que he producido: te estoy alfombrando con claveles la Gran Vía, como una especie de antesala al agasajo postinero que ya te tengo planeado en Chicote y el bañillo de Jerez que sueño cada que me meto a la ducha. En fin, ya verás mis habilidades de pintor y, entre tanto, me quiero acercar al Museo del Prado para preguntar si allí saben dónde puedo localizar al tal Antonio López, pues estoy seguro de que seremos amigos y de que es un joven digno de ingresar a mi tertulia.

Siento que se nos acerca abril y eso no es más que una garantía de que existe la posibilidad de que vayamos a Sevilla y cumplir nuestro anhelo de volvernos locos en la Real Maestranza, navegar el Guadalquivir y subir la Giralda corriendo para ver quién llega primero. Cayetano me ha dicho que ahora hay un tren que hace el recorrido en un par de horas, pero yo preferiría que nos fuéramos en litera, como habíamos pensado llegar a Guanajuato, y no perder ni un solo instante del tiempo besándonos hasta sentir que el clima andaluz ya nos envuelve, Carmen de primavera, de flores y de sol, maja de farolillos y flamenco.

Si vieras que por eso estoy convencido de que estos meses no han sido más que el preámbulo para poder reencontrarte sin frío. Siento que estos meses desde que llegué no han sido más que un periodo de aclimatación que, forzosamente, tenía yo que pasar para cumplir del todo con nuestro milagro. Lo que pasa es que me urge verte y sentía que, desde el primer día, había que acelerar la magia,

vernos cuanto antes y empezar a saldar cuarenta años de amnesia con la resurrección de todos nuestros colores. Pero han sido meses que he logrado mitigar con mi esperanza y distraer con mi confirmada filiación a Agustín Lara. En cada recorrido y en cada remanso del día me acuerdo de melodías enteras y letras completas de canciones de mi Flaco de Oro que parecía que ya había yo olvidado, Carmen que tienes el altivo porte de una majestad. En un periódico leí que este año se cumplen cien años del nacimiento de Agustín y no creo que haya mejor manera de homenaje que le bailemos ante su estatua en tu imperial barrio de Lavapiés, porque tienes el hechizo de la liviandad, Carmen jardín que eres la maravilla de la inspiración. He recordado cada anécdota de mi Flaco de Oro y solo deseo que la primavera nos permita reunirnos bailando su música, ese schotis que desde hace seis meses he integrado finalmente a mi biografía, Carmen de colores que sé que te encontraré con las primeras flores que aparezcan en El Retiro.

Si vieras que ya no me he encontrado con don Pío, ni con Max que seguramente ya estará en México platicándole a alguien de las comilonas que nos aventamos. Tampoco he visto por tu barrio a Juan Ramón, aunque a decir verdad, no ha habido lunas como la que nos unió ese día. A don Alfonso te confieso que no lo he buscado; sigo un poco contrariado por mi encuentro con Amado y aunque te repito que en el fondo fue una buena lección aquel Día de Reyes, no deja de ser uno de los episodios más tristes que he vivido desde mi llegada.

Sin embargo, sigo buscándote a ti. De todos mis empeños, de todas mis ilusiones, sabes que solo tú ocupas el espacio completo del universo de mi corazón. Sí, Carmen conciencia, yo también estoy pensando en que toda esta loca aventura no es más que una cursilería efímera y barata para los mirones y entrometidos que sin duda querrán calificar nuestro idilio. Ya estoy viendo las caras de los señorones que no querrán más que hacer la disección minuciosa de cada vena y de cada ventrículo de nuestro inmenso amor; que dirán que nuestra historia no tiene lógica, que una vez abandonados hace cuarenta años no tuvimos el valor ni la cabeza para resignarnos a rehacer nuestras vidas con otros; que el fraude que le he endilgado a American Express no es más que una escapatoria cobarde e insensata, una huida del tedio de mi jubilación y del

horror de mis errores. Les parecerá imposible que con mis esfuerzos lograse reunir casi un millón de pesos y que ahora me los gasto como mejor me venga en gana. Ya los veo dudando de que el BBV me permitiera enviarme a mí mismo mi dinero, poniendo como remitentes los sagrados nombres de Manolete y Arruza y que cobré esos cheques de caja sin que me molestasen con señas ni señales engorrosas. Los estoy viendo como si tuviera sus fotografías pegadas en mi cuarto 702 del Hostal Madroño, como si fueran un jurado de leguleyos que fiscalizarán cada uno de los motivos que nos unieron y que luego nos separaron, desde nuestra mutua afición a los toros, nuestra cómoda propensión a viajar en tranvías y acostarnos en hoteles de paso, nuestra libre incultura que nos alejaba de cualquier libro o exposición, nuestra recurrencia a los apodos cursis que para nosotros eran los cariñosos nombres que nadie tendría por qué saber ni oír, nuestra pasión desbordada por todo el México que nos emocionaba, nuestra mutua intuición de las muchas magias de España que yo intentaba recordar mientras tú tan solo te las imaginabas.

Ya los veo y casi los oigo decirme que fui un imbécil que jamás se quiso enterar a ciencia cierta de los pormenores y batallas de la guerra de España, ni de los tristes desenlaces que tuvieron las vidas de mis padres. Los imagino decirme que mi vida ha sido un desperdicio burocrático total, en tanto que no logré establecer ni una sola amistad verdadera con ningún compañero de trabajo, ni con los colores de las muchas cofradías que tenía a la mano: los cafés de refugiados, las tertulias de intelectuales transterrados, los jueves de boliche de la Secretaría ni las borracheras quincenales de los compañeros del Ministerio. No me uní a una sola de las muchas peñas taurinas ni me afilié a los fervores del Club España, ni del Asturiano ni del Atlante.

Carmen que imagino la cantidad de reparos y reclamaciones que me podrían hacer por andar deambulando por Madrid, gastando lo que en verdad ha sido una pequeña fortuna, pues ¿a quién chingados le importa que los ahorros de toda mi vida sirvan ahora para saciar todos mis antojos y prepararme con todos los lujos para la posibilidad indescriptible de rehacerme contigo? Solo a nosotros debe importarnos esta maravillosa aventura, este milagro que se nos apareció a los setenta años y que nos despierta más que la incrédula

envidia de quienes aseguran que estas cosas solo pasan en el cine. Solo yo sé que cambié a dólares cada peso de mis ahorros, ciento setenta y cinco mil dólares que son casi veintisiete millones de pesetas. Solo yo sé que nadie podrá dar conmigo en el Madroño, porque todo mi dinero fue producto del trabajo de mi vida y yo mismo rompí mi carné de identidad en México y he cuidado el pasaporte como si fuera un secreto salvoconducto de mi intimidad.

La única culpa que cargo es que firmé con American Express mis trajes, zapatos, camisas, mancuernillas, sombrero, gabardina y el boleto México-Madrid por el sencillo hecho de no querer gastarme ni un solo peso, dólar o peseta en la máxima aventura de mi vida y si han de rastrearme en Madrid que lo hagan después de apresar a todos los políticos que han robado mucho más que yo. Solo yo sé que estoy a tu lado, aunque sigo buscándote, Carmen incomprensible para los insensibles… Tómate el tiempo que necesites para estar en la mejor forma y de la mejor manera para el día de nuestro renacimiento… No hagas caso de las voces que se interpongan a la culminación de nuestro idilio… No escuches las miradas de los chismosos que se quieren mofar de nuestra más íntima y personal cursilería… No olvides nuestras músicas, los tranvías y la secreta gimnasia de nuestras sábanas… Sigo con mis horarios, mis colores y mis andanzas… Te rezo y te siento cada día más cerca, porque ¿cómo no te he de encontrar? si eras más que yo mismo… Porque afuera siento los fríos de una madrugada que se quiere acercar a abril, pero en las tonadas de mi cabeza y en los colores de mi mirada sé que es falso, porque tu imagen me brinda la divina magia de un atardecer…

Hay un momento en marzo en que el invierno parece prolongarse, al mismo tiempo en que ya se hace sentir la primavera. No es una cuestión meramente meteorológica, aunque es evidente que tiene que ver con las temperaturas; es más bien una cuestión sentimental que se manifiesta en la luz, en la forma en que las sombras y sus horarios inician la traducción de nuestro ánimo como si se redefiniera el silogismo de nuestra existencia.

Por la prolongación de sus desvelos y los fríos que lo obligaron a reprogramar sus recorridos con preferencia para los locales cerrados y con calefacción, don Pedro pasó los días sin reparar en la fugacidad de febrero y expuesto a los engaños de marzo. Si este hombre hubiera seguido el transcurso de su aventura con el auxilio de un diario o con la cotidiana demarcación de un calendario, podría haber tomado conciencia de la cronología de sus ilusiones. Pedro Torres Hinojosa llevaba una cronometría interna ajena a los acontecimientos que hacen noticia, distante de las efemérides del resto de la humanidad y diferente a los transcursos ajenos. Su única actividad más o menos rítmica era la de agregar claveles diminutos a la pintura de Antonio López, avanzar en los párrafos de su *Quijote*, incluso releyendo los pasajes que más le habían gustado de una sola leída, y seguir invitando a Cayetano al Museo Chicote.

Madrid le seguía subrayando la distancia del México que ya quedaba en su memoria y, lejos de encontrar los avisos de una inminente primavera floreada y con sol, don Pedro seguía con la confusión de sus fríos, lluvias y días cortos. Se compró una bufanda y unos chalecos de lana fina, como si se estuviera preparando para un retorno inesperado del invierno, y al mismo tiempo, compró un traje de tres piezas en lino blanco, con sombrero Panamá incluido, con la convencida idea de que lo estrenaría con Carmen en alguna playa de ensueño. Para completar su ajuar blanco, se compró unos ridículos zapatos de exagerado color nieve y, ya puesto en compras, decidió renovar las suelas de sus bostonianos con hoyitos en el

empeine, que ya mostraban el kilometraje de sus andanzas.

En el transcurso de esos días aumentaron sus visitas a todos los cines de la Gran Vía y cualquiera diría que se estaba volviendo cinéfilo si no fuera porque en realidad entraba más por la calefacción que por las películas, y con el plácido pretexto de dormir en las cómodas butacas sus sueños de horario mexicano. Esto provocó que en alguna ocasión, al despertar y considerar que la película se estaba proyectando fuera de foco, don Pedro se sintió en pleno cine Roble de la Ciudad de México y gritó «¡Cácaro!» con toda la confianza del mundo. El administrador de la sala se encargó de acompañarlo hasta la puerta y de recordarle que «Eso se lo gritará a quien quiera usté en Méjico pero en Madrid ni se entiende, ni se acostumbra, y menos, se permite».

Fueron días en que se acentuaban sus dicotomías personales: al tiempo en que parecía rejuvenecer, gastándose el mismo ritmo de comilonas, vinos, salidas de tapas y renovación constante de su guardarropa, él mismo sentía que sobre su cuerpo se aparecían achaques inesperados de cansancio, ciertos dolores al orinar y una mayor propensión al sueño; al tiempo que parecía convencerse de la proximidad de su milagro anhelado, se acentuaba en su ánimo una propensión a las dudas que bien podrían convertirse en el fomento de una posible renuncia; al tiempo que liquidaba por adelantado su pensión en el Madroño, crecía en su ánimo la decisión de buscarse un piso propio, una casa que podía pagar al contado y sin el menor temor de que American Express se enterase de su arrendamiento, hipoteca, compraventa y bricolaje; al mismo tiempo que limitaba el dispendio de su fortuna, aumentaban sus ganas de irse a Sevilla en el AVE, comprar un coche para recorrer toda Andalucía y volver a Madrid a hospedarse en el Palace; al mismo tiempo que se sentía más cerca de la primavera, asumía todas las circunstancias del invierno y, al mismo tiempo que recuperaba los últimos colores que completaban el paisaje de su memoria, anhelaba pintar los agradecidos trazos de todo aquello que se le había quedado en México. Mientras más madrileño, más mexicano; mientras más frío, más calores; mientras más lejos de Carmen, más cerca de encontrarla.

Hay algunos taurinos que aseguran que muchos toreros mexicanos no han logrado abrir la Puerta Grande de la Monumental

de Las Ventas por el solo hecho de que les entra una melancolía incurable. Se dice que esa morriña, que es tan intraducible como la palabra *saudade*, reúne en su sintomatología una descarada necesidad de comer chile, una languidez evocativa del sol azteca, una suerte de abatimiento ante el recuerdo de las tortillas de maíz y una mohína triste ante la imagen de un sombrero de charro. Los diestros mexicanos que han caído en tal desgracia quedan virtualmente indefensos ante las encornaduras, trapío, peso y presencia de los rinocerontes que se lidian en Madrid y apenas suena el clarín del paseíllo les entran unas ganas de volver corriendo a México que equivalen a las diarreas de los toreros españoles en cuanto caen fulminados por lo que llaman la «venganza de Moctezuma». Antiguamente era otra historia: hubo una buena camada de coletas mexicanos que, lejos de rajarse por achaques de su querencia, dieron dignísima pelea a los matadores españoles y, en muchas ocasiones, los superaron.

Pedro Torres Hinojosa se creía de ese tipo de diestro, el superhombre trasatlántico capaz de adaptarse y adoptarse a todas las circunstancias de su Madrid recuperado. Pero en el transcurso del primer trimestre de 1997 hubo días en que creyó flaquear en sus procesos de adopción de su propia memoria y en su cotidiana adaptación a su renovada vida. Decidió entonces recurrir al cutre ejercicio de visitar todos los restaurantes y bares que presumieran de su mexicanidad. Cayó entonces en la festividad tequilera del «¡Sí señor!», en la afrenta aposmodernada del «¡A güevo!», en el Cuchicuchi y en otros tantos establecimientos que se anuncian con signos de admiración para subrayar su mexicanidad y en quién sabe cuántos lugares que llevaban el nombre de Emiliano Zapata. Poco le duró el experimento, pues pronto reconoció que México es una combinación de tantísimas cosas que, aunque se exporte la espuma exacta de su cerveza, el impulso incalculado de su tequila, las recetas ancestrales de sus salsas y la combinación maravillosa de sus platillos, no se lograrán jamás transportar ni trasatlantizar el conjunto milagroso que, en cuanto se siente lejos, provoca ataques de melancolía incurable.

México en mi memoria, maravilla de colores que se desvanecen. Ciudad construida sobre agua y bajo la sombra nevada de los volcanes. Agua y fuego, que creció desde los islotes y se convirtió

en la ciudad más grande de mi memoria. México de plata y de panaderías, extraño tus conchas, calzones, banderillas y cocoles; las bolsas color marrón repletas de campechanas, mamones, orejas que acá son palmeras, alamares, besos, corbatas y cuernos que acá son croasanes; desayuno en mi recuerdo las chilindrinas, monjas, novias y gendarmes con las que se podría armar una efímera obrita de teatro de sobremesa, y meriendo en mi mente los violines, nueves, puchas y ojos de pancha que completaban todos los nombres del pan. México que bautizas el pan y los camiones, los taxis y los autobuses con tu diccionario cambiante de todos los días y todas las épocas. Ciudad en la que circulaban cocodrilos, canarios, cotorras, camarones, vitrinas y plátanos; Monstruos de urbe que dejaste que los delfines y las ballenas inundaran Insurgentes y que ahora eres megalópolis infestada de microbuses que son microbios, minitaxis de robos ecológicos y en donde ahora se prohíbe la circulación según la ronda de los colores. México de policías que volvieron a ser tamarindos, cuidacoches que son aguacates y judiciales sin uniforme y sin límites.

Se me van desapareciendo los colores del *Mundo raro* de José Alfredo Jiménez, el sabor de los moles y la palabra chía. Ya ni sé si sé qué es un tepalcate ni un chacuaco, el chahuistle y el nenepil. Me he alejado del petate y del metate y ahora entiendo que tiza es náhuatl y lo que es el gis. México de películas en blanco y negro, que extraño a Pedro Infante y a Cantinflas, a los fotógrafos de San Juan de Letrán y a los tendidos de la Plaza México, cuando se iba de corbata a los toros. Ciudad de la melancolía de la XEW. «La voz de la América Latina desde México» y la cara imborrable de Toña la Negra. Ciudad danzón y bolero, amparada por Los Panchos o por el Trío Calaveras, ciudad de blanco y negro que recibiste entera a la España descolorida que se salvó del horror, que le confirmaste la alternativa a Manolete y lloraste sobre su féretro en Linares.

Ciudad con Xochimilco, trajineras y flores; Tacuba, tamales y tardeadas; Tacubaya, casonas y misterios; Mixcoac, tranvías y travesías; Coyoacán, helados y fantasmas y San Ángel, todos los colores de las bugambilias y todo el amor que se siembre entre los geranios. México, ciudad con Desierto de los Leones, modestísimo escorial de monjes locos y friolentos. México que tu corazón es el Zócalo y la reunión impensable de tus poderes: la catedral más

enigmática del mundo; el palacio de los presidentes, que fue de virreyes y de emperadores aztecas y un austriaco; el ayuntamiento que es regencia y al costado, los hoteles con terraza y los sombreros de Tardán.

México que me diste los colores y mi más grande ilusión. Diez años que han valido toda mi vida, cómo se alargan en mi mente los sonidos del Salón México y el California Dancing Club, las tertulias del Tupinamba y los murales del Prendes. Ciudad de tacos al pastor, nana, buche, tinga, costilla y bistec. Puerto de mariscos y pescados a dos mil quinientos metros sobre el mar más próximo, que está a no sé cuántas horas de distancia porque me dormí en el tren que me llevó desde Veracruz; puerto de altura salada con cocteles de camarones, vuelve a la vida y cebiches inexplicables, jaibas irreales y caldos que saben al Caribe, huelen a Pacífico y recuerdan al Golfo de los brazos abiertos.

México de mil colores que desde tu altura y cobijo intentaba mirar mi Madrid que era rojo y perdió todos los colores en cuanto triunfaron las camisas azules, casi negras, del horror y de la amnesia. México tezontle y piedra, rojo y gris de Carlos V hecho con manos morenas de indios multicolores. México desierto y selva, que en tu bienvenida jamás olvidaré la inmensa cara de Lázaro Cárdenas, la barbilla alargada de Silverio Pérez y la silueta impecable de Agustín Lara. México de monumentos y mordidas, pirámides y barrocos, indígenas y mestizos. México, cuerno de abundancias que colindas con el imperio más poderoso del mundo, tú la única nación con esa herida, con ese río que no es frontera para los millones de mexicanos que han ido reconquistando el norte de nuestra América. México de geografías encontradas, terremotos y huracanes. México tráfico de locura entre piedras rojas de tezontle… México Virgen de Guadalupe, madre morena de todos los indios, incluyendo a los que perdimos los colores y llegamos en barco… Madre de Dios y de los mexicanos aunque olvidemos las reglas de la iglesia que vende tus estampitas… Morenita del Tepeyac, concédeme el milagro de reencontrar a la Emperatriz de Lavapiés, a mi Carmen, que a pesar de los hoteles y tranvías, supimos mantener un cariño puro, limpio y total, una pasión entera y entrega eterna… Virgen Lupita de capote de paseo concédeme el milagro, tú que has salvado a los toreros que se desangran y a los

atropellados por tranvías… Déjame verla y recordar cada centímetro de mi México, cada cuadra que es manzana de sus calles, cada melodía de Ricardo Palmerín y cada letra de Guty Cárdenas… Madre rumbera y ranchera, déjame escuchar en coros las filosofías cantadas de José Alfredo y los tratados sobre el amor de Armando Manzanero… México que no te quiero perder y que de luna de miel quiero a Carmen en Acapulco, su cuerpo del mar juguete, nave al garete sobre las olas de una melodía de Agustín Lara… México déjame besarte besándola, bañados en aguas de piña, jamaica y horchatas de coco… déjame abrazar tu blanco Palacio de Bellas Artes y perderme en un bosque interminable de ahuehuetes en Chapultepec… México siete siglos maravilla del mundo, sueño azteca, utopía española, envidia gringa y espanto europeo… México de palacios y un solo castillo… Tierra prometida, tierra santa…

A Pedro Torres Hinojosa le gustó recordar que el pedicurista es podólogo y, en tanto la primavera retrasaba sus indicios y llegada, decidió arreglarse los pies. Apenas se instaló en el ergonómico asiento del pedicuro tuvo que reconocer que sus pies eran el fiel reflejo de los estragos de su aventura trasatlántica: ambos pies, como gemelos normalmente ocultos bajo calcetines, ahora mostraban ante el uñero madrileño una idéntica distribución de callos en sus plantas, el peligroso surgimiento de unos juanetes y una distribución muy parecida de alargadas uñas.

Don Pedro sintió que la silla, la bata del uñero, la decoración y la música de fondo hacían de todo el escenario algo muy parecido al consultorio de un dentista, y se entretuvo pensando en la ironía bipolar que suscitaba el mismo tipo de nerviosismo. Uno se deja aliviar de una caries con la misma temblorina con la que uno observa el recorte despiadado de una uña enterrada. El trance no duró más de veinte minutos, pero don Pedro no hallaba cómo agradecerle al podólogo la extraña y novedosa sensación de alivio que sintió en cuanto se puso de pie. Quizá por eso dejó una propina equivalente a las que acostumbraba sembrar sobre las mesas de los mejores restaurantes de Madrid y aceptó comprar los talcos refrescantes y las lociones relajantes que le endilgó el pedicurista.

Salió al frío con la emoción adrenalínica de que virtualmente había renovado sus pies como quien cambia de llantas que aquí son neumáticos de un coche. Según lo había recomendado el podador

de uñas, don Pedro se dirigió a una simpática zapatería en la calle del Arenal para comprarse un par de tenis. Se sintió matador de toros en cuanto la dependienta le indicó que «los tenis que usté señala en el aparador… se llaman aquí zapatillas» y enfundado en uno de los modelos más caros del mercado, un par de naves espaciales a escala que acolchonan el pie al mismo tiempo que desafían las principales leyes de la gravedad, Pedro Torres Hinojosa emprendió la renovada conquista de Madrid como si fuera un basquetbolista profesional, un baluarte del baloncesto mundial.
He añadido a mi vestuario la comodidad de unas zapatillas aeróbicas, que son unos tenis comodísimos con los que ahora he recuperado mi ritmo de caminatas. Efectivamente, Carmen elegante y estética, me veo un tanto ridículo con mi traje, jersey, corbata, gabardina y boina combinados con la falacia atlética de estos guantes para los pies, pero no los porto todos los días. Al contrario, los voy intercalando con mis zapatos y así he aliviado los descuidos con que había torturado a mis pobres pies, los verdaderos responsables de reunirme contigo.

Otro elemento novedoso es que me he comprado un paraguas, por primera vez en mi vida. ¿Te acuerdas, Carmen de chubasco y tormentas de verano, que habíamos jurado mantenernos mojados bajo las lluvias, sin caer en el cursi amparo de un paraguas? Pues, hete aquí que hoy compré un paraguas, no tanto por la supuesta protección que me bridará bajo las inciertas lluvias de este Madrid, que a veces se me queda en gris, sino también porque me da un aire de verdadero galán digno de tu belleza inmóvil, Carmen musa de mis tormentas, pelo mojado y ojos de arcoíris. Incluso te confieso que mi paraguas más parece un bastón elegante y he llegado a caminar bajo la lluvia sin abrirlo tan solo por la esperanza de que nos cruzáramos en el camino y te sorprendiera verme erguido, en forma y engalanado con la circunstancia incalificable de un paraguas intacto.

Me lo compré en una maravillosa tienda que exhibe los más delicados objetos para caballero, la mayoría productos ingleses: boinas tipo maletilla, mancuernillas de nudos, botones para *blazer* y escudos imperiales para el mismo tipo de sacos. ¿Te das cuenta de que no dije americana, gemelos y demás madrileñismos? A veces creo que ya domino mi doble condición, que he logrado unir los dos

extremos del Atlántico… ¿o diré Alántico? En fin, como puedes imaginar, hoy anduve feliz y muy fijado en los juegos de mis horarios, las caras de los niños que en realidad son viejos y en la vejez anunciada de los bebés que sacan a pasear al frío en carreolas con calefacción.

Mi ánimo me condujo al Gran Café Gijón, que como ya sabes, es uno de mis acostumbrados refugios para la lluvia y la desolación. De hecho, siento que el Gijón ya es parte indispensable de mi escenografía madrileña o que yo también me he ido convirtiendo en parte de su fantástico mobiliario: mármol negro y terciopelo rojo; dos espejos grandes al fondo y las ventanas como enanas o meninas que miran hacia Recoletos. Es como el salón de mi hogar y Alfonso, el cerillero que custodia la venta de tabacos rubios, negros, chicles, puros y hasta libros, me saluda como si nos conociéramos de toda la vida. Es tan mío el Gijón que me reservan una mesita del fondo, que queda estratégicamente ubicada no solo para detectar tu posible e imprevista aparición en este templo, sino también tus pasos sobre la acera, en el dado caso de que pases andando, Carmen «¡pisando fuerte que paga el Ayuntamiento!».

Te imaginarás mi sorpresa en cuanto, una vez comprado mi puro de la tarde para empezar mi mañana con Alfonso, miré hacia mi mesita del fondo y allí estaba una pareja enfrascada en amorosa plática sin la menor señal de que se levantarían pronto. Conforme me les fui acercando caí en la cuenta de que ambos carecían de colores, rodeados de rojísimo terciopelo, ante una mesa de mármol negro como lápida de panteón, entre bebidas de colores chillones y bajo un espejo que reproducía todos los tintes y contrastes dignos del Café Gijón. Allí estaba la primera pareja de amigos en blanco y negro, la primera vez que se presentaba ante mis ojos y en medio de mis recorridos la posibilidad real de armar mi anhelada tertulia con mis semejantes… Pero a la corta distancia a la que me animé a llegar, parecía que la supuesta pareja del elegantísimo joven que gesticulaba y hablaba airoso, era nada menos que un maniquí, una muñeca pintada y vestida con elegancia, pero con la mirada congelada y el cuerpo inerte… Carmen que no pude evitar pensar que estaba yo ante uno de esos degenerados que acuden al silencioso morbo de un polichinela para saciar sus más sórdidos antojos, uno de esos facinerosos que prefiere el perverso ejercicio de

realizar sus fantasías con una muñeca de hule al arriesgado encanto de lograr un solo minuto de frenesí carnal con una musa de carne y hueso… Carmen, que andaba yo de vena y lejos de sentir miedo, sentí cierta intriga y hasta admiración por este maravilloso hombre de impecable aspecto que se veía absorto platicando con una muñeca maquillada que posiblemente no era más que la representación de sus más importantes inspiraciones.

Al percatarse de mi intriga, el hombre me invitó a acompañarlo en la mesa, junto a su muñeca, y descruzando su pierna derecha, dejó sobre la mesa negra unos papeles que indudablemente contenían los secretos que le había estado leyendo a su muñeca, o bien, los versos que esa belleza inmóvil y maquillada le estaba dictando en cuanto llegué a interrumpirlos. Llevaba un impecable traje moderno, de los que parecen antiguos por llevar la solapa estrecha, los tres botones al frente y el pañuelo asomado al balcón de su pechera. Valga además subrayar, Carmen de mi guardarropa, ajuar de mi existencia, que este elegante caballero llevaba un par de zapatos altos que puestos en los pies de algún impostor o advenedizo parecerían botitas ortopédicas, de esas que corrigen el pie plano o qué sé yo.

Sin el menor asomo de vergüenza, y como si anunciara que en breve iniciaríamos nuestra charla, el hombre volteó hacia la muñeca, la tomó en sus brazos como si fuera una delicada doncella de verdad y le plantó uno de los besos más prolongados que jamás he presenciado, sin contar aquellos en los que fui protagonista, pegado a tus labios sin poder soltarme, Carmen de labios encendidos que se congelan en mi mente. Escuché un cierto gemido placentero que emanaba junto con los ruiditos de los labios del señor restregándose sobre la boca inmóvil, cerámica inerte, de su musa inanimada y para distraer mi propia intromisión le pedí al camarero un café solo, doble y no cortao. Pasados los minutos que para mí fueron eternos y para su muñeca efímeros, el señor sacó su pañuelo y se limpió los rastros grises que le habían sido marcados por el bilé sin color de la muñequita besucona. Me hubiera gustado ver los colores de su vestido y de todo lo que la decoraba: aretes que son pendientes, collares, prendedor y una pluma extravagante que sostenía en su mano tiesa.

El señor me sonreía como si esperara que le pidiera yo turno

para besar a su musa y con la ayuda de un diminuto peine se arregló, o más bien se repasó, su perfecto peinado engominado que le brindaba un cierto parecido con Carlos Gardel. Arreglada su circunstancia, y reacomodada la muñeca en su posición vertical, el señor me tendió la mano e inició una retahíla de chascarrillos, chistes, dichos, dicharachos y demás palabras sin más ilación que la risa rápida, el ingenio desbordado y la chispa inigualable de este maravilloso hombre que ocupaba mi lugar habitual en el Café Gijón.

«Al mal tiempo, buena cara» dice el refrán y así parecía asumir don Pedro la prolongación de su aventura y los climas de Madrid. Los tenis le permitían recorrer grandes tramos de aceras cuadriculadas sin las molestias que ocasionaban sus zapatos bostonianos. Aunque no las portaba todos los días, en las ocasiones en que andaba de zapatillas realmente sentía la ligereza de sus pies como si fuera a colocar un par de banderillas. También el auxilio de su paraguas le permitía enfrentar cualquier chubasco sin correr el gripesco riesgo de un resfriado. Además, Pedro Torres Hinojosa sentía que el paraguas representaba un enigmático báculo que completaba sus atuendos de *gentleman*.

Alguna tarde anónima de mediados de marzo, convencido por enésima vez de que ese día estaba señalado como milagroso en su personal calendario, Pedro Torres Hinojosa decidió desayunar en una cafetería de Gran Vía la bollería y un café calentito que lo cubrieran de las inclemencias que amenazaban enfriar su ánimo. Sobre el mostrador de la cafetería leyó en un periódico que un tal INSERSO pagaba las vacaciones de unos españoles de México, para que no murieran sin la bendita oportunidad de volver a España, pero lejos de imaginar que su Carmen podría venir documentada en ese viaje, don Pedro se convenció a sí mismo de que la crónica se refería a «gente de edad avanzada», «dignos integrantes de la tercera edad» que nada tenían que ver con un rejuvenecido caballero andante como él. En Madrid ya estaba entrada la tarde, lo que le provocó buscar un cine como el mejor sitio para dormir una siesta hasta que le dieran sus horas de comer. Nadie sabrá qué soñó en el transcurso de la película, como nadie podría confirmar su presencia en la sala. Lo cierto es que pasada la hora y media de la función, don Pedro salió a la calle con la misma mirada

deslumbrada y el idéntico tedio de quienes sí se habían mantenido atentos a las escenas que habían inundado la pantalla. En el primer puesto de periódicos que encontró a su paso por Gran Vía tuvo el insólito deseo de comprar postales, quizá con la peligrosa intención de enviárselas a su antigua casera en México y señalar una huella que facilitara su captura.

Caminó por Hortaleza hasta la Plaza de Alonso Martínez con el recurrente deseo de que esa calle se convirtiese de pronto en Artículo 123 y que, en lugar de prolongarse como Venustiano Carranza, desembocara automáticamente en la Plaza de los Arcángeles de San Ángel. Pero bajó por Génova y la llovizna, las aceras y el inevitable olor a España le recordaron que San Ángel no era más que un recuerdo descolorido que estaba destinado a quedársele atrás, en lo más remoto de su memoria. Al llegar a Colón pensó volver a su barrio de Salamanca, pero corrigió su rumbo en dirección al Gijón, el café de Recoletos que se había convertido en el refugio de su melancolía cotidiana.

Entró al Gran Café Gijón alrededor de las cinco y media de la tarde. Se compró un puro Don Julián en el estanquillo interior que custodia Alfonso, y consta que estuvo allí metido hasta pasadas las nueve de la noche. Como ya era su costumbre, se sentó en la mesa del fondo, amparado por un inmenso espejo que le servía de trinchera para observar las caras que entraban al café y como parapeto para ver pasar la vida sobre el llovido bulevar de Recoletos. Cualquiera diría que un hombre cae preso del peor de los aburrimientos en cuanto se pasan las horas sobre el mármol de la mesa de un café, pero cualquiera podría afirmar lo contrario con tan solo mirar el ameno silencio, los gestos platicadores y la mirada cambiante y vivaz de este hombre que alternaba los párrafos de su ya gastado ejemplar del *Quijote* con largos ratos de reflexión callada, sonrisas ocasionales a los anónimos comensales que rodeaban su mesa o interesadas miradas a los paraguas y sombrillitas que navegaban a través de las chatas ventanas del Gijón.

En algún momento de su tertulia solitaria, don Pedro sacó las postales y empezó a escribirse saludos a él mismo. En una que mostraba las estatuas de don Quijote con Sancho en la Plaza de España puso «Saludos de un caballero andante» y la encerró en un

sobre dirigido a él mismo, pero con una dirección que se inventó en ese instante. «Paseo de la Reforma, esquina Columna de la Independencia, México, Distrito Federal»; en otra postal, que mostraba la Plaza Mayor de Madrid, se escribió a sí mismo «De Zócalo a Zócalo, vas cumpliendo tu deseo» y la guardó en otro sobre que rotuló «Plaza de la Constitución, Zócalo, Centro Histórico, México, Distrito Federal»… En total, llenó seis postales, todas dirigidas a él mismo en diferentes domicilios de la Ciudad de México, seis direcciones anónimas e imposibles, pues le quedaba claro que estaba enviándose a través de un espejo trasatlántico unas botellas al mar de su propia memoria. Pero le quedaba una postal entre las que compró en Gran Vía que merecería una carga de veracidad y una intención más precisa: era una postal negra, sin foto ni estatua, que decía en letras doradas «Madrid de noche».

Pidió un café solo doble al camarero que pareció alegrarse de que este hombre siguiera consumiendo y no solo ocupando una mesa que podría representarle más clientela. De hecho, apenas empezó a pensar lo que iba a escribir en la postal negra, don Pedro añadió a su café una copa grande de Magno. Al mesero le consta que este hombre se tomó por lo menos tres buenas copas de *brandy* antes de que se animara a redactar el milagroso mensaje que se le vino a la cabeza para su postal sin colores. *Carmen de mi alma, estoy en Madrid. Vivo en el Hostal Madroño de Gran Vía, frente al Museo Chicote, y estoy esperándote para que reanudemos la maravilla de nuestro amor… No ha pasado ni un solo minuto, mantengo el mismo beso y te garantizo una felicidad sin límite… De Madrí al cielo. Te adora, tu Pedro*.

Cualquiera se habría emocionado no solo de leer un párrafo cursi y personal por el solo hecho de que transpiraba en palabras una calentura añeja, sino también por la ordenada caligrafía de un hombre solo, esa escritura que parece un mensaje directo a través de los tiempos, letras que tuvieron su época y su esplendor y que siguen intactas gracias al pulso casi escolar de un hombre que se quedaba mirando a la ventana con una evidente esperanza en sus ojos.

Quién sabe cuántas copas más se bebió don Pedro hasta animarse a rotular el sobre de su postal negra con el nombre completo del amor de su vida y la dirección que él suponía sería

milagrosamente descubierta por algún cartero samaritano: «Da. Carmen Ornelas Anaya, Emperatriz de Lavapiés, domicilio conocido, Barrio de Lavapiés, Madrid 28012, España». Salió entonces del Gran Café Gijón y entre su mareada mirada alcanzó a distinguir que ya no eran horas para conseguir timbres postales o sellos en algún estanco como se dice acá, y volvió a guardar sus ya rotuladas postales en la bolsa interna de su impecable saco de *tweed*. Sintió hambre, pues en su mente ya se acercaba la hora de comer, y aunque asumía los efectos del *brandy* volvió al Gijón por su paraguas, evitándose la culpa de haber olvidado su báculo.

Sin más dirección que la que apuntase su pie derecho, fiel a la bitácora de su aventura que había iniciado el veintiséis de septiembre de 1996, Pedro Torres Hinojosa dejó que la calle Serrano se convirtiera en Claudio Coello, Velázquez, Núñez de Balboa, Castelló y Príncipe de Vergara. Cruzó Ortega y Gasset con prisa, como si quisiera evitar recordar que esa era la calle de Lista y que allí había nacido. Gracias a la sana costumbre de Madrid y a la variedad de posibilidades gustativas, convirtió su comida en un banquete ambulante: tapas, raciones y pinchos en cuanto chiringuito, bar de barrio, tasca, taberna, y café se le cruzaron en su recorrido. Cuando empezó a llover de nuevo se refugió en un restaurante sobre Alcalá que bien podría ser el refugio de Phileas Fogg, un club de geógrafos que servía los más raros platillos y las combinaciones más bizarras de café en un ambiente de pilotos de aerostato, cazadores de leones y buzos de las profundidades desconocidas.

Allí le llegó la madrugada, pero don Pedro no quiso volverse pronto al Madroño, sino mantener el ligero mareo que había apuntalado con un par de cafés irlandeses y volvió a su desbrujulada ruta con el amparo de su paraguas y la esperanza postal resguardada sobre su pecho. Para su buena o mala fortuna descubrió un tablao que en el preciso instante en que cruzó por la puerta iniciaba su espectáculo flamenco. Dicotomía de su fortuna, porque apenas se sentó en una de las mesas bajísimas que rodeaban el local le pareció descubrir que su Carmen era precisamente una de las bailarinas. La miró idéntica al día en que la conoció, y guiñándole el ojo desde su mesa, pidió una botella de fino La Ina creyendo que en cuanto terminara el espectáculo ella iría corriendo

a su mesa, lo cubriría de besos y leería delante de él la postal que acababa de escribirle.

Pero no fue así. La bellísima joven que se cubrió de sudor y flamenco ante sus ojos asombrados no era Carmen sino una tal Sonsoles de Vallecas, una joven que efectivamente tenía veinte años —la misma edad que su Emperatriz el día que inauguraron la Plaza México— y el parecido asombroso con su musa, pero que en cuanto terminó su espectáculo se lanzó en brazos de uno de los gitanos más físicoculturistas que jamás haya visto don Pedro. Quizá por la media botella de fino que ya se había recetado entre sevillanas, tarantos y rumbitas, se animó a acercarse a la pareja e, incluso, mencionó que la había confundido con una amiga. Afortunadamente, al gitano de los bíceps solo le entró risa, pero para desánimo de don Pedro la chiquita tuvo a bien insultarlo, decirle «viejo paliza, no me joda» y quién sabe qué otros desplantes que remató con un hiriente «lárgate abuelo», que le provocó uno de los más serios dolores desde que había regresado a Madrid.

Como ya le había ocurrido en otras ocasiones, don Pedro dejó un billete de diez mil pesetas sin pedir la cuenta, sabiendo que con eso sobraba, y salió a la lluvia de Madrid envuelto en los mareos del alcohol y negándose a sí mismo la imposibilidad de sus aventuras. Negándose el recurrente descalabro de que Carmen no lo esperaba en los mismos sitios en que él la buscaba, que no estaba ni enterada de su regreso, de sus colores y sus dineros, que tendría que seguir necio en su afán de encontrarla y que Madrid ya anunciaba la proximidad del amanecer de esta anónima madrugada de marzo. Cuando finalmente se resignó a tomar un taxi y balbucear, una vez más en solitario, «llévenos al Madroño», Pedro Torres Hinojosa se dio cuenta de que en algún momento de su juerga olvidó su paraguas y solo le quedaba el consuelo de confirmar que sobre su pecho seguían los sobres de sus postales, entre las cuales se arrugaba la única que facilitaría el rompimiento de su mareado hechizo.

Es un hombre maravilloso. Me deslumbró desde el primer instante y así mantuvo mi impresión hasta el amanecer, Carmen flamenca sin horarios que te he de encontrar y bailaremos sevillanas hasta el cansancio. No te sé decir cuántas horas estuvimos en el Gijón, pero fueron suficientes para estrechar lo que ya considero una sincera

amistad con este maravilloso amigo sin colores. Igual que con los otros, decidimos mantenernos sin apellidos. Aunque él insistió en llamarme «Perico» toda la noche, yo sí respeté su nombre de Ramón. Te digo, se parece a Gardel y lleva todo tipo de plumas en las bolsas de su saco: bolígrafos, estilográficas, gruesas de fuente y hasta la pluma de ganso que le quitó a su muñeca maquillada.

Le comenté que hacía unos días había conocido a un Juan Ramón y que quizá la repetición del nombre me ayudaría a coordinar el milagro de reencontrarte. Le conté de cómo nos conocimos, de cómo no hay un cómo ni un porqué nos perdimos y que he regresado a mi Madrid para reencontrarte, pero a este Ramón le vale madre lo que le cuenten. Parece que no hace caso a la plática simple y que no pone atención a ningún tipo de charla. No, Carmen Emperatriz, no es que sea majadero ni loco, lo que sucede es que Ramón está perdido en sus cosas, absorbido por los deliciosos juegos que se inventa con cada palabra, cada frase y cada rostro que nos rodeaba en el Gijón.

Desde luego que no permití que pagara ni un solo céntimo de la cuenta, no obstante que debo mencionar que más de una ronda de coñacs la pidió él. Ya te imaginarás el mareo que agarramos en el café, ¡con decirte que estuvimos más de cuatro horas! ¿De qué podríamos hablar dos hombres solos, sin conocernos, en una tarde que se prolongaba por la lluvia de Madrid? Pues de todo, menos lo que me interesaba como revelador de tu paradero o como explicación de mi recurrente enfermedad de los colores. De todo y de nada, pues como dice el propio Ramón, la vida, las cosas y todo lo demás no son más que *greguerías*, que es una palabra que él mismo se ha inventado y que ni preguntes qué significa.

Supón que yo le decía que estoy convencido de que hay noches en que te beso de verdad, y Ramón me respondía con *Como daba besos lentos duraban más sus amores*. Yo le intentaba seguir la conversación y le decía que con tu ilusión he recuperado el tiempo y los colores de mi infancia y él me contestaba que *El amor nace del deseo repentino de hacer eterno lo pasajero… Los recuerdos encogen como las camisetas…* Pero luego, le decía yo cualquier cosa y él respondía como si no me estuviera prestando ni la más mínima atención:

—Nací en la calle de Lista y ahora me entero que se llama

Ortega y Gasset —le dije esperando alguna reflexión o coincidencia, como cuando platico con don Pío o con Alfonso.

—*Un chino inventó al gato* —me decía y, al mismo tiempo, acariciaba la mano cerámica de su muñeca y añadía—: *Un gato subido a un árbol cree que se ha independizado del mundo… Cuando se mira los ojos del gato durante el día parece que se les ha quedado encendida la luz de la alcoba…*

—¿Lo dices porque los madrileños somos gatos?

—*El hielo se ahoga en el agua y el reloj del capitán de barco cuenta las olas… Cuando tenemos descosida la manga y metemos el brazo entre forro y tela nos extraviamos por el camino de los mancos… Los tornillos son clavos peinados con raya en medio… Al cepillarnos el cepillo nos dice algo en voz baja…*

Ya puestos a cantinflear, le empecé a hacer el juego a su retahíla de consejos chuscos y le soltaba al azar frases o provocaciones como:

—Afuera nos llueve, Ramón.

—*La lluvia es triste porque nos recuerda cuando fuimos peces… El arco iris es la cinta que se pone la naturaleza después de haberse lavado la cabeza…*

—Yo sigo enamorado. Setenta años, pero enamorado…

—*La felicidad consiste en ser un desgraciado que se sienta feliz… Aquella mujer me miró como a un taxi desocupado… Solo al morir nos acordamos que ya estuvimos muertos antes de nacer…*

—Dije que soy un enamorado… y la voy a bañar con flores…

—*Las rosas se suicidan… En cuanto se abre la rosa comienza a dictar testamento… Las flores que no huelen son flores mudas… Del lagrimal de la violeta brotan las lágrimas del jardín… Los claveles blancos estrenan la más fina ropa interior… Las violetas son actrices retiradas en el otoño de su vida… A los claveles les sobra estatura…*

—Ando con los horarios volteados, enamorado de Carmen y de mi Madrid, no sé si es hora de comer o del desayuno…

—*El reloj no existe en las horas felices… La almohada siempre es una convaleciente… Somos lazarillos de nuestros sueños…*

Todas las estrellas tienen hora diferente. En unas es ayer, en otras es hoy, y en otras es hace veinte siglos… Hay camas de hotel en las que encontramos nuestras piernas del pasado… Nostalgia: neuralgia de los recuerdos… Dormir la siesta es morir de día… El que despierta de la siesta al atardecer, nota que le han robado el día mientras dormía…

Es un filósofo, pero también parecía poeta. Allí estaba yo frente a un hombre que, si bien no me prometía ninguna pista sobre tu paradero, sí me aseguraba una de las veladas más divertidas de Madrid. Agregué, en cuanto pedimos más coñac. «Eres un hombre de letras, Ramón… y yo que apenas me he vuelto lector…», a lo que respondió con uno de los más divertidos abecedarios que he escuchado:

—La ü con diéresis: dos ies siamesas… El 8 es el reloj de arena de los números… El 6 es el número que va tener familia… El cisne es la S capitular del poema estanque… La T es el martillo del abecedario… La X es la silla de tijera del alfabeto… La L parece largar un puntapié a la letra que lleva al lado… La W es la M haciendo la plancha… La ü con diéresis es como la letra malabarista del abecedario… La y es el dedo meñique del alfabeto… La S es el anzuelo del abecedario… La D mayúscula de cada domingo es siempre diferente… El 7 es el zapapico de los números… La F es el grifo del abecedario… El 6 es el número langostino… La ñ es la n con bigote… La q es la p que vuelve de paseo…

Contrario a mi costumbre, pedí café con el enésimo coñac que nos sirvieron porque, como dice Ramón: *El café es el tinte que usa el corazón para teñirse el pelo*, y además, se me ocurrió ponerle azúcar porque *Al mover el azúcar en el fondo de la taza se mueve la dulce sonrisa del café*. Con la ayuda del café, pude aguantar mejor el ritmo de Ramón que se desbordaba en definiciones y filosofías. Decidimos, ya de noche, salir al encuentro de nuestras respectivas aventuras habiendo convenido, sin decírnoslo, que cada quien traía su intención en la cabeza y que cada quien asumiría la noche según los humos de su propio humor. Ramón guardó a su maniquí en un cuartito que hay en los sótanos del Gijón y ya

íbamos por Recoletos cuando me acordé de mi paraguas. Ramón me esperó pacientemente bajo la lluvia y, en cuanto lo alcancé, me dijo que *Abrir un paraguas es como disparar contra la lluvia*. Además, como dice Ramón, si *Perder un pañuelo es comprometerse en llantos ajenos*, olvidar mi paraguas sería manchar la íntegra imagen que ahora cultivo para reencontrarte.

No te sé decir cuántas calles caminamos ni cuánto tiempo se nos fue en greguerías. Lo cierto es que Ramón tiene razón, *Son más largas las calles de noche que de día*… y esa noche en que inaugurábamos nuestra amistad *Era una noche con medias de seda negra*. Anduvimos por muchos recovecos de mi barrio de Salamanca y nos metíamos a todo bar y tasca con la seguridad y confianza que dan mis dineros. Le comenté que necesitaba comprar unos timbres, pues pensaba poner en el primer buzón las postales que decidí enviarme a mí mismo a México y una postal que no pasarán muchos días antes de que algún cartero me haga el favor de entregártela. Estoy seguro de que no faltará un bondadoso y honrado cartero que se tome la molestia de buscarte en Lavapiés y que, sin duda, tendrá más suerte que yo. Así que, en cuanto recibas mi negra postal ya sabrás que te espero en el Madroño y que, además, ando en tu búsqueda por todas estas calles de Madrid.

El caso es que Ramón me dijo que ya no eran horas para comprar sellos y, además, me soltó que *Como con los sellos de correo sucede con los besos, que hay los que pegan y los que no pegan*. Así que dejé para el día siguiente mi tarea postal. En algún momento de nuestro recorrido, quizá por los oleajes de los coñacs y diferentes vinos que veníamos tomando en nuestra caminata, Ramón se puso melancólico y me confió que *A veces pensamos que así como las estrellas nos envían la luz de hace miles de años, nosotros hemos vivido hace mucho tiempo este día que hoy vivimos de nuevo*. Con tal profundidad de pensamiento, no nos quedó de otra que buscar el primer refugio para nuestra evidente y compartida vena bohemia.

«Yo conozco un sitio inigualable», me dijo Ramón y hasta parecía iluminársele la mirada. «Se llama El Avión… verás qué maravilla de sitio». ¡Carmen, musa de Agustín Lara y bolero hecho mujer, que te he de llevar a El Avión en cuanto tengas a bien

responder a mi postal! Es un sitio oscuro, pequeño y casi lúgubre que, según me platicó Ramón, fue un socorrido refugio bohemio durante los tiempos en que Madrid se quedó sin colores. Del techo cuelgan cientos de avioncitos de diferentes modelos y épocas y, al calor de las bebidas, realmente parece que uno va volando o que, por lo menos, se nos ha metido la cabeza en las nubes. «Hay en la taberna un piano viejo, que dibuja en un espejo su sonrisa de marfil», dice la *Tonadita* de Agustín Lara, Carmen inmaculada, que has de cantar conmigo esa canción y brindaremos aquí en El Avión por los altos vuelos de nuestro amor.

Pedimos una botella de ron, en tu honor y en remembranza de todos los calores y colores de América. A los pocos tragos llegó un viejecito encantador, auxiliado con unas muletas que sorprende a quien quieras no solo por la maravillosa manera de tocar el piano, sino porque según Ramón, este pianista lleva tocando en El Avión desde que se inauguró. «Se llama César y es un monstruo, pues ya verás que *Al tocar el piano el pianista se pone los elegantes guantes de las teclas*».

Sentí que afuera Madrid ya definía su madrugada pero el maestro César nos obligaba a quedarnos con la gentileza y amabilidad de interpretarnos *Azul, Madrid, Granada, Imposible, Aventurera, Rosa*, y *María bonita* nada menos y nada más que de Agustín Lara. En un arranque de celebración etílica y en agradecimiento a que me tocara las formidables melodías de mi Flaco de Oro, le coloqué al maestro César un clavel en el ojal, que sería sin duda rojo, de haber habido colores en mis ojos. Como bien decía Ramón, *A la media botella de vino siempre le faltará la otra mitad*, por lo que aquello se alargó como velorio de rancho. Seguramente ya había salido el sol, cuando un argentino que estaba solo en la barra pidió permiso para cantarnos un tango. Noté que a Ramón le picó la misma curiosidad que a mí y, como si esperásemos un ridículo alcohólico, nos concentramos en escucharlo, ¡Carmen que hay momentos en que la cursilería se nos vuelve universal! Carmen, el argentino cantó un tangazo que narraba en ese ritmo lento y melancólico mis propios recorridos por Madrid; las calles de mis desvelos, las plazas de mis anhelos, mis búsquedas inútiles y toda la magia de cruzar La Castellana «y en voces de Alcalá gritar ¿qué tal?, he vuelto a tus misterios, Ché Madrid». Invitamos al

argentino a tomarse una copa con nosotros y Ramón le dijo que *La última nota rasgada del tango es su rúbrica*. Aquello prometía convertirse en maratón: Ramón seguía recitando sus frases de sabiduría chistosa, el argentino empezó a tararear *Cambalache* y luego, *Volver*, el maestro César ya estaba en plan Albéniz, cuando a mí me entró un verdadero y profundo cansancio. Por la mezcla de vinos, mis horarios volteados o por no sé qué caprichos que traen ahora mis riñones que a cada rato me hacen orinar y hasta parece que me quieren doler, me levanté y me despedí de Ramón con un abrazo que confirmaba que aquella noche habíamos ya fundado una amistad que, en ningún minuto, dejó de gozar de su cualidad de blanco y negro. Con su mirada vidriosa, su peinado impecable, y su lucidez iluminándole la cara sin colores, Ramón se despidió de mí y, como si me ofreciera una última señal secreta o un chiste final, me dijo que *La vida es decirse ¡adiós! en un espejo*.

Salí y en pocos pasos me encontré sobre la calle de Alcalá, aún sin sol pues como diría Ramón, *Lloraba de frío la noche*. Como es mi costumbre, le indiqué al taxista que *nos* llevara al Madroño. Así, en plural, pues siempre estás conmigo Emperatriz inencontrable que te sueño y que te canto en cada nota de Agustín Lara y en cada letra del abecedario… Carmen, que me urge que te me aparezcas, que siento que ya se nos viene encima la primavera y que no termino de dibujarte claveles sobre la pintura en donde te sueño todas las mañanas que son mis noches… Carmen que sigo siendo tu caballero de gracia y que en ningún instante te dejo de imaginar, que no me distraigo de tu cara ni de tu pelo… Apenas bajé en la puerta misma del Madroño, me di cuenta de que, en algún momento de mi travesía con Ramón, perdí el paraguas… Seguramente en El Avión… Ya iré otro día a reclamarlo. Seguro que César me lo guardó, si no es que se lo llevó Ramón para cubrir a su muñeca maquillada de las inclemencias del tiempo… Carmen que llueve y que parece que está llorando el cielo… Pero mañana te envío tu postal…

Abril sin Sevilla no parece primavera, aunque mayo con san Isidro parece completar el milagro. Pedro Torres Hinojosa intentó convencer a Cayetano de que, de no aparecerse su Carmen, lo acompañara en el ave a Sevilla. Por lo menos, verían dos corridas de toros, hospedaje garantizado por sus dineros y comidas sin

ningún límite de presupuesto. Pero Cayetano no podía alejarse de sus labores en el Madroño, porque según él estaba «más ocupao que el sastre de Tarzán» y, además, Vicenta con esas cosas «se pone más pesá que una vaca en brazos». Don Pedro tampoco se mostró muy convencido: alejarse de Madrid era arriesgar la posible contestación de Carmen a su postal sin colores y aún le quedaba mucho Madrid que recorrer y volver a andar antes de que llegase san Isidro con sus claveles rojos.

Fiel al ejercicio cotidiano de repasar sus guías turísticas y estudiar sus mapas, don Pedro decidió que había que abrir el perímetro de sus recorridos. Como si fuese un bombardero de los aviones sin colores de las guerras que él creía recordar en los cines de su infancia, trazó unos círculos concéntricos sobre sus mapas de Madrid que partían de la Puerta del Sol y cubrían las inmediaciones más allá de la M-30 y M-40. De Getafe a Colmenar, se propuso realizar nuevas salidas de su venta quijotesca que le garantizarían cubrir todo Madrid y la satisfacción de que por él no quedaría la realización de su milagro. De las Rozas hasta más allá de Vallecas, Pedro Torres Hinojosa se volvió él mismo una suerte de vagón de cercanías, un tren lechero que paraba en cada urbanización, pueblo o poblado sin el menor temor ni vergüenza de preguntar si alguien había oído hablar de la Emperatriz de Lavapiés.

En alguna ocasión, creyendo que se dirigía hacia Cuernavaca, tomó un taxi en dirección hacia Despeñaperros y se bajó a media carretera, pagándole al chofer como si hubiera llegado a su casa de campo. El taxista no entendía qué coños hacía un hombre, maduro, elegante y, al parecer, solvente, en medio de un páramo desierto a las cuatro menos cuarto de la tarde. Nadie lo entendería de no reparar en que, tirado sobre la hierba, Pedro Torres Hinojosa se entregó a la continuidad de su lectura del *Quijote* en un prado que, salvo el ruido de la carretera, parecía extraído de ese mismo libro. Incluso creyó vislumbrar unos molinos de viento cuando un camionero misericordioso se ofreció a llevarlo de aventón, que acá llaman *autostop*, de regreso a Madrid.

Ya entrado en abriles, don Pedro realizó el recorrido obligatorio a El Escorial y, por obvias razones, no extendió su paseo hasta El Valle de los Caídos. Lo cierto es que en el tren hacia El Escorial y durante las pocas horas en que anduvo errante por aquel lugar, pasó

uno de los más iluminados y tranquilos días de su aventura. Lamentablemente, no pudo entrar al monasterio pues apenas se acercó al patio de la entrada le pareció detectar entre un grupo de turistas a unos individuos que, según él, eran agentes de la policía judicial mexicana. Posiblemente sí lo eran, o quizá no eran más que un grupo de turcos despistados, pero no hubo forma de que se le calmaran los nervios a don Pedro hasta que se sintió protegido bajo las tibias aguas de su ducha en el Madroño.

Para compensar la cancelación de su periplo andaluz, se hizo a la idea de configurar un itinerario perfecto para recorrer Córdoba, Sevilla, Granada y hasta la Huelva de sus ancestros con la ayuda de unas nuevas guías y mapas que compró en sus ya acostumbradas visitas a Crisol. En otra librería, de las pequeñas en peligro de extinción, consiguió unos libritos anónimos sobre Murcia, Sanlúcar, Cádiz y Málaga que le abrieron el horizonte a su plan. En cuanto se reencontrase con Carmen, compraría un carrazo de lujo y se dejaría abandonar por aquellos caminos de sol y sentimiento, sin más preocupación que la de ir cambiando dólares conforme se fueran gastando sus pesetas. Pero además, la postergación de su viaje a Sevilla se vio recompensada en cuanto don Pedro descubrió en un bar que se televisaban las corridas de toros, la procesión, las saetas y quién sabe cuántas otras maravillas que se vivían en la Semana Santa más alucinante del planeta.

Desde la barra de un bar en Madrid, don Pedro le gritó uno de los más sentidos y honestos olés a Curro Romero, un maestro vestido de luces que demostraba en la realidad la eterna juventud que distingue a los verdaderos gitanos, a los hombres de sentimientos profundos. Con su olé, la barra pareció convertirse en una barrera de color rojo encendido y el piso del bar, cubierto de servilletas sucias y palillos usados, parecía tornarse en un albero de oro. Don Pedro pensó en voz alta la peregrina ocurrencia de que él todavía estaba en forma, figura y facultades de matar un toro. Lo que sí que no se puede negar es que resultó ser un comensal muy divertido para el grupo de parejas que, de todos los bares de Madrid, habían elegido precisamente ese para armar tertulia y ver la corrida.

Sabiendo que se acercaba la Feria de San Isidro, y congruente con sus paseos extra-radio, don Pedro se aficionó a visitar La Venta

del Batán en la Casa de Campo de Madrid. No pasaron muchos días antes de que Pedro Torres Hinojosa tuviera la mágica oportunidad de ver, por primera vez en su vida y a una insólita distancia de poquísimos metros, los encierros en vivo y a todo color de las más famosas ganaderías del mundo. Parecía que quería acariciar a un toro de Samuel Flores y se quedó absorto ante la inevitable majestad de un Victorino, pero entre todos esos bureles, don Pedro se encariñó con un cárdeno claro, nevado, coletero, cornivuelto e imponente que ante sus ojos parecía una dócil mascota digna de llevarse al Madroño con la ayuda de una cuerda. Afortunadamente, el caporal de la ganadería y el velador del Batán alcanzaron a detener a don Pedro en el momento en que pretendió brincarse la barda para reunirse con su toro. Sin consignarlo ni multarlo, solo con reprimendas obvias, el caporal y el velador lo montaron en un taxi y le aconsejaron que no volviera por allí… Queda la duda: ¿Se estaría suicidando don Pedro con la ayuda de toda la mitología taurina que traía grabada en su memoria desde niño? o ¿realmente estarían tan confundidos sus sentidos que sintió deseos de acariciar un toro bravo como si se tratara de un cocker spaniel?

Fuera de ese susto, don Pedro vivió los prolegómenos de la Feria de San Isidro con el mismo entusiasmo que recordaba haber sentido de niño. Pagados sus meses por adelantado, y una vez periodizadas sus escapadas de tres días o más del Madroño, don Pedro reanudó sus andanzas con Cayetano y aumentaron los muchos momentos en que se quedaba platicando con Vicenta. Creyendo que el *¡Hola!* era una especie de boletín de las casas reales de Europa, don Pedro se enfrascaba en cualquier tipo de conversación con Vicenta con tal de tener el pretexto de hojear su ejemplar de esa revista y buscar entre sus páginas si había alguna noticia, o mejor aún, fotografía de su anhelada Emperatriz de Lavapiés. Desde luego que sus tertulias con Vicenta no arrojaron tal milagro, pero a ella le hacía mucha gracia ver que el enamoramiento de su huésped seguía incólumne y, además, creciente. Le daba cierta risa escuchar que don Pedro decía que había que leer muy bien los reportajes de esa revista, pues no faltaría la ocasión en el futuro en que tendría que asistir a una de esas reuniones, y a través de esas páginas se estaba preparando no solo para saber qué decir, con quién platicar y cómo ir vestido, sino también para poder dirigirse a cada uno de los miembros de esa

élite por su nombre y saber de sus vidas sin tener que preguntar indiscreciones.

Por lo mismo, a don Pedro le entró la manía de visitar con creciente frecuencia el Museo de Cera que se ubica frente a la Plaza Colón. El bedel ya ni le pedía boleto, pues se volvió una cara muy familiar entre los visitantes que entraron a ver, entre abril y mayo de 1997, a los muñecos que allí desfilan. Las primeras ocasiones en que visitó ese museo, don Pedro creía seguir cumpliendo con su secreto itinerario: Museo del Jamón, Museo Chicote, Museo del Prado, Museo Taurino de Las Ventas y, ahora, Museo de Cera, como si fueran un secreto rosario de lugares emblemáticos en donde se le aparecería su Carmen. Conforme visitó con mayor frecuencia el Museo de Cera, debido también a la cercanía de su habitual encariñado Café Gijón, don Pedro se concentró en dirigirse directamente a las figuras de Sus Majestades los Reyes de España; llegaba ante sus efigies, hacía una leve inclinación y repetía en silencio un breve parlamento que ya tenía muy ensayado, en el que les confiaba ser madrileño-mexicano, y estar en busca de Carmen, la Emperatriz de Lavapiés… En alguna ocasión, el bedel le inquirió sobre su visita rutinaria y don Pedro lo dejó perplejo con su respuesta de que «algún día los conoceré en persona y así, por lo menos, no haré el ridículo de tartamudear ante su majestad Juan Carlos o de ponerme nervioso ante su majestad doña Sofía».

Además, en el Museo de Cera estaban también figuras de toreros y hasta una réplica tamaño natural de Cantinflas, y todo aquello no era menos que una realización fantástica de sus enrevesadas ilusiones. Consta entonces que abril y mayo se pasaron rápidamente en el calendario trastocado de Pedro Torres Hinojosa. Fueron meses que lejos de caer en la desesperación o rendirse a la desilusión, don Pedro anduvo no solo feliz y distraído, sino convencido de que con los cambios de temperatura se avecinaba el esperado e inevitable encuentro con su Carmen, lo cual contradice el supuesto intento de suicidio en la Venta del Batán y confirma la posibilidad de que sus confusiones lo llevaron a creer que se puede acariciar a un toro bravo en el testuz como si fuera un perrito.

Con la misma ilusión del niño que él fue, con los colores recuperados y con todo el *parné* que se requiere para ese asunto, don Pedro compró dos boletos en la reventa y tuvo el honor

incomparable de estrechar la mano de Joselito y Enrique Ponce en pleno patio de caballos de la Basílica de Las Ventas. Cayetano, el afortunado acompañante, no se atrevió ni a acercarse a esos dos figurones del toreo, mientras don Pedro les confiaba algunos detalles de su aventura, que si Carmen, que si Manolete, que si México y quién sabe qué otras cosas que solo sirvieron para entretener un momento a los maestros, hasta que la inminencia del paseíllo les permitía despedirse de este raro personaje que hablaba de ver colores en medio de escenas en blanco y negro.

Solo asistieron a dos corridas, pero eso le bastó a Cayetano para confirmar que no era aficionado, mientras que don Pedro subrayaba todos los maravillosos recuerdos que le habían quedado en su memoria. Quizá sintió que de alguna manera traicionaba a su Carmen en tanto nunca antes había vuelto a una plaza de toros, pues supieron ambos desde 1956, que ninguno de los dos volvería a los toros sin el otro. Pero también sentía, y lo veía en su mirada sin colores, que existía la posibilidad de que precisamente en Las Ventas, y durante la Feria de San Isidro, se darían las circunstancias para su posible reencuentro. Lo cierto es que mientras Cayetano renegaba, y solo le gustaba la oportunidad de ver *gachís* y beber buen *whisky* mientras mataban al toro, don Pedro se emocionaba con mirar los tendidos sin colores y creer que se le aparecería la visión milagrosa de su Carmen en perfecto technicolor. De hecho, se sorprendió al caer en la cuenta de que un recital instrumentado por Enrique Ponce y una espeluznante hazaña taurina realizada por José Tomás, lejos de presentársele en blanco y negro, fueron vistas con todos los colores que emanan de una gran faena: los ternos y sus oros, las pintas de los toros y su sangre, los vuelos de capotes, muletas y el repiquetear de las banderillas multicolores.

Con la ayuda de sus zapatillas, el alivio constante de sus dineros y la fiel compañía de Cayetano, Pedro Torres Hinojosa sorteó todos los peligros posibles de abril y mayo, como un caballero de gracia. Su lámina de Antonio López se fue cubriendo progresivamente de claveles y en su mente se acendraban sus más caros anhelos de reanudarse con su Carmen cuanto antes. Parecería que, lejos de derrumbarse en el desánimo y en la desesperación, don Pedro recuperaba nuevas viñetas y vistas, paisajes y lugares de su remota y hasta ahora descolorida memoria; parecería que rejuvenecía

nuevamente, como después de su gripa otoñal, sin que lo mermaran las crecientes ganas de orinar que estorbaban sus caminatas e interrumpían sus horas de sueño; parecería que su presupuesto se debatía entre la mesura de ahorrar para el posible futuro con su Carmen y las ganas de despilfarrar de una vez por todas los dineros que le garantizaban la continuidad ilimitada de sus juergas, la constante renovación de su guardarropa y el cumplimiento sin reservas de todos sus caprichos. En el fondo, don Pedro se acomodaba a las circunstancias y, aunque fuera desde la tele, una solitaria y media verónica de Curro Romero corregía la cartografía de pasar un abril sin Sevilla y, aun con la quejosa compañía de Cayetano, el redescubrimiento de los colores en Las Ventas, la cátedra intachable de Enrique Ponce y la sorpresa gratísima de José Tomás, justificaban todo el entusiasmo de mayo y encarrilaban todos los acomodos del clima.

Me gustaría que alguien me explicara la velocidad de los meses, Carmen que no entiendo nada. Inicio el octavo mes de mi regreso a Madrid y siento una doble sensación en la saliva: por un lado, el vértigo rapidísimo de colores y recuerdos que se han metido en mis ojos hacen de este tiempo no más que una hora larga, un puñado de minutos que se ven cortísimos comparados con los cuarenta años que han pasado desde la última vez que te vi y, por el otro lado, siento que cada minuto de este viaje no ha sido más que el lentísimo paso de toda mi vida por delante de mis ojos, como si se tratara de un aletargado embarazo que se prolonga sin fecha de parto y sin posibilidad de cesárea. Carmen inmaculada, que ya no tendremos hijos, pero que veo en cada rostro de pedestres y transeúntes la cara hipotética de los que podrían haber sido nuestros hijos o nietos. Carmen, reloj de arena y cronómetro, que necesito que alguien me explique la velocidad de los meses, la cronometría de mis horarios volteados y todas las dudas del laberinto de mis tiempos.

Carmen incógnita, que no sé si será en los pliegues de la luna o en los olanes del sol en donde un científico me podría explicar por qué mis noches que son días y mis madrugadas de media tarde no son un mero desajuste, sino una forma de vida, una manera de querer encontrarte y el mejor medio para reencontrarme. Carmen de mapa y guía, que quisiera preguntarle a Juan Ramón por qué la

luna tiene que ver con los oleajes del mar, con la altura de las mareas y con las corrientes submarinas. Carmen marinera y timón, vela hinchada por mis vientos y mástil inencontrable, no sé ni lo que digo… Que pienso en don Pío y no me explico por qué no me lo he encontrado para resolver nuestras mutuas dudas ante la eternidad de los instantes y la fugacidad de los siglos… Que pienso que Alfonso o Amado, por el solo hecho de ser mexicanos podrían explicarme si mi vida es muerte o si he muerto para revivir aquí y ahora… Que pienso que Ramón no fue solo un divertido encuentro sin colores con otro amigo en blanco y negro y una juerga de sombras y de tangos, sino una misteriosa manera de querer explicarme los tiempos y el colorido, los minutos y las sombras, lo que es y lo que tan solo imagino… Carmen que me da miedo encontrarme en el Museo de Cera con la muñeca maquillada de Ramón… Carmen que no entiendo cómo se pasan los abriles y por qué se convierten tan rápidamente en mayos… Carmen que a veces no puedo negar que siento miedos y que ni la comodidad de mis billetes verdes me tranquiliza del desasosiego de no encontrarte y de seguir buscándote sin cesar…

Dejé pasar muchos días antes de animarme a reclamar mi paraguas en El Avión. Quizá fueron dos o tres semanas, pero el día en que finalmente recordé el sitio exacto en donde había tomado el taxi aquella madrugada, me acerqué a las inmediaciones de esa taberna con la íntima sensación de que no había pasado más de un par de horas desde que había estado allí mismo con Ramón, el maestro César y el argentino. Estaba en las inmediaciones, mas no daba con el sitio exacto, ni reconocía la puerta de los locales ni los portales más oscuros como la entrada a El Avión en el que me había embarcado Ramón.

Finalmente di con un negocio que, según comprobé, está justo al lado del ya mítico bar casi clandestino. Le pregunté a una dependienta si sabía a qué hora abrían el bar vecino y me sorprendió que me dijera que hace cuatro años cerró El Avión y ni señales de que lo reinauguren pronto. Pensé que se trataba, una vez más, de esos alardes de la ignorancia tan comunes y practicados por mis entrañables hermanos madrileños: esa suerte de generalización de la gilipollez o propagación de la pendejez que incita a decir algo, lo que sea, aunque no se tenga la más mínima idea de lo que se está

hablando. Salí del negocio aquel, y en la esquina de Alcalá le pregunté a un vendedor de lotería si conocía El Avión y, luego de un mal chiste, me dijo que ese bar había ocupado durante muchos años el local vecino al negocio en donde entré, «pero hace ya cuatro años, me parece, que lo han cerrao… Como que se lo digo yo, que antiguamente allí había *titis* y se permitía el alterne… Y eso en tiempos en que de eso nada…». ¡Claro que conocía el lugar!, si me habló del piano y de los avioncitos del techo, y de César el pianista con muletas y otros muchos detalles que ya no quise que me siguiera contando.

El caso es que el billetero me dijo que había una cafetería a media cuadra en donde el dueño me podría informar sobre El Avión y, por ende, de mi paraguas. Me fui pues a la cafetería esa, y pregunté por un tal Antonio que resultó ser un madrileño rubio, amable hasta en la manera en que limpiaba el mostrador de su café. Me dijo que le parecía imposible que yo hubiera olvidado un paraguas hace pocos días en El Avión, pues efectivamente esa taberna cerró hace cuatro años y, ¡claro que lo decía de buena fe!, si hasta tenía una fotografía firmada por el maestro César, en donde aparecía sin colores en su misteriosa sonrisa, pero con un clavel rojísimo en el ojal de su solapa gris, que si no era el mismo que yo le había puesto, era muy parecido. Se veía que Antonio me decía la verdad, y no había razón para que me mintiera, cuando me contó que a los tres días de que cerraran para siempre los vuelos del inigualable bar El Avión, César murió fulminado por la tristeza y él mismo asistió al sepelio.

Ya no quise mencionar a Ramón, ni la cara blanca y sin colores del argentino y los demás bohemios que esa noche, me consta, estuvimos cantando música de Agustín Lara hasta el amanecer. Queda mi paraguas como prenda de un evento inexplicable que no tengo intenciones de aclarar… Pero Carmen, que no entiendo nada, que se me abultan los días en la cabeza y que siento que estoy dando vueltas inútiles por Lavapiés, que quizá ya recibiste la postal y no has querido retomar nuestro idilio precisamente por el tiempo que hemos dejado pasar… O quizá no hubo cartero digno que se acomidiera a buscarte para mí y lo mismo pienso del Lobatón que no ha tenido ni la más mínima gentileza de escribirme al Madroño e informarme sobre los avances en tu búsqueda… Carmen que no

dejes que el peso de cuarenta años sea una trinchera que impida la prolongación infinita de nuestro amor y de ese primer beso… El mismo beso que es el mismo que te doy todas las noches y que es el mismo que nos dimos el mero día en que nos conocimos… Carmen, que cuarenta años no es nada y que si fragüé esta aventura justo a los veinte años de cansarme de buscarte en la ciudad más grande del mundo, justo a los veinte años de haberme jubilado y bien pensionado, no son ni un mísero minuto, ni una mirada fugaz de estos ocho meses interminables de buscarte sin hallarte… de intuir tus pasos sin ver huellas… de creerte Emperatriz, cuando sigues siendo la misma Carmen de siempre…

A partir de Las Fallas de Valencia, en marzo, hasta la Feria del Pilar en Zaragoza, cuyo día de fiesta es el 12 de octubre que en España es Día de la Hispanidad y en México Día de la Raza, se le presenta al aficionado taurino un calendario pagano que no solo alivia las cronologías burocráticas, los vaivenes bursátiles y los semestres escolares, sino que además apunta a esclarecer el enigmático vuelo de los tiempos, la congelación de las épocas y las diferencias de temporada. En el futbol, están las fechas de la Copa del Rey y los semanarios embates de la Liga, en los teatros las temporadas de zarzuela y en las calles la reaparición invernal y cíclica de los cucuruchos de castañas. Pero en el mundo de los toros hay, desde hace ya muchos lustros, el calendario de las ferias como aviso y recordatorio de la fugacidad de los tiempos, la efímera gloria de los triunfadores advenedizos y la grandeza intemporal de los maestros que, año con año, refrendan su monumentalidad.

A don Pedro Torres Hinojosa le dio por complementar su labor de claveleo sobre el cuadro de Antonio López con la heterodoxa calendarización de sus búsquedas, de acuerdo con las principales ferias taurinas de España. El invierno es época de campañas en América, la temporada grande de la Plaza México y las ferias de Caracas, Bogotá, Lima y Quito; pero, apenas se asoman los primeros marzos, España se adueña de la fiesta y enfila hacia la recurrente celebración del «verano sangriento», que es el mismo que asombró a Hemingway al tiempo que es distinto cada año.

Por ello, don Pedro empezó a combinar sus religiosas visitas a Lavapiés con participaciones cada vez más frecuentes en las más granadas tertulias taurinas. Combinaba tardes de ginebra con limón

en el bar del Hotel Victoria, tapizado con la memoria fotográfica de Manolete, y mañanas absurdas en el Café del Espejo en donde también se *chanelaba* de toros de vez en cuando. Entre los laberintos que se forman en la calle de Carretas, Correo, La Paz y Espoz y Mina también encontró refugios para hablar de quites y cornadas, soles y sombras, mártires de la fiesta y timadores que le habían tomado el pelo a la afición.

Sin embargo, se mantenía en su empeño la recurrencia al Madrid de su memoria, la Villa y Corte que nada tiene que ver con los toros ni con los taurinos, los muesos de pinturas y los parques llenos de niños que no estorban ni se rigen por los calendarios de las corridas. Pedro Torres Hinojosa oscilaba entre su afición a la más bella de las fiestas y sus recurrentes escapadas con Cayetano. Le gustaba sentir que en él había logrado un verdadero hermano en colores, no una figura de misterio y en blanco y negro, sino un hermano madrileño que bien podría haber sido su amigo desde hace sesenta años. La filiación los llevó a descubrir juntos los salones de baile más heterogéneos y disparatados que ofrece la noche de Madrid, el «Madrid de noche» de las postales negras, el foro indescriptible que reúne en el perímetro de unas cuantas calles todos los ritmos del Caribe, los boleros y hasta mariachis de México, las flautas incaicas y el melancólico quejido de un bandoneón. Le daba risa ver a Cayetano perderse en los pasos de un merengue acelerado y gozaba con la sola idea de que algún día se atrevería él mismo a bailar con alguna de las muchas damas que poblaban las pistas de Madrid. Pero él prefería quedarse esperando la entrada de su Carmen y, además, no estaba dispuesto a repetir la vergonzosa confusión con alguna otra Sonsoles de Vallecas que se le presentara en la mirada como espejismo de su única y verdadera musa, Emperatriz de Lavapiés.

Aumentaron sus visitas a Lavapiés y hubo más de un domingo en que recorrió de punta a punta el Rastro con la esperanza inútil de que allí donde se encuentra de todo, apareciera si no en persona, por lo menos la corona y las diademas, el báculo y los collares, el trono y los estandartes de su reina inmaculada. Con la comodidad que dan los dineros, Pedro Torres Hinojosa se compró las cosas más raras del Rastro: una silla de bejuco austriaco que añadió a su mobiliario del Madroño, un tricornio del siglo XVIII que en alguna

noche de juerga le sirvió para andar con Cayetano como si fuera un pirata despistado, más lentes de oro viejo que complementaban su colección de gafas y la añeja bacía de un peluquero que en el preciso instante en que pagó por ella quién sabe cuántas pesetas se convirtió en el auténtico yelmo de Mambrino que leía y releía en las inacabables páginas de su *Quijote* desgastado.

Incluso, le hizo creer a Cayetano que era el verdadero yelmo del Caballero de la Triste Figura y que había pagado una auténtica fortuna por él. Vicenta se encargó de aclararle el asunto a Cayetano, así como de sugerir que no estaría mal que el doctor Cepeda volviera a revisar los niveles de salud física y mental de su huésped que poco a poco se había convertido en pariente próximo. Sucede que don Pedro ya no podía ocultar sus cada vez más frecuentes ganas de orinar y en el enredo de sus ilusiones se exageraban día con día sus desvaríos y confusiones. Además, ya se vivían los climas de junio y este hombre seguía sin agarrar el horario y eso, según Vicenta, altera no solo las hambres y los sueños, sino las entendederas del más viajado piloto trasatlántico o de la más astuta azafata de aerolínea. Con muchísima razón de más a don Pedro, que llegó a tener madrugadas en que regresaba al Madroño y le decía «Ya llegué madre» a la pobre y desconcertada Vicenta que realizaba el eterno ritual de fregar los rodapiés talaveranos al compás de su mazurca zarzuelera, o confundidas noches de tapeo y de copas en que le decía a Cayetano, «Sancho amigo» y hablaba como si estuviera ensayando alguna representación del Siglo de Oro.

Don Pedro se negó a ver a Cepeda por la evidente renuencia a que le pusieran nombre a sus melancolías y recetaran sus achaques con alguna cronometría obligatoria de medicinas, pócimas, dietas y prohibiciones que vendrían a estropear el ritmo y la intensidad de su aventura. Don Pedro no se molestó con la sugerencia de Vicenta e, incluso, terminó invitando al doctor Cepeda a un largo *tour* por los encantos del Museo Chicote como si le indicara que todo lo relativo a su salud no era más que un telón circunstancial en la confección de su faena, que lo que importaba eran los muletazos que le pegaba a la vida en busca del amor de su vida y que se sentía con la confianza de una auténtica figura del toreo, tan solo por la seguridad que le infundían los miles de dólares que se mantenían intactos en su maleta y las muchísimas pesetas que descansaban en

billetes vírgenes repartidos entre las bolsas de sus trajes colgados en el ropero de su hogar Madroño.

Quizá por eso, Cayetano y Vicenta optaron por resignarse y seguirle el paso a las aventuras de don Pedro, sin cavilar en los posibles desenlaces que tendrían sus abusos y sus confusiones. Incluso, un día en que don Pedro llevaba ya tres noches sin llegar al Madroño, Cayetano llegó a contarle a Vicenta la increíble historia que le había confiado san Rafael, su amigo el bedel del lujoso hotel vecino:

—Vicenta de mi *arma* —le dijo exagerando un tonito andalú que había adquirido en las juergas con don Pedro—, san *Rafaé* me ha *disho* que un amiguete del bar de Peligros conoce a un tío que trabaja en el Ministerio del Aire que anduvo de novio con una *gashí* de *Lavapié*, que es secretaria en una empresa de alto *estándi* y hermana de uno de la Guardia *Civí*, que dice que el año *pasao* se murió una *mujé* que vivía en un pisillo cercano a la casa donde ella vive y que no dejó *má* testamento que un papelillo donde ponía que su última *voluntá* fuera que enviaran sus cenizas a México…

—¡Pero bueno, Cayetano! ¿A ti qué te pasa? —le contestó Vicenta en seco—, ¿es que te crees que puedes caer en las mismas confusiones que don Pedro, o qué? A mí no me interesa que si la Guardia *Civí*, o si la secretaria del aire o lo que sea… Si esa *mujé* hubiera sido la Carmen de don Pedro nos habríamos enterado de una buena vez, porque las malas noticias vuelan prontito y ya está…

—Tienes razón —contestó Cayetano ya más castellanizado en su hablar y en sus arranques—, era demasiada coincidencia y, además, no merece la pena estropearle la vida a don Pedro con una noticia que le pondría final y punto a sus aventuras.

Lo cierto es que, efectivamente, hubo una señora en Lavapiés que murió en el otoño de 1996, y que consta que pidió que inhumaran sus restos en México, pero en ningún lado dice que se llamara Carmen, o que fuera mexicana de nacimiento, o que sus restos fueran dirigidos a alguna familia en particular. Además, en ningún papel decía que la difunta fuera Emperatriz de Lavapiés y eso le bastó a Cayetano para concluir que no se podría tratar de la mujer de don Pedro.

Para mi buena fortuna he podido soportar la llegada de junio con un afortunado reencuentro. Creo que fue el día cinco o siete que, en medio de la Puerta del Sol, alcancé a ver que Juan Ramón se dirigía con cierta prisa hacia la calle de tu nombre, Carmen de horchata y felicidad que mientras tenga a mis amigos sin colores distraigo el tedio y la desesperación de no encontrarte. Afortunadamente, camina lento Juan Ramón y pude alcanzarlo antes de que cruzara la plaza que lleva tu nombre.

Creo que le dio gusto verme, pues nos dimos uno de esos medios abrazos que tanto se me aparecen como saludos entre familiares. Me dijo que pensaba tomar el metro Gran Vía, en la Red de San Luis, pues al parecer él también anda descubriendo todas las novedades de este Madrid tan nuestro y tan distinto. Fuimos en dirección de Plaza de Castilla, que tanto me recuerda la estación Indios Verdes de mi México añorado, y bajamos en Bilbao. Me extrañó un poco que durante el trayecto en nuestro tren subterráneo Juan Ramón permaneciera callado y reflexivo. Subimos andando por Fuencarral hasta llegar a la glorieta de Quevedo y, en un homenaje silencioso, permanecimos en oración imaginaria ante la estatua de ese famoso hombre del Madrid de hace muchos años. Yo creo que es todo lo que tenía que hacer ese día Juan Ramón, pues apenas terminó de reflexionar ante la estatua de don Francisco, me miró y dijo «Bueno, ¿a que te apetece un cafelito?» y nos metimos en la primera cafetería que nos quedó a la mano.

En cuanto nos sirvieron dos terapéuticas tazas grandes de café con leche, me llevé la agradabilísima sorpresa de que Juan Ramón me dijera que me había visto con Ramón. ¡Imagínate, Carmen de tertulia y de amigos sin colores! Ahora sí que vislumbro la posibilidad de que mis pláticas esporádicas se conviertan en un ritual semanal y legislado, que me llenó de alegría saber que Juan Ramón y Ramón no solo son tocayos del mismo nombre, sino que además se conocen. ¡Y mira cómo son las coincidencias!: en cuanto le dije que con las greguerías de Ramón me había tirado una de las más divertidas veladas desde que volví a Madrid, Juan Ramón me interrumpió y dijo que *Es como una vida en que lo normal fuese el sueño y la vigilia fuese el reposo*, como lo que me pasa a mí, Carmen. *Dramaturgias y madrigalerías que se alumbran momentáneamente en los rincones del cerebro, surgen, al conjuro*

del arte, para superponer a la vida monótona estampas de belleza, que son como una subida nuestra que hay que encarnar, que elevar, que poner al nivel de nuestra humilde vida cotidiana. Dijo que en las sabidurías de Ramón hay *algo absurdo, delirante y descontentadizo… Son como un crepúsculo subterráneo, o visto desde una cárcel, algo de luz sombría que surgiera de pronto a la luz abierta, en una aspiración inextinguible*…

Te confieso que sentí cierto miedo de que uno de mis amigos sin colores mencionara la palabra cárcel, Carmen de mi alma encendida, que no debería terminar toda esta aventura en la terrible condena que me depara con American Express. Pero Juan Ramón no me hablaba así para asustarme, si no sabe nada de tarjetas de crédito ni de los billetes que tengo invertidos en el armario de mi 702 del Madroño. Juan Ramón me estaba confiando el mejor retrato hablado de Ramón, cuya *sonrisa de jamono alegre de conciencia le cierra de gusto los ojos, ojos cejudos y entrecejudos de Ramón, parientes de Sancho, donde se ve, a veces, rectangulada en el marco de sus patillas azules de pastoso rizo goyesco, la mejor espresión de jenerosa bondad penetrativa, el ansia típica de comprensión y correspondencia de hombre ancho, plato, saludable, escesivo, invertor bueno de España*.

Pero aquí no termina la magia de esa tarde inolvidable en que me reencontré con Juan Ramón, Carmen impredecible y enigmática, que creo que este hombre me ha seguido los pasos desde que pactamos nuestra amistad bajo la luna de Lavapiés. Sucede que también conoce a mi paisano don Alfonso, me dijo que lo había conocido *en la plataforma de un tranvía amarillo y morado de «Salamanca», Madrid, que cruzaba la Castellana por la biblioteca… usaba un bigotillo mejicano lacio y de curva caída que armonizaba con los cálidos ojos pillastres y los hoyitos de la mejilla, fuente de su sonrisa. El hombre breve y lleno era entonces todavía, y me parece que lo seguirá siendo, un niño travieso y ya un insigne veterano, en un joven propio*… y abundaba en elogios y adjetivos, y concluyó diciéndome que Alfonso es *salvador de todo lo salvable. Buen ejemplo y buena amistad la de este sintetizador de Méjico; dejadores, jenerosos, llevadores de lo mejor y sin*

necesidad suplicada del recíproco diario; saboreador el amigo ejemplar de la segura verdad espresada o secreta…

Parece que Juan Ramón habla con faltas de ortografía, Carmen de abecedario y sintaxis, pero ¿quién soy yo para corregir a esta alma buena que, sin aviso y sin rodeos, me estaba iluminando con la misteriosa explicación de mis amigos en blanco y negro? De don Pío me dijo que *no es él en él, ni en sus años*, y añadió que *no sería difícil dar su edad personal* porque según Juan Ramón, don Pío es *como un niño que se encaramara dentro de él, él se asoma a la vida como los niños a las páginas de un semanario pintoresco. Como un niño también, niega, con hociquito de ratón constante en su roer, lo que ignora. Cuando dice lo que dice, no hay que hacerle caso, sino reírse con él por la fantasía que pone en su mentira. Porque lo ignora todo es que no es su mundo. Por lo demás, él no tiene el afán de calar hondo ni de volar alto. Va, va, va, como en un hormiguero*.

Salimos de la cafetería y confirmé que las tardes se han alargado en Madrid, que aún le quedaba mucho sol al horario volteado de mi cabeza, y le propuse que nos acercáramos al Gijón para ver si nos encontrábamos con los otros e inaugurar la anhelada tertulia que me servirá de distracción ante el retraso de nuestro encuentro, Carmen inalcanzable que no te llegan mis postales ni los rumores de mis búsquedas. Conforme avanzábamos por las aceras de este Madrid que nunca muere, Juan Ramón se veía cansado, como si su rostro envejeciera delante de mis ojos y su falta de colores se tornara en un tono sepia de fotografía antigua y triste.

Evidentemente, no llegamos al Gijón y quedó para otro día el milagro de reunir a mis amigos de blanco y negro que, por lo menos, tenemos en común la maravilla de conocer a Juan Ramón. Antes de despedirse, quizá siguiendo una de las más sanas costumbres madrileñas de alargar las despedidas sin límite y sin prisas, Juan Ramón me dijo que tengo que conocer a un tal don Miguel, a Federico, unos hermanos Manolo y Antonio y a un cierto José que sabe mucho de toros… Don Miguel, un doctor de Salamanca que si para Juan Ramón es voz digna de incluirse en la tertulia, ¡imagínate lo que será para mí conocer a este misterioso amigo!… De Federico, me dijo Juan Ramón que es un granadino de

mucho salero, como andaluces también los hermanitos Antonio y Manolo… Pero al tal José me lo describió como *delgado y largo de estirarse para cazar pájaros incojibles (casi siempre)… es como esos bastones que son a la vez paraguas, metros y caña de pescar. Solo que jeneralmente el paraguas no se puede abrir cuando llueve, la caña está ríjida en su hora, el metro ha encojido y el bastón, de meter mal todo en él, se ha cascado, y no sirve ni para pegar al fantasma ni para apoyarse…*

¿Se refería a mi paraguas perdido? ¿Quiénes son estos nombres que Juan Ramón me ha soltado como promesa de una futura tertulia? ¿Son también hombres que se me meterán en los ojos sin colores? ¿Nombres que solo me quedarán en la memoria en blanco y negro? Ya no tuve tiempo de preguntarle a Juan Ramón, se veía abatido por la tarde y cansado de la vida, como si Madrid le hubiera quedado muy lejos y recorrer sus calles conmigo hubiese representado una excursión hasta el fin del mundo. Nos despedimos como viejos conocidos y ya estoy esperando el momento de nuestro reencuentro, el anhelado día en que logre juntar de nuevo una pandilla de amigos en Madrid como en las lejanas tardes en que toreaba de salón en mi barrio de Salamanca.

Si la vida es como un río, hay remansos semestrales que de pronto tranquilizan el vértigo de junio como si quisieran aliviarnos de los calores y acostumbrarnos a la eternidad de los atardeceres. Los otoños e inviernos se congelan entonces como lejanísimos recuerdos de una época remota y hay un cierto ánimo en las sombras y en los sudores de junio que parecen inocularnos de juventud, olorosa juventud que suda cada caminata y que se entrega desmayada ante la resurrección anual de los cafés fríos, las horchatas convertidas en hielo y los establecimientos con el aire acondicionado, o clima como dicen en *Madrí*.

Pedro Torres Hinojosa estrenó su traje de tres piezas en lino blanco y además se compró todo un ajuar para el verano, americanas de delgadísima lana, camisas que parecían pedazos vivos de la India y hasta un par de sandalias de cuero que le recordaban los huaraches de su México. Su habitación 702 se había ya hinchado hasta convertirse en verdadero hogar con la silla que compró en el Rastro y el ropero ya repleto de ropa. Camisas, trajes, calzoncillos y calcetines, mudos gendarmes de su fortuna intacta de

billetes verdes y su cotidiano manantial de pesetas.

Había días en que don Pedro creía ver que la fotografía en donde aparecía con su Carmen, la única huella de sus caras en blanco y negro, amanecía de colores y lo recibía con la sorpresa de una mueca en sus caras, una secreta señal que le indicaba que la continuidad de su aventura no sería en vano y que en algún rincón de Lavapiés se hallaba el refugio imaginado del amor de su vida. Llegó incluso a saberse él mismo en blanco y negro, mientras caminaba erguido por las aceras multicolores de Gran Vía y se repitieron los días en que entraba al Café de Oriente o a su acostumbrada librería Crisol y se miraba en el reflejo de los cristales o en los misterios de los espejos desprovisto de cualquier color, acaso en sepia, y al principio sintió que su decoloración podría ser un síntoma de sus dolores de riñón o una consecuencia de su cansancio acumulado, pero como los camareros y los transeúntes de las aceras no ponían la menor atención a su estampa, pronto se despreocupó de esta suerte de daltonismo físico. En los días en que salía con sus horarios volteados, consciente de que no proyectaría colores, jugó a ponerse corbatas que no combinaban con sus trajes y usaba la boina vasca con camisa y traje blanco sabedor de que su cabeza se vería un poco más gris que el resto de su percha.

Intentó fraguar otro plan taurino con Cayetano. Un viaje muy bien presupuestado a Pamplona, preparado con la suficiente antelación como para ver todas las corridas de la Feria de San Fermín, hospedar sus pocas horas de sueño en algún hotel de lujo y llevar encima suficientes pesetas como para que no les faltara ni una sola gota de vino. Pero a eso sí que se opuso Vicenta con alardes de no solo traer al doctor Cepeda para que lo amarrara a la cama, sino con amenazas de que llamaría a la Guardia Civil. Evidentemente, don Pedro abandonó instantáneamente la confección de su travesura pamplonica, pero el trance le sirvió para confirmar el verdadero cariño y sincera preocupación que le dispensaban Cayetano y Vicenta, su familia de Madrid. Con la amenaza de llamar a la Guardia Civil, Vicenta hizo evidente que desde el Hostal Madroño pudieron haber dado aviso a American Express o a los bancos justo al día siguiente de su llegada a Madrid, pero que jamás habían transgredido ni la privacía ni la soledad, ni las ilusiones ni las desveladas de ese hombre solo, mexicano y

madrileño, que transpiraba con los sudores de junio los rasgos más entrañables de la humanidad.

De hecho, avisar a la Guardia Civil como si se denunciara a un enloquecido millonario excéntrico tendría que cotejarse con la ridícula realidad de un hombre solo y solitario que, en realidad, jamás había molestado a nadie, que solo se había prodigado en compartir la fortuna que lo bendecía y que llevaba en cada mirada y en cada paso de sus excursiones la evidente y descarada ilusión de reencontrarse con el amor de su vida, un amor quizá inexistente o distante, pero que lo condecoraba con la honra de no ser un hombre de putas. Si alguien se atreviera a denunciar a Pedro Torres Hinojosa ante American Express o la Guardia Civil tendría que reconocer que incluso sus juergas no eran más que divertidas aventuras trasnochadas que sosegaban sus obvias intranquilidades y aliviaban el inevitable miedo de envejecer sin haber cumplido sus anhelos. Aun subrayando el delito de haber firmado un puñado de dólares con American Express con al premeditación, alevosía y ventaja de saber que nunca los pagaría, y que además lo tendrían que rastrear en Europa, no habría ni un solo habitante del planeta que pudiera endilgarle como delitos su ignorancia, su daltonismo, sus horarios volteados o los interminables pliegues de su memoria madrileña y sus oleajes de recuerdos mexicanos.

Aquí va un prófugo, efectivamente, pero un prófugo inocente que nada tiene que ver con la legión de políticos, narcotraficantes, magnates, chorizos, rateros, corruptos, mentirosos, engreídos, alzados, trepadores, cabrones, hijos de la chingada, gilipollas, hijos de puta que siempre tienen que tener la razón en todo, que si pierden arrebatan, que si no saben, lo inventan, que si no es de ellos lo toman, que si así lo desean así se lo inventan para que cualquier cosa sea de ellos… Aquí va un hombre justo, un alma de las treinta y tres almas que en cada generación humana dice la Cábala que justifican la existencia del universo… un actor de reparto de los anónimos que aparecen en los evangelios, los que se deslumbraron con la multiplicación de los peces y lloraron ante la tragedia del Gólgota sin preguntarse por enredos teológicos ni explicaciones filosóficas… un espectador inculto de las óperas más famosas que no por eso deja de emocionarse con la delicada maestría de Mozart o con la indescifrable belleza de un cuadro de Velázquez… un lector

anónimo.

En la medida en que avanzaban los días, Pedro Torres Hinojosa marcaba una bitácora personal en los márgenes de su *Quijote*. Este libro se le había convertido en un reloj de arena que no terminaría jamás, porque a pesar de que marcaba las fechas de sus avances de lectura conforme pasaban las páginas, había semanas enteras en que canjeaba las aventuras de Alonso Quijano, el Bueno, por la metódica y minuciosa tarea de llenar de claveles un cuadro de Antonio López, o bien, la sustituía por la lectura detallada y aventurera de sus guías turísticas. Ya se sabía cómo debería ser el mejor recorrido por Mallorca, cuánto duraría un Camino de Santiago con suficiente presupuesto como para que no fuera una peregrinación flagelante, en dónde estaban los mejores restaurantes de Barcelona y en qué calle se encuentra la plaza de toros en Ronda. También hizo una pequeña lista de monumentos funerarios taurinos, que incluía visitas a las plazas en donde han ocurrido desgracias por asta de toro: Talavera de la Reina y el mausoleo de mármol blanco de Joselito en Sevilla; Las Ventas y la tumba de Manuel Granero en Madrid; Colmenar Viejo y el monumento al Yiyo en Las Ventas; Pozoblanco y el recuerdo de Paquirri; Linares y la tumba imperial del Monstruo de Córdoba.

Aquí va un hombre que distrae sus aburrimientos con el placer de la lectura en plena época del ciberespacio y el CD-ROM. *Read only memory* significan las siglas de esos discos plateados que limitan la imaginación de los niños y la ignorancia de los adultos al mismo tiempo en que son instrumentos irrebatibles del saber y del asombro. Aquí va un hombre que jamás ha utilizado una computadora, que desconoce que en España se le llama ordenador, y que aún le queda por descubrir la deslumbrante cartomancia del fax, del envío de escrituras y de firmas por la delgadísima línea de un teléfono. Aquí va un hombre que de niño precisó de la explicación y del desencanto de que las películas son de mentiritas, que no se mueren de verdad los villanos de la pantalla y que los héroes buenos no viven en el bosque de Sherwood hasta el final de sus días, sino en mansiones de Hollywood con Cadillacs a la puerta. Aquí va un hombre que se aficionó a la música porque la escuchaba en vivo, porque la oía a través de las ondas de un radio que también mostraba los horrorosos colores de la guerra de España y que

acostumbraba comprar discos negros, grandes platillos de plástico negro, que al girar en diferentes revoluciones permitían que la mejor música saltara de sus surcos casi invisibles.

Aquí va un hombre que a los setenta años cumplidos descubrió las aventuras del Quijote y descubrió, al mismo tiempo, que jamás había podido leer ese libro porque su padre lo convirtió en humo de patata, rastrojo y tabaco negro. A los setenta años, Pedro Torres Hinojosa se permitía el casi extinto placer de confirmar que *La isla del tesoro* es mucho más asombrosa leída que vista y que fue libro mucho antes de que se convirtiese en película. Confirmar que los nombres de los escritores y de los poetas se vuelven famosos y conocidos precisamente porque son leídos y releídos y no solo por los esguinces o alardes de sus vidas personales. Confirmar que las aventuras de la lectura son móviles, una mudanza pequeñita que se puede llevar al parque, cargar en el metro y añejar en un librero anónimo sin que estorben las caminatas, comidas, juergas y desvelos de un hombre convencido de tener una misión emocional. Don Pedro sabía ya en junio de 1997 que las horas invertidas de sus horarios mexicano-madrileños tenían el recurso invaluable de apoyarse en las páginas de sus libros, en los alientos escritos por hombres de quién sabe qué siglo y de quién sabe qué país, que en el blanco y negro de esas páginas se convertían en semejantes del lector, en hermanos entrañables e idénticos de los hombres que conversan en solitario con sus destinos, que acarician en silencio sus más preciados deseos y que jamás abandonan el empeño que les merecen sus más íntimos anhelos.

Agustín, profeta y evangelista, músico y letrista, que estás en los cielos y en Lavapiés, concédeme el milagro de reencontrarme con mi musa, Emperatriz inmóvil y mágica mujer que también vibraba con tu música… Agustín Lara Aguirre, hijo de María y Joaquín, que naciste en Tlacotlalpan, pueblo impronunciable en la lengua del oso y del madroño, la tierra que no conjuga las palabras con tl… Atleta del teclado, puente del Atlántico, volcán Popocatépetl, moderno rey-poeta del náhuatl… Tú que naciste hace cien años y que eres eterno desde que le cantaste a Madrid sin conocerlo, a Granada sin ver La Alhambra, a Sevilla como si fuera una mujer, a Murcia que es una ciudad con sonrisa… Agustín poeta burdelero, profeta de los secretos, que tienes cuerpo de torero y una cornada en la mejilla,

Agustín que le cantaste a la mujer etérea y pasajera, a las mariposas volantes y las que venden amores sobre el manto de sus propias desgracias… Agustín, santo patrono del barman de Chicote que estás congelado sobre los muros de esa basílica y en el bronce inamovible de tu placita en Lavapiés, concédeme el milagro de encontrar el secreto palacio de mi Carmen en su barrio… Agustín que decías que el amor no es un motor que pueda repararse cuando sufre una avería, si se le rompe alguna pieza no hay más resolución que cambiarlo por uno nuevo… Flaco de Oro permíteme volver a conducirme con mi Carmen, que no le falta ni una sola pieza a nuestro idilio y que no precisa más reparación que el salto de los tiempos y la resurrección de los años… Agustín que tuviste a todas las mujeres rendidas a tus pies de pasodoble y a tus armonías infinitas… Músico poeta que aceptabas ser ridículamente cursi y me encanta serlo. Porque la mía es una sinceridad que otros rehúyen… ridículamente. Cualquiera que es romántico tiene un fino sentido de lo cursi y no desecharlo es una posición de inteligencia. A las mujeres les gusta que así sea y no por ello voy a preferir a los hombres… Agustín acordeoncillo de París, bandoneón de Buenos Aires, pianola de schotis y mariachi mexicano… Rumbero y jarocho que naciste en la tierra donde recuperé mis colores, con la luna de plata y con alma de pirata… Rinconcito donde hacen su nido las olas del mar… Agustín consuelo de los que sufren, piano de marfil y anillo de oro en un salón azul y plata de la XEW… Agustín que decías «vibro con todo lo que es tenso y si mi emoción no la puedo traducir más que en el barroco lenguaje de lo cursi, de ello no me avergüenzo, lo repito, porque soy bien intencionado…». Agustín, obispo y oro, ministro de mi religión más personal y nocturna, de mis sábados en solitario y el recuerdo de unos bailes… Flaco inconmensurable que le cantaste a Silverio *Tormento de las mujeres* y que dejaste para patrimonio del universo *Farolito, Solamente una vez, Mujer, Rosa, Clave azul, María bonita, Cabellera negra, Azul, Tus pestañas…* y *Madrid…* te ruego y suplico, con toda la penitencia que ya he soportado, que me orientes de alguna música manera, tú que te dejaste besar las manos por los labios de Nat King Cole… tú que decías «siento, luego existo. Soy flaco casi hasta el dibujo de la antena. Vibro con todo como la cuerda de un violín. Con igual intensidad me sacuden la

alegría y dolor. Es mi patrimonio de mortal y la moneda con que pago algo de lo mucho que me ha sido concedido…». Agustín agradecido que somos nosotros, tus huérfanos, los que te agradecemos cada nota y cada comprensión… Noche triste y callada… no creas que tus infamias de perjura, incitan mi rencor para olvidarte… mi cantar se vuelve gitano cuando es para ti… Santo famélico, asceta del teclado y de la bohemia responde a mi súplica… Ánimos de *La cumbancha*, secretos de *La clave azul*, congelación de una mirada *Como dos puñales*, volador de pavorreales y encantador de sentimientos… Tú que dijiste que si pudiera volver a vivir algún momento de mi vida, eligiría aquel en el que el mundo se convirtió en una dulce mentira. Para eso siembro, ya vendrá el tiempo de cosechar estrellas.

Pedro Torres Hinojosa no era un hombre que se preocupaba por las noticias del periódico ni por el consuetudinario bombardeo de los telediarios. Perdido entre las canciones que le inundaban la cabeza, le preocupaba más recordar el timbre exacto de un trompetazo de la Danzonera de Acerina que enterarse de los odios ancestrales en Medio Oriente. Iba por las calles memorizando los recuerdos de los violines de Agustín Lara como si fueran nubes que sobrevolaban a Madrid o a la humanidad. Si acaso se ocupaba del periódico, era para fijarse en las cosas más inverosímiles para los demás mortales: si se vendía un piso en Lavapiés, hablaba para preguntar si era como un palacio; si anunciaban una nueva contratación del Real Madrid, miraba la fotografía para confirmar si era jugador con colores o si acaso se daría el milagro de que un futbolista en blanco y negro se uniera a su tertulia; que si murió Narciso Yepes, en su mente se reproducían idénticas las cuerdas de un lejano concierto que había memorizado con la ayuda de su propia melancolía.

A veces, Cayetano se encargaba de ponerlo al día pero no es difícil imaginar que con ese vocero las noticias le llegaban a través de un filtro subjetivo y totalmente sesgado. Es una práctica común, basta preguntarle a un taxista sobre algún acontecimiento de actualidad y ya está que todo el trayecto nos enteramos de toda una parafernalia de teorías y elucubraciones, deducciones ilógicas y acusaciones fulminantes, llegando a nuestro destino sin haber obtenido respuesta clara. Cayetano le mostraba la fotografía de algún político en la portada de *El País* y decía «*Este tiene más*

morro que cien negros cantando el "Only you"»» o bien se quedaba a ver el televisor en la recepción del Madroño y ante el anuncio de cualquier tipo de nombramiento, Cayetano acotaba: «*Ya verás cómo se pone este: ese enchufe lo hace más feliz que darle a un tonto un lápiz*».

Pedro Torres Hinojosa sentía que los achaques de su cansancio aumentaban conforme se instalaba el verano en Madrid y en una tarde insoportable no aguantó las ganas de quitarse sus zapatos con hoyitos en el empeine y refrescar sus pies sobre la alargada pileta que decora el Paseo de Recoletos. Sintió que caminaba entre las columnas de un templo griego y con la buena suerte de que no lo observara un guardia, chapoteó en ese espejo como si fuera el niño que lanzaba veleros en el estanque del Retiro hacía más de sesenta años. De hecho, en alguna tarde anónima en que parecía que soplaba una brisa digna, don Pedro volvió al Retiro y ensayó recuperar su destreza para armar barquitos y tirado pecho a tierra se reía a mandíbula batiente de sus navegaciones en miniatura. En otra ocasión fue visto columpiándose como un chaval en los juegos infantiles y se hubiera quedado horas si no fuera porque alcanzó a escuchar a unas señoras que decían que, sin duda, se trataba de un degenerado.

Con calores y sudores, cansancios y una cierta desesperación que era cada vez más evidente, don Pedro prosiguió con sus itinerarios azarosos y en ningún momento mermó su filiación a los buenos restaurantes y a los buenos vinos. Con la sola preocupación de no dejar ni un solo tramo de Madrid sin explorar y con la cotidiana inquietud por enterarse de los acontecimientos taurinos, junio se le convirtió en un mes que con el solo cambio de una letra ya se convierte en otro y, sin que nadie sepa cómo se miden las carreras de los días, descubrió que en la televisión de un bar se proyectaban las escenas de los sanfermines, los mozos desmañanados corriendo ante las embestidas de unos auténticos rinocerontes enloquecidos. A falta de poder realizar su viaje, convenció a Cayetano de que un día se vistieran de mozos pamplonicos y con periódicos enrollados como batutas, su gorra de Yustas y sus zapatillas semigastadas se corrió con Cayetano una de las juergas más memorables de su reencuentro con Madrid. Era como si anduvieran mareados en Madrid dos mozos desorientados, prófugos de Pamplona, con todo

el atuendo festivo incluyendo su fajín de color rojo.

Cayetano se dejaba arrastrar por las ocurrencias de don Pedro, pues a decir verdad, jamás se había divertido tanto con un huésped ni con ningún familiar o amigo. Además, las escapadas con don Pedro le permitían romper el inevitable tedio y la monotonía implícita de sus labores en el Madroño. Vicenta no se oponía a las farras y excursiones, mientras estuvieran dentro de los límites de Madrid y no representaran un verdadero atentado contra la salud de don Pedro ni la integridad de su Cayetano. Incluso, queda para el recuerdo de la pareja la maravillosa noche veraniega en que don Pedro los invitó a devorar pollos rostizados con manantiales de sidra en uno de los sitios más alegres de Madrid o las noches en que salieron los tres juntos y, luego de probar fortunas en algún bingo, se dejaron envolver por los ritmos de algún salón de baile a la antigua, de esas salas que insisten en llamarse para la tercera edad y que, en realidad, son los únicos sitios en donde se puede bailar de verdad.

Alguna furtiva corrida de toros, fuera de temporada; alguna obrilla de teatro, sin más público que los familiares de los actores y tramoyistas; algún concierto al aire libre y un concurso de bandas militares en Barajas; algún día silencioso y solitario en la Casa de Campo; una sola visita al zoológico; los atardeceres en el Parque del Oeste y la salida del sol en el Retiro; los recuerdos interminables sobre las aceras del barrio de Salamanca y un restaurante chino en el barrio de la Estrella; la gratísima ambientación natural de una cafetería en Argüelles, atendida por auténticos ángeles bajados del cielo; el enigma de la Ciudad Universitaria; las constantes visitas a El Corte Inglés y las religiosas peregrinaciones a las librerías; el regusto repipi de comprarse ropa; la degustación culinaria y el refinamiento en el arte de fumar puro; la manera de andar, constantemente atento a la aparición de un posible milagro; la atención detenida con que preguntaba cada cosa indescifrable, cada nueva palabra desconocida, cada giro cheli o pasota del lenguaje; el asombro incansable ante edificios y monumentos; el azoro interminable ante el paso de los años, días, épocas y minutos… Todo como un remolino de vida que se le metía a los ojos, a veces con colores y música, y en ocasiones con la silenciosa invasión del blanco y negro.

Una tarde calurosa y sudorosa, don Pedro salió a media tarde dispuesto a desayunarse un café con hielos y una tarta helada. Sabía que hacía algunos días había sido San Fermín y creía contabilizar que Madrid no llegaba aún a la mitad de julio, pero no recordaba ninguna efeméride que justificase la inmensa cantidad de personas que habían salido a las calles de Madrid esa tarde. Ni se atrevió a investigar el motivo: eran ríos humanos que, además, se le metían en la vista sin colores, en perfecto blanco y negro. No podía entonces confirmar si iban de luto, pero los millones de rostros mostraban una congoja colectiva. Recordó las escenas de un noticiero cinematográfico en México que mostraban la procesión del féretro de Manolete, pero la cantidad de madrileños que iban ese día de dolientes excluía cualquier posibilidad de que se tratara del entierro de un torero. Recordó entonces las movilizaciones de su infancia y recordó la desolación de esa memoria que se había congelado en su mente sin colores, exactamente igual al paisaje que veía ese día: filas interminables de madrileños con ropa y caras que solo se distinguían por ciertas tonalidades de gris y negro, millones de gritos en un coro que don Pedro no entendía, pero que lo incitaron a ir dando pésames a cuanto cristiano se le cruzó en el camino. Pensó que sin duda era un entierro, un sepelio que cubría la Castellana, se arremolinaba en Cibeles y Neptuno, alfombraba toda la calle de Alcalá y remataba como una inundación en la Puerta del Sol. Un sepelio que además era protesta, una protesta colectiva y generalizada, pero don Pedro no entendía las consignas ni los coros, ni los gritos ni las pancartas. Don Pedro solo entendía que era un dolor que había herido a muchísimas personas y, como quien entra por accidente en una funeraria, se dedicó a dar sinceras condolencias y externar su más sentido pésame, uno por uno y una por una, a cientos de mujeres y hombres que caminaban por Madrid, identificados por un lazo que él no alcanzaba a definir en colores y unidos por un multitudinario aplauso que se repetía al unísono y que terminaba en un silencio que se prolongaba por cada poro de la piel y por cada centímetro de Madrid. Un silencio que entraba a los ojos de don Pedro, y que aunque caminaba en sentido inverso a la corriente de la muchedumbre, no tardó en contagiarle las ganas de él también extender sus palmas abiertas al frente, cumpliendo la sensación de que tocaba, saludaba y acompañaba en

su pena a los millones de palmas extendidas y silenciosas que estiraban sus dedos hacia el cielo como si estuvieran pintadas de blanco.

¡He vuelto a ver a Max!, Carmen de reencuentro y de la posibilidad de los milagros. Yo que creía que se había regresado a México, que habían concluido sus observaciones de fachadas y sus recorridos rocambolescos, y hete aquí que pensando precisamente en México, lo vi cruzar la Plaza de España y, en la esquina con Princesa, lo alcancé y…

—Pero, bueno. ¡Qué alegría, don Pedrito! —me dijo con sincera felicidad en sus ojitos risueños—. ¿Qué se ha hecho usté, por estos caminos ignotos? ¿Cómo van sus aventuras? Ya parece usté más madrileño que mexicano…

Le dije, con un brote de desvergonzada honestidad, que no me dejara solo, que hacía días, meses, que lo había buscado. Le dije que tengo la intención de fundar una tertulia y le hablé de que me había hecho amigo de un puñado de maravillosos hombres que, sin duda, también llegarían a ser amigos de él. Me dijo entonces que todo eso lo dejásemos para luego, que estaba a unos días de volverse para México, que tenía que hacer unos encargos, pero todo se podía posponer por la oportunidad de que charlásemos y nos pusiéramos al corriente de nuestra amistad platicada.

Estando la Torre de Madrid allí al lado, don Max propuso que subiéramos y en un mirador que jamás se me hubiera ocurrido descubrir por mi cuenta empezó su sabio sermón. *Los demás solo ven cómo el sol tramonta, rojo, naranja, gran bola y, cómo todo, allá al fondo, toma un tinte violeta. No cambia. Tú estás más alto que nunca, eso es todo. Todo es más: los hombres más pequeños, claro, y los coches; más es el horizonte, y no cambia, ni allá el Guadarrama. Damos la vuelta por el balcón corrido, con el día que se va, lo recogemos un poco más oscuro, morirá de necesidad, no importa: se encienden las luces, todo corre, la luz se tiñe de plata; el cielo de oscuro; Madrid, como nunca lo vi: el Palacio, el Campo del Moro*. Yo estaba estupefacto, Carmen que te veré desde las alturas, como lo imaginé desde el avión que me trajo de México, que te veré pequeñita pero con todos los colores del sol, como decía Max y yo coincidiendo con cada sílaba. *Madrid, ¿te das cuenta?*

Estás en Madrid, esto que te rodea es Madrid; esta la Gran Vía; este, el Palacio Real; esta, la calle de la Princesa. Ahí estuvo el Cuartel de la Montaña y ahí el taller de Estampa. El aire de Madrid, su luz, su día y su noche. Has vuelto. Esta bandera… Y hay que agradecer que hay pocas y ningún yugo y por lo tanto tampoco hay flechas. No las necesitan ni las tienen clavadas en el corazón. Y si las tienen no las notan. La gran bandera del atardecer desde el balcón del piso 27 de la Torre de Madrid…

Se le veían las ganas de hablar, Carmen que desde esas altura agradecía que mis plegarias de alguna manera obtienen contestación. Que estaba yo allí, frente a don Max, el de la sonrisa en los ojos y el primero de mis amigos en blanco y negro y no daba yo crédito de que todo eso fuera verdad. Pero Max tenía ganas de confirmar nuestras coincidencias y se arrancó con una letanía que se parece mucho a los rezos que te envío antes de dormirme, como estas crónicas que te voy diciendo como si me escucharas. *Madrid da gusto y se lo da. Grande, ancho, crecido, limpio, abundante, con circulación: autobuses, tranvías, taxis, metro hasta donde no lo había y todo lo que se quiera. Avenidas, calles, plazas, fuentes, flores, guardias de la porra que para sí los quisieran los ingleses; hasta Cortes y Audiencias y Procuradores. Pocos militares, pocos curas, casas nuevas, casas pequeñas dentro de las casas grandes, pero multiplicadas no diré que hasta el infinito pero muy multiplicadas y trenes rápidos y miles y miles de cosas y coches tras coches que parecen más porque son tan pequeños. Oficinas a granel, ministerios como nunca los hubo. ¿Qué más quieren? Fábricas para que rabien los de Bilbao y los de Barcelona, tiendas y almacenes como en cualquier parte de Europa. Restaurantes tan caros como en París o Roma*. Emperatriz de esta abundancia, que te consta Carmen de mi alma, que fui yo primero el que intentó enlistarme en la cabeza toda esta letanía asombrada que ahora parecía repetirme Max: *Enormes editoriales y periódicos deportivos para todos los gustos y estadios enormes para la gente, de pie (las plazas de toros siguen siendo lo que fueron, pero si hicieran falta, mayores). Bolsos, abanicos, medallas, mantillas, mantones, muñecas, reproducciones, cabezas de toro, cuchillos, puñales,*

espadas de Toledo, mazapán, chocolate, peladillas, chorizos, sobrasada, quesos de Cabrales, vinos, perlas a millares, a granel, en sartas, ya en collares, perlas, perlas, perlas de estas que llaman Majorica. Vinos, chatos, vinos, narigones, centollos, maricas, langostas, putas y putillas, bisutería y loza, porcelana tan buena como la alemana y yugoslava; actrices, actores, teatros, hoteles, hoteles y más hoteles y fondas, tascas, bares y restaurantes que parecen tascas y tascas que parecen restaurantes y bares que parecen tascas y tascas que parecen bares —más bares— restaurantes, casas de huéspedes, bancos, bancos, banco, bancos, en todas las esquinas. Y agencias de viajes, interiores y exteriores, compañías de aviación, despachos, telefónicas, pasos de peatones, luces, pastelerías, ultramarinos, salones de té, lecherías, horchaterías, sombrererías, turistas nacionales y extranjeros, carnicerías, ías, ías, ías… ¡Carmen, voluptuosidad de Madrid y recuerdo de México! Max se estaba despidiendo de Madrid y a mí el azar me puso en suerte para verlo quizá por última vez, porque se vuelve para México, pero se lleva todo el retrato de nuestro Madrid… *Museos. Tiendas, tiendas, tiendas. Comerciantes, madrileños, guardias, estatuas, glorietas, jardines, árboles, turistas, fotógrafos propios y extraños, flores, puestos de flores, estancos, abanicos, mantillas, castañuelas. Sastres. Cafés, restaurantes, librerías, carteles de toros. Cafés, bares, cafés, bares, bares, bares. Bancos, bancos, bancos, bancos, bancos…* Eran sus palabras como un cuadro de Antonio López García, el maestro de la congelación de la realidad con el que estoy claveleando todas mis noches, Carmen pintura del Prado. Las palabras de Max no es que repitieran bares, bares y bancos, bancos, bancos, sino que estaba tomando lista a la distribución mental de su memoria fotográfica desde el mirador del piso 27 de la Torre Madrid y había en su mirada, y en el tono de sus palabras, un inolvidable dejo de melancolía, *Ya no hay limpiabotas. Sí, los hay, pero —¡oh colmo! — hay que buscarlos. Tranvías, autobuses, coches, coches, coches —chicos— pero coches; coches, coches. Altos, rojos; sigan, verdes. Paran, pasan. Siguen, ¿quién da más? Y el sol. El mismo sol que entonces. ¿Quién quiere más? Tal vez yo. ¿El sol? La noche. Tanto*

monta. ¿Madrid? Sí, Madrid… la misma melancolía que compartimos… y yo también, quiero más… Más Madrid para hallarte, Carmen que se despedía de mí mi primer amigo de Madrid, un mexicano que se va con la copia fotostática de Madrid en la memoria.

Bajamos a la noche y en la Plaza de España me despedí de mi amigo con un abrazo que quisiera recordar como igual al que le di a míster Morrison el día en que me embarcó para México, el mismo abrazo que sigo recreando en el recuerdo sin colores de mis padres. No puedo ocultarte que lloré, Carmen que se me iba mi amigo y en sus ojos había una desolación. *Regresé y me voy. En ningún momento tuve la sensación de formar parte de este nuevo país que ha usurpado su lugar al que estuvo aquí antes; no que le haya heredado. Hablo de hurto, no de robo. Estos españoles de hoy se quedaron con lo que aquí había, pero son otros. Entiéndaseme: claro que son otros, por el tiempo, pero no solo por él; es eso y algo más: lo noto por lo que me separa de su manera de hablar y encararse con la vida… Dejo constancia que en Madrid, ya no se oyen piropos… Ya no hay casi tabernas —lo he repetido demasiadas veces— y en consecuencia ya no se habla tan bien —es decir, mal— como antes… Me ha dolido tanto, que ni un solo día me he sentido suficientemente alejado de las piedras, el cielo o las personas para juzgarlos con buen humor. Nunca pude sentirme dueño de mí mismo como para darle paso a la ironía, como lo requería a gritos la realidad. Nadie juzgue por lo que asiento, demasiado de veras…*

Me permití interrumpirlo, quizá para aligerarle los ojos llorosos. Le dije que yo sí estoy convencido de que me quedo, que también he sentido que han usurpado los colores de mi memoria en blanco y negro, que el tiempo ha contribuido a esta usurpación. Pero, le dije a los ojos, que yo sí he tenido la fortuna de descubrir mi propia ironía, descubrir el *Quijote* y redescubrir cada pliegue de Madrid, que lo he recorrido disfrazado de pirata y vestido de pamplonica. Regresé para quedarme, Max, y desde acá siempre tendrás la compañía de mi amistad y la coincidencia de mi circunstancia sin colores… *No puedo ser pesimista*, me dijo, *porque de esta general ignorancia petulante saldrá siempre una minoría que se dé cuenta*

de lo que sucede en el mundo y escriba, aun en español, poemas como los mejores nacidos en otros idiomas. La inteligencia no tiene remedio… y, como si agitara un pañuelo, vi que Max se desaparecía de mi vista escudándose en el efecto cinematográfico de los árboles que rodean a las estatuas de don Quijote y Sancho en la Plaza de España.

Enrique Ponce, rey de los toreros, de verde y oro, la rodilla flexionada en un perfecto doblón que es castigo y consentimiento al mismo tiempo… Postales antiguas de un Madrid en blanco y negro, con tranvías y pavos sueltos a media calle… El olor de la colonia combinada con sudores de tabaco negro… El atardecer violáceo de un sol morado y la noche negra con luna de plata… Las teclas negras de un piano, las cuerdas verticales de un arpa, las curvas de una guitarra y los sobres con azúcar de cualquier café… Las corbatas de verano y las minifaldas, las piernas torneadas y las piernonas blancas, como si colgaran en el Museo del Jamón… El capote con la vuelta azul-morado de Joselito y Rafael de Paula… El morado uniforme de visitante del Real Madrid y las eternas franjas colchoneras del *Aléti*… Los rostros de las personas y las caras de la gente… La resurrección de los chistes viejos y la invención inmediata de la risa, las bromas pesadas y los chascarrillos tontos… La modernización de los mendigos y las jeringuillas desperdigadas en túneles, los grafitis fosforescentes y los anuncios en las paradas de autobús… La velocidad del metro y el paso borrico de un SEAT 600, la mole imponente de los autocares de doble piso y las motonetas como avispas sin casco… El mismo pajarito del Café de Oriente y las camisetas de la Complutense, las obras del Teatro Real y las sábanas verdes que cubren las fachadas del Metrópolis… Los quioscos parisinos y circulares que comen pilas, vidrio y basura… La oferta amplísima de sándwiches en Rodilla y las pizzas voladoras, los bocadillos a domicilio y los puestos de pipas… *Madrid que te quedas sin gente*, la diáspora a las playas, a las montañas y al Caribe… Las bodas con calor y los albañiles de corbata, los sermones de verano y las películas de estreno en Gran Vía… Los peligros de Orense y los demonios de los bajos de Argüelles… Los niños que inventan canciones en el metro y que corretean palomas en las plazas… Los niños con gafas y las niñas que lloran sin pretexto, los viejecitos que salen a tomar el sol y las

viejas que aún aguantarían un polvo… Las corbatas de moño de los camareros y las pilas de libros en un escaparate… El rojo plato de jamón ibérico y el cuadro impresionista de una ración de ahumados: rosa pálido, blanco nuboso, gris plateado… La forma de los mondadientes y la curvatura de los popotes que son pajitas… La espuma de la caña y las pestañas de una modelo… La escultura de una musa desnuda, bocabajo y encogida en el mero centro del Círculo de Bellas Artes… Las entradas de los teatros y las ofertas de vacaciones, las tiendas de platería y las iglesias vacías… Las canciones pegajosas del verano que se olvidarán en cuanto llegue el otoño… Las euforias de una lotería vendida en Cádiz y la mirada perdida de un vendedor de la ONCE… El faro de la Moncloa y el silencioso Museo de América… Las salas de bingo, de maquinistas cibernéticas y maquinitas tragaperras… La infaltable tonadita *Pajaritos a volar* y la lista interminable de perritos feos, chatos, pequineses horribles que casi todos comparten el nombre de «Chiqui»… El trote amenazador de un pastor alemán y el silencio hierático de un portero negro, portero del Geographic Club de Alcalá o del mítico Lhardy en San Jerónimo o guardameta de algún club de futbol de la Primera División… Los torneos de tenis y los famosos tostándose al sol en Mallorca, los nombres de los barcos y las caras de los africanos… El cómico de moda y los programas de nostalgia, las familias concursantes y los *talkshows* malcopiados de Nueva York… La estatura del Príncipe de Asturias y las sonrisas diferentes de las Infantas… La desaparición de las tertulias y la agonía de las librerías acogedoras… El rostro de Felipe y la cara de Aznar… Millones de manos blancas… Vascos, sí. ETA, no…

Todo se arremolinaba en la cabeza de don Pedro como un callado recordatorio de que julio también se podía estancar en una eternidad sin movimiento, en días que parecían no pasar con la misma velocidad que los meses anteriores. En su cabeza se repetían las tentaciones del tedio, abandonar Madrid y salir a la aventura de descubrir la península entera. Solo bastaba que él se imaginara que su Carmen se fue a vivir a La Coruña o que estaría de veraneo en Alicante, y en dos horas estaría en Atocha o en Chamartín con maleta, dineros y guías para imaginar su encuentro fuera de Madrid. Pero don Pedro, si es que llegaba a hacerse de esas inquietudes, terminaba siempre convencido de que Carmen estaba

en Madrid, en ningún otro lugar y que aún le faltaban rincones y nichos, callejones y plazuelas, edificios y aventuras como para dar por concluida su búsqueda en la Villa del Oso y del Madroño.

Con las satisfacciones que brinda la distancia y con la conciencia resuelta a que México se le quedaba en la memoria, don Pedro aprovechó su julio para ensayar recuerdos y extrañar sabores. Se quedaba horas sobre la planicie vacía de una mesa de café o apoyado sobre el altiplano de una barra de bar pensando en las imágenes automáticas del México que se le quedaba en su recuerdo… Las horas nalga de la burocracia mexicana y la corrupción policiaca… Los miedos a los temblores y el recuerdo generalizado de los terremotos… El sabor de los tamales y el humo infumable de los camiones… La velocidad sin límite de las carreteras y el recurso infalible de la mordida… Los voladores de Papantla y la mujer dormida que se llama Iztaccíhuatl… La inundación de telenovelas y el tiraje ridículo de los periódicos… El volcán Popocatépetl escupiendo fumarolas de ceniza… La frontera inmensa con los Estados Unidos y la frontera desconocida con Guatemala… La palabra Chiapas, que durante siglos se pronunció «chapas», en minúsculas y sin importancia… El mundo maya que es prueba fehaciente de que sí hay vida extraterrestre… Las corridas de pueblo y las peleas de gallo, la redova norteña, la música vaquera, la necedad del mariachi y el embeleso de los jarochos con arpa y jarana… Los murales de Diego Rivera y los autorretratos de Frida Kahlo, los sábados de San Ángel y la lluvia en Coyoacán… Los nombres de los poetas y las bancas de Chapultepec… La renovación de Xochimilco y la nieve en el Ajusco… La sobrepoblación del Hospital Juárez y las colas para visitar las granjas psiquiátricas de la autopista a Puebla… Los anuncios turísticos de todos los Méxicos que caben en la X y las casetas de cobro de casi todas las carreteras… Los puentes inútiles y los pasos a desnivel, los ejes viales y las calles con camiones en sentido contrario… Los albures y los engaños, los rateros y los ladrones, las mentiras de los políticos y las promesas sexenales… Los tratados internacionales y los compadrazgos regionales… Las urnas y las cenizas de los muertos, los salones de belleza y los payasos de las esquinas… Los limpiaparabrisas y los limpiabotas, los boleros con techito y los vendedores ambulantes… Las familias de los tianguis que son como

gitanos cuya caravana recorre la ciudad más grande del mundo… Un edificio triangular, una torre que parece jeringa, un palacio de mármol blanco, otro más de piedra roja… La antigua Basílica de Guadalupe y la discreta capilla de La Conchita… Los patios de San Ildefonso, con murales de José Clemente Orozco, y las calles pintarrajeadas del Centro… La ridícula presencia de un policía de crucero y la fila de travestis en la noche interminable… Las diferentes gasolinas mexicanas y los productos norteamericanos inundando los supermercados, las taquerías repletas y los mercados de flores abiertos las veinticuatro horas… Los toques en las cantinas y los dulces de frutas secas… El universo de perros callejeros y las joyas de las damas de Las Lomas y Polanco… Los restaurantes argentinos y la mexicanización del *sushi*… Los intelectuales de mesita y labio volteado, las niñas *nice* de faldita corta y los júniors con teléfono celular… Los médicos que son taxistas de noche y los taxistas que son rateros de día… Los estacionamientos subterráneos y las cantinas voladoras, las ventanitas de venta clandestina de alcohol a las altas horas de la noche… El vuelo del Ángel de la Independencia que en realidad es Ángela por el par de tetas de oro, la cara confundida de Colón en pleno Paseo de la Reforma y la cabeza monumental de Juárez decapitada en Ciudad Nezahualcóyotl… Las arterias congestionadas, las vías coaguladas, el ozono en las vías respiratorias, la contaminación en los pulmones, el polvo de heces en la garganta, el sol de rayos ultravioleta en las manchas de la piel, los hongos de los baños públicos entre los dedos de los pies, la mugre y el cochambre de todos los días entre las uñas de las manos sin lavar, el cambio constante de moneditas gastadísimas y billetes arrugados, la caspa por falta de agua, las prisas metidas en el sistema nervioso, la recurrente necesidad de urdir el don de la ubicuidad, las distancias de la casa al trabajo que cansan y aburren, los míseros salarios que producen estrés, los aguinaldos inexistentes que generan frustración, las constantes devaluaciones, los fraudes que merman la credibilidad… los dolores en el riñón, los horarios volteados, la confusión de los colores y la melancolía incurable.

Te digo que Lavapiés se ha convertido en parte de mi alma, Carmen dueña y señora de ese pedazo de Madrid. Mi recorrido desde la plaza Tirso de Molina hasta la Ronda de Atocha es parte ya de mi

sistema nervioso. Entre Juanelo y Esgrima he confirmado mi afición a las más bellas de las fiestas en la Tasca de Antonio Sánchez, que tiene la gentileza de enfriar las frascas de vino dentro del agua. En el número 66 de Mesón de Paredes, como el 66 de Lista, vivió Eloy Gonzalo, el Cascorro. He visitado todas las corralas en donde creí que levantabas tu palacio, Carmen teatrera y oculta tras bambalinas, que he preguntado por ti en el número 11 de la calle de Sombrerete, en Espino número 6 y en el 79 de Mesón de Paredes, cuyas galerías dan a Miguel Servet… ¿Sabes de qué te estoy hablando, Carmen evasiva? ¿Vives en Lavapiés? ¿Sabes algo del número 53 de Embajadores, la antigua fábrica de aguardientes y naipes…?

He visto fotografías panorámicas de Marte y, efectivamente, es un planeta rojo. He visto escenas del río Ganges en el momento exacto en que ocurren, en vivo y a colores. Me he enterado de guarrerías de actores famosos y desconocidos, de actos heroicos de anónimos salvadores de niños en inundaciones y desconocidos bomberos que se han jugado la vida en algún lugar de Bélgica. He visto tantas cosas, Carmen universal, pero no te encuentro. No doy con la ubicación exacta de tu palacio, ni con las señas de tu séquito, ni las huellas de tus paseos. No me canso de buscarte, Carmen encontrada, pero hay días en que parece que desespero.

He intentado ubicarte en mis cafés. En mi Gran Café Gijón, número 21 de Recoletos, que se ha convertido en sucursal de mi vena aorta y diez números adelante, por la misma acera, el Café del Espejo, frágil y garigoleada elegancia que también me ha acogido en las peores tormentas de mi soledad. He frecuentado el Café de Oriente, en el número 2 de esa Plaza de Reyes, y te digo que solo el gorrión solitario sabe de mi honesto afán por encontrarte y de la sinceridad de mis intenciones. Me he confundido con intelectuales en el café del Círculo de Bellas Artes, en Marqués de Casa Riera número 2, pero con balcones y alegrías que se extienden sobre Alcalá. También me he mezclado con gente de teatro y farándula en el café de María Guerrero, pero no hay una sola actriz o tiple que opaque tu belleza. He viajado en el tiempo en el Café Comercial de la glorieta de Bilbao, y hasta he escuchado música en el Café del Foro y aún huele a pan de la vieja tahona, antigua panadería que es ahora el café de La Palma, en San Bernardo. Creí que serías

parroquiana del Salón de Té Magrebí que allí se esconde, Carmen reina mora de ojos de café y tertulia… ¿Irás al Café del Real? ¿Al Unión o al Ruiz? ¿Serás de las nenas que visitan al Café Monaguillo o de las beatas que van al Nuncio?

Te busco y me confundo, te busco y no te encuentro. Carmen que no sé qué sería de mí sin las afortunadas coincidencias, sin mis amigos en blanco y negro y sin la fortaleza de mis ilusiones. Sabrás que el otro día, creo que fue jueves, no soportaba yo el calorón de mi Madrid inclemente. Andaba con mis ganas de ir al Gijón, o quizá visitar la terraza del Espejo que parece un vagón de tren. Decidí quitarme mis zapatos bostonianos y caminé sobre las aguas de Recoletos. ¡Si supieras qué alivio! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Es una alberquita maravillosa y las columnas que desfilan al costado le dan un aire de elegante sauna, de piscina romana y de verdadero descanso. El caso es que, una vez que sentí reposados mis agotados pies, seguí por Recoletos sin zapatos y sin calcetines, quizá la única vez, majestad Carmen, en que he roto el código de impecable vasallo y servidor tuyo (sin mencionar algunas travesuras con disfraz que me he corrido con Cayetano).

A la sombra de unos árboles, seguramente chopos, de los muchos chopos que rellenan mi Madrid con sus siluetas y su nombre encantador, encontré un remanso de pasto, un claro de césped. Allí me tumbé a ponerme los calcetines, calzarme mis pinreles y hubiera sacado mi librito en turno de lectura si no fuera por la voz cavernosa que, entre los arbustos, me espetó un…

—¡Ah!, ¿con que esas tenemos, amigo? Un atentado a la decencia, ¿no?

—¿Quién me habla? —contesté hacia las ramas, acelerando la puesta de mis zapatos por si había que enfrentar un duelo.

—*Este que ves aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo*, me contestó y ante mis ojos se presentó el ser humano más impresionante de todos los que he conocido sin colores. Era como una estatua, Carmen, sin colores pero como de bronce: ocres los tonos de su traje, ocre su aspecto, oscura la mirada tras los quevedos e inmóviles sus brazos, sus manos agarradas a la espalda. No te sé decir si traía corbata pues la larguísima barba canosa tapaba todo el triángulo que se formaba con su americana abrochada, ¿o diré mejor, saco abotonado? Sin

preámbulos y sin presentaciones, este alargado hombre de barba sin colores, me ayudó a levantar y mostrando que sus primeras palabras no habían sido más que una broma inició un parlamento, que ciertamente yo no había solicitado, pero que me venía de perlas.

Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fui hermano converso en un monasterio de cartujos y soldados de Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos, que se enganchaban en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y fortuna. Como los capitanes de entonces, tengo una divisa, y esa divisa es como yo, orgullosa y resignada: «Desdeñar a los demás y no amarse a sí mismo».

Allí iba yo con otro amigo sin colores, quizá conocido de los otros, pero indudablemente uno de los más enigmáticos y excéntricos. A paso lento por Recoletos, dispuesto a conocerlo hasta que se le acabara la saliva. Apenas alcancé a decirle que me llamo Pedro, así sin apellidos pues ya aprendí la tónica con este tipo de personajes, y me interrumpió sin siquiera voltear a verme… *Hoy, marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos, divierto penas y desengaños… Yo, que en buena hora lo diga, jamás sentí el amor de la familia, lloro muchas veces, de admiración y ternura… Todos los años, el día de Difuntos, mando decir misas por el alma de aquel señor, que era feo, católico y sentimental. Cabalmente yo también lo soy, y esta semejanza todavía le hace más caro a mi corazón*. ¿Hablaba de su padre, de algún maestro, de algún funcionario público? Ni tiempo para interrumpirlo, pues apenas nos acercábamos a las inmediaciones del Gijón, siguió con su vida. *A penas cumplí la edad que se llama juventud, como final a unos amores desgraciados, me embarqué para Méjico en «La Dalia», una fragata que al siguiente viaje naufragó en las costas de Yucatán. Por aquel entonces era yo algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza*. ¡Imagínate el milagro, Carmen de encuentros místicos! Aquí me había encontrado, entre las ramas de un chopo, a un español que llegó a México en barco, igual que yo y que, al decirse poeta, aseguraba la perfecta comprensión de mis ilusiones de reencontrarte.

Entramos al Gijón y le sugerí que aceptara sentarse en mi mesa

habitual. Si acaso hubo algo que me desconcertó fue que en el espejo del fondo del salón, así como yo me vi impecable con mi traje de lino de tres piezas, mi sombrero Panamá y la corbata de verano perfectamente anudada al cuello de mi ligera camisa, también de lino, así no vi a mi compañero. Creí que iba a mi lado, pero quizá bajó al servicio para un rápido desagüe antes de proseguir con su biografía… Sería lógico, pero en cuanto me senté a mi mesa, él mismo ya estaba sacando la silla de enfrente para sentarse ante mí… Quizá llegó a mi mesa por el otro lado de la columna y por eso no compartimos espejo… No quise complicarme la razón y yo mismo le pedí al camarero que nos trajera *gin-tonics*, bebida por demás refrescante y engarzadora de los mejores encuentros… Le pedí que siguiera contándome de México, qué fue para él…

Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda, y libre de escepticismos, dábame prisa a gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz; soñaba realizar altas empresas, como un aventurero de otros tiempos, y despreciaba las glorias literarias… Le repetí que me llamo Pedro al llegar las primeras ginebras a nuestra mesa. Me dijo entonces que él es Ramón María y no pude contenerme ante las coincidencias: le dije que era madrileño y que también llegué a México en barco, que llegué sin colores y que me inundé de ellos en cuanto toqué Veracruz, le confié que lo veía en ese instante sin colores, que había vuelto a Madrid para encontrarte y que aquí he conocido a Juan Ramón, a Ramón y ahora a un Ramón María por el que brindamos, obligándonos a pedir más ginebra…

No sé cuántas ginebritas nos inundaron la cabeza esa tarde, pero te aseguro que nos tranquilizaron de los calores como si fueran la mejor de las ventilas. Hablamos de tantísimas cosas y a mí se me soltó la lengua, Carmen confesional y terapéutica, que le dije que sin ser religioso me he vuelto un orador heterodoxo, que te rezo en las noches y que le rezo a mi Agustín, que visito Medinaceli y que desde allí también veo a mi virgencita de Guadalupe, que le conté que tengo todas las ilusiones cifradas en reencontrarte porque nunca he cometido más fechorías que la de firmarle a American Express una inmensa mentira. Ramón María parecía gozar del *gin-tonic*, que en más de un trago se resbalaba como cascada sobre su

luenga barba, pero de lo que le decía no pudo evitar una sonrisa irónica, como de pasota, como de semejante sin serlo del todo, un amigo que se diferenciaba evidentemente de mis andanzas…

A bordo de «La Dalia» —lo recuerdo con orgullo— asesiné a sir Robert Yones. Fue una venganza digna de Benvenuto Cellini. Os diré cómo fue, aun cuando sois incapaces de comprender su belleza; pero mejor será que no os lo diga; serías capaces de horrorizaros. Básteos saber que a bordo de «La Dalia» solamente el capellán sospechó de mí. Yo lo adiviné a tiempo, confesándome con él pocas horas después de cometido el crimen, le impuso silencio antes de que sus sospechas se trocasen en certeza y obtuve además la absolución de mi crimen y la tranquilidad de mi conciencia.

No puedo negarte que sentí un escalofrío. Aquí estaba un perfecto opuesto a mi persona, quizá por eso no nos reflejamos en el mismo espejo. Yo que llegué a México en barco, gracias a míster Thomas Morrison, y Ramón María que asesinó a sir Robert Jones a bordo de una fragata que llegaba a Veracruz. Yo que jamás le he levantado la mano ni al más necio villamelón, y él que saldó una venganza quizá con cuchillos y venenos. Yo que por ignorancia y los golpes de mi vida me alejé de los sacramentos sin perderles ni un ápice de respeto y él que tuvo la osadía de confesarse con un cura para absolverse de culpas y librarse de acusaciones. Pero ¿sabes, Carmen?, mi escalofrío se aligeró con la ginebra y viéndolo directamente a los ojos, no podría asegurar que me estuviera diciendo la verdad. Ramón María quiere aparentar ser un desalmado, pero apenas a unos minutos de conocerlo, estaba convencido de que es un hombre sincero, un alma buena, una mente sabia y desconocida. Como lo son todos los hombres de blanco y negro.

Quizá detectó que yo había dudado de su relato y quizá por eso me dijo que el mismo día del crimen, *la fragata dio fondo en las aguas de Veracruz, y desembarqué en aquella playa, abrasada, donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa los aventureros españoles. La ciudad que fundaron, y a la que dieron abolengo de valentía, espejábase en el mar, quieto y de plomo, como si mirase fascinado, la ruta que trajeron los hombres*

blancos. Confieso que en tal momento sentí levantarse en mi alma de hidalgo y de cristiano el rumor augusto de la Historia… y hasta se puso de pie, Carmen de conquista y conquistada. Lejos de intimidarme, Ramón María me divertía de una manera diferente a las diversiones filosóficas de Ramón y de una manera más pagana que las sabias consejas de Juan Ramón, pero en la misma tonalidad sin colores que compartía con sus semejantes de nombre, tocayos en blanco y negro.

Seguimos degustando no sé cuántos vasos de ginebra y a Ramón María le entró una especie de sopor silencioso. Se quedó más de una hora callado, lo que me permitió abundar en mi historia y soltarle mis inquietudes, pero él no respondía, se había quedado como estatua. Luego, como si hubiera caído en un hipnotismo quizá provocado por el aburrimiento de mis palabras, sacó unas hojas para enrollar tabaco y una delicada bolsita de terciopelo morado, la única prenda que le vi en colores, y empezó a enrollarse un larguísimo pitillo. Al principio pensé que se los forjaba largos para no quemarse la barba y en mi mente se apareció la imagen intacta de mi padre forjándose su rastrojo de patata con la página en turno del *Quijote*, pero en cuanto Ramón María encendió aquello no me quedó la menor duda de que estaba fumando mariguana. ¡Un porro, Carmen, en pleno Café Gijón! ¡Eso sí que me dio escalofrío, por los alardes de ese vampiro estaba yo corriendo el riesgo de que me expulsaran para siempre de mi entrañable Café Gijón! No es que sea yo un moralino, si ya me ha dicho Cayetano que entre los colores que desconozco de esta España se vale fumar, inhalar, decir, maldecir, mancillar y vapulear de todo. Pero, comprende Carmen atrevida, que no estaba mi condición en el Gijón como para solapar los pasones de Ramón María…

Discretamente, lo invité a que abandonáramos el lugar. Por supuesto que liquidé la cuenta y encendí mi acostumbrado Don Julián para ver si los humos de mi puro disipaban los olores de hierba que se le arremolinaban en la barba a mi misterioso acompañante. Salimos de nuevo a Recoletos y como si la brisa le infundiera nuevas ganas a su charla, me dijo que uno de sus *antepasados, Gonzalo de Sandoval, había fundado en aquellas tierras el reino de Nueva Galicia. Yo, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba a perderme, como él, en la vastedad del viejo*

imperio azteca; imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, entre restos de cíclopes, que me hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y solo tienen par en ese misterioso cuanto remoto Oriente… Iba con la mirada encendida, y superada la nerviolera que me entró en el Gijón, no puedo negar que este hombre también se me hizo entrañable. Dejé que alargara los elogios a su estirpe y, a paso lento, me propuse andar con él hasta que se terminara el churro que lo elevaba por encima de las aceras. Igual que lo que pasó con el espejo, creí que iba andando a mi lado y cuando menos lo pensé, reparé en que Ramón María se me había esfumado… Me vi parado, muy cerca del mismo sitio en donde me interpeló, pensando que le debe gustar perderse entre los chopos o esconderse en los arbustos para completar la escenografía de su imponente personalidad…

Agosto es perfecto mes para bodas por las vacaciones y porque así las parejas inician una nueva vida en el umbral del otoño. Agosto es también sinónimo de ofertas, remates y baratas. Es mes perfecto para repostular intenciones y renovar propósitos. Se parece a enero, pues las escuelas ya casi reinician clases, recreos y tareas en cuanto rebasan la canícula y se perfilan para un nuevo otoño. Además, agosto se queda sin gente y muy pocas personas mantienen el ritmo habitual de los cafés y de las oficinas. Mejor dicho: no es que desaparezcan los madrileños, sino que forman legiones rotativas que se turnan las salidas a las playas con las guardias burocráticas. Es más, los que se quedan perfeccionan su condición de madrileños, fieles a las calles y a los tiempos de aburrición.

Pero en el calendario taurino, agosto no es un mes de solaz ni de asuetos obligatorios. Agosto es el mes más sangriento de la fiesta y los toreros lo saben: en agosto murieron Corchaíto en Cartagena; Ignacio Sánchez Mejías, que murió *a las cinco en punto de la tarde* en Manzanares; Carnicerito de México en Villaviciosa; José Falcón en los cuernos de un toro de la ganadería Hoyo de la Gitana; José Cubero, Yiyo, en Colmenar Viejo; Manolo Martínez de las heridas incurables de su hígado etílico; Luis Procuna en un avionazo sobre Centroamérica y casi en agosto, pues apenas empezaba septiembre, Francisco Rivera, Paquirri, en Pozoblanco y también Fermín Espinosa, Armillita, el Maestro de Maestros que cimbró a España entera y vivió una vida taurina con una sola cornada en casi treinta

años de gloria. Pero todo el mundo taurino sabe que en agosto murió Manolete, el 28 de agosto de 1947, en Linares, herido de muerte por «Islero», fiera de Miura, que lo mató en el mismo instante en que el torero le clavaba el estoque en el corazón.

A Pedro Torres Hinojosa parecía que se le habían pasado los meses rápido y a finales de agosto cayó en la cuenta de que faltaban dos días para un aniversario más de la muerte de su ídolo, el torero cuyos colores habían fraguado el azaroso encuentro con su Carmen la tarde del 5 de febrero de 1946, un año y medio antes de que entregara su vida en los cuernos de «Islero» y confirmara su condición de leyenda. Pero más que preocuparse por el paso de los días, a don Pedro le asaltó la memoria calcular que se cumplían cincuenta años desde que había sacudido al mundo taurino la tragedia de Linares.

Sin más rodeos ni preparativos que los que secreta la adrenalina de las travesuras espontáneas, Pedro Torres Hinojosa se metió a una agencia de viajes y se encontró con la milagrosa oferta de dos boletos para la corrida conmemorativa de los cincuenta años de la muerte de Manolete en Linares. Nuevamente, seis toros de Miura en el mismo ruedo, el mismo día. Ahora, para ser lidiados por un mexicano, Miguel Espinosa, el hijo del inmenso Armillita, Enrique Ponce, el pontífice que ya había refrendado los colores taurinos de don Pedro, y Miguel Báez, Litri, otro cachorro de larga dinastía, que no había podido ver más que en corridas por televisión. Una oferta de trescientos dólares cada boleto; oferta pues según subrayó el dueño de la agencia, «En Linares está ya la reventa a mil dólares…».

En el momento en que pagó los boletos, con seis billetes de impecable color verde, seis billetes por cada toro que vería morir en Linares, pensó que el otro boleto sería para Carmen. Pensó que la adrenalina de sus nervios, la travesura de entrar a la primera agencia de viajes que le quedó en el camino aceleraría el milagro de reencontrarla, besarla en el preciso momento en que la volviera a ver y al siguiente instante sacar los dos boletos como si fueran el anhelado salvoconducto para reiniciar sus sueños en Andalucía. De regreso al Madroño, don Pedro se fue inventando escenas: era imposible que Carmen se negara a viajar a Linares, pues además se trataba de rendirle un tributo a Manolete, el torerocupido que los había unido. El azar había dispuesto que ese día toreara un

mexicano, un valenciano que es el mejor del mundo y un hijo de Huelva, la tierra de los parientes de sus padres. Además, don Pedro estaba seguro de que Carmen, al igual que él, jamás había visto en vivo y a todo color a un Miura, y eso representaba una azarosa manera de sacar todo el coraje y toda la ira que había sembrado en su mutua afición el nombre «Islero». Era una venganza, y al mismo tiempo, un renacimiento.

Faltando dos días para la corrida, don Pedro calculó que podrían llegar a Linares el mismo día, salir temprano de Madrid, llegar a la hora de la comida y acercarse a esa mitológica plaza de toros con buen tiempo antes de que sonaran los clarines. Todo esto lo calculó en horario español, pues además de confiar en el reencuentro, don Pedro estaba convencido de que en cuanto volviera a ver a Carmen se sincronizarían sus desvelos, se acabarían sus enredos y se normalizarían dieta, sueños, colores, salud y presupuestos. Pero mientras llegara ese momento, don Pedro no podía desperdiciar ni un solo minuto de esas cuarenta y ocho horas y volvió a caminar todo el barrio de Lavapiés como si no hiciera calor y como si no le dolieran los pasos.

La tarde de la víspera de la corrida, sin confiar su plan ni a Cayetano ni a Vicenta para no dar pie a que llegara el doctor Cepeda con una camisa de fuerza que le impidiera sus ilusiones, don Pedro alquiló un Ford Fiesta y, por primera vez en su vida, condujo un coche por las calles de su Madrid. No pudo ocultar cierto nerviosismo en la agencia de alquileres, cuando le solicitaron *carné de conducir* y pasaporte. Él sacó su *licencia de manejo* mexicana y respiró un hondo alivio en cuanto reparó que el acalorado dependiente no apuntó bien el número del pasaporte, ni el nombre completo, y además ni cuenta se dio de que el carné había caducado desde 1979. Ya sentado en el asiento del conductor, don Pedro pensó que el dependiente quizá vio invertido el año 79 y lo confundió con el 97; se hubieran prolongado sus explicaciones a sí mismo, si no fuera porque cayó en la cuenta de que hacía muchísimo tiempo desde que había conducido un automóvil. De hecho, solamente había manejado coches prestados y en rarísimas ocasiones.

Para ser un hombre que normalmente no manejaba en la Ciudad de México, no se puede decir que lo hizo mal. Lo que sí se puede

decir es que condujo como un advenedizo: el asiento pegadísimo al volante, las manos aferradas y sudorosas, un ruido inevitable en cada cambio de velocidad que provocaba pequeños arrancones y enfrenadas repentinas y una absoluta negación para voltear a los lados. Siguiendo las instrucciones que le había dado el despistado de la agencia de alquileres, don Pedro llenó el tanque —que allí llaman depósito— checó las llantas —es decir, verificó la presión de las ruedas— y se lanzó a la divertida aventura de buscar a Carmen por todas las calles de Madrid con la peregrina ilusión de que la encontraría en un paso de cebra —que es en México un cruce peatonal— o esperando un autobús en cualquier acera, que en su cabeza era como decir que la vería haciendo tiempo para tomar el camión en una banqueta.

Anduvo manejando toda la tarde y toda la noche, y cualquiera diría que estaba usurpando las rondas de los taxistas y arriesgándose a un aburrimiento infinito, si no fuera por el descubrimiento de cómo funcionaba el radio que amenizó su kilométrica hazaña con las más variadas melodías. Sin permitir que la música lo distrajera, don Pedro intentaba memorizar los nombres de las canciones y cantantes desconocidos que inundaban la cabina de su nave increíble: Joaquín Sabina, Niña Pastori, Jarabe de Palo, Boleros Bengalíes y hasta dos grupos mexicanos, Café Tacuba y Maná, que le suscitaron algo muy parecido al orgullo. Apenas decían los locutores los nombres de cantante y canción, don Pedro giraba las estaciones como si fuera un telegrafista en altamar, riéndose con los nombres inverosímiles de grupos altisonantes como Los castigados sin postre, Tarzán y su puta madre, Los peces folladores y otros muchos más que inundaban la cabina de su alquilado Ford con tamborazos y gritos desalmados. Pero él iba feliz, dando volantazos y cambiando de estación, provocándose él mismo un banquete musical que, ya entrada la madrugada, le resucitó las más íntimas fibras de su memoria con la voz de Sarita Montiel cantando *El polichinela*, Rocío Durcal acompañada de mariachis y una orquesta anónima que le rindió una de las mejores versiones de *Suspiros de España* que jamás había escuchado.

A las cuatro y media de la madrugada se dio por vencido. No encontró a su Carmen por ningún lado de los muchos que tiene Madrid, pero lejos de desilusionarse y abandonar su aventura se

inventó inmediatamente la idea, que en segundos se volvió convencimiento, de que Carmen lo estaba ya esperando en Linares. Que era él el que había malinterpretado al azar, que la bitácora providencial dictaba que él se acercara a Linares, por las razones que lo habían ya llevado a comprar los boletos, y que en cuanto entrara a la plaza de toros ella estaría envuelta en colores, con el mismo vestido con el que la conoció, en los tendidos conmemorativos de la muerte de su ídolo compartido.

Con ese pretexto rondándole su desveladísimo cerebro, don Pedro enfiló por Gran Vía, pasó por Callao a buena velocidad y aceleró al pasar frente a la Casa del Libro. Tuvo la osadía de no solo estacionarse justo frente al Hostal Madroño, sino además subir las dos llantas del lado derecho sobre la acera sagrada. Vicenta ya había puesto su tradicional mazurca zarzuelera para acompañar sus labores de limpieza cuando vio entrar a don Pedro con una mirada irreconocible.

—Me voy a Linares en este mismo momento, Vicenta —le dijo con el mismo tono decidido que usan los toreros o los soldados— y añadió: ni me digas que si mi salud o mis años… Alquilé un coche que está aquí afuera aparcado, y tengo aquí dos boletos para la corrida de Manolete… y, como sé que no me dejarás ir solo, te ruego despiertes a Cayetano y permitas que me acompañe…

A Vicenta no le alcanzó el tiempo ni para decir su «pero, ¡bueno!», pues Cayetano ya había salido de atrás del mostrador y, aunque en su cara había evidentes señales de recién levantarse, llevaba una sonrisa cómplice como si hubiera sabido de antemano el propósito de don Pedro. Con un «calla, mujer, que no vamos a dejar que nuestro mejor amigo se arriesgue la vida por esos caminos de Dios», Cayetano se calzó una camisa limpia, una chamarra ligera, que él mismo bautizó como su chaqueta de viaje, y se ofreció a conducir, «para que descanse usté en el trayecto, don Pedro, que se le ven los ojos repletos de sueño…».

Así se dan los milagros, pensó don Pedro, sin rodeos ni tardanzas, y recordó que en su *Quijote* había subrayado, con el mismo plumón con el que pintaba sus clavelitos, que *los milagros, Sancho, son cosa que sucede muy rara vez*, o algo por el estilo. El caso es que no subió a su 702 y apenas alcanzó a despedirse de beso de Vicenta, uno en cada mejilla como se estila en España, que a su

vez le dio un beso en la boca a Cayetano como si lo estuviera mandando a la Legión. Los dos hombres salieron tan entusiasmados del Madroño que ni repararon en la pobre Vicenta que, fregona en ristre, les enviaba el insólito gesto de una bendición.

Cayetano era mucho más diestro al volante y eso tranquilizó a don Pedro. Sintió esa necesaria confianza que, inevitablemente, tiene que darse en cuanto uno se sube a un automóvil con chofer —que es decir chófer—, sea de taxi, familiar o amigo. Por eso, apenas enfilaron hacia Despeñaperros, se dejó caer en un sueño repara y esperanzador que no despertó hasta que estaban a muy pocos kilómetros de Linares, con todo el sol inundando el Ford Fiesta y Cayetano metiendo tercera al tiempo que tarareaba, desentonado pero feliz, un cuplé desconocido.

Carmen jardín inconcebible, Carmen inencontrable y azarosa. ¿Por qué no fuiste a Linares? Creí que esa era la clave, la secreta señal de nuestro milagro… Manolete, cincuenta años, la escena del crimen, los tendidos repletos, un mexicano en el ruedo… ¡Qué inmensa tristeza! Por momentos pensé que todo esto no ha sido más que un inútil esfuerzo por resucitar a un ahogado, yo. Que yo me ahogué en tu recuerdo como canción ranchera y que desde hace cuarenta años debí darme cuenta de que te me esfumaste y desapareciste para siempre, Carmen espuma y sombra.

Has de saber que salí de Madrid, que conseguí dos magníficos boletos para la corrida de Linares, la corrida del medio siglo, que alquilé un coche para que nos fuéramos cantando y platicándonos sin el estorbo de algún compañero de tren o de alguna chismosa de autocar. Has de saber que a falta de encontrarte me fui con Cayetano, que le invité la comida en una tasca cercana a la plaza de toros de Linares, que decidimos dormir en el Parador Nacional de Bailén, que es triste y solitario, y que regresamos a Madrid al día siguiente, el penúltimo día de este agosto tan raro y triste, sin que se diera el milagro que justifica toda mi vida, todos mis ahorros, toda esta loca aventura.

¿Qué quieres que te diga? Carmen, te ruego que ya no aplaces más mis desvelos y mis inquietudes. Está por comenzar el mes de cumpleaños, el aniversario de mi atrevimiento trasatlántico y no te sé decir cuánto tiempo aguantaré el ritmo de todo este desasosiego.

¿Que cómo nos fue? Pues independientemente de tu ausencia,

no puedo negar que nos fue de maravilla, que una vez más he vivido una travesura en compañía de Cayetano y he confirmado nuestra intensa hermandad. La corrida bien: Armillita, un pálido remedo de lo que fue su padre, tuvo el buen detalle de brindar el primer toro hacia los cielos, en el sitio exacto de la tragedia y, luego, el terrorífico roce con la gloria al ser revolcado por su segundo toro a unos metros del mismo lugar; Litri es un chaval con valor, oficio y ganas, pero que ayer no tuvo suerte, y Enrique Ponce, ¿qué quieres que te diga?, cortó la única oreja de la tarde, confirmó todos los quilates de su maestría y tuvo, además, la gentileza de vestirse de rosa y oro, el mismo terno que usó el Monstruo el día de su sacrificio hace medio siglo. ¿Que cómo vi los colores?

Pues, verás: los tendidos se me aparecieron sin un solo color, pero en el ruedo veía los claveles rojos en todo su esplendor. Unos claveles como los que pinto yo que unas niñas vestidas de manolas depositaron sobre el palomo de arena del fatídico tercio donde cayó Manolo. Te busqué entre todo el blanco y negro de los tendidos, convencido de que te vería con tu vestido de flores, el mismo de la inauguración de la México, el mismo de mis sueños.

¿Qué cómo son los Miuras? Pues son las imaginadas fieras que tanta leyenda han creado: embisten y luego estiran el cuello, son largos y agalgados y en cada arrancada bufan la fama de asesinos, pero en general, son malos. Bravos, encastados, pero mansurrones, son malos. Tienen malas ideas en la cabeza como las que se me meten a ratos a mí mismo. Malas ideas como pensar que no te he de encontrar, Carmen Emperatriz, que seguramente tuviste algún contratiempo o que, incluso, allí estabas pero no te vi, no te pude ver porque tampoco rastreé cada cara y cada rostro de esa plaza repleta.

Si ya sabes que no tengo malas ideas, Carmen poema y Carmen jardín. Si parece que te reclamo y si parece que estoy flaqueando no es más que una estúpida caída en melodrama inútiles. Sé que te voy a encontrar y que todas las ilusiones de medio siglo se cumplirán en cuanto el azar coordine todas las circunstancias que permitan nuestro milagro. No tomes a mal mis resbalones, Carmen inmóvil, que sé que tú también has de estar inquieta ya por nuestro redescubrimiento.

Pongámonos alegres, como yo mismo lo logré gracias a

Cayetano. ¡Si vieras cómo me divierten sus frases y sus anécdotas! Este también dice greguerías como las de mi amigo Ramón y no tienen ni una gota de aburrimiento sus anécdotas. Íbamos rumbo a Bailén, luego de la corrida, y me fue platicando de un amiguete que conoce en la Real Fábrica de Moneda y Timbre que es un erótico descabellado, un perverso declarado, uno de los millones de españoles que no hacen más que pensar en el *secso*, que es sexo pero que se les dificulta decirlo por aquello de la equis, como decir México, Mécsico, Meshico… Era, como dice Cayetano, «un tío más caliente que el cenicero de un velatorio».

En fin, imagínate que su amigo se la pasaba pensando en el *secso* y que un día llegó al bar y, con esa desfachatez con la que se platica aquí de tetas y de culos, le cuenta a Cayetano que había mandado pedir a vuelta de correo una muñeca inflable. «Una muñeca hinchable, de esas que se dejan follar y de todo sin ninguna queja», según me contaba Cayetano. ¡Ya te imaginarás la sarta de guarrerías y la grave enfermedad mental que se necesitan tener en la cabeza para rebajarse a semejante simulacro del peor onanismo! El caso es que el amiguete de Cayetano, que además juró que me lo va a presentar para que no vaya yo a pensar que el enfermo es él, llegó unos días después, feliz y con cara de semental satisfecho, a contarle a Cayetano que ya le había llegado la mona por correo y que además ya la había vestido con unas ropitas que le había robado a su hermana. Pero allí no termina la ridiculez: sucede que durante unos meses, el tal amigo de Cayetano anduvo presumiendo que en su casa tenía a su novia de hule, su musa de caucho y hasta contaba los malabarismos que practicaba con ella. Pero llegó el día en que el tal amiguete ya no se dejaba ver por el bar y, cuando por fin se lo reencontró Cayetano, tenía una cara de luto y tristeza como si se le hubiese muerto su muñeca de plástico. ¡Si vieras con qué gracia platica Cayetano que el imbécil de su amigo había cometido la increíble pendejada, la sublime gilipollez, de ponerle pendientes a la mona! ¡Le puso aretes, que seguramente compró en una joyería de remates, para verla más guapita, y terminó ponchándola!

Con ese tipo de historias y no sé qué tantas otras cosas más, no te puedo negar que mi viaje fue realmente divertido. Apenas nos salió el sol en Bailén, regresamos a Madrid para que Vicenta no corriera más nervios de los que ya tenía y ahora me encuentro de

nuevo confeccionando mis recorridos, mis planes en los mapas y tus claveles en la pintura de Antonio López, convencido de que te he de reencontrar antes de que se cumpla el aniversario de mi llegada.

Estoy convencido y con la travesura de mi salida a Linares solo he confirmado que el destino es más misterioso de lo que yo pensaba, que no lo puedo forzar con alardes automovilísticos ni trasatlánticos así nomás por nomás. Todo esto tiene un sentido y estoy seguro de que el desenvolvimiento de los días, los horarios inexplicables, mis amigos sin colores y las calles interminables de Lavapiés me exigen un mejor desciframiento. Estoy segurísimo Carmen, no obstante, de que en un bar he visto que agosto termina con la triste noticia de una tragedia real. Ha muerto una princesa en París que no supe a bien si era inglesa o egipcia, pero eso sí, bellísima y joven. No sé si la mataron o si murió en accidente de tráfico, pero doy gracias porque ya devolví el Fordcito alquilado y porque entre las notas que informaban de la muerte de la princesa no hubo ni una mención de que tú, la Emperatriz de Lavapiés, viajaras con ella. Lo digo porque me imagino que entre gente de tu estirpe se concocen todos entre sí y luego comparten viajes a París o a cualquier isla, ¿qué sé yo?… Estoy cansado, Carmen, y por eso me entran estas ideas tan locas… ¿Será que mi amigo Ramón se acuesta con su maniquí?… Necesito dormir y prepararme para los días que vienen… ¿Será que la letra de *El polichinela* tiene que ver con la perversa práctica de acostarse con muñecos?… Ya viene septiembre y American Express, ni sus luces… ¿Será que terminé yo recreándote en la forma de una muñeca, condenándome a creer revivir nuestro amor con la ayuda de un monigote?… Ya el lunes es septiembre y en menos de lo que canta un gallo cumplo el primer año de mi nueva vida… He vuelto a Madrid, desde México y desde Linares… pasando por Bailén… Tengo sueño, Carmen de sábana blanca, acércame tu piel de verdad, que tú no te desinflas…

Como hacía un año, septiembre sorprendió a don Pedro con el clima inexplicable y caluroso de un verano que contrastaba con el más triste de los agostos que había conocido en su vida. Agosto se había portado frío y solo, lleno de melancolías conmemorativas y de equívocos recorridos bajo la gélida tempestad de su propia soledad, pero ahora septiembre le confirmaba el ardor de las ampollas de sus recorridos inútiles, el abandono generalizado de Madrid. Todo

mundo se va, a Alicante o la sierra, a las miles de sierras anónimas que rodean el epicentro de España. En calores, hasta los fantasmas desaparecen.

Con los calores de septiembre, don Pedro volvió a guardar la gabardina y se acostumbró a los mojitos en el bar de Chicote como si fuera un antiguo camarada de Hemingway. Volvió a sentir el raro sabor del café con hielos, la frescura de las aguas naturales con gas frío que le inundaban el adolorido costado de su riñón derecho. Don Pedro orinaba a cada tramo de sus incesantes búsquedas, y en cada visita al orinal, dejaba una pequeña huella de todos los dolores que había acumulado a lo largo de su vida. Una diminuta gotita roja, casi imperceptible, que se confundía con el líquido gualda como si fueran los colores de su biografía.

Madrid llenaba de calor las noches insomnes de los locos en la Gran Vía que se confundían con turistas inocentes y distraídos. Madrid se llenaba de los sudores de bonobús y de boletos del metro, de estudiantes atrasados que llegaban de vacaciones con la ilusión de adelantar algún curso antes de que reabriera sus puertas la Universidad Complutense. Madrid se llenaba con las ansias de este hombre que había rejuvenecido y que ahora parecía abandonar sus agallas, entregarse al cansancio e, incluso, adaptarse al horario de una memoria recuperada con todos los colores de su infancia.

Don Pedro ensayó encontrar a su Carmen en el salón de fiestas del Parque del Retiro y recorrió las terrazas de todos los bulevares, que él seguía llamando camellones, pero no encontraba al rostro que le diera coherencia a su tristeza. No encontraba ni la razón ni el pretexto para dejarse descansar en la vana ilusión de que aún le sobraban dineros y fuerzas, delirios y esfuerzos. Sin embargo, don Pedro intuía que su vigor seguía incólume en la medida en que se multiplicaron sus visitas a la ducha, no inundada de vapor, sino del agua fresquita que le consolaba todos los infiernos de su locura trasatlántica.

Con el calor de este septiembre don Pedro ya no sentía la frescura de haber regresado, sino el peligro de quedarse para siempre en la inacabable tortura de jamás volver a ver a su Carmen. Los límites de su paciencia se iban aguadando como los pliegues de sus necias camisas que seguían portando corbatas de seda y lisas. Madrid así, se vuelve la capital del estorbo, la villa y corte de

millones de gentes engullendo a muy pocas personas, la metrópoli de los gilipollas que estorban el tráfico, de los que se paran a la mitad de las aceras, de los que se quedan mirando al vacío como esperando una orden o una explicación que justifique su estupidez. Madrid inundada de los vómitos de la marcha y de los recorridos interminables de todos los turistas del mundo. La ciudad que se siente ya una capital europea y que sigue currando en los bares y cafeterías, en los ministerios y hasta en las empresas de alto *standing* como si fuera un país cualquiera. *Madriz* de discotecas y de mucha marcha, Madrid que de noche se viste de postal negra, basílica de santos y vírgenes que también se acaloran con las filas de devotos que no cesan de pedir y suplicar cambios imposibles en sus tristes vidas. Madrid que presume del castellano y que habla mal el español, el Madrid de *suba usté para arriba, entre usté para dentro, baje para abajo y salga pa'fuera*, Madrid que cuando habla con mujeres dice *la dije* y que considera que los mexicanos son *sudacas*.

Don Pedro se mareaba con las piernas gordas, sin tobillos, de las mujeres blancas que salían a pasear en sandalias; con las faldas cortas y tentadoras de las miles de musas que salían a presumir sus intenciones y a retar a todos los hombres del mundo con el tamaño de sus respectivas calenturas. Madrid llenaba la cabeza de don Pedro con canciones de besos a mujeres flacas y los bailes de chicas con tetas inglesas, jóvenes con caras de gitanos con los bíceps inflados y viejos con sudores de artilleros perdidos en el tiempo. Don Pedro no encontraba alivio a su calor ni abriendo las ventanas de su hogar Madroño y quedándose hasta la madrugada observando la acera de Chicote.

Su librería seguía ofreciendo el alivio de sus raros libros y ciertos vientos de un aire acondicionado. Su calle del Carmen le seguía sirviendo a la ilusión de reencontrarse con su homónima, y además le brindaba las horchatas convertidas en nevados, raspados de nieve blanca inundada de azúcar y chufa. En la Puerta del Sol seguía cabalgando el anónimo jinete que don Pedro se negaba a conocer por su nombre; solo le divertía pensar que ese hombre, sin duda famoso, parecía un rejoneador portugués encelando al oso recostado sobre su madroño de bronce. Tampoco le interesaba

nombrar ni al caballito de la Plaza Mayor ni al saltarín corcel de la Plaza de Oriente. De allí, el único amigo que comprendería su creciente desolación, tristeza y calor sería el pajarito volantín del Café de Oriente, ese travieso aletear que parecía indicarle que no debería perder su paciencia ni cejar en su empeño.

Pero don Pedro sentía que el calor anunciaba el infierno de los tiempos, que todos los colores se fundían en el caleidoscopio de su propio destino y que su aventura, por más que él mismo quisiera lo contrario, tenía caducidad. Don Pedro ya no mantenía la rutina cronométrica de sus horarios volteados, se tardaba cada vez más en caminar de Callao a la Plaza de España y se sentía más incómodo con la inefable combinación del olor de los mil sobacos ibéricos con los humos de sus tabacos negros.

En los televisores de los bares, los bebedores se quedaban absortos viendo los esfuerzos olímpicos de unos ciclistas que le daban la vuelta a España a puro golpe de pedal, como si así mitigaran los esfuerzos y sudores de todos los televidentes, como si fueran nazarenos de una cofradía multicolor, que en vez de conos portaran cascos, que en vez de cirios aprietan manubrios y que con cada giro de los pedales redimían las culpas y los cansancios de toda España. En los periódicos, los ojos de los españoles se llenaban de nuevas historias de la farándula y de nuevas cornadas en los testículos a los más famosos toreros de este fin de siglo, ellos también, gladiadores redentores de cualquier asfixia de verano y juglares que aligeran la pesadez de los desánimos. A don Pedro le dolía cada vez más el mínimo esfuerzo de orinar, pero se sabía protegido, porque un año en España, como si fuera la primera noche en el Madroño, le había bastado para saber que Vicenta y Cayetano se convertían en la única familia que le quedaba. Y por eso le valía la pena seguir andando hasta Lavapiés, seguir en la búsqueda del único amor de su vida, de la más grande de sus ilusiones y de la única razón fría y sin sudor que podría aliviarlo de todos los calores ajenos.

Ni Ramón, ni Juan Ramón, ni Ramón María. Carmen que siento que me he quedado solo en Madrid, solo rodeado de los mares de sudor de los millones de rostros que veo como niños atontados, temerosos de la vuelta al cole, el reingreso a clases, la matrícula que allá llamamos inscripción. Carmen que no he podido ver ni a don

Alfonso, y don Pío que no se pasea por el Retiro por el miedo a los calores. Aquí ya no veo ni al triste Amado y estoy seguro de que Max ya se ha vuelto
pa'México,
se ha regresado a mi tierra de los colores que no llegan a sofocarme como lo hacen los calores de este Madrid infernal.

Carmen, te ruego que te me aparezcas lo más pronto posible pues ya no tengo paciencia para las preguntas de tanta gente tonta que nunca ha salido de aquí y que acude a mí, ¡imagínate Carmen de mapa y guía!, a mí acuden para que les indique calles y direcciones. Y lo peor es que yo mismo los acompaño hasta donde van y me he convertido en un sereno sin llaves que custodia las aceras de la Gran Vía y los callejones de tu Lavapiés imperial.

Carmen de mantilla negra de mil colores, que ahora estarás con abanicos en ambas manos. Carmen que no te imagino sudando y que percibo el perfume sabroso de tus axilas que debería ser ejemplo para los putrefactos sobacos de las gordas que estorban mis pasos sobre las aceras de Madrid. Carmen que no quiero volverme un gruñón perdido en un mar de gente que trae la sonrisa distraída de sus respectivos veranos en rostros tan iluminados como si sus caras fueran plazas y zócalos de nuestros mejores recorridos y paseos. Carmen de camellones con terrazas y cafés con hielos, Carmen fresquita que tus besos me saben a horchata, mujer que sabes que amanece ya con un nuevo sol caliente y que a la luna se le ha ocurrido hacer su último eclipse del siglo como si supiera que yo sigo mirando a la noche con los ojos en blanco y negro de ese México que se me quedó en la memoria.

Carmen de incomparable frescura que me he quedado sin la tertulia de mis amigos. Solo me resta la compañía de Cayetano y los recorridos borrosos de nuestras noches de ronda, de Vicenta y sus consejos y de las visitas cada vez más frecuentes del doctor Cepeda. Carmen que me duele cada vez más orinar y que cada vez orino más, que orino y pienso que me preocupa no llegar a cumplir el sueño de mis regaderazos en la ducha, de mis duchazos en la tina, juntos bajo el manantial de mi hogar Madroño. Carmen que Chicote se queda desolado, que ya no viene ni Ava Gardner ni John Wayne, que la foto de Cantinflas ya es inevitablemente la foto de un México muerto y que me temo que todo el calor de este septiembre solo sea

el marco que anuncie la muerte de Madrid, la muerte temporal como la que se repite a cada hora de la siesta y que se rompe a cada tarde con el renacimiento festivo de la marcha madrileña, del copeo incesante y de las madrugadas llenas de tunos y de rockeros, de jóvenes con caras de ancianos y de ancianos que parecen renacer en los piano-bares en donde cantan *Clavelitos* y toda la música de mi divino Agustín Lara.

Carmen que me estoy cansando y que siento el temor de que tampoco hoy llegaré a la madrugada del Madroño para verte esperándome bajo las aguas frescas de mi ducha. Carmen que salgo por las tardes esperando desayunar con tu cara y pasearte por este Madrid que anochece con tu mantón de manila y tus abanicos de alivio. Carmen que no te encuentro ni en la iglesia de la Almudena ni en mi Café de Gijón, que creí verte en la caracoleada acera de la Cava Baja y que te desapareces con los sonidos de unos gitanos acalorados. Carmen que te busqué en el Retiro lleno de veraneantes, lleno de piernas al aire que se quedan mirando mi corbata y mis camisas sudorosas como si quisieran reclamarme mis obsesiones y echarme en cara cuarenta años de felicidad. Carmen que no me verás las piernas hasta que lleguemos juntos al Hostal Madroño, hasta que estemos juntos bajo las sábanas frescas de la cama de mi hogar. Carmen que te sueño con hielos y que septiembre se perfila como el mes de nuestro reencuentro, igual que todos los septiembres de mi pasado, pero ahora con la serena convicción de que merecemos el milagro.

Carmen que te seguiré buscando, porque ya dije, jamás te perdí. Solo he perdido los colores de México y la paciencia de Madrid, solo he perdido la agilidad de mis paseos y las ganas de orinar sin el miedo de sentir dolores. Carmen que he recuperado los colores de mi infancia y que reconozco cada cara triste y cada sonrisa, cada carcajada y cada rostro de los esperpentos que deambulan a mi lado. Carmen que ahora conozco los contrastes y los tonos, los pasteles y las acuarelas, las fachadas y las aceras cuadriculadas de cada barrio de nuestro Madrid. Poema y jardín, que a mí no me engañan y que he descubierto que al Caballito de la Plaza de Oriente lo han volteado para que ahora mire de frente al Teatro Real en donde tendremos nuestro abono de conciertos y zarzuelas. Carmen que he recuperado los trayectos de cada callejón de

Lavapiés y que seguiré rondando La Corrala y la estatua de mi Divino Flaco hasta dar con tu palacio, fresco y ventilado, con piscinas de tónica Schweppes y bañeras de café con hielo. Carmen que encontraré tu refugio y que solo entonces me dejaré caer en el sopor y los sudores que emanen del beso de nuestro reencuentro, el mismo beso que te vengo dando desde que te conocí, el único beso que ha guiado mis pasos durante todo este año sin reencontrarte. Carmen de septiembre, verano a punto de cumplirme mi otoño, calendario de mi vida, recuerdo de mi infancia, única posibilidad de mi futuro, consuelo de los que sufren; Carmen, torre de marfil helado, virgen del hielo, señora de las horchatas, agua fresquita del río Manzanares, no me abandones ni de noche ni de día, no me dejes solo que me perdería…

La tercera semana de septiembre amaneció entre la ventana del Hostal Madroño con una temperatura que le recordó a don Pedro el desquiciado horario de su aventura. Se acababa de dormir según el horario cansado de su México, y Madrid ya vivía el transcurso de una mañana calurosa. Había pasado la noche recorriendo Lavapiés y pagando largos viajes en taxi que le permitieran visitar cada terraza de los bulevares acalorados con música, marcha y mujeres. Para intentar conciliar su sueño, don Pedro llegó a las últimas páginas del *Quijote* y decidió dejar para una próxima visita al Parque del Retiro la experiencia, que le sería inolvidable, de leer allí, tumbado en el césped de sus mejores recuerdos, los últimos párrafos de esa historia que no había podido leer de niño por el sencillo hecho de que su padre se lo fumó completito.

Más tarde, según consta en las actas, don Pedro no llegó a leer el final del *Quijote*, el bonobús que marcaba las hojas se quedó en la misma página en donde él mismo había anotado *15 de septiembre, día de la Independencia de México*. Los lectores que van anotando el calendario de su lectura en los bordes de las páginas de sus libros realizan el vanidoso ejercicio de retar al siguiente y anónimo lector. Es como si quisieran que el siguiente lector, ese desconocido *otro*, siguiera el mismo ritmo de lectura que uno mismo o es como soltar un globo al cielo con el secreto mensaje que complementa los párrafos impresos con una invitación a una tertulia de fantasmas, una charla a larga distancia de lugar y espacio entre lectores desconocidos con autores inaccesibles y personajes inexistentes. En

realidad, en las bibliotecas y en las librerías de viejo uno compra dos libros en uno cuando estos vienen marcados con fechas, subrayados y con anotaciones; uno compra las páginas del autor y, al mismo tiempo, las lecturas de algún anónimo solitario que gastó sus madrugadas sobando y anotando los bordes como si dejara huella de su silenciosa voz y constancia de sus conversaciones con el autor de esas páginas o los personajes que viven en los párrafos. Quizá así se lo propuso don Pedro la mañana del 15 de septiembre de 1997 cuando anotó en el borde del *Quijote* un recordatorio de la Independencia de su México, un garabato calendárico al filo de la mancha tipográfica, una aventura secreta de su propia memoria junto al final de la historia de un desmemoriado caballero de La Mancha, que logró rebasar su mancha de tinta precisamente auxiliado por los mágicos poderes de los libros.

Pero esa mañana, don Pedro Torres Hinojosa no se dejó caer en el sueño de lo que sería su madrugada mexicana. El calor de septiembre en Madrid lo hizo ducharse, afeitarse y encorbatarse como si fuera un madrileño más, un cheli dispuesto a averiguar cómo había amanecido el foro, otro currante que se decidía a cumplir la cuota diaria de sudores y esfuerzos en Madrid. Incluso, Cayetano y Vicenta se sorprendieron cuando lo vieron aparecer en el ascensor ataviado para salir como acostumbraba todas las tardes o noches. Pensaron que, por fin, luego de casi un año, su huésped que ya era familiar se había enrolado en el horario español, olvidándose de las horas de México que le habían quedado atrás y de su novia que no aparecía ni en las aceras de cuadritos ni en la correspondencia del Lobatón.

Lo único que cambió en su elegante traje negro fue que esta vez no llevaba chaleco y que la corbata se la había dejado, prudentemente, anudada de manera suelta, abajo de la manzanilla de Adán, esa nuez anidada en su cuello que combinaba al azar su voz cantante del español de México con el ronco timbre de su acento castizo recuperado. Su loción de afeitar cobraba un aroma más refrescante a esas horas y por eso, y muchas cosas más, se puede cualquiera imaginar la alegría que les suscitó verlo salir campante y silbando por la puerta del Hostal Madroño.

Como era su costumbre, don Pedro subió la ligera cuesta de la Gran Vía, sorteó Peligros cruzando como un caballero de gracia y se

dirigió a la iglesia de las Calatravas como si quisiera agradecer un milagro largo tiempo anunciado. Desayunó en el Café del Príncipe, en la terraza y sin ninguna prisa, como si fuera él mismo la Alteza Real que daba nombre a ese mágico edificio plantado en medio de la Plaza Canalejas como si fuera un claro en el abigarrado mapa de un bosque. Tres horas después, don Pedro entró a la Puerta del Sol con la única misión de confirmar que el jinete seguía allí, sin que se lo hubiera comido el oso y con la curiosidad de ver si alguien no había movido el kilómetro cero: iba silbando un danzón de Acerina y se reía de unas monjitas gordísimas que entraron a la tienda donde se venden los paños multicolores que sirven para vestir santos.

En la Plaza Mayor se encontró con la novedad de que el otro jinete anónimo cabalgaba ahora entre casetas de una especie de feria de comidas. Paseó por los portales y en Yustas saludó al dependiente que le vendió su boina vasca. Quizá sintió pena por haberla dejado en el Hostal Madroño, pero don Pedro sentía que esta mañana había que andar descubierto, con su melena engominada mostrándose como lustre de su renovado interés por cumplir la más grande ilusión de su vida.

Con ese tipo de felicidad encima, cualquiera entiende por qué entró al Bar Andalú, pidió dos palitos cortados y casi lloró ante la cabeza disecada de un monumental Miura que se colaba al final del bar. Sintió ganas de vengar la muerte de su Manolete, como si aquel toro fuera hermano directo de «Islero», pero una foto espectacular de Rafael de Paula calmó sus iras y le recordó que aquel 15 de septiembre tenía que ser el día de su propia independencia, que esa noche sería la noche del grito con su Carmen, un grito de pareja enamorada revolcándose en la cama de su Hostal Madroño.

Bajó por Cuchilleros y a la vuelta de la esquina se refrescó con dos vasos de vino muy fresquito en Casa Paco. Allí sintió los olores tentadores de una carne indescriptible, pero él ya sabía que su día de independencia tendría que cumplir con el legendario rito de un revuelto con patatas en Casa Lucio. Se dio el lujo de ser el primero en entrar a Lucio y uno de los últimos clientes en salir. Se dio el lujo de fumarse un habano que compró en el primer estanco que se le cruzó en su ruta hacia Lavapiés. Se dio el lujo de cantar *Madrid*, completito y arrastrado, ante los pies de la estatua de Agustín Lara

y se dio el lujo de reencaminarse hacia el Madroño en cuanto empezó a sentir la pobreza de su posible desolación, la despoblada y triste tarde en que ya nadie caminaba por Madrid, la soledad de las calles en este día tan mexicano y en el que ningún madrileño se evadió de la siesta.

El azar lo llevó hacia el Hotel Victoria y sin la menor intención de integrarse a una tertulia taurina que hacía alardes de faenas inventadas y de recuerdos falsos, don Pedro abrió una callada y silenciosa charla con un *whisky* envuelto en hielos. No se sabe cuántas horas estaría tomando *whisky* entre aquellas paredes forradas de fotografías de Manolete y enmarcadas con las cabezas de los toros que el Monstruo inmortalizara hace ya más de cincuenta años, pero en la plaza frente al Hotel Victoria las alas de las palomas ya avisaban la cercanía del atardecer.

Se dijo a sí mismo que no cometería el ridículo atrevimiento de acercarse al Instituto de México, en la carretera de San Jerónimo, para preguntar en dónde se celebraría el Grito. Él ya sabía dónde y con quién daría el rito y por eso dirigió sus pasos por la calle de Cedaceros, para cruzar Alcalá con la esperanza de volver a ver a una violetera que le brindara un ramo de nardos para su Carmen. Quizá por eso tardó en cruzar Alcalá o quizá se tardó porque volteó hacia la iglesia de las Calatravas para confirmar los rezos que allí mismo había elevado esa misma mañana.

Bajó por Peligros y al girar en Gran Vía observó que el letrero de Chicote ya estaba encendido como una lámpara botiva. Ramón lo recibió con la misma elegancia de siempre y don Agustín, tocayo del poeta que había escrito todas las melodías que se venía tarareando desde la Plaza de Santa Ana, le sirvió el más raro *whisky* coctel que jamás habían probado sus amodorrados sueños. En vez de cruzar Gran Vía, se dio el lujo de hablarle por teléfono a Cayetano y darle las indicaciones necesarias para que lo alcanzara en Chicote.

Cayetano entró por la puerta giratoria del ya mítico establecimiento como a las ocho de la noche, o lo que es lo mismo, al cuarto *whisky* coctel que inundaba la imaginación de su amigo. Notó el mareo, el evidente desvelo y las ya salivosas confusiones de don Pedro, pero Cayetano no se tardó mucho en alcanzar un nivel digno de acompañamiento y, juntos, unidos por el único afán de

arrancarle vida a la calurosa noche madrileña, salieron de Chicote abrazados como si se llenaran la ya alargada amistad que justificaba cada verso cantado, cada bolero imaginado y cada grito de «¡Viva México!» que lanzarían en cuanto salieron al cobijo acostumbrado de la Gran Vía.

Bajaron hacia la calle de Alcalá, cantando aquello de la falda almidoná y los nardos apoyaos en la cadera y parecería que se iniciaba una juerga feliz y sin incidentes si no fuera porque a don Pedro se le ocurrió sacar unas monedas de veinte duros e intentar comprarle flores a la estatua de La Violetera que hace esquina con Gran Vía. Al ver eso, Cayetano se partía de risa, pero en cuanto vio que las intenciones de don Pedro iban en serio le entró un principio de lo que se llama vulgarmente preocupación y que se asemeja mucho al miedo.

Cayetano confirmó su impresión en cuanto se acercaron a la Cibeles. Creyendo que don Pedro estaba mirando hacia la Puerta de Alcalá, Cayetano quedó mudo y confundido cuando su amigo le empezó a gritar que la diosa de cantera estaba señalando en dirección a Lavapiés.

—Yo no veo nada, don Pedro —contestaba Cayetano, intentando calmar las alucinaciones, evidentemente, etílicas que se le habían metido en la cabeza a don Pedro—, lo mejor es que vayamos de regreso al Madroño…

—¿Pero qué no ves, bellaco? —interrumpió don Pedro con una voz más ronca que la de costumbre—. ¿No ves que los leones están rugiéndonos una secreta señal? ¿Regresar al Madroño? ¡No seas ingenuo, Caye, Sancho, ciego e incrédulo!

—Le digo que no veo nada y si se pone usté pesao le tendré que llevar a la fuerza —y al decir esto, Cayetano tomó del brazo a don Pedro y con ligeros estirones se lo llevó por Alcalá hacia Gran Vía.

—¿Qué no ves esas caras que me hacen gestos?… ¡Si me están sacando la lengua, imbécil! ¡Déjame investigar de qué se trata este hechizo, Sancho! —decía don Pedro con la mirada perdida en los mascarones de cantera del Banco Central.

Al volver al cruce con Gran Vía, don Pedro logró soltarse de los amarres de Cayetano y se echó a correr por Alcalá hacia arriba como si hubiera recuperado íntegramente la agilidad de su infancia. Cayetano lo alcanzó a la altura de las Calatravas, no porque tuviera

más velocidad que su alucinado prófugo, sino porque don Pedro hizo un alto, girándole hacia la cuadriga del Banco Bilbao Vizcaya, «Controlad a esas fieras que sus relinchos reconozco como cosa del diablo… Si es que pretendéis llevarme hasta Lavapiés, prefiero ir andando que de polizón en una carreta de Belzebú». Apenas le puso la mano encima Cayetano, don Pedro se volvió a soltar, llegó corriendo hasta la Puerta del Sol y hubiera continuado su carrerita, si no fuera porque se detuvo azorado y totalmente convencido de que la estatua del rey sonriente estaba en ese momento rejoneando al oso que, según él creía ver, había dejado abandonado a su madroño.

A Cayetano le hubiera gustado que en ese instante se apareciera un guardia, una ambulancia, un carro de bomberos o un grupo de turistas que pudieran auxiliarlo en lo que parecía la tarea imposible de apaciguar a don Pedro o, por lo menos, un psicólogo con diván portátil que le ayudar a desenmarañar los versos de «la sinrazón de la razón que acompaña a mi corazón, de colores en blanco y negro y de noches que son mediodías, alienta a mi conclusión de que no hay en el mundo rival para la sinparflor de la fermosura, Carmen Emperatriz de Lavapiés», que musitaba don Pedro con la mirada perdida en las fachadas de los edificios. Pero algo pasó por la mente de Pedro Torres Hinojosa que en cuanto se le volvió a acercar Cayetano lo inundó de sosiego y melodrama. «Sancho amigo, que te llamas Cayetano, que ya son muchas andanzas y plugo a Dios que se me conceda ya la gracia que me he prometido», decía el pobre hombre y Cayetano ya no quería ni escuchar la interminable pesadilla de locuras y sinsentidos que salían de la boca de don Pedro. Parecía que le salía espuma de entre sus labios y que su pecho resoplaba como si hubiera de verdad visto fantasmas.

Equivocadamente, subieron por Preciados pues Montera hubiera sido la calle más indicada para volver lo más pronto posible al Madroño. Pero Cayetano ya no se sentía tan preocupado, pues don Pedro se había agotado con sus carreritas y solo balbuceaba otras incongruencias. Al salir a la Gran Vía, don Pedro juraba que el reloj de la Telefónica había cambiado su color de rojo a verde, «seguramente es por la Independencia de México, Cayesancho, Santano…», y que un inmenso faisán de concreto estaba batiendo sus alas como si estuviera a punto de echarse a volar, porque

«seguramente ya vienen por mí, Sanchitayetano, y me llevarán a Lavapiés por los aires».

Con un repentino y sorpresivo esfuerzo, que resultó ser el último de la noche, don Pedro se volvió a zafar del brazo de Cayetano y se echó a correr por la calle de la Abada, salió a Montera y en la esquina donde arranca la de Caballero de Gracia se tropezó con unos tambos de basura que milagrosamente permitieron que llegara Cayetano para levantarlo. Sin pensarlo, Cayetano le aplicó una llave muy parecida a las que se usan en la lucha libre y lo obligó a que caminara por Caballero de Gracia contra toda la voluntad que le infundían sus desvaríos.

Iluminado por la luz de una luna inmensa, apenas visible por sus ropas de cuero negro, se apareció como sombras de la calle, salido de quién sabe dónde, un grupo como de seis macarras, como seis toros negros y astifinos a punto de embestir. Apenas vio los pelos de colores naranja, rojo y azul, las manos inmensas con guantes cortados en las falanges, dos cadenas que parecían haber sido pulidas y el brillo inconfundible de un cuchillo incuestionable, Cayetano les suplicó que no les hicieran daño, que el señor venía un poco indispuesto pero que tenía suficientes pelas como para cumplir con la cuota obligatoria que evidentemente querían. De hecho, fue el propio Cayetano el que sacó seis billetes de cinco mil pesetas y un delgadísimo fajo de dólares de la cartera de don Pedro pues parecía que este se había quedado ya sonámbulo con el último esfuerzo por escaparse y con la adrenalínica visión de los pandilleros.

Todo el terror no hubiera sido más que un pésimo final para un mal trago, si no se le hubiera ocurrido a don Pedro echarle voces a los rateros, que ya se alejaban celebrando su botín, con gritos de «VideDios, hideputas y bellacos, que estoy aquí para desfacer cualquier entuerto y no desfalleceré en mi intento ni me iré de aquí, hasta que aceptéis rendirle honores a la incomparable fermosura de mi sinpar Carmen la Única, Emperatriz de Lavapiés… ¿Me oyen, idiotas? ¡Venga ya, mariquitas de la negra noche, mariposas encueradas…!». Cayetano intentó correr con don Pedro, llevándolo como lastre, pero don Pedro seguía con la perorata de «¡Non fuyades gente soez y de baja ralea que aquí hay un caballero y charro que os acomete, imbéciles!», y apenas avanzaron unos pasos,

llegaron corriendo las dos cadenas, los seis pares de puños y el frenesí de una golpiza entre carcajadas e insultos, cuya única bondad fue que no sacaron a relucir el cuchillo.

Llegaron al Madroño cerca de las cinco de la mañana, al tiempo que Vicenta se preparaba para fregar los pisos, extrañamente sin la compañía musical de su zarzuela. Cayetano traía una brecha en el cráneo y un ojo morado que no representaban mayor daño, pero a don Pedro le habían dado la paliza de su vida: un rosario de patadas en el riñón, una rodilla visiblemente afectada y un patadón en los testículos que si bien no se veía, se hizo evidente en cuanto le entraron las primeras ganas de orinar. Don Pedro iba bañado en sudor, que él creía que era sangre que le manaba de la cabeza y, en cuanto llegó a asistirlo Vicenta le decía que mandara buscar un tal bálsamo milagroso y quién sabe qué otras pócimas.

El doctor Cepeda tuvo que ir a visitar todos los días a los enfermos, mientras Vicenta no se cansaba de regañarlos como si hubieran cometido una travesura adolescente y recordándoles con cada enojo que se habían salvado de algo mucho peor. Hasta tres días después de la desgracia, don Pedro seguía con sus desvaríos y cada vez que abría los ojos desde su lecho creía que Cepeda era un barbero, que Cayetano se había metido de cura y que Vicenta no se veía tan mal vestida como moza de tiempos pasados.

Don Pedro no parecía recordar del todo bien los pormenores del incidente, aunque Cayetano se encargó de machacarlo con repetidas advertencias de que se debería cuidar, que debería dormir como la gente, que debería abandonar todos los excesos porque, en sus propias palabras, «a usté se le va la olla, don Pedro; se le cruzan los cables y se pone a decir unas cosas que más que risa, infunden miedo…».

No iba yo a cometer la pendejada de ir a gritar a la embajada de México ni tampoco me propuse la gilipollez de emborracharme como un imbécil niño pijo en este Madrid acalorado, Carmen Corregidora de Querétaro, Carmen sueño madrileño que te mereces todos los colores de la bandera de México y todas las violetas de la calle de Alcalá. ¡Viva Carmen, que me diste patria! ¡Viva México! ¡Viva Madrid, que es donde vivimos, joder!

En el número 66 de Mesón de Paredes, como el 66 de Lista, vivió Eloy Gonzalo, un Pípila español. Dicen que el Pípila de

Guanajuato quemó la puerta de la Alhóndiga de Granaditas, escudándose en una pesada piedra, sin importar que daba la vida por la Independencia de México y dicen que Eloy Gonzalo, el Cascorro, inventó el coctel Molotov y le prendió fuego al fortín de Matanzas en Cuba y que corrió la misma suerte que el anónimo guanajuatense. Pues de todo eso me enteré en mi recorrido independentista por Lavapiés y te perdiste de todo eso, Carmen lábara patria, que fue una tarde majestuosa. Te perdiste de unos revueltos con patatas en Lucio; de unos tacos de cabeza que encontré en una casquería de tu barrio, aunque inexplicablemente no había tortillas; unos *whiskys* en el Hotel Victoria y de unos coctelazos en Chicote… De todo eso te perdiste, pero no es reclamo, Reina de mis desvaríos… El que se perdió fui yo: con mis estúpidos enredos y la falta del más mínimo límite, me acomodé una borrachera estúpida que apenas recuerdo y que ni quiero recordar… Además, le endilgué la pesadilla a Cayetano y apenas me ven salir del Madroño no pueden ocultar su preocupación y hasta sus ojos de enojo, Carmen que me estoy arriesgando a que me corran de mi hogar… Que ya no vas a saber de mi paradero hasta que te pueda enviar otra postal… ¿Y si me buscara el Lobatón?, Carmen que yo mismo he agrandado mi propio infierno, que no sabes lo que me duele orinar y que ahora ya ni sé si será posible hacerte gritar en la noche de nuestro reencuentro… Carmen que camino con una rodilla de medio lado y que el dolor de mi espalda no me permite caminar erguido… Carmen que me da pena, que es vergüenza verle el ojo morado a mi Cayetano, que dice que le decía Sancho la noche de mi peor mareo… ¿Será que de leer el *Quijote* ya me está entrando una locura en la cabeza?… ¿Será que de no verte, estoy perdiendo las razones más lógicas de mi aventura?… Ya no quiero ni pensar en este código secreto de mi azar, que no pudiendo encontrarte estoy condenado a la interminable pesadilla de perderme en las calles, en las noches y en mi mente… Confieso que he leído y que, en especial, mi *Quijote* me ha llenado la cabeza con risas descabelladas y ocurrencias increíbles, pero más que alentarme locuras me han repuesto la olvidada imagen de mi padre fumando en la cama y el rostro de madre, perdido para siempre entre los colores de Veracruz… Confieso que me he vuelto un abonado de las librerías y que he descubierto autores y libros que nadie recuerda ni reconoce,

pero leer es como leerme y voy memorizando los párrafos más entrañables como si te estuviera leyendo, Carmen tipográfica bañada en tinta de Jerez… Confieso que agarré un mal pedo, pero loco no estoy, y a ti te consta que si hay días en que tengo el vino triste no implica que ha triunfado la derrota o que haya capitulado en la desolación… Carmen inencontrable que eres como un libro empastado en cuero que alguien me ha escondido entre los estantes de una librería trasatlántica e interminable… Carmen, ten piedad, que ya no sé ni a quién rezarle… Que ya no tengo consejo ni tertulia con mis amigos sin colores y que solo me queda una semana para cumplir mis setentaiún años sin verte… Carmen, consuélame de este terror, que hoy hace fresco y parece que ya nos viene el otoño…

No es que el dinero lo arregle todo, pero en algo se aliviaron las tensiones en cuanto don Pedro entró al Madroño con un miniequipo de sonido para Vicenta, con *compact-disc* y el volumen en cajita de *Luisa Fernanda*, versión completa, «para que no te falte compañía en tus amaneceres»; con unas gafas oscuras, una chamarra de gamuza y una cuerda como de vaquero para Cayetano, «para que no se repita nuestra desgracia, mano… y para que puedas amarrarme cuando me ponga loquito». Con la ligereza de *un borrón y cuenta nueva*, con la liviandad de saberse querido de verdad y con el alivio de que la cosa no había pasado a mayores y sí ya habían pasado diez días desde el percance, don Pedro invitó a Vicenta y a Cayetano a una de las comidas más espléndidas que se había corrido desde su regreso a Madrid. Si alguien tuviera que calificar la efeméride y consignar la crónica de ese día inolvidable, tendría que asentar en sus conclusiones la extraña manera en que la amistad, cuando es verdadera, borra todos los sinsabores; la misteriosa mecánica del afecto que logra ponderar hasta los más agrios incidentes y la milagrosa capacidad de recuperación que tienen los espíritus felices y los cuerpos de las personas bondadosas.

Como si acabaran de conocerse, Vicenta y Cayetano y Pedro Torres Hinojosa alargaron la comida en Lhardy con sus respectivas biografías y con largas horas de anécdotas, y hasta confesiones, que parecían emanadas de un incontenible deseo colectivo por hermanarse sin remedio. Era la primer vez que la pareja del Madroño entraba en Lhardy y don Pedro se encargó de que no les

quedara ni un solo antojo insatisfecho, ni un solo postre sin pobrar e, incluso, compró en la planta baja del ya mítico establecimiento suficientes cositas y manjares como para armarles una despensa refinada.

La tarde se alargó en carcajadas y recuerdos que se desgranaron en el *hall* del Madroño como si fueran una enredadera incontenible. A las siete menos cuarto, rompiendo todo maleficio, entraron los tres a Chicote como si no hubiera pasado nada y consta que pasaron una de las más entretenidas y sabrosas veladas de las que tuvieran memoria Ramón y don Agustín, los elegantísimos albaceas de ese museo de bebidas, que no dejaban de sorprenderse con la calidad, mesura, ánimo y felicidad de la marcha que se cargaban los tres y a conocidos vecinos de enfrente.

En un acto sin precedentes, don Pedro paró un taxi apenas salieron de Chicote y le pidió que se diera la vuelta en U en la calle de Clavel tan solo para dejarlos justo enfrente del Madroño. Con la interpretación de la *Mazurca de las sombrillas* se inauguró la minicadena musical de Vicenta, que ese día no estaba escrito que se pusiera a fregar pisos y rodapiés talaveranos por la sencilla razón de que los sorprendió el amanecer del día 25 de septiembre de 1997 con la convicción compartida de que eran tres personas absolutamente felices, tres almas irrebatiblemente buenas y tres rarísimos personajes con toda la vida por delante…

Manuel Rodríguez Sánchez, santificado sea tu nombre que hiciste tu voluntad en ruedos de España y de México… Manolete omnipresente que estás en los cielos, vénganos de las cornadas y venga a nos la posibilidad de revivir todos los colores de tus ternos, menos el trágico rosa y oro de la tarde de tu sacrificio en Linares… Manolete *quiuestinchélis* que ya no recuerdo cómo te rezaba en latín, ya que se han vulgarizado las oraciones y las fiestas más bellas del mundo… Monstruo Manolete que preciso de un quite de tu capote salvador: concédeme volver a ver a Carmen, mi Emperatriz de Lavapiés. Señor del gran Poder con la muleta y Señor de la Columna al interpretar la verónica y la media, llevo ya casi un año en busca de mi musa y no encuentro los terrenos de su querencia, aunque ubico que cada callejón y cada plaza de su imperio es un redondel perfecto para la realización de nuestra faena… Manolete inmortal, dame hoy tu faena de cada día, perdona

mi abandono de los tendidos así como perdono la abundancia de villamelones y la inundación de corruptos en el callejón de la Plaza México… Manuel Rodríguez Sánchez no me dejes caer en la tentación de dejar ir vivo al corral el destino de mi más íntima ilusión y líbrame de las cornadas que me puede dar el necio presagio de mis desvelos… Torero serio que no sonreías ni con las orejas en las manos ni en las mil vueltas al ruedo entero de este planeta… Manolete, tuyo es el reino de los toreros, tuyo fue el poder ante cualquier toro y tuya la gloria incuestionable al sacrificarte por nosotros… Manolo que eras invencible y mortal, que te vi con mis propios ojos a colores el día que te presentaste en México y que le cortaste el rabo al toro «Gitano»… Manolo, que la plaza entera se dio cuenta de que te cornearía el segundo toro de tu lote y que te dejaste cornar «porque si me muevo, no sería Manolete»… Manuel Rodríguez Sánchez que inauguraste la plaza más grande del mundo y ese 5 de febrero quedará para siempre en los colores de la gloria porque entre los tendidos de tu devoción conocí a mi Carmen, enloquecida e inmaculada… Manué, con acento andalú que te enamoraste de Lupe Sino en el Museo Chicote, que te hiciste compadre de Silverio y el amigo más competitivo de Arruz… Manolete, paella y pulque, sombrero de charro y calañés… Manolete de beneficencia y artillero de las tropas innombrables… Manuel Rodríguez Sánchez que visitaste a don Indalecio en México y que brindabas a todo el público sin importar banderas… Manolete del Gran Poder, nazareno y oro, que llevabas tus llagas y más de tres caídas con la solemne quietud de tu rostro sin sonrisas… Manolete la mirada perdida en el horizonte del tendido… Manolete estatua inmóvil citando al hilo de los cuernos, girando conforme al universo y rematando con la coreografía secreta de los bienaventurados… Manolete que aceptaste torear Miuras en Linares a pesar de que estabas cansado de tantas temporadas, chismes y competencias inexistentes… Matador, ampárame que traigo la suerte contraria, que llevo ya casi un año y no encuentro el momento de mi suerte suprema… Manolo que entraste a matar a «Islero» en la suerte contraria y que te enterró la muerte en la ingle… Manolete, ruega por nosotros, por los monosabios que te llevaron cargando al lado opuesto de la enfermería… por todos los que te dieron sangre, toda una fila de devotos que se formaron

afuera de la enfermería en el instante en que te empezaron a operar… Manolo, mártir envuelto en una sábana blanca que te llevaron en hombros hacia el hospital, ya entrada la noche y cruzando por enmedio el redondel de Linares que ya conocí en persona y pisé con mis cansados pies… Manuel Rodríguez Sánchez que repito la letanía de tus siete palabras, ya clavado en la cruz de tu agonía: ¿He matao al toro?… ¿Me han dao algo?… ¡Qué disgusto se llevará mi madre!… Tengo sed… Quiero fumar… Don Luis, que no veo… Manolete que el ganadero Miura en cuanto se enteró del crimen, salió a caballo en la madrugada de su ganadería y mató a balazos a la vaca «Islera»… Manolo que todo México te lloró y pide desde entonces esta plegaria… Manuel Rodríguez Sánchez, salve rey de los toreros, concédeme la venia de encontrarme con mi Carmen, tal y como iluminaste el milagro de conocerla… Descansa en paz, héroe que resucitas cada tarde, en cada pasodoble y en cada manoletina, en cada lance sin sonrisas y en cada pase mirando al tendido… ¡Maestro, écheme usté un grito desde el callejón!, que ya no distingo si estoy dando el pase del imposible, con un amor imposible como la canción de Agustín o jugándome la vida en un pase de la muerte… Descansa en paz, Monstruo y Monumento, que ahora cumples cincuenta años desde que te me quedaste en blanco y negro en Linares… Manolo, Manolete, hijo de Angustias, que te veo de obispo y oro como he visto al Cristo de Medinaceli…

Señor de Medinaceli, Cristo vecino del Palace, Cristo de los milagros y Nazareno callado que cumples todos los milagros… Cristo, te imploro que me permitas reencontrarme con mi Carmen y que solo juntos volvamos a ver torear a tu bienamado, Manuel Rodríguez, Manolete, que parte plaza entre tu corte celestial… Señor de las alturas, vestido de morado y con la cabellera cansada, concédenos el milagro de volver a escucharnos cantando toda la maravilla de Agustín Lara que ahora dirige un coro en tus nubes… Líbrame de los horrores de mis peores desvaríos y concédeme los colores de mis amigos de Madrid, que son sin duda dignos de volar hacia tu gloria… Recupérame mi México entrañable, así como me has reencontrado con el Madrid de mi madre vestida de luto y mi padre tendido en la cama… Restablécemе de mis caídas, así como has relevantado al Madrid que se cayó en mi infancia y al México que se me derrumbó en un terremoto… *Mi Jesús Nazareno, brazo*

fuerte y protector mío, así dice la plegaria que he fotocopiado treinta y tres veces, que he rezado, según las indicaciones, con tres credos, Padre de los Misterios… Perdóname que soy un creyente a mi manera, que llevo la mexicana fe de rezarte como yo quiera… Perdóname enredarme en mis libros que son la maravilla recién descubierta en este otoño de mi vida… Rezo desde la madrugada, víspera de mi cumpleaños, con el único encargo de que no me dejes descansar hasta encontrarme con mi Carmen… En vos confío… en tus manos encomiendo mi espíritu… *ora pro nobis… per secula seculorum…*

Veintisiete de septiembre de 1997. Con todas sus letras, Pedro Torres Hinojosa se repitió el nombre del día de su cumpleaños mientras se daba uno de los más largos baños desde que había regresado a Madrid. Cada sílaba de la fecha se le llenaba en la boca como si confirmase que había un insólito presentimiento en el amanecer de Madrid. La víspera había terminado de rellenar de claveles su pintura de Antonio López García, había reacomodado sus libros en el estante y se había arrullado a la inusual hora de la medianoche con sus oraciones inventadas y una tonadita que combinaba las letras de más de un bolero.

Amanecía en Madrid de cumpleaños, no en un avión ni en México, sino en la mismísima ciudad que lo vio nacer y eso ya era razón suficiente como para sentir que finalmente se sincronizaban sus horas. Ya no llevaría en la cabeza el desarticulado cronómetro de sus horarios volteados, pues ya sentía que las palabras mañana, tarde y noche entrarían ese día en un ritmo afortunado que le garantizaban el milagro de reencontrarse con su Carmen. Volvió a afeitarse como lo hacía en los primeros días de su regreso: con una calma y lentitud que lo hacían sentirse sacerdote de un rito facial, ministro de un embellecimiento calculado que no dejó ni un solo milímetro de su cara sin rastrear y ni un solo cabello de su cabeza encanecida sin la resistente gomina como la de un torero que se bate en el ruedo sin despeinarse.

Tardó más de un cuarto de hora en elegir el terno que utilizaría en el día de su esperada ilusión y, aunque la víspera había padecido ciertos calores incómodos, se decidió por un otoñal conjunto de tres piezas, combinado con un par de zapatos que había mantenido casi sin caminar, una camisa impecable, las mejores mancuernillas de su

colección y una corbata digna de que la firmara algún maestro del Museo del Prado. Por primera vez desde que había vuelto a Madrid, encadenó su casi olvidada leontina en el ojal de su chaleco y desempolvó su sombrero cinematográfico, el Borsalino de alas anchas que había sido prácticamente sustituido por la boina vasca. Antes de calzarse el saco sobre los hombros, tomó los plumones rojo y verde con los que acostumbraba aplacar sus insomnios e inauguró la otra lámina de Antonio López con el dibujo de un solitario clavel que se erguía justo en la confluencia de Alcalá con Gran Vía.

Ojalá y se pudiera medir cuántos mililitros se aplicó de loción, pues consta que dejó la botella vacía al lado de la única fotografía que adornaba la parte superior de su librero. Como si realmente saliera a Madrid a jugarse la vida, cornada o triunfo, besó la fotografía sobre el breve espacio en donde aparecía su Carmen intacta y salió de su habitación 702 pensando que la foto también se había ido coloreando al mismo ritmo que él pintaba sus claveles en las páginas arrancadas de un pesado libraco de arte. Bajó por el ascensor que le seguía pareciendo una jaula de oro y en el *hall* se dejó abrazar por Cayetano y besar por Vicenta que lo felicitaban como a un hijo recién levantado en el día de su onomástico y que le confesaban que, confiados en que despertaría a sus acostumbradas horas de la tarde, no le tenían preparado su regalo.

Salió a Gran Vía y paró un taxi con la intención de recorrer, como primera manda en su día, los templos de su más íntima devoción: la Monumental Plaza de Toros de Las Ventas; la iglesia del Cristo de Medinaceli; la Librería Crisol; la Plaza de España; la calle Ortega y Gasset de punta a punta; La Castellana-Recoletos-Paseo del Prado, desde las inclinadas torres gemelas de la Plaza de Castilla hasta la estación de Atocha; la vuelta entera al Parque del Retiro, la bajada por la Puerta de Alcalá, la media vuelta a la Cibeles y la subida hasta la Puerta del Sol. De allí caminó hacia la Plaza Mayor, que lo recibió con un sol inmenso y bajó por Cuchilleros para repetir su habitual entrada a Lavapiés.

Ante la estatua de Agustín Lara se permitió susurrar la letra de *Madrid* y con la vista fija en los corredores de la corrala que le hace contraesquina se dirigió al metro para dar un periplo completo por debajo de las calles de Madrid. En una estación en donde se le ocurrió cambiar de línea, se sintió tan felizmente solo que, mientras

realizaba la larga caminata subterránea del transbordo, se fue cantando para sus adentros que estas son las mañanitas, que cantaba el rey David… y se hubiera aventado todas las estrofas, pero se le aparecieron en el túnel un grupo de estudiantes gritones y un par de ejecutivos que, evidentemente, llevaban prisa. Finalmente, llegó a la estación Colón y salió a la superficie de un Madrid que se acercaba al mediodía. Hasta entonces cayó en la cuenta de que no había desayunado y, tomando el bulevar de Recoletos como si fuera el albero de una larguísima plaza, hizo el paseíllo hacia su Café Gijón dispuesto a deleitarse con un largo desayuno que podría convertírsele en comida.

He llegado a mi día como llegué a Madrid. El mismo día un año después, el mismo día setenta y un años después. ¡Carmen que desde que desperté presiento la resolución de mi incógnita! Musa eterna que sé que ya estás por aquí, esperando darme el abrazo que vengo deseando desde hace medio siglo, que ya he cumplido todas mis penitencias y que mis plegarias a mis creencias y fervores ya se han visto favorecidas. La inminencia de tu reencuentro, la cercanía de tu cuerpo, la sensación de que me esperarás esta misma tarde entre las sábanas del Madroño me han hecho arreglarme como un chiquillo para su fiesta.

Decidí vivir mi día con el horario ajustado a la realidad y desde temprano visité Las Ventas, Medinaceli, el Retiro, mi calle de Lista y todos los rincones que ya forman parte de mi anatomía. Estuve con Agustín en Lavapiés, pero ya sabía que no te encontraría a esa hora, pues imagino que has de estar nerviosa y arreglándote para nuestro milagro. También quise darme una vuelta por mis entrañas y me dejé llevar por las líneas del metro sin más dirección que mis ojos inundándose de recuerdos y de nuevos anhelos que te contaré esta misma tarde, Carmen poema eternamente jardín.

Soy un afortunado, Carmen milagrosa, que he sido ungido con no sé qué raro aceite que me ha permitido despertar a mi día sin el mínimo dolor de mi riñón, con mis partes intactas y mi caminar erguido. Me he visto en los escaparates y en el espejo de mi habitación con un aire renovado y rejuvenecido que sin duda llamará la atención de tu belleza inmaculada. He sido bendecido con la mágica oportunidad de llegar a este día limpio de mis culpas y borrados mis descalabros, feliz y sano, recuperados mis colores y

sincronizados mis horarios con las caras de los niños sin ver ya las huellas que el tiempo les imprimirá con sufrimientos y dolores.

¿Cómo no estar convencido de que hoy es el día esperado? ¡Si no tengo palabras para describirte la sucesión de sorpresas que me esperaban en mi Gran Café Gijón! Haré el intento, pero considera mi emoción: apenas entré, a Alfonso, el eterno cerillero, se le ocurrió regalarme mi ya acostumbrado habano Don Julián… Hoy, de todos los días del año, se le ocurre regalarme un puro que, evidentemente, no prendí pues llevaba el estómago vacío. Luego, confundiéndome con un amigo de él, un señor se me acercó con no sé qué preguntas y, al darse cuenta de su equivocación, me invitó el café con leche y la bollería que estaba yo consumiendo como desayuno tardío de mi cumpleaños.

Dejé que pasaran dos horas, contándolas contra mi costumbre en el reloj que cuelga sobre la pared con la ya probada comodidad que siento desde mi lugar habitual… y, justo cuando me proponía salir del Gijón para estructurarme un festejo en Casa Paco, Lhardy, el Edelweis, Zalacaín, La Bola o cualquiera de los otros muchos restaurantes en donde he cumplido ya un año de asiduo comensal… ¡Se aparece en mi mesa la entrañable figura de don Pío! Se le veía más avejentado, como si el paso de estos meses en él hubieran sido años enteros, pero parecía esbozar una sonrisa y hasta parecía que lo veía con colores, si no fuera por la negra boina, el negro abrigo y la blanquísima barba que lo enmarcaban en mi vista… No puedo repetirte las bellas cosas que me fue diciendo con su voz cansada, como tampoco puedo retratar mi emoción al sentir una cálida mano sobre mi hombro y escuchar la sonrisa inconfundible de don Alfonso que llegaba a mi mesa, justo cuando más me distraía la sabiduría de don Pío… Alfonso me dijo que ha estado en Brasil y en Argentina y que me había intentado localizar en el barrio de Salamanca… ¡Imagínate, Carmen de cumpleaños! Alfonso buscándome a mí, de todos los personajes que conocerá, a mí que nací en Lista 66 hace setentaiún años… Apenas iniciábamos la charla entre los tres, se incorporaron Ramón María y Amado, que venían entrando juntos, cediéndose mutuamente el paso y compartiendo la misma tonalidad sin colores que, sin embargo, los hacía verse radiantes. Al parecer es inevitable detectar la tristeza en la mirada de Amado, pero en cuanto se integró a la plática nos

asombró a todos con el ánimo romántico y la vena sensible que subyace tras su dolor inocultable. Incluso, todos sentimos que Amado venía cargando con su pena, pero que venía de tan buen humor que compartió con nosotros unos versos que terminaban diciendo: *y recuerdo también que al cruzar por las barriadas de Madrid me sollozó una tétrica gitana «¡Señorito, una limosna por la difunta de su arma!»…*

De Ramón María te diré que, apenas nos escuchó platicar sobre las cosas más variadas, porque hacía evidente que no le interesaban, encendió uno de sus churros de hierba y se dejó llenar la mirada en blanco y negro con el mareo mariguano de sus más calladas exageraciones y recuerdos… Al parecer, los demás ya lo conocen bien y no mostraron mayor reparo ante la táctica participativa que había elegido Ramón María… Además, sobre la mesa ya se vaciaban más de cuatro botellas del más fino Rioja que expende el Gijón… ¡Como debe de ser en las tertulias de a deveras: versos, confesiones, risas y amistad!

Te repito que no puedo describir tantas emociones y, mucho menos, si te revelo que ya habíamos empezado a comer cuando se apareció Ramón, del brazo de Juan Ramón, ambos descoloridos pero risueños y nada menos y nada más que con mi paraguas en la mano… Eso sí que lo vi a colores, pues ¿cómo no he de reconocer el báculo-bastón que yo mismo había elegido como complemento a mis andanzas? Les platiqué lo que me había pasado con El Avión, y todos soltaron una carcajada al unísono que creí inundaría el salón entero del Gijón, mas apenas volteé a las otras mesas confirmé que a nadie le importaba la maravillosa escena de mi tertulia anhelada… Cada uno con lo suyo y, a su manera, me fueron confeccionando un gran regalo de cumpleaños hecho de versos y anécdotas envueltas en un humor de sobremesa insuperable… Juan Ramón me habló de una Carmen que creí que eras tú, pero que pronto me aclararon que se trataba de otra que, al parecer, la conocen los demás. El caso es que yo creo que me habló de ella como si quisiera confirmarme que hoy es nuestro día, Carmen inigualable, *Carmen va y viene inquieta, incesante, entusiasta, una gran mariposa de bronceados tornasoles, de jardín. Con su imajinación morena y fosfórica y su ardiente hablar pintoresco, gracioso, de mora céltica del norte, esculpe, ríe, talla, mima,*

suscita personas, cosas… Mi Carmen, que sí pensé en ti pero también subrayé que eres única y diferente a esa Carmen *de corazón grandote, granada abierta, baila un torbellino de música y colores, como un trompo de música pintado de moras*… Mi Emperatriz de colores, reina de música que tú también eres una niña que *inventa, ofrece, entra, se evade, habla a todos, jira, ríe, protesta, sale, trae, toca el piano, exhibe, nos llama desde el jardín al balcón, desde el balcón al jardín, la fantasía palpitante en las manos deseosas, heroína (dueña y esclava) de todos sus tristes salones, balcones, escaleras, jardines*… ¿Así será tu palacio en Lavapiés? ¿Así serás ahora, Carmen de bullicios y silencios?

Yo miraba de cuando en cuando a las otras mesas para ver si mi tertulia suscitaba alguna envidia y volteaba a las ventanas de mi Grandísimo Café Gijón por si acaso se te ocurriera pasar por la acera bendita del Paseo de Recoletos… Juan Ramón nos informó que se había tomado la libertad de invitar a unos amigos y así, por fin, conocí al flaco Pepe del que me había hablado, otro español-mexicano que no solo habla al tú por tú con mis otros amigos sincolores, sino que además es un enloquecido taurino. Me habló de *la música callada del toreo* y de momentos inolvidables de faenas efímeras, de un gitano comprobado que es la encarnación misma del arte y me preguntaba por muchos nombres de paisanos mexicanos, que jamás había yo escuchado… Ese Pepe, flaco y sin colores, con su boina negra y un chaleco alto me miraba con su cara de palo y, por algún raro truco, se dejó envejecer ante mis propios ojos. Su nariz se volvió más aguileña, como si fuera de verdad un pájaro y sus mejillas se volvieron colgantes cuando nos sentenció a todos los que estábamos a la mesa que *el historiador, si no es poeta, miente hasta cuando dice la verdad: pero si es poeta —si sabe decir, escribir para que se lea, para hacer legendario lo que pasa— dice la verdad, aunque mienta*… Luego llegaron los hermanos andaluces, Manolo y Antonio, también amigos de Juan Ramón, pero ambos se dedicaron a escribir versitos en las servilletas y apenas pude conversar con ellos… Don Pío sugirió que nos cambiasen las copas, por aquello de que se había abierto una más de las muchas botellas de vino que disfrutábamos y el callado Antonio me pasó una servilleta en donde había escrito, a

vuelapluma, *Bueno es saber que los vasos nos sirven para beber; lo malo es que no sabemos para qué sirve la sed…* Su hermano Manuel, animado quizá por los vinos, se puso de pie y nos regaló a todos una recitación que decía *Cádiz, salada claridad. Granada, agua oculta que llora. Romana y mora, Córdoba callada. Málaga, cantaora. Almería, dorada. Plateado, Jaén. Huelva, la orilla de las tres carabelas, y Sevilla…* Un magnífico *tour* en tres palabras que yo entendí que me lo decía como si supiera que así será nuestra anhelada luna de miel, Carmen que le aplaudimos todos, y el envejecido Pepe le lanzó un sincero olé…

Después, hizo su entrada el que creo que es médico en Salamanca que explicaba, como para sus adentros, no sé qué tantas cosas de la niebla y de un amigo de él que se llama Augusto Pérez… El caso es que él también lleva la barba blanquísima y se viste de negro, como si hubiera un código preestablecido entre mis amigos. También vi que llevaba boina vasca y si no se me hubiera ocurrido dejar la mía en el Madroño habríamos sido cuatro emboinados a la mesa: Pío, el doctor Miguel de Salamanca, el Pepe taurino y un servidor…

Empezábamos los postres, aunque los rezagados apenas iniciaban sus cocidos, filetes y arroces, cuando se aparecieron por allí el joven Federico de quien también me había hablado Juan Ramón y un amigo de él, creo que se llama Luis, con el que no tuve oportunidad de hablar. Que Federico es granadino es solo decir una mínima parte de lo mucho que es: parlanchín y platicador, versificador y bien parecido, gitano y andaluz, algo amanerado pero cultísimo y amabilísimo… Casi a gritos, pues él y su amigo me quedaron al otro extremo de mi alargada mesa, me contó que había estado en Nueva York y que le hubiera gustado mucho visitar México, *pero no pudo ser*, y esto lo dijo con tal fatalismo que parecería que algo muy importante le impidiese embarcarse ahora mismo para esa tierra bendita de colores… ¡Y vaya que le hacían falta los colores! Sobre todo a su amigo Luis, que también usa boina, pues es un estrábico perdido y con los tonos en blanco y negro que me proyectaba, te juro que infundía un cierto miedo, si bien no miedo satánico, sino como de fraile benedictino que asusta a los niños… Aunque me quedaba lejos en la mesa, alcancé a escuchar que este Luis platicaba de cómo le había cortado el ojo a

un burro con una navaja de afeitar quién sabe con qué propósito y, como si se hubiera dado cuenta de que lo estaba escuchando desde mi extremo de la mesa, levantó su copa de vino rojísimo como la sangre, y alzando la voz hizo un brindis «por todos los olvidados de nuestro México», como si me estuviera confesando y confirmando que todos los miembros de mi tertulia tenemos algo en común, sea en blanco y negro o en los colores de México… Solo me faltó mi queridísimo Max, pero estoy seguro que desde México me estaba felicitando con los recuerdos de Madrid que, sin duda, siguen ocupando su cabeza.

Mi felicidad es inmensa y tantas emociones juntas me son inenarrables, pero yo mismo sabía que tenía que cortar la tertulia pues quería volver al Madroño para ver si ya me esperabas o, por lo menos, reposar en perfecto horario madrileño y recuperar energías para el momento, más tarde, en que sé porque lo siento que nos reencontraremos… No dejé que ninguno de mis amigos pidiera ni una sola cuenta. Además, Carmen ahorrativa, desde el amanecer de mi cumpleaños presentí que este día sería inolvidable, y cargué con más dinero que de costumbre. Así que liquidé las comidas y las más de once botellas que llevábamos consumidas los apóstoles de mi tertulia y yo, y además me di el lujo de regalarles cuatro botellas de coñac que estoy seguro se terminaron en menos tiempo del que me tardé en caminar de regreso al Madroño…

Al acercarme a la puerta del Gijón, volteé hacia mi mesa para lanzarles un sincero saludo que era más bien agradecimiento y mi vista me jugó el afortunado truco de que me pareció verlos a todos en perfecto technicolor, con todos sus colores, como si en ese instante dejaran de ser un anónimo puñado de hombres de las sombras y se convirtieran de pronto en lo que son en verdad, o por lo menos, lo que son y serán siempre para mí: un cartel de postín, de sabios incomparables que deberían ser conocidos y reconocidos por todo el mundo, una rara cuadrilla de españoles mexicanos y de mexicanos españoles que me celebraban mi cumpleaños, más allá de mi presencia y que, vistos de otra manera, reflejaban sus colores en el espejo del Gijón como si fueran la entrañable pandilla de amiguetes con los que jugaba de niño en el barrio de Salamanca o la inolvidable ronda de mis cuates en México cuando descubrí que mi vida tenía permiso para seguir adelante…

Pedro Torres Hinojosa alargó su comida hasta pasadas las seis de la tarde. Al pedir la cuenta, encendió un puro y sin mayores explicaciones tomó un paraguas que estaba en la mesa contigua, seguramente olvidado por alguien, que parecía el mismo que él había comprado y perdido en el altamar de su primer año en Madrid. Caminó por Recoletos hacia Cibeles, y sin importarle lo que pudiera pensar la gente, se quitó el sombrero y le lanzó un beso directo a los labios, por encima de los leones y entre los chorros intemporales del agua. Caminó lento por Alcalá, como si quisiera retener cada fragmento de lo que veía a su alrededor y, cuando por fin entró al Madroño, no pudo contener la emoción ante un divino pastel con setenta y un velas, que Cayetano seguramente encendió de prisa en cuanto vislumbraron que venía subiendo la cuesta de Gran Vía.

Vicenta había puesto una cinta de un mariachi anónimo que llenaba el vestíbulo del Madroño con las estrofas completas de *Las mañanitas* y, luego del más largo abrazo que le había dado desde las cenas de Nochebuena y Nochevieja, le entregó un suéter morado que ella misma le había tejido durante sus pocas horas de descanso, entre hojeadas a la revista *¡Hola!* y culebrones mexicanos que distraían sus recurrentes tedios. Cayetano estaba más emocionado que el propio don Pedro y no pudo evitar que se le cayera al suelo el regalo que él mismo había envuelto para su amigo del alma: una carísima caja de habanos, Cohiba, largos y delgados que sin duda garantizarían la prolongación de sus excursiones al Chicote por largo tiempo más.

Don Pedro no podía ni hablar y ya encerrado en el elevador iba francamente llorando. Dejó el suéter sobre la cama, el sombrero sobre su librero, el paraguas apoyado en el armario y no alcanzó a quitarse los zapatos con hoyitos en el empeine cuando lo sorprendió un intenso dolor en el pecho, justo en el centro de su alma, que se confundió con un ardor desconocido que le invadía el vientre, desde los riñones hasta los testículos. Se dejó caer en la cama y tendido bocarriba alcanzó a decir unas palabras que no constan en ningún acta y que quizá solo fueron escuchadas por su Carmen. Por la lenta manera en que cerró los ojos y por la levísima sonrisa que le quedó congelada en los labios, parecería que Pedro Torres Hinojosa murió feliz. Eran las siete de la tarde en Madrid y las campanas de la

Catedral Metropolitana de la ciudad de México tocaban las doce en punto del mediodía. Era una tarde en Madrid que aún irradiaba un sol inmenso, el mismo que invadía el Zócalo de la ciudad más grande del mundo, aunque del otro lado del firmamento se asomaba una luna incongruente, plateada y redonda. Dos esferas más allá del mundo que jugaban el eterno reto de alcanzarse la una a la otra y repetían su kilométrico juego el 27 de septiembre de 1997, según consta.

Al entrar a mi Madroño, Cayetano y Vicenta ya me tenían inexplicablemente preparado el espectáculo más entrañable. ¡Un pastelazo!, Carmen de repostería, que en cuanto lleguemos a dormir, y luego empecemos a amarnos hasta el próximo lunes, nos tendrás que ayudar a comérnoslo, porque entre Caye, Vicenta y yo no vamos a poder. Vicenta me obsequió un jersey que ella misma, con sus propias manos, como si fuera la reencarnación de mi madre, me ha tejido a lo largo de este año; Cayetano me regaló unos puros finísimos, como si fuera la reencarnación de mi padre y que ahora, medio siglo después, me diera la instancia para reírnos de sus cigarros forjados con páginas del *Quijote*… Vicenta me compró un disco de música de mariachis y lo puso en el aparato justo en *Las mañanitas*, que además has de saber que me las canté yo mismo… ¿Cómo agradecer tanta felicidad? Pues solamente con lo que se te ocurra de hoy en adelante, Carmen recuperada, que estoy hablándote directamente a los ojos, que te estoy hablando a unos centímetros de tus oídos increíblemente escondidos… ¿Cómo que no me oíste durante todo este año? ¿Cómo que solo me escuchaste apenas hoy en la tarde? Vamos a ver: dices que ibas por Gran Vía y que me oíste gritar y que me reconociste y que, de pronto, todo este milagro se te vino a la cabeza y te sentiste obligada a buscar de dónde venía mi voz y que en dónde estaba yo… Pero Carmen, si yo no grité. Entré a mi habitación y me desvestí, no desilusionado, sino honestamente entusiasmado con el propósito de volver a ducharme, volver a afeitarme y cambiarme de traje para este milagro que, ¡por fin!, se nos ha concedido…

¡Claro que yo también sentí raro! Desde luego que me inquieta no haberme podido ver en el espejo del baño para afeitarme mejor (pero estoy seguro de que el vapor se pegó a ese cristal como una mica de niebla). Evidentemente, me extrañó que en el espejo del

ropero tampoco pude ver cómo me anudé mi corbata, porque también hay que considerar que estaba tan nervioso que no le puse mucha atención a eso. Yo lo que sentí es que hacía mucho frío y por eso ves que ya estrené el suéter morado.

Sí, Carmen que no tengas miedo que ya estamos juntos, que a mí también me entró miedo. Mucho miedo. Si acababa yo de dejarlos en el vestíbulo y me extrañó no ver ni un solo rastro de Vicenta y Cayetano en cuanto bajé para salir a encontrarte… que la Gran Vía vacía se me quedaba sin colores y que me acordé perfectamente bien de unas trincheras en blanco y negro, de unos costales de arena que tapaban la calle con ladrillos y cascajo, que escuché el mismo zumbido de los aviones de mi infancia sin colores y que caminé por las aceras desiertas sin poder verme ni en un solo escaparate…

Carmen que creí que todo esto era una mala broma por mi cumpleaños, un juego cinematográfico urdido por mis amigos de tertulia. ¡Claro que me desconcertó que no hubiera ni una sola persona caminando o parada en Gran Vía, pero pensé que quizá se había retrasado por decreto real la hora de la siesta! No quise reparar en que el reloj de la Telefónica se había parado a las siete en punto de la noche, ¿para qué inventarme teorías y enredos, Carmen sin relojes ni horarios? Por eso me apuré a bajar hacia Alcalá, porque creí que nos daríamos el beso en Cibeles… pero yo sí que escuché tu voz y que seré feliz hasta el fin de todos los tiempos por la milagrosa visión de volver a verte como siempre lo había soñado: intacta, que no has envejecido ni un solo día desde que te conocí; perfecta, que sigues siendo la mujer más hermosa bajo el sol y la luna y atinadamente feliz con el vestido de flores que te pusiste el día que inauguraron la plaza más grande del mundo, Carmen encantadora, que te veo con todos tus colores y que ya mañana habrá que preocuparse por ver cómo limpiamos y levantamos las toneladas de claveles rojos que brotaron entre el pavimento de toda la Gran Vía como si se hubiera enloquecido la naturaleza, millones de claveles rojos que imitaban mi pintura que ahora verás en nuestra habitación y que fueron saliendo como sudor inexplicable por todos los poros de esta maravillosa Gran Vía, calle eterna e interminable… ¡Tenías que estar parada justo allí! Gran Vía, esquina con Clavel, el sitio insustituible para reanudar el beso que

nos venimos dando desde el instante en que reconocimos que estábamos condenados a gozar y padecer el mejor amor de todos los tiempos… el beso nunca acabado que cabe en cada letra de tu nombre perfecto y que justifica medio siglo de aventuras y desvelos… el mismo y único beso que es la combinación del sol y de la luna, como en las pirámides de Teotihuacán… Nuestro beso que es la conjugación perfecta de ambos lados del océano… que permitió recuperar todos los colores de mi vida, y que justifica, alfombrado de claveles, tu título incuestionable de Emperatriz de Lavapiés.

Hasta la noche del día siguiente se le ocurrió a Vicenta que quizá don Pedro había caído enfermo. Fue Cayetano el que tuvo que soportar la tremenda inquietud de que don Pedro no respondiera a la puerta. Sabedor de que no había salido utilizó la llave maestra y se encontró con la inmensa tristeza de ver a su amigo tendido, con la ligerísima sonrisa en los labios y los párpados herméticos, incuestionablemente muerto.

El doctor Cepeda intentó resumir en un dictamen que las causas más probables tenían que ver con el corazón desvelado, los riñones cansados, los huesos abatidos y todos los desvaríos mentales que habían trastocado el monótono ritmo de un hombre que, por lo menos hasta hacía poco más de un año, llevaba una metódica vida que podría describirse como sana. Cepeda agregó que posiblemente había señales de un cáncer fulminante en la próstata que sin más aviso que ciertos dolores renales y las cada vez más frecuentes ganas de orinar podrían haber desencadenado lo que él tipificó como una crisis abrupta. Vicenta no paraba de llorar cuando el médico, una vez levantado el certificado de defunción, finalmente permitió que entrara Cayetano, y con la presencia de un Guardia Civil que se les ocurrió llamar, procediera a levantar un inventario de las pertenencias de Pedro Torres Hinojosa, que había dejado liquidada su cuenta hasta el mes de noviembre y que mantenía todas las cosas en su ordenada habitación como si hubiera presentido la faena que ahora se realizaba: siete trajes con chaleco, tres trajes de lino de tres piezas, siete pares de zapatos bostonianos, un par de zapatillas deportivas, doce camisas impecables, diecisiete corbatas de seda y lisas, una cajita con mancuernillas o gemelos, más de dos docenas de calcetines, una boina vasca de casa Yustas,

un sombrero Borsalino de casa Tardán-México, una leontina de oro, diecinueve mudas de ropa interior blanca, todo el ajuar de baño (crema de afeitar, navajas, jabones, shampoo, gomina para el pelo, dos peines y dos cepillos para el pelo, dos cepillos de dientes, etc.), un jersey color morado, una fotografía enmarcada, una caja de plumones de colores y algunas crayolas sueltas, una silla vienesa, una gabardina
Burberry's,
una maleta antigua de cuero gastado, un tricornio con plumas y una vieja bacía de peluquero, un paraguas sin estrenar, y una caja sin abrir de habanos Cohiba. Sobre la mesa-camilla, al lado de la lámpara de noche, solo anotó que descansaban boletos sueltos del metro, con un plano respectivo, un bonobús a medio utilizar y dos gastadísimos tomos del *Quijote* en edición de bolsillo. Cayetano se acercó al librero de don Pedro y apuntó que había un estante repleto con guías turísticas de Madrid y otras ciudades de España y los libros que se detallan a continuación: *La gallina ciega* y *La calle de Valverde* de Max Aub, *Bagatelas de otoño* de Pío Baroja, *Cartones de Madrid* y *Vísperas de España* de Alfonso Reyes, *La amada inmóvil* de Amado Nervo, *Españoles de tres mundos, Tiempo y espacio* y *España en guerra* de Juan Ramón Jiménez, *Greguerías, Gollerías, Piso bajo* y *El hombre del hongo gris* de Ramón Gómez de la Serna, una antología de Ramón María del Valle Inclán, *Niebla* de Miguel de Unamuno, *La música callada del toreo* y un ejemplar impecable de *Al volver* de José Bergamín, *Yerma* y *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, *Mi último suspiro* de Luis Buñuel, *Antología poética* de Antonio Machado y *Poesías* de Manuel Machado, una biografía colectiva de Agustín Lara, seis libros sobre Manuel Rodríguez, Manolete, y otra media fila de libros de autores diversos que a Cayetano no le parecieron importantes, pues parecía que don Pedro apenas los había estrenado y, además, tenía prisa por abandonar ese cuarto, la habitación 702 que desde ese domingo jamás se volvería a alquilar.

Cayetano se hubiera salido en cuanto terminó de apuntar los libros en su lista, si no hubiera sido por el Guardia Civil, que le hizo notar dos abultados paquetes que descansaban en el fondo del armario. Al abrirlos, Cayetano desperdigó por el suelo una

considerable suma de billetes en dólares, nuevecitos y sin una sola huella de haber sido comerciados con anterioridad, y una literal cascada de billetes de diez mil pesetas que impregnaron la habitación 702 con el irónico olor de las fortunas. En uno de los sobres se hallaron con otro, tipo carta postal, en donde don Pedro había escrito con su intachable y perfecta caligrafía de parvulario aplicado que, de llegar a leerse ese documento, agradecía profundamente a Vicenta, Cayetano y a toda la comunidad de Madrid la oportunidad indescriptible de haber podido renacer en España, recuperar todos sus colores y realizar el sueño de toda una vida; que agradecía a cada ciudadano mexicano, en particular a los millones de habitantes de la Ciudad de México, la plenitud de una vida que se había creído terminada a los diez años de edad y que se había prolongado desde Veracruz hacia todos los rincones de la única república que aún parece un cuerno de la abundancia con todos los colores, olores y sabores posibles… Luego, estipulaba que del dinero allí guardado (más las cantidades repartidas entre las bolsas de sus trajes) se debían destinar quince mil dólares y diez millones de pesetas para doña Vicenta Balsa y don Cayetano Huerta, dueños y custodios del Hostal Madroño; que con el resto del dinero se sufragaran los gastos de su cremación o entierro, de preferencia en el cementerio de La Almudena de Madrid, y que, de sobrar alguna cantidad, se destinara para el cuidado y mantenimiento de la estatua de Agustín Lara, la plaza que la circunda y las bancas que la rodean en el barrio de Lavapiés. El documento estaba firmado con una rúbrica en tinta morada y no fue sino hasta ese momento en que Cayetano descubrió que el «P. Hinojosa» que él mismo había registrado en el Madroño exactamente un año antes, se llamó en vida: Pedro Torres Hinojosa.

Algo tienen las fechas que incitan a una inexplicable ronda de coincidencias y conmemoraciones. No hay un tratado científico, cartografía astronómica, bitácora psicoanalítica o historiografía detallada que logren descifrar por qué se combinan momentos y se entrecruzan circunstancias para confeccionar anécdotas inexplicables. El lunes 29 de septiembre de 1997, alrededor de las once con treinta y dos minutos de la mañana, en el despacho de auditores «Navarro Torres y Asociados» de la Ciudad de México, un joven contable, de los que antiguamente se conocían como

contadores públicos titulados, pidió entrar a la lujosa oficina del director general para exponerle un caso pendiente. La oficina cuenta con unos ventanales que sobrevuelan el Paseo de la Reforma, permitiendo una vista incomparable de la Columna de la Independencia y del ángel de oro puro que reposa en su punta. Con los nervios propios de su novatez, el joven le explicó al señor director que solo quedaba pendiente un caso en el expediente de «Asesoría en Auditoría Externa American Express 1996-1997».

—Se trata de lo del viejito —dijo el joven contador, sin considerar la edad de su jefe—, ya cumplió un año y me urge cerrarlo para iniciar la revisión del siguiente ejercicio.

—¿Cuál viejito? —preguntó el veterano director, con la voz de un viejo experto que se pasa la vida precisamente salvando entuertos por la solidez de su experiencia— ¿de quién me estás hablando?

—Un tal Pedro Torres Hinojosa, Amex-FJ-37076209466-LH: cuatro trajes con chaleco, cuatro pares de zapatos, un par de mancuernillas, una gabardina, sombrero en Tardán, camisas firmadas en el Palacio de Hierro de la calle de Durango, calcetines, calzones, etcétera, comprados en Liverpool Insurgentes… y un boleto de ida México-Madrid… en total: cinco mil doscientos dólares —enlistó el joven, como si estuviera dando un informe militar.

—¿Tiene cuentas bancarias? ¿Tiene propiedades? ¿Cuánto lleva firmando en España? ¿Cuántas cuentas? —preguntó el señor director general, como si cubriera todos los huecos del caso en su experimentada mente…

—Negativo, negativo, y no ha firmado una sola compra desde el día en que salió de México, que fue lo del sombrero —contestó el militarizado jovencito y añadió: parece que se quería ir con la cabeza cubierta, ¿no?

—Mal chiste, mi amigo —le espetó su jefe y, dando por concluida la reunión agregó—, aquí lo que hay que hacer es darlo por muerto. Se conoce que rompió la tarjeta apenas desembarcó en Madrid y buscarlo, jovencito, implicaría rastrear toda Europa, meter a la Interpol… No hay posibilidad de encontrarlo mientras no firme de nuevo alguna cuenta… Lo mejor es darlo por muerto.

—¿Pero eso se puede hacer, señor? —interrumpió el joven, ya

con un tono más civil y mesurado en su voz.

—¡Pero, desde luego! Que te comuniquen con el contacto que tenemos en la delegación Benito Juárez; él nos ayuda a sacar un acta de defunción… se anexa al expediente y caso cerrado. Fácil —concluyó el director, ya dispuesto a ocuparse de otro asunto.

—¿Qué fecha le pongo al acta de defunción, señor?, preguntó el joven ya en el umbral de la puerta.

—¿Qué día dices que voló a Madrid?

—26 de septiembre de 1996.

—Pues ese mismo día, murió.

Jorge F. Hernández (México, D. F., 1962) es autor de los libros de cuentos *En las nubes* (1997), *Espejo de historias y otros reflejos* (2000), *Escenarios del sueño* (2005), *SeisCuentosSeis y uno de regalo* (2009), *El álgebra del misterio* (2011) y *Un montón de piedras* (Alfaguara, 2013), que incluye el relato «Noche de ronda», merecedor del Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández en 2000; y de las novelas *La Emperatriz de Lavapiés* (Alfaguara, 1999; 2016) y *Réquiem para un Ángel* (Alfaguara, 2009). Su antología *Sol, piedra y sombras*. Veinte cuentistas mexicanos de la primera mitad del siglo XX (2008) fue elegida para el programa de lectura del gobierno de los Estados Unidos. Ha publicado diversos ensayos y artículos sobre la historia de México y ha sido colaborador de varias revistas. Actualmente escribe la columna *Cartas de Cuévano* y el blog *Café de Madrid* en el diario *El País*.